

Billar a las nueve y media



Heinrich
Böll

Lectulandia

Billar a las nueve y media es la historia de tres generaciones de arquitectos alemanes de Colonia. Heinrich, Robert y Joseph Fährmel. El primero, Heinrich, es el fundador de la dinastía, un arquitecto de origen humilde que se trasladó desde el campo a una gran ciudad a finales del siglo XIX para forjarse un nombre y un futuro. Robert es su hijo, un experto en estática y cálculo de estructuras que nunca ha construido un edificio. En último lugar y con mucho menos peso argumental aparece también el hijo de Robert, Joseph Fährmel, que acaba de comenzar a ejercer la profesión reconstruyendo la Abadía de Sankt Anton, la primera obra importante de su abuelo, destruida durante la II Guerra Mundial.

El padre construía y restauraba abadías, monasterios y demás obras de obras de arte de hormigón y ladrillo. Su hijo, el protagonista de este relato, es también arquitecto, aunque experto en estática y estructuras, pero al estallar la segunda guerra mundial, va a la guerra como oficial del ejército. Su misión, aprovechando sus conocimientos, es volar construcciones. Cuando la guerra está perdida, aprovechando la incompetencia de su comandante volará las obras de arte que su padre alzó dentro de la propia Alemania. ¿Por qué? Se le revuelven las tripas cuando escucha que los aliados han bombardeado, han matado a dos mil personas, pero lo más relevante es que la *abadía de San nosequién* ha sido derruida. No soporta que se le dé más valor al arte que a las personas.

Su hijo no sabe nada de esto, no quieren contarle, metáfora de la Alemania salida de la guerra que prefiere no saber lo que hicieron sus antecesores. Puede que mejor sea no saber para seguir adelante. Pero de querer saber, mejor saberlo todo, no versiones simplificadas. Mirar de frente al pasado fue siempre la obsesión de Böll.

En *Billar a las nueve y media* se ofrece una visión acerbamente crítica de esa Alemania del siglo XX que, en aras de la gloria militar y de la prosperidad material, simbólicamente designadas en la novela como el «sacramento del búfalo», ha sacrificado y escarnecido tantas veces los principios de la moral y el respeto a la libertad de los hombres, simbolizados en el «sacramento del cordero».

Lectulandia

Heinrich Böll

Billar a las nueve y media

ePub r1.1

Artifex 4.12.2014

Título original: *Billard um Halb Zehn*
Heinrich Böll, 1959
Traducción: Margarita Fontseré

Editor digital: Artifex
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Aquella mañana, por primera vez, Fähmel estuvo descortés con ella, casi grosero. La telefoneó a eso de las once y media, y ya el timbre de su voz le hizo presentir algo desagradable; no estaba acostumbrada a aquellas modulaciones, y precisamente porque sus palabras se mantenían perfectamente correctas, la asustó el tono de la voz: toda su cortesía quedaba reducida a fórmulas, como si, en lugar de agua, le hubiese ofrecido H₂O.

—Por favor —dijo—, ¿quiere buscar en su escritorio la tarjeta encarnada que le di hace cuatro años? Con la mano derecha, Leonore tiró del cajón de su escritorio, empujó a un lado una tableta de chocolate, el paño de lana y el limpiametales, y sacó la tarjeta encarnada. —Por favor, lea en voz alta lo que dice la tarjeta—. Y ella leyó con voz temblorosa: «Estoy en todo momento a disposición de mi madre, mi padre, mi hija, mi hijo y el señor Schrella; no estoy para nadie más».

—¿Quiere repetir la última frase, por favor? —y ella repitió—: No estoy para nadie más. Y además, ¿cómo sabía usted que el número de teléfono que le di era el del hotel *Prinz Heinrich*? —Leonore no contestó—. Perdone, pero insisto en que se atenga usted a mis indicaciones aunque se las diera hace cuatro años..., por favor.

Ella no contestó.

—Fue una tontería... —¿Se había olvidado de añadir esta vez «por favor»?—

Leonore oyó murmullos, luego una voz que gritaba «taxi, taxi», el silbido del guardia de la circulación, dejó el auricular, puso la tarjeta en el centro del escritorio y se sintió casi aliviada; aquella rudeza, la primera en el transcurso de cuatro años, resultaba algo así como un gesto cariñoso.

Cuando no podía fijar la atención o estaba cansada del ritmo extremadamente preciso de su trabajo, salía fuera a limpiar la placa de latón: «Dr. Robert Fähmel, Oficina de cálculos estáticos, cerrado por las tardes». Los vapores del ferrocarril, los gases de escape, el polvo de la calle, le daban cada día ocasión de sacar el paño de lana y el limpiametales del cajón, y a Leonore la encantaba prolongar aquellos minutos de limpieza hasta un cuarto de hora o incluso media hora. Al otro lado de Modestgasse, en el número 8, detrás de las ventanas polvorientas, podía ver las prensas que, incansables, imprimían cosas edificantes sobre papel blanco; las sentía trepidar y creía hallarse transportada a bordo de un buque que navegaba o que está a punto de zarpar. Camiones, aprendices, monjas; vida en la calle, cajas en la puerta de la tienda de verduras: naranjas, tomates, coles. Y en la casa contigua, ante la tienda de Gretz, dos aprendices colgaban, en aquel momento, un jabalí: la sangre oscura goteaba sobre el asfalto. Leonore amaba el bullicio y la suciedad de la calle. Un sentimiento de rebeldía le subía, por momentos, a la cabeza y la hacía pensar en abandonar el empleo; trabajar en cualquier tienda sucia, confinada en un patio interior, donde se vendieran cables eléctricos, especias o cebollas, donde un dueño

desaseado, con los tirantes de los pantalones colgando, preocupado por los vencimientos, se permitiría franquezas que, por lo menos, se podrían rehusar; donde habría que sostener una batalla para obtener una hora de permiso para ir al dentista, donde se haría una colecta para el regalo de boda de una compañera, para comprar un cuadrito de bendición del hogar o un libro sobre el amor; donde las bromas groseras de los compañeros le recordarían a una que había permanecido intachable. Vida, y no ese orden inmaculado, ese jefe, impecablemente vestido e impecablemente correcto, pero que a ella le infundía miedo; Leonore sospechaba desprecio detrás de aquella cortesía de la que participaban todos cuantos tenían tratos con él. Pero ¿con quién tenía tratos, además de con ella? Hasta donde podía recordar, jamás le había visto hablar con nadie, salvo con su padre, su hijo y su hija. Jamás había visto a su madre, que vivía en otro sitio: en un sanatorio para enfermos mentales; y ese señor Schrella, que figuraba también en la tarjeta encarnada, jamás había preguntado por él. Fähmel no tenía hora de visita; a los clientes que llamaban por teléfono, ella estaba encargada de rogarles que se le dirigieran por carta.

Si descubría algún error en su trabajo, se limitaba a hacer un ademán como si tirara algo a la papelera y decía: «Bueno, vuélvalo a hacer, por favor». Eso no ocurría a menudo, porque los escasos errores que se le escapaban, los descubría ella misma. En todo caso, él no se olvidaba nunca de decir «por favor». Cuando Leonore le pedía una hora, un día, se lo concedía; cuando murió su madre, le dijo: «Cerraremos la oficina durante cuatro días... si le conviene una semana, dígalo, por favor». Pero Leonore no quiso una semana, ni siquiera cuatro días; solo tres, e incluso estos se le hicieron demasiado largos en el piso vacío. Al entierro y a los funerales compareció él, naturalmente, vestido de negro; asistieron también su padre, su hijo y su hija, todos con enormes coronas que colocaron personalmente sobre la tumba; escucharon el responso, y el padre, que la apreciaba, le dijo en voz baja: «Nosotros los Fähmel sabemos lo que es la muerte, estamos familiarizados con ella, hija mía».

Se mostraba tan comprensivo para todas sus peticiones que, a medida que pasaban los años, cada día se le hacía más difícil pedirle un favor. Fähmel había ido reduciendo las horas de trabajo; el primer año, Leonore trabajaba de las ocho a las cuatro; pero desde hacía dos años, su trabajo estaba racionalizado de tal manera que lo podía hacer perfectamente de ocho a una e incluso le quedaba tiempo para aburrirse y para prolongar hasta media hora los minutos de limpieza. Ya no se veía ni siquiera la más leve nubecita en la placa de latón. Leonore suspiró, enroscó el tapón de la botella de limpiametales y dobló el paño; las máquinas de imprimir seguían martilleando, imprimiendo incansablemente cosas edificantes sobre papel blanco; el jabalí seguía sangrando. Aprendices, camiones, monjas: vida en la calle.

Encima del escritorio, la tarjeta encarnada; impecable caligrafía de arquitecto: «... para nadie más». El número de teléfono, que ella, con gran esfuerzo, en sus ratos

de ocio, ruborizándose de su curiosidad, había identificado: Hotel *Prinz Heinrich*. Este nombre había alimentado de nuevo sus sospechas: ¿qué hacía por la mañana, entre las nueve y media y las once, en el hotel *Prinz Heinrich*? Voz helada en el teléfono: «Fue una tontería». ¿Seguro que no había añadido «por favor»? Esta infracción a las normas de estilo la llenó de esperanza, la consoló de aquel trabajo que hubiera podido realizar igualmente un autómata.

Dos modelos de carta que no habían sido alterados en cuatro años, que Leonore había encontrado ya en las copias de su predecesora; una para los clientes que hacían algún encargo: «Les agradecemos su confianza, a la que procuraremos corresponder con la más rápida y correcta ejecución de su encargo. Atentamente le saluda». La segunda era la que tenía que escribir cuando enviaba las bases estáticas a los clientes: «Acompañamos los estudios estáticos encargados por usted para el proyecto de la casa X. Le rogamos gire a nuestra cuenta los honorarios, que ascienden a Y. Atentamente le saluda». Claro que le estaban reservadas ciertas variaciones; debía sustituir X por: Casa para un editor al pie del bosque, casa para un profesor a la orilla del río, puente del tranvía de la calle Holleben. Debía sustituir Y por los honorarios, que podía calcular perfectamente sola por medio de una simple tabla.

Había además la correspondencia con sus tres colaboradores: Kanders, Schrit y Hochbret, a los que tenía que enviar los encargos sucesivamente por orden de antigüedad. «A fin de que —había dicho Fähmel— la justicia siga su curso automático, y la suerte tenga unas posibilidades equivalentes»... Cuando le devolvían los estudios, tenía que remitir lo que había calculado Kanders a Schrit; lo que había calculado Hochbret, a Kanders; lo que había calculado Schrit a Hochbret, para que lo revisaran. Tenía que llevar el archivo, el libro de cuentas, tenía que sacar fotocopias de los dibujos y, de cada proyecto, una doble fotocopia en tamaño postal para su archivo particular; pero lo que más trabajo le daba era el franqueo de las cartas: pasar cada vez el reverso de un presidente Heuss, verde, rojo, azul, por encima de la esponjita, y colocar cuidadosamente el sello en el ángulo derecho superior del sobre amarillo; consideraba como una variación el poder pegar alguna vez un Heuss castaño, violeta o amarillo.

Fähmel tenía por principio no pasar más de una hora al día en la oficina; escribía su nombre debajo del «Le saluda atentamente», y debajo de las cifras de honorarios. Si llegaban más encargos de los que hubiera podido liquidar en una hora, rehusaba aceptarlos. Para estos casos tenía unas tarjetas ciclostiladas con el siguiente texto: «Por exceso de trabajo, nos vemos obligados a rehusar su muy estimado encargo. Firmado F.».

Ni una sola vez, cuando, por la mañana entre las ocho y media y las nueve y media, estaba sentada frente a él, le había visto realizar ningún acto humano íntimo; comer o beber; jamás le había visto acatarrado, y la ruborizaba solo pensar en cosas más íntimas que estas; el hecho de que fumara no compensaba la ausencia de las demás manifestaciones: el cigarrillo blanquísimo era demasiado immaculado; solo la

ceniza, las colillas en el cenicero la consolaban; esos eran por lo menos residuos, demostraciones de que se había consumido algo. Leonore había trabajado con jefes poderosos, hombres cuyas mesas de trabajo parecían puentes de mando, cuya fisonomía infundía pavor, pero incluso aquellos hombres poderosos habían bebido alguna vez una taza de té, un café, habían comido un bocadillo, y la visión de los poderosos en trance de comer y de beber siempre la había excitado: caían migas de pan, sobraban pieles de embutido y bordes grasientos de jamón; tenían que lavarse las manos, sacar el pañuelo. Una chispa de solidaridad aparecía en frentes de granito, que mandaban ejércitos enteros, se limpiaban bocas de rostros que, con el tiempo, serían vaciados en bronce, y más tarde, sobre pedestales, atestiguarían su grandeza a futuras generaciones. Fähmel, en cambio, cuando, a las ocho y media, salía del cuerpo del edificio posterior de la casa, no llevaba restos de desayuno y no estaba —como hubiera convenido a un jefe— ni nervioso ni concentrado en sí mismo: su firma, aunque tuviera que escribir su nombre cuarenta veces debajo del «Le saluda atentamente», se conservaba clara y hermosa; Fähmel fumaba, firmaba, raras veces miraba algún dibujo, tomaba el abrigo y el sombrero a las nueve y media en punto, decía: «Hasta mañana» y desaparecía. De nueve y media hasta las once se le podía llamar en el hotel *Prinz Heinrich*, desde las once a las doce en el café Zons, disponible solo para «su madre, su padre, su hija y su hijo... y el señor Schrella», a partir de las doce daba un paseo y a la una se reunía con su hija para tomar el almuerzo en el *Löwe*. Leonore no sabía cómo pasaba las tardes, las veladas; solo sabía que, por la mañana, a las siete asistía a misa, de las siete y media hasta las ocho desayunaba con su hija y de las ocho hasta las ocho y media estaba solo. Leonore se sorprendía cada vez al ver la alegría que demostraba cuando su hijo anunciaba su visita; cada vez abría la ventana, observaba la calle hasta el Modesttor, hacía traer flores, contrataba a una ama de llaves durante los días de la visita; la cicatriz que tenía encima del hueso de la nariz se le enrojecía con la excitación, mujeres de limpieza invadían el sombrío cuerpo de edificio posterior, sacaban botellas de vino y las dejaban preparadas en el vestíbulo para cuando llegara el traperero; las botellas se acumulaban, primero en filas de cinco, luego en filas de diez, porque el largo del vestíbulo era insuficiente: rígido bosque de estacas de color verde oscuro, cuyas puntas contaba Leonore ruborizándose de su curiosidad indebida: doscientas diez botellas vaciadas entre primeros de mayo y primeros de septiembre, más de una botella diaria.

Jamás Fähmel olía a vino, ni le temblaban las manos; el bosque de color verde oscuro se convertía en algo irreal. ¿Lo había visto efectivamente o existía solo en sus ensueños? Jamás había visto a Schrit ni a Hochbret ni a Kanders; vivían lejos uno de otro, cada uno en su pequeño nido. Solo dos veces se habían descubierto mutuamente un error: cuando Schrit calculó mal las bases de la piscina municipal, lo cual fue descubierto por Hochbret. Leonore se excitó sobremanera, pero Fähmel solo le pidió que identificara, entre las anotaciones en lápiz rojo el margen del dibujo, cuáles eran

de Schrit y cuáles de Hochbret; y por primera vez se dio cuenta de que el jefe también era del oficio: durante media hora estuvo sentado a su escritorio manejando reglas de cálculo, tablas y lápices afilados, y luego dijo: «Hochbret tiene razón, la piscina se hubiera hundido antes de tres meses». Ni una sola palabra de reproche para Schrit, ningún elogio para Hochbret, y cuando —por única vez— el jefe firmó personalmente el visto bueno, Leonore le vio reírse; su risa le infundió tanto miedo como su cortesía.

El segundo error se le había escapado a Hochbret al calcular las bases estáticas del puente del ferrocarril encima de la Wilhelmskuhle, y esta vez fue Kanders quien descubrió el error, y Leonore volvió a ver a Fähmel —por segunda vez en el transcurso de cuatro años— sentado a su escritorio calculando. Tuvo que identificar otra vez las anotaciones en lápiz rojo de Hochbret y de Kanders; este incidente sugirió a Fähmel la idea de ordenar que los distintos colaboradores usaran colores distintos: Kanders rojo, Hochbret verde, Schrit amarillo.

Lentamente, mientras se le fundía en la boca un trozo de chocolate, Leonore escribió: «Casa fin de semana para una artista de cine»; mientras se le fundía en la boca el segundo trozo de chocolate, escribió: «Obras de ampliación de Societas, la más útil de todas las sociedades de utilidad pública». Por lo menos, los clientes se distinguían por el nombre y las señas, y los dibujos adjuntos le daban la impresión de que trabajaban en algo real: piedras y bloques de granito artificial, vigas, ladrillos de vidrio, sacos de cemento, todo eso se podía imaginar, mientras que Schrit, Kanders y Hochbret, a pesar de que todos los días escribía su dirección, continuaban siendo inimaginables. Jamás habían estado en la oficina, jamás llamaban por teléfono, jamás escribían una carta. Sin comentario alguno enviaban sus cálculos y estudios. «¿Para qué las cartas?, —había dicho Fähmel—. No se trata de coleccionar confidencias, ¿verdad?».

A veces, Leonore tomaba la enciclopedia del estante y buscaba el nombre de los lugares que escribía cada día en los sobres: Schilgenauel, 87 habitantes, de los cuales 83 católicos, famosa iglesia parroquial del siglo XII con un magnífico altar mayor. Allí vivía Kanders, cuyos datos personales figuraban en la póliza de seguros: treinta y siete años, soltero, católico... Schrit vivía más al norte aún, en Gludum: 1988 habitantes, de los cuales 1812 evangélicos, 176 católicos. Industria de conservas de pescado. Escuela de misioneros. Schrit tenía cuarenta y ocho años, casado, evangélico, dos hijos, de los cuales uno de más de dieciocho años. Leonore no necesitaba mirar el lugar de residencia de Hochbert, ya que vivía en un suburbio, en Blessenfeld, a solo treinta y cinco minutos de autobús, y muchas veces se le había ocurrido la idea estúpida de ir en su busca, cerciorarse de su existencia oyendo su voz, viéndole, sintiendo la presión de su mano, pero su poca edad —solo tenía treinta y dos años— y el hecho de que fuera soltero la hacían retenerse ante tal intimidad.

Aunque la enciclopedia describía los lugares donde residían Kanders y Schrit, como se describe una persona en un documento de identidad, y de que Blessenfeld le era familiar, aquellos tres personajes seguían siendo inimaginables, pese a que cada mes llenaba sus pólizas de seguro, les enviaba giros postales, revistas y estadísticas; seguían siendo tan irreales como ese Schrella que figuraba en la tarjeta encarnada, para quien Fährmel estaba siempre disponible, pero que durante cuatro años no había intentado verle ni siquiera una vez.

Leonore dejó sobre el escritorio la tarjeta encarnada que había dado motivo a su primera falta de cortesía. ¿Cómo se llamaba aquel caballero, que había entrado en la oficina a eso de las diez y había pedido con urgencia, con mucha, mucha urgencia, hablar con Fährmel? Era alto, con el cabello gris, el rostro ligeramente sonrosado, olía a ágapes exquisitos y caros, llevaba un traje que apeataba a inmejorable calidad; aquel caballero reunía de tal manera los atributos de poder, prestancia y simpatía masculina, que resultaba irresistible; su título, que él murmuró sonriendo, sonaba algo así como ministro —consejero, director general, jefe de gabinete de un ministerio— y cuando ella negó saber el paradero de Fährmel, él le puso la mano sobre el hombro y dijo sin pensarlo un instante: «Vamos, guapa, dígame francamente dónde le puedo encontrar», y ella confesó, sin saber cómo, el secreto que tan a menudo suscitaba sus conjeturas, aquel secreto que tanto la preocupaba: «Hotel *Prinz Heinrich*». Entonces él murmuró algo acerca de que era condiscípulo suyo, y se trataba de un asunto urgente, muy, muy urgente, algo acerca de resistencia, de armas; al marcharse, dejó un aroma a cigarro puro, que una hora más tarde el padre de Fährmel todavía husmeó con asombro.

—¡Dios mío, Dios mío, qué tabaco este, qué tabaco! El viejo olfateó a lo largo de las paredes, acercó la nariz al escritorio; se puso el sombrero, volvió a los pocos minutos con el encargado de la tienda de tabacos, en la que compraba desde hacía cincuenta años, y ambos se detuvieron un momento en el umbral para husmear, anduvieron de arriba a abajo de la oficina como perros excitados; el encargado se metió debajo del escritorio, donde, por lo visto, se había conservado toda una nube de humo de cigarro, se levantó, se sacudió las manos, sonrió con aire de triunfo y dijo:

—Sí, señor consejero, era un Partagás Eminentes.

—¿Y usted me los puede facilitar?

—Claro que sí, tengo en el almacén.

—¡Ay de usted si el aroma no es el mismo que acabo de oler aquí!

El encargado de la tienda volvió a fruncir la nariz y dijo:

—Partagás Eminentes, me dejo cortar la cabeza, señor consejero. Cuatro marcos cada puro. ¿Cuántos quiere usted?

—Uno, querido Kolbe, uno. Cuatro marcos es lo que ganaba mi abuelo a la semana, y yo respeto a los muertos, tengo mi sentimentalidad, como usted sabe. Dios

mío, este tabaco puede más que los veinte mil cigarrillos que mi hijo ha fumado aquí.

Leonore consideró un gran honor que se fumara el cigarro en su presencia; el anciano se arrellanó en el sillón de su hijo, que resultaba demasiado grande para él, y ella le metió un almohadón detrás de la espalda y le estuvo escuchando mientras se dedicaba a la más intachable de todas las ocupaciones: el franqueo. Despacio, pasar por encima de la esponjita un Heuss verde, rojo o azul, pegarlo con cuidado en el ángulo superior derecho de los sobres que se dirigirían a Schilgenauel. Gludum y Blessenfeld. Con precisión, mientras el viejo se abandonaba a un placer que parecía haber estado buscando en vano durante cincuenta años.

—Dios mío —decía—, por fin sé lo que es un cigarro, hija mía. He tenido que esperar a que llegara el día de cumplir mis ochenta años... pero, déjelo, criatura, no se excite de ese modo, claro que hoy cumpla ochenta años... ¿De manera que no ha sido usted la que ha comprado las flores por encargo de mi hijo? Está bien, gracias, ya hablaremos más tarde de mi cumpleaños, ¿verdad? La invito a la fiesta de esta noche en el café Kroner... pero dígame, querida Leonore, ¿por qué en los cincuenta años, dicho más exactamente son cincuenta y uno que llevo comprando en esta casa, jamás me habían ofrecido un cigarro como este? ¿Acaso soy avaro? Nunca lo he sido, usted lo sabe. Cuando era joven, fumaba mis cigarrillos de diez pfennig, cuando tuve un poco más de dinero los fumé de veinte y luego de sesenta durante muchos años. Dígame, hija mía, ¿qué clase de gentes son esas que andan por la calle con un puro de cuatro marcos en la boca, y entran y salen de una oficina, como si se tratara de un cigarrillo de una perra gorda? ¿Qué clase de gentes son esas que entre el desayuno y el almuerzo consumen tres veces el semanal de mi abuelo, y van dejando por ahí un aroma que quita el aliento a un pobre viejo como yo y le hace andar olfateando como un perro por la oficina de su hijo? ¿Cómo? ¿Compañero de escuela de Robert? ¿Consejero de Estado, director, subsecretario o quizás ministro? Seguro que le conocería. ¿Resistencia? ¿Armas?

Y de pronto un destello en sus ojos como si se hubiese abierto una ventanilla: el anciano se sintió transportado al segundo decenio de su vida, al tercero o al sexto, se encontró enterrando uno de sus hijos. ¿Cuál? ¿Johanna o Heinrich? ¿Sobre qué ataúd blanco echó puñados de tierra, sembró flores? Las lágrimas que asomaron a sus ojos, ¿eran las lágrimas del año 1909, en que enterró a Johanna, del año 1917, en que dio sepultura a Heinrich, o eran las del año 1942, en que recibió la noticia de la muerte de Otto? ¿Lloraba a la puerta del manicomio, donde había desaparecido su esposa? Lágrimas, mientras el cigarro se esfumaba en suaves torbellinos, que procedían del año 1902; el viejo Fämel enterraba a su hermana Charlotte, para quien había ahorrado doblón sobre doblón para que lo pasara mejor; el ataúd se deslizaba chirriando sobre las sogas, mientras los niños de la escuela cantaban *Torres, ¿a dónde ha huido la golondrina?* agudas voces infantiles penetraban en aquella oficina impecablemente organizada, y el oído del anciano las percibía a medio siglo de distancia; solo aquella mañana de octubre del año 1902 era real. Niebla sobre el Bajo

Rin, nubes de vaho dibujaban cintas sobre los campos de remolacha, por los vergeles de árboles frutales graznaban las cornejas como matracas de semana santa, mientras Leonore pasaba un Heuss encarnado por encima de la esponjita mojada. Treinta años antes de que ella naciera, unos niños campesinos cantaban: «Torres, ¿a dónde ha huido la golondrina?». Un Heuss verde por encima de la esponjita. Cuidado, las cartas a Hochbret llevaban franqueo de interior.

Cuando le sucedía eso, el anciano parecía ciego; Leonore hubiera querido ir rápidamente a la tienda de flores para comprarle un hermoso ramo, pero tenía miedo a dejarlo solo; el viejo Fährmel tendió las manos, ella le acercó cuidadosamente el cenicero, y él tomó el cigarro, se lo metió en la boca, miró a Leonore y dijo en voz baja:

—No vayas a creer que estoy loco, hija mía.

Leonore le apreciaba; solía ir regularmente a la oficina y se la llevaba para que, en sus tardes libres, se compadeciera de los libros guardados con tan poco esmero, al otro lado de la calle, arriba, encima de la imprenta, donde el anciano vivía en el «estudio de su juventud»; allí conservaba documentos revisados por inspectores fiscales, cuyas tumbas anónimas ya hacía tiempo que estaban en ruinas, desde antes de que ella aprendiera a escribir; resguardos ingleses de depósitos de libras esterlinas, cantidades en dólares, valores de propiedad de plantaciones en El Salvador; allá arriba removía balances polvorientos, descifraba estados manuscritos de cuentas bancarias que ya hacía tiempo que habían sido liquidadas, leía testamentos en los que el anciano disponía legados para hijos a los que sobrevivía desde hacía cuarenta años. «Lego a mi hijo Heinrich el usufructo de las dos fincas Stehlingers Grotte y Görlingers Stuhl, porque he observado en él aquella serenidad y aquella alegría en el crecimiento de las cosas que me parecen ser las condiciones previas indispensables para la vida de un campesino...».

—Aquí —exclamó el anciano blandiendo el cigarro en el aire—. Aquí dicté mi testamento a mí suegro, la tarde antes de marcharme a la guerra; se lo dicté mientras el muchacho dormía arriba; a la mañana siguiente me acompañó a la estación, me besó la mejilla —boca de un niño de siete años—, pero nadie, Leonore, nadie aceptó jamás mis regalos, todos volvieron a mis manos: fincas y cuentas en el banco, rentas e intereses de alquileres. Yo no pude regalar nunca nada, solo mi esposa lo supo hacer, y sus regalos fueron aceptados, y cuando, por la noche, estaba a su lado, a menudo la oía murmurar largo y tendido, suave como el agua fluía de su boca, horas y horas: *¿para qué, para qué, para qué...?*

El anciano volvía a llorar, esta vez vestido de uniforme, capitán de la reserva, consejero secreto de estado, Heinrich Fährmel, con permiso especial para ir a enterrar a su hijo de siete años; la tumba de los Kilb se apoderaba del ataúd blanco; muros oscuros, y húmedos; y resplandecientes como los rayos del sol las cifras doradas que indicaban la fecha de la muerte: 1917. Robert, vestido de terciopelo negro, esperaba allá fuera en el coche...

Leonore dejó caer el sello, esta vez de color violeta; no se atrevía a franquear la carta para Schrit; los caballos, a la puerta del cementerio, resoplaban impacientes, mientras a Robert Fährmel, que solo tenía dos años, le dejaban sostener las riendas: cuero negro, quebradizo en los bordes, y el resplandeciente oro de las cifras 1917 brillaba más que los rayos del sol...

—¿Qué hace, en qué se ocupa, mi hijo, el único que me queda, Leonore? ¿Qué hace por la mañana de nueve y media a once en el *Prinz Heinrich*? Le permitieron que mirara cómo ponían la cebadera a los caballos. ¿Qué hace? Dígamelo, Leonore.

Tímidamente recogió el sello violeta y dijo en voz baja:

—No sé lo que hace allí, de verdad no lo sé.

El anciano se metió el cigarro en la boca y se retrepó sonriente en el sillón, como si nada hubiese ocurrido.

—¿Qué le parecería si la contratara en firme todas las tardes? Le pasaré a recoger; comeremos juntos y de dos a cuatro, o hasta las cinco, si quiere, me ayudará a mí a poner orden allá arriba. ¿Qué le parece, hija mía?

Leonore inclinó la cabeza y dijo: «Sí». Todavía no se atrevía a pasar el Heuss violeta por encima de la esponjita, a pegarlo en el sobre dirigido a Schrit: un empleado de correos sacaría la carta del buzón, la máquina estampillaría: 6 de septiembre de 1958, 13 horas. El anciano estaba sentado allí, volvía a estar al final de su octavo decenio, al principio del noveno.

—Sí, sí —dijo Leonore.

—¿Puedo considerarla contratada, pues?

—Sí, señor.

Leonore contempló aquella cara flaca, en la que en vano había buscado durante años algún parecido con la del hijo; solo la cortesía parecía ser un rasgo familiar común a los Fährmel; en el anciano, era más rebuscada, florida, era cortesía a la antigua usanza, casi señorío, no matemática cortés como en el hijo, que cultivaba la sequedad y solo en el brillo de sus ojos grises dejaba sospechar que hubiera sido capaz de afabilidades menos secas. El anciano utilizaba verdaderamente su pañuelo, mascaba su cigarro, le hacía a veces algún cumplido acerca de su peinado, de su tez; su traje, por lo menos, revelaba huellas de desgaste, la corbata siempre estaba anudada algo torcida, llevaba manchas de tinta china en los dedos, migas de goma de borrar en las solapas, lápices duros y blandos en el bolsillo de la chaqueta y, a veces, tomaba una hoja de papel del escritorio de su hijo y esbozaba rápidamente un ángel, un cordero de Dios, un árbol, el retrato de un conciudadano que pasaba en aquel momento por la calle. A veces, incluso le daba dinero para que fuera a buscar pasteles, le pedía que hiciera una segunda taza de café y la hacía feliz porque, por fin, podía enchufar el hornillo eléctrico para alguien que no fuera ella misma. Aquello era vida de oficina tal como ella estaba acostumbrada a vivirla: hacer café, comprar pasteles y oír contar algo verdaderamente consecuente: de las vidas que habían transcurrido allá detrás, en el otro cuerpo de edificio, de la gente que había muerto

allí. Durante siglos, los Kilb habían buscado allí atrás vicios y luz, pecados y salvación, habían sido chambelanes del imperio, notarios, burgomaestres y canónigos; allí atrás se conservaba todavía algo de las austeras oraciones de los últimos prelados, de los turbios deseos de solteronas Kilb, de las penitencias de fervorosos jóvenes, en aquella oscura casa de atrás, donde ahora, en las tardes tranquilas, una muchacha pálida y de cabello oscuro hacía sus deberes escolares mientras aguardaba a su padre. ¿Quién sabe?, tal vez estaba él también en casa por la tarde. Doscientas diez botellas de vino vaciadas entre principios de mayo y principios de septiembre. ¿Se las bebía solo, con su hija o con fantasmas? ¿Acaso con ese Schrella que jamás había preguntado por él? Todo eso era irreal, menos real que el cabello rubio ceniza de la joven escritora que, cincuenta años atrás, había estado sentada en ese mismo sitio y había guardado secretos notariales.

—Sí, se sentaba aquí, querida Leonore, exactamente en el mismo sitio en que está sentada usted ahora, se llamaba Josephine.

¿Acaso le había hecho también cumplidos acerca de su peinado, de su tez?

El anciano señaló sonriendo el lema que colgaba sobre el escritorio de su hijo, único superviviente de tiempos pasados, pintado en caracteres blancos sobre caoba: *Llena está su diestra de dones*. Lema de la incorruptibilidad, tanto de los Kilb como de los Fähmel.

—Ninguno de mis dos cuñados, los dos últimos varones de la familia, tuvo afición al Derecho; el uno se sintió atraído por los ulanos, el otro por la ociosidad, pero los dos, el ulano y el ocioso cayeron el mismo día, en el mismo regimiento, en el mismo ataque, junto a Erby-la-Huette; los dos cargaron a caballo contra el fuego de las ametralladoras, borraron el nombre de Kilb, se llevaron consigo a la tumba, a la nada, junto a Erby-la-Huette, vicios tan virulentos como la escarlatina.

El anciano se sentía feliz cuando llevaba argamasa en las perneras del pantalón y le podía pedir que le limpiase aquellas huellas. A menudo llevaba gruesos rollos de dibujos debajo del brazo, de los cuales Leonore nunca podía saber si los había sacado sencillamente de su archivo o si respondían a verdaderos encargos. El viejo sorbió el café, lo elogió, le acercó el plato de los pasteles y dio otra chupada a su cigarro. Su rostro volvió a iluminarse devotamente.

—¿Condiscípulo de Robert? En realidad, tendría que conocerle. ¿Seguro que no se llamaba Schrella? ¿Está usted segura...? No, no, ese no fumaría jamás esos cigarros, ¡qué tontería! ¿Y usted le ha enviado al *Prinz Heinrich*? Ya verá qué escándalo, querida Leonore, habrá sermón. No le gusta que le interrumpen las oraciones, a mi hijo Robert. Ya era así cuando niño: cariñoso, cortés, inteligente, correcto, pero si se pasaba de determinados límites, no perdonaba a nadie. No le hubiera importado cometer un asesinato. Siempre me dio un poco de miedo. ¿A usted también? Pero, hija mía, no le va a hacer nada por eso, sea razonable. Ande, vamos a comer, a celebrar un poco su nuevo empleo y mi cumpleaños. No haga tonterías. Si ya la ha reñido por teléfono, ya está liquidado. Lástima que no se acuerde del

nombre. No tenía la menor idea de que siguiera tratándose con antiguos discípulos. Ande, vamos. Hoy es sábado, y a él no le importa que se marche más pronto. Yo me hago responsable de todo.

Dieron las doce en Sankt Severin. Leonore contó rápidamente los sobres, veintitrés, los recogió, dispuesta a no soltarlos. ¿Había estado verdaderamente solo media hora con ella? Acababa de sonar la décima de las doce campanadas previstas.

—No, gracias —dijo—, no me pongo el abrigo y, por favor, no vayamos al *Löwe*.

Solo media hora; las prensas ya habían cesado de trepidar, pero el jabalí continuaba sangrando.

Para el portero, aquel ademán se había convertido ya en ceremonia, casi en liturgia, había entrado a formar parte de su carne y de su sangre: todas las mañanas, a las nueve y media en punto, descolgar la llave del tablero, sentir el contacto de la mano seca y cuidada que recogía la llave; una mirada al rostro severo, pálido, con la cicatriz rojiza sobre el hueso de la nariz; luego, pensativo, con una tenue sonrisa, que soto una mujer hubiera sido capaz de advertir, seguir con la mirada a Fähmel, que, sin hacer caso del ademán de invitación del chico del ascensor, emprendía la subida por la escalera, y, con la llave del salón de billar, iba golpeando suavemente los barrotes de latón de la barandilla: cinco, seis, siete, veces se oía sonar, como si fuera un xilófono de nota única. Medio minuto más tarde llegaba Hugo, el mayor de los botones, preguntaba: «¿Como siempre?», y el portero asentía con la cabeza, sabía que Hugo iría al restaurante, pediría un coñac doble y una jarra de agua y desaparecería hasta las once, arriba en el salón de billar.

El portero presentía un drama tras aquella costumbre de jugar al billar, por la mañana entre las nueve y media y las once, siempre en compañía del mismo botones; un drama o un vicio; contra el vicio había un remedio: discreción; esta tenía un precio, una curva; discreción y dinero estaban en estrecha relación, como la abscisa y la ordenada; quien tomaba aquí una habitación, compraba conciencias discretas, ojos que veían sin ver, orejas que oían sin oír; contra el drama, en cambio, no había protección; el portero no podía poner a la puerta a todo presunto suicida, porque todos eran suicidas en potencia; llegaban tostados por el sol, con cara de artista de cine, siete maletas, sonreían al serles indicada la habitación, y en cuanto estaban estibadas las maletas y el botones se había marchado, se sacaban del bolsillo del abrigo la pistola cargada, con el seguro levantado de antemano, y se pegaban un tiro en la cabeza; o llegaban escurridizas como si salieran de la tumba, con dientes de oro, cabellos de oro, zapatos de oro, sonrientes como calaveras, fantasmas que buscaban en vano el placer, encargaban un desayuno en la habitación para las diez y media, colgaban en el pomo exterior de la puerta un cartelito: «no estorbar, por favor», amontonaban, por dentro, todas sus maletas contra la puerta, y se tragaban la cápsula de veneno. Y mucho antes de que las camareras asustadas dejaran caer las bandejas de los desayunos, se murmuraba por toda la casa: «En el número 12 hay una mujer muerta», se murmuraba ya por la noche, cuando los últimos clientes del bar se dirigían cautelosamente a sus habitaciones y se estremecían ante el silencio que había tras de la puerta de la habitación número 12; los había que sabían distinguir el silencio del sueño del silencio de la muerte. El drama: el portero lo presentía cada vez que veía a Hugo subir al salón de billar, un minuto después de las nueve y media, con el coñac doble y la jarra de agua.

A aquella hora le era difícil prescindir del botones: sobre la mesa de recepción se crispaban manos que pedían la cuenta, que recogían prospectos, y él descubría siempre que a aquella hora —pocos minutos después de las nueve y media— empezaba a estar descortés; como precisamente ahora, con aquella maestra, la octava o novena que preguntaba el camino de la necrópolis infantil romana; su tez colorada denotaba un origen campesino, y ni sus guantes ni su abrigo correspondía a los ingresos que cabía suponer disfrutaban los clientes del *Prinz Heinrich*. El portero se preguntaba cómo habría ido a perderse entre aquel rebaño de cabras alborotadas, ninguna de las cuales juzgaba necesario preguntar por el precio de la habitación; a menos que aquella mujer que ahora se mordía intimidada los guantes, hiciera el milagro alemán por el que Jochen había ofrecido un premio de diez marcos: «Doy diez marcos a quien me nombre a un alemán que haya preguntado el precio de algo». No, ella tampoco le haría ganar el premio; haciendo un esfuerzo por dominarse, el portero le indicó amablemente el camino de la necrópolis infantil romana.

La mayoría reclamaban precisamente los servicios del botones que por una hora y media habría de permanecer en el salón de billar; todos querían que les llevara las maletas al vestíbulo, al autobús de la compañía de aviación, a la parada de taxis, a la estación; turistas malhumorados, que esperaban la cuenta en el hall, que hablaban de horarios de salida y de llegada de aviones, querían que Hugo les sirviera hielo para sus whiskys o les diera fuego para sus cigarrillos, que dejaban pender apagados de sus bocas para poner a prueba el estilo de Hugo; solo Hugo podía esperar que le dieran las gracias con un cansino ademán, solo cuando estaba Hugo sus rostros se contraían en misteriosos espasmos; rostros impacientes, cuyos propietarios apenas contenían su afán de llevar su mal humor a lejanos continentes, estaban a punto de salir para ir a comprobar lo bronceado de su tez en los espejos de algún hotel persa o de los Alpes bávaros; chillonas voces femeninas reclamaban objetos olvidados: «Hugo, mi anillo...». «Hugo, mi bolso...». «Hugo, mi lápiz de labios...» todas esperaban que Hugo corriera al ascensor y subiera silenciosamente a buscar en la habitación 19, la 32, o la 46, el anillo, el bolso o el lápiz de labios. Y llegaba la vieja solterona con su perrito, que acababa de lamer leche; de comer miel o de desperdiciar unos huevos al plato y necesitaba ser sacado a la calle a aliviar sus necesidades perrunas y renovar su decadente olfato en los postes de las paradas de venta ambulante, en los autos estacionados y en los tranvías parados; por lo visto, solo Hugo sabía comprender la situación moral del perrito, Y la abuela Bleesiek, que todos los años venía a pasar cuatro semanas en el hotel, para visitar a sus hijos y a sus nietos cada vez más numerosos, no más llegaba y preguntaba ya por Hugo: «¿Todavía está aquí aquel muchachito con cara de monaguillo, tan delgaducho y pálido, aquel pelirrojo que tiene la mirada tan seria?». Hugo tenía que leerle el periódico local a la hora del desayuno, mientras ella lamía miel, bebía leche y no

desperdiciaba los huevos al plato; la anciana parecía estar en la gloria cuando el muchacho pronunciaba nombres de calles que le eran familiares desde niña; accidente en el Ehrenfeldgürtel. Atraco en la Friesenstrasse. «Así tenía yo de largas las trenzas, cuando patinaba por allí, así de largas, hijo mío». La anciana era delicada, pero tenaz, quién sabe si atravesaba a vuelo el océano solo para ver a Hugo: «¿Cómo? —decía desilusionada—. ¿Hugo no estará libre hasta después de las once?».

El chófer del autobús de la compañía de aviación, plantado en la puerta giratoria, levantaba la mano para avisar que era hora de salir, mientras, en la caja, estaba todavía calculando los precios de desayunos complicados; un individuo que había pedido medio huevo al plato devolvía indignado la cuenta porque se le facturaba uno entero, pero rechazaba más indignado aún la oferta del gerente, dispuesto a regalarle el medio huevo, y exigía una nueva cuenta en la que se le facturara solo medio. «Insisto en que se me haga». Era evidente que aquel individuo daba la vuelta al mundo únicamente para poder enseñar comprobantes de que se le habían facturado medios huevos al plato.

—Sí —decía el portero—, la primera calle a la izquierda, luego la segunda a la derecha después la tercera otra vez a la izquierda, y la señora verá el letrero indicador: «A la necrópolis infantil romana». Finalmente, el chófer del autobús podía reunir a sus pasajeros; por fin, todas las maestras parecían haber encontrado el buen camino, todos los perritos gordos parecían haber sido Llevados a mear. Pero el señor del 11 continuaba durmiendo y, en la puerta, colgaba el letrero: «No estorbar, por favor». Un drama en la habitación número once o en el salón de billar; la ceremonia en medio del estúpido barullo de la salida del autobús: descolgar la llave del tablero, contacto con la mano, mirada al pálido rostro a la cicatriz rojiza sobre el hueso de la nariz, el «¿como siempre?» de Hugo, el gesto de asentimiento del otro: billar desde las nueve y media hasta las once. Pero el servicio de información interno del hotel todavía no había podido anunciar ningún drama ni ningún vicio: efectivamente, desde las nueve y media hasta las once, aquel caballero jugaba al billar, tomaba pequeños sorbos de coñac y sorbos de agua, fumaba, se hacía contar por Hugo la historia de su infancia, le contaba cosas de la suya propia, permitía incluso que las camareras o las mujeres de la limpieza, a su paso hacia el montacargas, se pararan en la puerta abierta, le contemplaran y él levantaba los ojos del juego y les sonreía. No, no, aquel hombre no hacía ningún mal.

Jochen salió cojeando del ascensor; llevaba una carta en la mano, que ahora levantó sacudiendo la cabeza. Jochen vivía arriba de todo, debajo del palomar, disfrutando de la compañía de sus emplumados amigos que le traían noticias de París, de Roma, de Varsovia y de Copenhague; Jochen, con su uniforme de fantasía, que figuraba algo así entre príncipe heredero y suboficial, era difícil de clasificar: un poco factótum y otro poco eminencia gris, todo el mundo confiaba en él y él trataba con confianza a todo el

mundo; ni portero, ni camarero, ni gerente ni criado, sin embargo, sabía de todo, incluso de cocina; suya era la ingeniosa frase, pronunciada siempre que circulaban murmuraciones sobre la inmoralidad de algún huésped: «¿De qué nos serviría nuestra fama de discretos, si la moral se respetase, y de qué vale la discreción si no queda nada que deba ser tratado discretamente?». Un poco confesor, otro poco secretario particular, otro poco alcahuete, Jochen, con los dedos deformados por el reuma, abrió la carta sonriendo maliciosamente.

—Te habrías podido ahorrar los diez marcos; yo hubiera podido darte —y de balde— mil veces más informaciones que ese farsante. «Agencia de información Argos. Acompañamos los informes solicitados acerca del doctor Robert Fähmel, arquitecto, residente en la Modestgasse, número 7. El doctor Fähmel tiene 42 años y es viudo, con dos hijos. El hijo: 22 años, arquitecto, reside fuera de aquí. La hija: 19, es estudiante. La fortuna del doctor Fähmel es considerable. Emparentado con los Kilb por el lado materno. Ningún informe desfavorable». Jochen se rio entre dientes:

—Ningún informe desfavorable. Como si del chico Fähmel se hubiese sabido alguna vez algo desfavorable, ni se sabrá nunca. Es una de las pocas personas por las que pondría en cualquier momento la mano en el fuego, ¿me oyes?, esa mano tan vieja, tan estropeada y reumática. Con ese puedes dejar tranquilamente solo al chico, no es de esta calaña, y si lo fuera, no veo por qué no se le tendría que permitir lo que se permite a esos maricas de los ministros. Pero él no es de esa calaña; a los veinte años ya tuvo un crío con la hija de un compañero nuestro, quizás le recuerdes, aquel Schrella que trabajó un año aquí con nosotros. ¿No? A lo mejor todavía no estabas tú aquí. Yo solo te digo una cosa y es que dejes al joven Fähmel que juegue tranquilamente a billar. Gran familia. Verdaderamente. A eso se llama raza. Yo conocí todavía a su abuela, a su abuelo, a su madre y a sus tíos; hace cincuenta años que ya jugaban aquí a billar. Los Kilb, eso todavía no lo sabes, vivían en la Modestgasse desde hace trescientos años. Ya no queda ninguno. Su madre está chiflada, perdió dos hermanos y se le murieron tres hijos. No lo pudo resistir. Pero era toda una señora. Una de aquellas que no hablan, ¿sabes? En su vida comió ni una miga de pan más de lo que le correspondía en el racionamiento, ni una alubia, ni se lo dio a sus hijos. Decían que estaba loca. Todo lo que le daban de más, lo regalaba: y hay que ver cuánto le enviaban: tenían fincas, y el abad de Sankt Anton, allá abajo en el valle del Kissa, le mandaba botes de mantequilla, jarras de miel, pan; pero ella jamás lo probó ni se lo dio a sus hijos o a sus nietos; tenían que comer el pan de serrín con mermelada pintada encima, mientras su madre lo regalaba todo; incluso repartía monedas de oro; yo la vi con mis propios ojos —sería allá por el año dieciséis o diecisiete—, la vi salir por la puerta de su casa con los panes y una jarra de miel. ¡Miel en 1917! ¿Te lo imaginas? Pero no tenéis memoria y no os podéis figurar lo que eso representaba: miel en 1917 y miel en el invierno del 41 o 42, y aquella mujer corriendo a la estación de mercancías, empeñada en irse con los judíos. Decían que estaba loca. La encerraron en un manicomio, pero yo no creo que esté loca. Esta clase

de mujeres ya solo las podrás encontrar en el museo, en algún cuadro antiguo. Por su hijo me dejaría cortar a pedazos y si no se le sirve divinamente, verás tú qué escándalo armaré yo aquí en esta casa, y aunque hubiera noventa y cinco viejas preguntando por Hugo, sí él quiere que el chico esté con él, con él estará. ¡Agencia de información Argos! ¡Pagar diez marcos a esos idiotas! A lo mejor te atreves a decirme que no conoces a su padre, al viejo Fähmel. ¿No? Menos mal, te felicito; le conoces y no se te había ocurrido la idea de que podía ser el padre de ese que está arriba jugando al billar. Supongo que al viejo Fähmel le conocen hasta los niños. Llegó aquí hace cincuenta años, con un traje de su tío vuelto al revés y una o dos monedas de oro en el bolsillo... y ya jugaba a billar aquí, aquí, en el hotel *Prinz Heinrich*, cuando tú todavía no sabías lo que era un hotel ¡A eso le llaman porteros! Deja en paz a ese de arriba. No tengas miedo, no hará ninguna tontería, ningún mal, lo más que le puede ocurrir es volverse tarumba, pero a la quieta. Era el mejor jugador de béisbol, el mejor corredor de los cien metros que hemos tenido nunca en la ciudad; era un muchacho íntegro y, si era necesario, duro; no podía soportar las injusticias, y si no puedes soportar las injusticias, pronto te ves enredado en política; empezó ya a los diecinueve años. Y le hubieran cortado la cabeza tan guapamente o le hubieran condenado a veinte años si no logra escapar. Sí, ya puedes mirarme cuanto quieras; se largó y se pasó tres o cuatro años en el extranjero; qué pasó exactamente no lo he sabido nunca; lo único que sé es que el viejo Schrella también estaba enredado en el asunto, así como la muchacha con la que tuvo luego el hijo; él volvió y no le hicieron nada; fue soldado de zapadores; todavía me parece que le veo, cuando venía de permiso con su uniforme con galones negros. No me mires con esa cara de estúpido. ¿Quieres saber si fue comunista alguna vez? No te lo puedo decir, pero aunque lo hubiera sido, ¿qué? Anda, vete a desayunar, ya me entenderé yo con esos vejstorios.

Drama o vicio; la cosa se mascaba en el aire; pero Jochen siempre había sido demasiado inocente, jamás había sospechado ningún suicidio ni había hecho caso a los huéspedes trastornados que detrás de las puertas cerradas de las habitaciones habían sabido distinguir el silencio de la muerte del silencio del sueño; por mucho que se las diera de listo y de baqueteado, aquel viejo seguía creyendo en los hombres.

—Bueno, como quieras —dijo el portero—, voy a desayunar. No dejes subir a nadie, eso es lo que recomienda por encima de todo. Toma —y dejó la tarjeta encarnada sobre la mesa de recepción—: «Estoy en todo momento a disposición de mi madre, mi padre, mi hijo y el señor Schrella; no estoy para nadie más».

—¿Schrella? —pensó Jochen alarmado—, ¿vive aún? Yo diría que le mataron... pero, a lo mejor, tenía un hijo...

Aquel aroma mataba todo lo que se había estado fumando en el *hall* durante los últimos quince días, aquel aroma le precedía a uno como un estandarte: ahí voy yo, el

importante, el vencedor, el hombre a quien nadie resiste; metro ochenta y nueve, cabello gris, cuarenta y tantos años, traje de primerísima calidad, de hombre de gobierno; así no visten ni los comerciantes, ni los industriales, ni los artistas; aquello era elegancia de alto funcionario Jochen lo olía, aquel hombre era un ministro, un diplomático, alguien cuya firma tenía fuerza de ley; aquel hombre atravesaba sin dificultad las puertas acolchadas, las puertas de acero, las puertas de hojalata de las salas de espera, con sus hombros de locomotora rompehielos se quitaba de delante todos los obstáculos, irradiaba cortesía amable, que todavía revelaba su reciente aprendizaje, dejaba pasar a la anciana, que en aquel momento volvía a tomar su asqueroso perrito de manos de Erich, el segundo botones, ayudaba incluso al esqueleto salido de la tumba a llegar hasta la baranda de la escalera.

—De nada, señora.

—Nettlinger.

—¿En qué puedo servirle, doctor?

—Necesito ver al doctor Fähmel. Urgentemente. En seguida. Asunto oficial.

Movimiento de cabeza, suave negativa, sin dejar de jugar con la tarjeta encarnada. Madre, padre, hija, Schrella. Ningún deseo de ver a Nettlinger.

—Pero yo sé que está aquí.

¿Nettlinger? ¿No había yo oído este nombre antes de ahora? Esta cara tendría que recordarme algo, algo que me había propuesto no olvidar. Este nombre ya lo había oído hace muchos años y me había dicho: fíjate bien, no lo olvides, pero ahora ya no sé lo que tenía que recordar. De todas maneras: cuidado. Seguramente te daría mareo si supieras todo lo que ha hecho este individuo, estarías vomitando sin poder parar hasta el fin de tus días si tuvieras que contemplar la película que le pasarán a este el día del juicio final: la película de su vida; este es de los que arrancan muelas de oro a los cadáveres, de los que trasquilan a los niños. ¿Drama o vicio? No, lo que flota en el aire es asesinato.

Y esta clase de gente no sabía nunca cuándo era oportuna una propina; solo esto ya delataba su raza; ahora quizás hubiera sido el momento de un cigarro, pero no de una propina, y menos aún, elevada: el billete verde dé veinte marcos que dejó sonriendo sobre la mesa de recepción. ¡Qué tonta es la gente! No conocen siquiera los principios más elementales del trato humano, ni siquiera las leyes más sencillas del trato con conserjes; como si en el *Prinz Heinrich* se vendiera un secreto; como si a un cliente que paga cuarenta o cincuenta marcos por una habitación se le vendiera por un billete verde; veinte marcos de un desconocido, cuya única presentación era un cigarro y la tela de su traje. Y a esa clase de individuos los hacían ministros o diplomáticos, sin conocer siquiera el abecé del arte más difícil de todos, el del soborno. Jochen meneó la cabeza entristecido, sin tocar el billete. *Llena está su diestra de dones.*

Increíble: al billete verde fue añadido otro azul, la oferta fue elevada a treinta marcos, una espesa nube de aroma Partagás-Eminentes fue proyectada a la cara a

Jochen.

Ya puedes ir soplando, ya puedes ir echándome a la cara tu humo de cigarro de cuatro marcos y dejar otro billete violeta. A Jochen no se le compra. No es para ti ni por tres mil; no he apreciado a mucha gente en mi vida, pero a ese muchacho le aprecio. Has tenido mala suerte, amigo de aspecto importante, de mano avezada a firmar, llegaste un minuto y medio tarde. Deberías adivinar que eso de los billetes de banco es lo menos adecuado para tratar conmigo. Tengo incluso un contrato en el bolsillo, firmado ante notario, que acredita que tengo el derecho de ocupar, mientras viva, mi habitacioncita en el tejado, que puedo criar mis palomas; puedo escoger lo que más me guste para desayunar y comer y me dan además ciento cincuenta marcos al mes, limpios, tres veces más de lo que necesito para fumar; tengo amigos en Copenhague, en París, Varsovia y Roma... y si tú supieras cómo se ayudan entre sí los criadores de palomas mensajeras..., pero tú no sabes nada, solo crees saber que con dinero se puede alcanzar todo; esta clase de enseñanzas os las dais vosotros mimos. Y claro, hay conserjes de hotel que hacen cualquier cosa por dinero, venden a su propia abuela por un billete violeta de cincuenta marcos. Solo hay una cosa que no puedo hacer, amigo mío, mi libertad tiene una sola excepción: mientras estoy de servicio de portería aquí abajo, no puedo fumar mi pipa, y esta excepción la lamento por primera vez hoy, porque si la tuviera, enfrentaría mi picadura negra con tu Partagás Eminentes. Hablando claro: puedes lamerme el culo doscientas mil veces si quieres pero no esperes que te venda a Fähmel. Este jugará en paz al billar desde las nueve y media hasta las once, aunque yo sabría darle una ocupación mejor: por ejemplo, estar sentado en el ministerio en tu lugar. O hacer lo que hacía de joven: poner bombas, para calentar los fondillos de los pantalones a los cochinos como tú. Pero descuida, si quiere jugar al billar desde las nueve y media hasta las once, que lo haga, para eso estoy yo aquí, para cuidar que nadie le estorbe. Y ahora puedes guardarte los billetes en el bolsillo y dejar limpia la mesa, y si vuelves a añadir uno solo, no respondo de lo que puede pasar. Me he tragado toneladas de faltas de tacto, he soportado con paciencia un sinfín de actos de mal gusto, he inscrito adúlteros y maricas aquí en mi lista, he cerrado el paso a esposas furiosas y a maridos cornudos... y no creas que no me haya costado lo mío aprenderlo. Yo fui siempre un muchacho decente, era monaguillo como lo eras tú seguramente también y cantaba las canciones del padre Kolping y de San Aloisio, en el coro; cuando tenía veinte años ya hacía seis que trabajaba en esta casa. Y si todavía no he perdido la fe en la humanidad, se lo debo a un par de personas como el joven Fähmel y su madre. ¡Quita de ahí tu dinero, sácate el cigarro de la boca, inclínate ante un viejo como yo que ha visto más vicios de los que tú puedas soñar en tu vida, hazte abrir la puerta por el botones de allí atrás y desaparece!

—¿Lo he oído bien? ¿Quieres hablar con el director?

Se ha puesto encarnado y luego lívido de rabia.

¡Maldita sea!, ya he vuelto a pensar en voz alta y a lo mejor te he tuteado; eso sería molesto, sería una imperdonable equivocación; a la gente como usted no la tuteo.

¿Qué franquezas me permito? Soy un pobre viejo, de casi setenta años, y he pensado en voz alta; estoy un poco esclerótico, atontado y me acojo al párrafo cincuenta y uno, como quien dice la sopa boba.

¿Resistencia y armas? Esa me faltaba. El despacho del director está a la izquierda, por favor, la segunda puerta a la derecha, el libro de reclamaciones está encuadernado en tafilete. Y si se te ocurriera alguna vez pedir un par de huevos al plato y yo estuviera por casualidad en la cocina, si pasara la bandeja por mi lado, consideraría un honor para mí poder escupir personalmente en la fuente. Entonces recibirías mi declaración de amor al natural, mezclada con mantequilla fundida. De nada, señor.

—Ya se lo dije, señor; la dirección está por aquí a la izquierda, segunda puerta a la derecha. El libro de reclamaciones está encuadernado en tafilete. ¿Desea el señor que le anuncie? A sus órdenes. Telefonista. Haga el favor de ponerme con el señor director. Señor director, un caballero... ¿Cómo dice que se llama? Nettlinger, perdone, el doctor Nettlinger desea hablar urgentemente con usted. ¿A propósito de qué? Una reclamación contra mí. Sí, gracias. El señor director le espera. Ya lo creo, señora, esta noche fuegos artificiales y desfile, la primera calle a la izquierda, luego la segunda a la derecha, otra vez la tercera a la izquierda y verá el cartel: *A la necrópolis infantil romana*. No hay de qué, señora. Gracias. Un marco no hay que despreciarlo, viniendo de una mano de maestra tan honrada. Sí, fíjate, como acepto sonriendo la pequeña propina y rehúso la grande. Las necrópolis infantiles romanas son una cosa clara. Aquí no se derrocha el óbolo de la viuda. Y las propinas son el alma de la profesión.

—Sí, por allí, eso es.

Antes de que bajen del taxi ya sé si son adúlteros. Los huelo desde lejos, conozco los más despreocupados de todos los gestos despreocupados posibles. Hay los tímidos, se les ve tan claramente que le entran a uno ganas de decirles: no hay para tanto, hijos míos, a otros les ha pasado lo mismo; hace cincuenta años que estoy en el oficio y as ahorraré lo más desagradable. Cincuenta y nueve marcos con ochenta pfennig, incluida la propina, por una habitación doble; a cambio de eso podéis exigir un poco de comprensión, y aunque la pasión os atormente demasiado, no empecéis, por favor, en el ascensor. En el hotel *Prinz Heinrich* se hace el amor detrás de puertas dobles... No estén tan intimidados, los señores, no tengan tanto miedo; ¡si supierais cuántas han liquidado sus necesidades sexuales en estas habitaciones, santificadas por sus altos precios! Los hubo piadosos y descreídos, malos y buenos. Una habitación doble con baño, una botella de champán servida en la habitación. Cigarrillos. Desayuno a

las diez y media. Está bien. ¿Quiere usted firmar aquí, por favor, caballero? No, aquí no... y espero que no seas tan necio que firmes con tu nombre auténtico. Estas listas van a la policía, se archivan selladas, son documentos y tienen valor de testimonio. No te fíes de la discreción de los burócratas, hijo mío; cuantos más hay, más comida necesitan. A lo mejor fuiste también alguna vez comunista, entonces ándate doblemente con cuidado. Yo también lo fui, y católico, además. Eso son cosas que no se van con la colada. Todavía hay gente que no permito que nadie toque, y quien delante de mí diga alguna burrada sobre la Virgen María, o se burle del padre Kolping, verá lo que le ocurre. Botones, habitación 42. El ascensor está allí, señor.

Estos son precisamente los que yo esperaba, son los adúlteros descarados, que no tienen nada que esconder, que se disponen a demostrar a todo el mundo lo libres que son. Pero si no tenéis nada que esconder, ¿por qué ponéis esa cara tan arrogante y hacéis alarde de no tener nada que esconder? Si verdaderamente no tenéis nada que ocultar, no hay por qué ocultarlo. ¿Quiere usted firmar aquí, por favor, caballero? No, aquí no... La verdad, con esa majadera no quisiera yo tener nada que ocultar. No, con esa sí que no. Con el amor ocurre lo mismo que con las propinas. Pura cuestión de instinto. Eso se le ve ya en la cara a una mujer, si vale la pena de tener algo que esconder con ella. Con esta te digo que no la vale, puedes creerme, muchacho. Los sesenta marcos de la habitación, mas, el champán y la propina y el desayuno y todo lo que tendrás que regalarle aún: no vale la pena. Mejor te valdría una muchacha de la calle, una puta decente, que supiera bien su oficio, y que por lo menos te daría por lo que pagas. Botones, la habitación 43 para los señores. ¡Dios mío, y qué estúpida es la gente!

—Sí, señor director, voy en seguida, sí, señor director.

Claro que la gente como tú parecen hechos ex profeso para director del hotel; eso es como las mujeres que se hacen extirpar ciertos órganos; ya no hay más problemas, pero ¿qué sería el amor sin problemas? Y cuando uno se hace extirpar la conciencia, ya no puede ser ni siquiera cínico. Un hombre sin penas, ya no es un hombre. A ti te enseña de botones, estuviste cuatro años bajo mi férula, luego fuiste a conocer mundo, estudiaste en escuelas, aprendiste idiomas, asististe, en casinos de oficiales aliados y no aliados, a las bromas bárbaras de vencedores y vencidos borrachos, luego volviste aquí, y tu primera pregunta cuando llegaste reluciente, gordo y sin conciencia fue: «¿Todavía está aquí el viejo Jochen?». Pues sí, muchacho, todavía estoy aquí.

—Kuhlgamme, ha ofendido usted a este caballero.

—No fue mi intención, señor director, y, en realidad, no fue una ofensa. Yo le podría nombrar a centenares de personas que considerarían un honor el hecho de que

yo les tuteara.

El colmo de la desfachatez. Era increíble.

—Se me ha escapado, sencillamente, doctor Nettlinger. Soy un viejo y hasta cierto punto estoy acogido a los beneficios del párrafo cincuenta y uno. El señor exige una reparación...

—¡Ahora mismo! Si usted me lo permite, le diré que no considero un honor ser tuteado por un portero de hotel.

—Pida perdón al señor.

—Pido perdón al señor.

—No en ese tono.

—¿En qué tono quiere que lo pida? Pido perdón al señor, pido perdón al señor, pido perdón al señor. Estos son los tres tonos de que dispongo: por favor, elija usted el que más le guste. Ve usted, a mí no me importa una humillación más o menos. Soy capaz de arrodillarme en esta alfombra, de golpearme el pecho, con lo viejo que soy. Aunque en realidad a mí también se me debe una reparación: intento de soborno, señor director. El honor de nuestra distinguida casa ha estado en peligro. ¿Un secreto profesional por treinta cochinos marcos? Me siento herido en mi honor y en el honor de esta casa, a la que hace más de cincuenta años que sirvo, exactamente, cincuenta y seis años.

—Basta ya, por favor, con esa escena deplorable y ridícula.

—Acompañe usted inmediatamente al señor al salón de billar, Kuhlgame.

—No.

—Usted acompañará al señor al salón de billar.

—No.

—Sentiría mucho, Kuhlgame, después de los años que lleva usted trabajando en esta casa, tener que prescindir de usted por negarse a cumplir una orden tan sencilla.

—En esta casa, señor director, ni una sola vez ha dejado de tenerse en cuenta el deseo de un cliente de que no se le molestara, excepto, claro está, en los casos de fuerza mayor, Policía secreta. Entonces no teníamos más remedio.

—Considere mi caso como un caso de fuerza mayor.

—¿Viene usted en nombre de la policía secreta del estado?

—No tolero esta clase de preguntas.

—Kuhlgame, acompañe inmediatamente al señor al salón de billar.

—¿Quiere ser usted el primero, señor director, que manche el pabellón de la discreción?

—Entonces le acompañaré yo mismo al salón de billar, doctor.

—Antes pasará sobre mi cadáver, señor director.

Hay que haberse dejado sobornar tantas veces como yo, hay que ser tan viejo como yo para saber que hay cosas que no se compran; el vicio deja de ser vicio si no existe

la virtud y tú no puedes saber qué es la virtud si ignoras que incluso hay ramera que no aceptan a ciertos clientes. Pero yo debería saberlo, que eres un cochino. Semanas enteras estuviste ensayando conmigo, arriba en mi cuarto, cómo hay que aceptar una propina con discreción, con piezas de cobre, con marcos de plata y con billetes de banco; eso hay que saberlo hacer: aceptar dinero con discreción, porque las propinas son el alma del oficio. Yo te lo hacía ensayar, fue un trabajo de perros, metértelo en la cabeza, y además quisiste engañarme, quisiste hacerme creer que solo habíamos ensayado con tres monedas de un marco cuando en realidad eran cuatro; quisiste estafarme. Siempre fuiste un cochino, jamás supiste que hay algo que se llama: «esto no se hace», y ahora vuelves a hacer algo que no se hace. Entretanto has aprendido a aceptar propinas y seguro que esta vez no han sido treinta piezas de plata.

—Vuelva a la mesa de recepción, Kuhlgamme; yo me encargo de este asunto. Apártese, se lo advierto.

Solo por encima de mi cadáver y eso que son ya las once menos diez, y dentro de diez minutos bajaré la escalera. Si hubieseis reflexionado un poco, nos habríamos ahorrado toda esta comedia, pero ni que sea por diez minutos: solo por encima de mi cadáver. No sabéis lo que es el honor, porque tampoco sabéis lo que es el deshonor. Aquí me tenéis, factótum del hotel, bregado en toda clase de sobornos, condecorador del vicio en todas sus variedades, pero solo por encima de mi cadáver podéis penetrar en el salón de billar.

Ya hacía tiempo que no jugaba según las reglas del juego, que no hacía series, ni acumulaba puntos; le daba a una bola, unas veces ligeramente, otras veces con fuerza, aparentemente sin motivo ni finalidad, y la bola, al rozar las otras dos, construía para él una nueva figura geométrica sobre el vacío verde: un cielo estrellado, en el que solo algunos puntos eran móviles como órbitas de cometas; blanco sobre verde, rojo sobre verde, estelas que se iluminaban para apagarse enseguida; débiles ruidos indicaban el ritmo de la figura construida: cinco o seis veces, cuando la bola impulsada rozaba las bandas o las otras bolas; solo unas pocas notas se destacaban de la monotonía, cristalinas o sordas; las líneas del torbellino estaban todas unidas a ángulos, estaban sometidas a leyes geométricas, a leyes físicas: la energía del golpe que Fähmel comunicaba a la bola por medio del taco y un poco de energía de frotación; todo obedecía a medida; se grababa en el cerebro; impulsos que se dejaban transformar en figuras; ningún cuerpo, nada duradero, solo elementos fluctuantes que se borraban con el rodar de las bolas; a menudo, Fähmel se pasaba media hora jugando con una sola bola: blanco sobre verde, estrella única en el firmamento; suave, queda, música sin melodía, pintura sin imagen; apenas color, solo fórmula.

El muchacho pálido vigilaba la puerta, apoyado contra la madera esmaltada de blanco, las manos a la espalda, las piernas cruzadas, vestido con el uniforme violeta del *Prinz Heinrich*.

—¿No me cuenta nada hoy, doctor?

Fähmel levantó la mirada, dejó el taco, sacó un cigarrillo, lo encendió, miró a la calle, que estaba a la sombra de Sankt Severin. Aprendices, camiones, monjas: vida en la calle, luz grisácea de otoño que la cortina de terciopelo color violeta reflejaba en tonalidades casi argentinas; enmarcados por cortinas de terciopelo, unos huéspedes rezagados desayunaban; en aquella luz, incluso los huevos pasados por agua tenían un aspecto vicioso; con aquella iluminación, incluso los rostros de decentísimas amas de casa parecían depravados. Los camareros vestidos de frac, con mirada de comprensión, parecían belzebús, enviados directos de Asmodeo; y sin embargo, eran solo inocentes afiliados al sindicato de la hostelería, que una vez terminado su trabajo leían ávidamente los artículos de fondo del periódico de su partido; pero aquí parecían esconder sus pezuñas de caballo bajo hábiles construcciones ortopédicas; ¿no asomaba un par de pequeños y elegantes cuernos en sus frentes blancas, encarnadas y amarillas? En los azucareros dorados, el azúcar no parecía azúcar; aquí se producían transformaciones, el vino no era vino, el pan no era pan, todo recibía una luz que lo convertía en el ingrediente de misteriosos vicios; aquí se celebraba un culto; y el nombre de la divinidad no se podía pronunciar, solo se podía pensar.

—¿Contar, dices? ¿Qué quieres que te cuente, muchacho?

Su recuerdo jamás se había apoyado en palabras ni en imágenes, solo en movimientos. Su padre era una manera de andar, aquella elegante curva que describía

la pierna derecha del pantalón a cada paso que daba, rápidamente, de tal manera que la prominencia azul marino solo era visible durante un instante, cuando, por la mañana, el padre pasaba frente a la tienda de Gretz, hacia el café Kroner para ir a desayunar; la madre era la figura complicada y humillada que describían sus manos cuando las cruzaba sobre el pecho, cada vez que iba a decir una tontería: que el mundo era muy malo, que había muy pocos corazones limpios; sus manos lo dibujaban en el aire antes de que sus labios lo pronunciaran; Otto era sus piernas al andar cuando atravesaba el vestíbulo de la casa, calzado con sus botas, cuando caminaba calle abajo; enemistad, enemistad, decía el ritmo de su andar por la calle, aquel mismo andar que años antes marcaba otro compás; hermano, hermano. La abuela era aquel gesto que había estado haciendo durante setenta años y que él veía ahora hacer tantas veces al día a su hija; gesto que duraba desde hacía siglos, se transmitía de generación a generación y a él cada vez le daba un sobresalto; Ruth no había conocido a su bisabuela; ¿dónde, pues, había aprendido aquel ademán? Inconscientemente se apartaba el cabello de la frente como lo hacía su bisabuela.

Y se veía a sí mismo agachándose sobre el montón de palas de béisbol para escoger la suya; se veía dando vueltas a la pelota en la mano izquierda hasta tenerla segura y poderla lanzar en el momento decisivo exactamente allí donde quería que fuera a parar; tan alto que el tiempo de caída de la pelota correspondiera exactamente al tiempo que él necesitaba para agarrar fuerte la pala, aunque fuera con la mano izquierda, tomar impulso y darle a la pelota con toda su fuerza y hacerla volar hasta más allá de la meta.

Se veía de pie en los prados de la orilla del río, en el parque, en el jardín, agachándose; levantándose, dándole a la pelota. Todo era cuestión de medida; aquellos imbéciles no sabían que se podía calcular el tiempo de caída, que con los mismos cronómetros se puede medir también el tiempo que se necesita para cambiar la manera de empuñar la pala; y que todo ello respondía a una cuestión de coordinación y de entrenamiento; tardes enteras en los prados, en el parque, en el jardín, entrenándose; los demás no sabían que se podían aplicar unas fórmulas, que existían balanzas en las que se podían pesar las pelotas. Todo era cuestión de un poco de física, un poco de matemáticas y entrenamiento; pero los demás despreciaban aquellas dos asignaturas esenciales y despreciaban el entrenamiento, procuraban hacer trampa, se pasaban semanas enteras discutiendo sobre fórmulas sin pies ni cabeza, navegando por nebulosas de estupidez, navegando incluso sobre Hölderlin; una palabra como «sonda» se convertía, cuando ellos la pronunciaban, en una absurda pasta: algo tan claro como una sonda: una cuerda, un pedazo de plomo, que se echa al agua, y cuando se siente que el plomo ha llegado al fondo se vuelve a sacar la cuerda y se mide en ella la profundidad del agua; pero cuando ellos decían sondear parecía que se oyeran las notas de un órgano estropeado; no sabían jugar a béisbol ni leer a Hölderlin. *El corazón eterno se compadece, pero no se ablanda.*

Saltaban junto a la base para estorbarle el golpe y gritaban: «¡Anda, Fähmel, dale

ya!»; otro grupo correteaba inquieto alrededor de la meta, otros dos jugadores se apostaban mucho más allá del campo, donde solían ir a parar sus pelotas; eran pelotas temibles que generalmente salían a la calle, a la que precisamente aquel momento, aquel sábado de verano de 1935, acababan de salir los briosos caballos bayos por la puerta de la fábrica de cerveza; más allá, en el terraplén de la vía, una locomotora de maniobras echaba pueriles nubecitas blancas al cielo de la tarde; a la derecha, junto al puente, se oía el zumbido de los sopletes de cortar en las atarazanas, se veía sudar a los obreros que hacían horas extraordinarias para terminar un vaporcito para la organización «Kraft durch Freude»; se oía el chisporroteo azulado y de plata sobre el ritmo que marcaban las remachadoras, en los huertos obreros, los espantajos nuevos luchaban en vano contra los gorriones, y pálidos obreros jubilados, con sus pipas apagadas, esperaban ansiosos el día primero de mes... El recuerdo de los gestos que había hecho entonces eran lo único que podía evocar imágenes, palabras y colores; estaba escondido detrás de fórmulas aquel «¡Anda, Fähmel, dale ya!», y él agarraba la pelota exactamente como quería, sin apretarla, entre los dedos y la palma carnososa de la mano; la pelota encontraría la mínima resistencia; tenía ya la pala en la mano, la más larga de todas (nadie se preocupaba por las leyes de la palanca), con el mango envuelto en esparadrapo. Una rápida ojeada al reloj de pulsera: faltaban tres minutos y treinta segundos para que el profesor de gimnasia diera el silbido final y él no había podido encontrar aún la respuesta; ¿cómo era posible que los muchachos del instituto *Prinz Otto* no hubiesen protestado de que les arbitrara en el partido decisivo su propio profesor de gimnasia? Se llamaba Bernhard Wakiera, pero ellos le llamaban solo Ben Wackes, y tenía un aspecto melancólico, era regordete, se rumoreaba que amaba platónicamente a los muchachos, le gustaban los pasteles de nata y las películas dulzonas y románticas en que muchachos rubios y fuertes atravesaban ríos a nado y luego se tendían en los prados en espera de aventuras, con una brizna de hierba en la boca y mirando fijamente al cielo azul; a ese Ben Wackes le gustaba sobre todo una reproducción de la cabeza de Antinoo, que solía acariciar en su casa, entre árboles de la goma y estantes llenos de libros de gimnasia, aunque figuraba que solo le quitaba el polvo; Ben Wackes, que llamaba «muchachitos» a sus preferidos y «chicos» a los demás.

—Dale ya, chico —dijo siseando, temblándole la barriga y con el pito en la boca.

Pero todavía faltaban tres minutos y tres segundos hasta la señal de final de partido, trece segundos demasiado pronto; si tiraba ahora, daría tiempo a que tirara todavía el otro, y Schrella, que esperaba que le relevaran allí arriba en la meta, tendría que correr otra vez, y los otros tendrían una nueva ocasión de echarle la pelota, con toda su fuerza, a la cara, contra las piernas, contra los riñones; Fähmel se lo había visto hacer tres veces: alguno de los muchachos del equipo contrario tocaba a Schrella con la pelota y entonces Nettlinger, que jugaba en su bando, igual que Schrella, recogía la pelota, tocaba al adversario, devolviéndole sencillamente la pelota, y este arremetía de nuevo contra Schrella, que se retorció de dolor; Nettlinger

volvía a tomar la pelota y se la pasaba directamente al adversario, el cual se la tiraba a Schrella a la cara... y Ben Wackes estaba allí, silbaba cuando tocaban a Schrella, silbaba cuando Nettlinger pasaba la pelota al adversario, silbaba mientras Schrella intentaba escaparse; todo había pasado como una exhalación: la pelota volaba de aquí para allá. ¿Fue él el único que se dio cuenta? Entre todos aquellos espectadores que esperaban ansiosos el final del partido, con sus banderitas y sus gorras de colores, ¿ni uno solo lo había visto? Dos minutos y cincuenta segundos antes del final, estaban 34 a 29 a favor del *Prinz Otto*; ¿acaso era por eso, que solo él había visto, que habían aceptado por árbitro a Ben Wackes, su propio profesor de gimnasia?

—Pero tira ya de una vez, chico; faltan solo dos minutos para que pite el final.

—Dos minutos y cincuenta segundos faltan —replicó él; y echó la pelota al aire, empuñó rápidamente la pala y pegó. Se dio cuenta de que había logrado uno de sus tiros fantásticos, se lo dijo el ímpetu del golpe, la vibración de la pala; siguió la pelota con la mirada, pero la perdió de vista, oyó el «¡ah!», del gentío, un «¡ah!» inmenso que se extendió y dilató como una nube; vio a Schrella que se acercaba renqueando, venía despacio, tenía el rostro cubierto de manchas amarillas y huellas de sangre alrededor de la nariz; los listeros contaron: siete, ocho, nueve; el resto del equipo pasó con lentitud provocadora junto a Ben Wackes, enfurecido; habían ganado el partido, el triunfo era indiscutible, y él se había olvidado de echar a correr y ganar todavía un punto más; los del *Prinz Otto* seguían buscando la pelota, se metían por entre las hierbas, más allá de la carretera, junto a la pared de la fábrica de cerveza: el silbido final de Ben Wackes delataba su ira. «37 a 34 a favor del *Ludwigsgymnasium*», anunciaron los listeros. El ¡ah! se hinchó hasta convertirse en ¡Hurra!, haciendo temblar el campo, mientras él recogía su pala, la hundía en la hierba, levantaba un poco el mango y luego lo bajaba hasta alcanzar el ángulo deseado; entonces apoyó el pie sobre la parte más débil de la pala, donde la madera se estrechaba al terminar el mango; algunos escolares le rodeaban asombrados, mudos de estupor; se daban cuenta de que aquello era un acto simbólico, de que se rompía la famosa pala de Fähmel; la rotura hacía saltar astillas blancas como la muerte; los chiquillos se peleaban por tener una reliquia, se pegaban por las astillas, se arrancaban de las manos los trozos de esparadrapo; Fähmel miró con horror aquellos rostros acalorados y estúpidos, aquellos ojos que brillaban excitados y llenos de admiración y sintió la barata amargura de la fama, allí, aquella tarde de verano, el 14 de julio de 1935, aquel sábado, en el suburbio, sobre la hierba pisoteada, en la que precisamente en aquel momento Ben Wackes obligaba a los pequeños del *Ludwig* a recoger las banderitas que jalonaban el campo. Alá abajo, detrás de la carretera, junto a la pared de la fábrica de cerveza, se veían aún las camisetas azul-amarillo; los del *Prinz Otto* seguían buscando la pelota; luego atravesaron indecisos la carretera y se reunieron en el centro del campo, formaron en fila, esperándole a él, el capitán del equipo, esperando que gritara el ¡hipp-hipp-hurra! ritual. Fähmel se acercó pausadamente a las filas, Schrella y Nettlinger estaban en la misma, uno al lado del

otro, no parecía que hubiese ocurrido nada, nada, mientras, detrás de él, los alumnos de los primeros cursos seguían peleándose por un recuerdo; Fähmel siguió avanzando; la admiración de los espectadores le producía una especie de repugnancia física. Por tres veces gritó: ¡hipp-hipp-hurra!; los del *Prinz Otto* se retiraron como perros apaleados para ir a buscar la pelota; no encontrarla era considerado como una afrenta para toda la vida.

—No obstante, Hugo, yo sabía el valor que daba Nettlinger al triunfo: hay que ganar cueste lo que cueste, había dicho; pero había sido él, precisamente, quien había puesto en peligro nuestro triunfo únicamente para dar oportunidad a un adversario a que tirara varias veces contra Schrella; y yo estaba seguro de que Ben Wackes estaba de acuerdo con ellos; yo era el único que lo había visto.

Al acercarse a los vestuarios tenía miedo, miedo de Schrella y de lo que le diría. De pronto, el tiempo había refrescado, la niebla se había levantado en los prados y, avanzando desde el río, envolvía como una capa de algodón la casa donde estaban los vestuarios. ¿Por qué, por qué le hacían estas cosas a Schrella? Cuando bajaba la escalera para ir al recreo, le habían hecho la zancadilla y él había dado con la cabeza en el borde metálico de los peldaños, y uno de los brazos de níquel de sus gafas se le había clavado en la perilla de la oreja; Wackes había tardado la mar en llegar con el botiquín que se guardaba en la sala de profesores. Nettlinger, con cara de sarcasmo, le sostenía tirante la cinta de esparadrapo para que pudiera cortar un trozo. Y cuando regresaba a casa, le atacaron por sorpresa, le metieron a empellones en un portal, le apalizaron entre cubos de basura y coches de bebés, y luego le empujaron escaleras abajo hacia la oscuridad del sótano, donde se quedó largo rato con el brazo roto, envuelto en olor a carbón, a patatas grilladas, contemplando unos polvorientos botes de conservas, hasta que un muchacho, al que habían mandado a buscar manzanas, le encontró y llamó a los vecinos. Solo había unos cuantos que no colaboraban: Enders, Drischka, Schweugel y Holten.

En otro tiempo había sido amigo de Schrella; juntos iban a visitar a Trischler, que vivía en el puerto bajo, donde el padre de Schrella hacía de camarero en la taberna del padre de Trischler; jugaban en las viejas barcasas, en los pontones desguazados, pescaban desde las barcas.

Fähmel se quedó plantado delante de los vestuarios oyendo las voces desordenadas y roncadas, que, en mítica excitación, comentaban la fantástica trayectoria de la pelota, como si hubiese desaparecido a distancias sobrehumanas.

—Yo la he visto volar, he visto como volaba, volaba... como una piedra salida de

la honda de un gigante.

Yo la he visto, la pelota que ha tirado Robert.

Yo la he oído, la pelota que ha tirado Robert.

No la encontrarán, la pelota que ha tirado Robert.

Todos se callaron al verle entrar; en aquel súbito silencio se adivinaba el miedo; tenían un respeto casi supersticioso por aquel que había hecho lo que nadie creería, lo que a nadie se podría comunicar; ¿quién sería capaz de presentarse como testigo del curso que había seguido la pelota?

Rápidamente, descalzos, con las toallas sobre los hombros, se precipitaron hacia las duchas; solo Schrella se quedó, y hasta aquel momento Robert no se dio cuenta de que Schrella no se duchaba nunca después de haber jugado un partido; jamás se quitaba la camiseta; estaba allí sentado en el taburete, con una mancha amarilla y otra azul en el rostro, todavía se veía húmeda la región de la boca, donde se había lavado las huellas de sangre; y le había cambiado de color la piel del brazo, allí donde le había tocado la pelota, aquella pelota que los del *Prinz Otto* aún seguían buscando; estaba sentado allí, se bajó las mangas de la camisa desgastada de tanto lavarla, se puso la chaqueta, se sacó un libro del bolsillo y leyó: *Al anochecer cuando las campanas tocan a paz.*

Era incómodo estar solo con Schrella, aceptar las gracias de aquellos ojos fríos, incluso demasiado fríos para poder expresar odio: un solo movimiento de los párpados, una leve sonrisa para indicar el agradecimiento al salvador que había tirado la pelota; y él le devolvió la sonrisa, con la misma levedad; se proponía desaparecer rápidamente, sin ducharse; alguien había grabado en el revoque de la pared, encima de su cajón: «Pelota de Fähmel, 14 de julio de 1935».

Olía a cuero de aparatos de gimnasia, a tierra seca, pegada a pelotas de fútbol, pelotas de balonmano, pelotas de béisbol: seca y caída luego en las rendijas del suelo de cemento; en los rincones había sucias banderitas blanco-verdes, redes de pelotas estaban colgadas a secar; un remo astillado, un enorme diploma detrás de un cristal roto: «A los pioneros del deporte del fútbol, a la *Unterprima* del *Ludwigsgymnasium*, 1903. El Presidente del gobierno regional». El grupo fotográfico estaba enmarcado por una orla de laurel impresa y aquellos muchachos musculosos de dieciocho años, nacidos en 1885, bigotudos, con un optimismo animal, parecían contemplar el futuro que les reservaba el destino: pudrirse en Verdún, desangrarse en los pantanos del Somme o, enterrados en un cementerio de héroes junto a Château-Thierry, ser, cincuenta años más tarde, pretexto a frases de reconciliación que unos turistas, a su paso hacia París, emocionados por los recuerdos que evoca el lugar, escribirían en un libro de visitantes ilustres, descolorido por la lluvia. Olía a hierro, olía a virilidad naciente; de fuera entraba la niebla húmeda que subía en suaves flecos por los prados de la orilla; arriba, de la taberna, llegaba un confuso rumor de sonoras voces de hombres en su fin de semana, risas estridentes de camareras, tintineo de vasos de cerveza, mientras al otro extremo del pasillo empezaba ya la actividad de los

jugadores de bolos, rodaban bolas, caían bolos, y resonaban ¡ah! de triunfo, y ¡oh! de desilusión pasillo acá hasta los vestuarios.

Parpadeando en la penumbra, con los hombros encogidos por el frío, Schrella estaba sentado allí, sin poder retrasar ya por más tiempo el momento de marcharse; comprobó una vez más la posición de su corbata, se alisó las últimas arrugas del cuello de la camisa de deporte —correcto, siempre correcto— volvió a esconder los cordones de los zapatos y contó el dinero que llevaba en el monedero para el viaje de regreso; los primeros salían ya de las cabinas de las duchas hablando de «la pelota que había tirado Robert».

—¿Vienes?

—Vamos.

Subieron los desgastados peldaños de cemento, en los que todavía quedaban residuos de la primavera, papeles de caramelos, cajetillas vacías de cigarrillos; subieron hasta el muelle, donde unos remeros sudorosos izaban una barca sobre el paseo de cemento, y echaron a andar en silencio por el dique, que corría por encima de bajas capas de niebla que formaban como un río; sirenas de barco, luces encarnadas o verdes en los puentes de señales de los buques; en las atarazanas se veían brotar chispas rojas que dibujaban figuras sobre el fondo gris; caminaron en silencio hasta llegar al puente, subieron por el paso cubierto y oscuro, en el que los muchachos que volvían de los baños habían testimoniado sus ansias con grabados sobre la arenisca roja; el estruendo de un tren de carga que pasaba por el puente de arriba les ahorró, durante algunos minutos, la obligación de hablar; toneladas de escoria eran transportadas a la orilla occidental del río, oscilaban linternas de maniobra; obedeciendo a los silbidos, el tren hacía marcha atrás por la vía conveniente; abajo, por entre la niebla, se deslizaban hacia el norte buques cuyas sirenas advertían quejumbrosamente peligro de muerte, y su mugido corría nostálgico a lo largo del agua: ruidos que, por fortuna, impedían hablar.

—Y me paré, Hugo, me asomé al parapeto, cara al río, saqué unos cigarrillos del bolsillo, ofrecí uno a Schrella, él me dio fuego, y fumamos en silencio, mientras, detrás de nosotros, el tren salía del puente a sacudidas; a nuestros pies, unas barcas de transporte se deslizaban silenciosamente hacia el norte, su marcha suave se oía a través de la capa de niebla; solo de vez en cuando se veían un par de chispas que salían de la chimenea de una cocina de barco; todo se quedaba callado por algunos minutos, hasta que la próxima barca se deslizaba quedamente debajo del puente, hacia el norte, hacia el norte, hacia las nieblas del mar del Norte... y yo tenía miedo, Hugo, porque ahora le tendría que preguntar, y si hacía la pregunta, me enredaba, estaba enredado y jamás podría ya salirme; debía ser un secreto terrible aquel por el cual Nettlinger había puesto en peligro el triunfo y los muchachos del *Prinz Otto* habían aceptado a Ben Wackes como árbitro: el silencio era casi completo en aquel

momento, daba a aquella inevitable pregunta un peso extraordinario, un carácter de eternidad, y yo ya me disponía a despedirme de todo, Hugo, aunque todavía no sabía hacia dónde ni por qué, me despedía del sombrío campanario de Sankt Severin que sobresalía de la estrecha capa de niebla, me despedía de la casa de mis padres, que no estaba lejos de aquel campanario, donde, en aquel momento, mi madre daba los últimos retoques a la mesa de la cena, disponía los cubiertos de plata, arreglaba con manos cuidadosas las flores del jarrito, catava el vino: ¿estaba bastante fresco, el blanco?, ¿no lo estaba demasiado, el tinto? Sábado, celebrado con sabática solemnidad; abría el misal, en el que leía el comentario a la liturgia del domingo para explicárnosla con voz suave, que evocaba un perpetuo adviento: voz de *apacienta mis ovejas*; me despedía de mi habitación, que daba al jardín de atrás, donde los árboles viejos lucían todo el esplendor de su follaje, donde yo me hundía apasionadamente en las fórmulas matemáticas, en las severas curvas de las figuras geométricas, en el ramaje claro e invernal de las líneas esféricas, salidas de mi compás, de mi pluma de tinta china: allí dibujaba yo las iglesias que más tarde construiría. Schrella tiró la colilla en la capa de niebla que había debajo de nosotros; en ligeras espirales, el fuego rojo se perdió en el vacío; Schrella se volvió hacia mí sonriendo, esperando la pregunta que yo todavía no le había hecho y sin dejar de menear la cabeza.

La cadena de faroles se dibujaba con precisión sobre la capa de niebla, a lo largo de la orilla opuesta.

—Ven —dijo Schrella—, están allí, ¿no los oyes?

Yo los oía perfectamente, la acera trepidaba bajo sus pasos; hablaban de lugares de vacaciones, donde irían dentro de poco: Allgäu, Westerwald, Bad Gastein, mar del Norte, hablaban de la pelota que había tirado Robert. Caminando, la pregunta no resultaba tan difícil.

—¿Por qué? —le dije—, ¿por qué? ¿Eres judío?

—No.

—¿Pues qué eres?

—Somos corderos —dijo Schrella—, hemos jurado no comer nunca del *sacramento del búfalo*.

—Corderos —la palabra me daba miedo—. ¿Sois una secta? —le pregunté.

—Quizás.

—¿Un partido político?

—No.

—Yo no podré —le dije—, yo no puedo ser cordero.

—¿Quieres comer del *sacramento del búfalo*?

—No —contesté.

—Hay pastores —dijo Schrella—, hay pastores que no abandonan a sus rebaños.

—Corre —le dije yo—, corre están muy cerca ya.

Bajamos por el oscuro paso cubierto del lado de occidente, y yo dudé todavía un instante cuando llegamos a la carretera; el camino de mi casa era el de la derecha, el

camino de Schrella era el de la izquierda, pero yo le seguí hacia la izquierda, donde el camino torcía hacia la ciudad, pasando entre almacenes de maderas, montones de carbón y jardines obreros. Nos paramos después de la primera vuelta, profundamente hundidos en la estrecha faja de niebla, observamos las sombras de los compañeros de escuela que, arriba en el puente, se movían como sombras chinescas, oímos el ruido de sus pasos, de sus voces cuando bajaban por el paso cubierto, eco amenazador de zapatos claveteados, y una voz gritó: «Nettlinger, Nettlinger, espérame». La voz estentórea de Nettlinger proyectó un eco brutal a lo largo del río y volvió a nosotros, devuelta por los pilares del puente y, detrás de nosotros, se perdió en jardines y tinglados, la voz de Nettlinger que gritaba: «¿Dónde está nuestro corderito y su pastor? ¿Dónde se han metido?». Risas, reflejadas de múltiples formas, cayeron como tuestos rotos sobre nosotros.

—¿Has oído? —preguntó Schrella.

—Sí —le contesté—. Cordero y pastor.

Contemplamos las sombras de los rezagados, que pasaban por la acera; sus voces, roncadas en el paso cubierto, se volvieron más claras al salir a la calle, repercutieron en los pilares del puente, «la pelota que ha tirado Robert».

—Dame más detalles —le dije a Schrella—, necesito saber más detalles.

—Te lo voy a enseñar —dijo Schrella—, ven. —Anduvimos a tientas entre la niebla, seguimos unas alambradas; llegamos a una empalizada que olía todavía a madera fresca y brillaba con reflejos amarillentos; una bombilla colgada sobre una puerta cerrada iluminaba una placa esmaltada: «Michaelis, Carbones, Coques, Aglomerados».

—¿Recuerdas el camino? —me preguntó Schrella.

—Sí —contesté yo—, hace siete años lo hacíamos juntos muchas veces para ir a jugar a casa de Trischler. ¿Qué ha sido de Alois?

—Es marinero como su padre.

—¿Y tu padre sigue de camarero allá abajo en la taberna de los marineros?

—No, ahora trabaja en el puerto alto.

—Has dicho que me enseñarías más detalles.

Schrella se sacó el cigarrillo de la boca, se quitó la chaqueta, se bajó los tirantes del pantalón, se levantó la camisa y volvió la espalda hacia la tenue luz de la bombilla: su espalda estaba cubierta de cicatrices diminutas, rojizas y azuladas, del tamaño de una alubia..., sembrada, pensé yo, eso sería más exacto.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¿qué es esto?

—Esto es Nettlinger —contestó él—, lo hacen allá abajo en el viejo cuartel de la Wilhelmskuhle. Ben Wackes y Nettlinger. Lo llaman policía auxiliar; me cogieron en una razzia que hicieron por el barrio del puerto en busca de mendigos: detuvieron treinta y ocho mendigos en un día, uno de ellos fui yo. Nos interrogaron con el látigo de alambre espinoso. Me gritaban: «confiesa que eres un mendigo», y yo dije: «sí, lo soy».

Algunos huéspedes rezagados estaban todavía desayunando, bebían jugo de naranja, lo chupaban como si fuera una bebida viciosa; el pálido muchacho estaba apoyado a la puerta como una estatua, el terciopelo violeta de su uniforme ponía reflejos casi verdes sobre la tez de su rostro.

—Hugo, Hugo, ¿oyes lo que te estoy contando?

—Sí, doctor, palabra por palabra.

—Tráeme un coñac, por favor, un coñac doble.

—Sí, doctor.

El tiempo se enfrentó duramente con él al bajar la escalera hacia el restaurante: el calendario de grandes dimensiones que debía arreglar cada mañana; dar la vuelta al enorme número de cartón, meterlo debajo del mes, del año: 6 de septiembre de 1958. La cabeza le daba vueltas, todo aquello había ocurrido mucho tiempo antes de que él naciera, le llevaba a varios decenios, a medio siglo atrás: 1885, 1903 y 1935; todo eso estaba oculto detrás del tiempo y, sin embargo, presente; sonaba con la voz de Fähmel, que se apoyaba en la mesa de billar y miraba a la plaza de Sankt Severin. Hugo se agarró al pasamano, respiró profundamente como alguien que sale a flote, abrió los ojos y dio un salto para esconderse detrás de la gran columna.

Ella bajaba la escalera, descalza, vestida como una pastora, con olor a estiércol de oveja en el andrajoso ropón que le colgaba del cuello y le caía sobre las caderas. Ahora comería sopas de cebada, pan negro y un puñado de nueces, bebería leche de oveja, que le conservaban fresca en la nevera; ella misma se traía la leche en termos, traía estiércol de oveja en una cajita, y luego lo utilizaba como perfume de su áspera ropa interior, tejida de lana natural; después del desayuno permanecía durante horas en el vestíbulo haciendo calceta, iba de vez en cuando al bar a buscarse un vaso de agua, fumaba tabaco negro en su pipa, y estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas, de manera que se le veían las sucias callosidades de los pies, recibía a sus apóstoles, que, vestidos como ella, oliendo como ella, la rodeaban, sentados con las piernas cruzadas sobre la alfombra, haciendo calceta, abriendo, de vez en cuando, unas cajitas, que les había dado la maestra, husmeando estiércol de oveja como si fueran preciosos aromas; a intervalos, carraspeaba, y su voz de niña preguntaba desde lo alto del sofá: «¿Cómo salvaremos al mundo?». Y los discípulos y discípulos contestaban: «Por medio de lana de oveja, piel de oveja, leche de oveja... y haciendo calceta». Ruido de agujas, silencio, un joven se precipitaba al bar y traía agua fresca a la maestra, y aquella voz de niña volvía a preguntar desde lo alto del sofá: «¿Dónde se esconde la salvación de mundo?», y todos contestaban: «En la oveja». Y se abrían cajitas y se husmeaba con éxtasis el estiércol, mientras se disparaban «flashes» y lápices periodísticos garrapateaban en blocs.

Hugo se retiró lentamente más aún, mientras ella, dando la vuelta a la columna, se dirigía al comedor; le tenía miedo, había visto demasiadas veces como sus tiernos ojos se endurecían cuando se quedaba sola con él, cuando lo pillaba por la escalera o

se hacía llevar leche a la habitación, donde él la encontraba con el cigarrillo en la boca, y ella le arrancaba el vaso de leche de la mano, lo vaciaba riendo por el desagüe, se escanciaba un coñac y se le acercaba con la copa en la mano, mientras él iba retirándose poco a poco hacia la puerta. «¿No te ha dicho todavía nadie que tienes una cara que vale más que el oro, que el puro, oro, muchachito? ¿Por qué no quieres ser el corderito de Dios de mi nueva religión? Haré de ti un gran hombre, rico, ante quien se arrodillará la gente en hoteles más lujosos aún que este. ¿Aún no llevas bastante tiempo aquí para saber que su aburrimiento solo puede colmarse con una nueva religión, una religión que cuando más necia sea, mejor...? ¡Vete, eres demasiado idiota!».

Hugo la siguió con la mirada mientras ella, con rostro impertérrito, se hacía abrir la puerta del comedor por el camarero; todavía le latía el corazón cuando salió de detrás de la columna y bajó lentamente al restaurante.

—Un coñac para el doctor, un coñac doble.

—Ha habido bronca en la casa por culpa de tu doctor.

—¿Cómo, bronca?

No sé, me parece que le andan buscando con urgencia, a tu doctor. Aquí tienes tu coñac, y márchate cuanto antes, porque hay por lo menos diecisiete mujeres, jóvenes y viejas, que han preguntado por ti; lárgate ya, que por allí baja otra.

Ella tenía el aspecto de haber bebido hiel pura para desayunar; vestía un traje dorado, zapatos dorados, gorro y manguito de piel de león. Su aparición emanaba repugnancia, y había supersticiosos entre los huéspedes que se tapaban la cara al verla aparecer. Había camareras que se marchaban por ella, había camareros que se negaban a servirla, pero él, en cuanto lo pillaba tenía que quedarse horas enteras jugando con ella a la canasta; sus dedos eran como garras de gallina; lo único que había de humano en ella era el cigarrillo en la boca. «El amor, hijo mío, jamás he sabido lo que era; no hay nadie que no me deje sentir que le doy asco; mi madre me maldecía siete veces al día, me gritaba su asco a la cara; mi madre era guapa y joven, y también eran jóvenes y guapos mi padre y mis hermanos; me habrían envenenado si hubiesen tenido el valor de hacerlo; decían: no deberían nacer cosas así. Vivíamos arriba en la torre amarilla que hay sobre la fábrica de acero; por la noche, miles de obreros salían de la fábrica, les esperaban muchachas y mujeres y, riendo, bajaban por la calle sucia; yo soy capaz de ver, oír, sentir y oler como las demás personas, sé escribir, leer, contar y paladear... tú eres la primera persona que ha resistido más de media hora de estar conmigo, ¿me oyes?, la primera».

Arrastrando consigo el horror, el hálito de la desgracia, echó la llave de su cuarto sobre la mesa de recepción y gritó a la cara del botones que en aquel momento sustituía a Jochen: «¿Y Hugo?, ¿dónde está Hugo?», y al ver que el botones se encogía de hombros, se dirigió a la puerta giratoria, y el conserje que ponía en

marcha la puerta bajó la mirada, y ella, en cuanto hubo salido, se cubrió el rostro con un velo.

«Dentro no lo llevo, muchacho, quiero que vean algo por el dinero que pagan, quiero que me miren a la cara por el dinero que pago yo, pero esos de ahí fuera no se lo merecen».

—El coñac, doctor.

—Gracias, Hugo.

Hugo apreciaba a Fähmel que iba todas las mañanas a las nueve y media, le permitía dejar el trabajo hasta las once y le había dado ya una impresión de eternidad. ¿No había sido siempre así, no había estado él ya siglos antes en el marco de la puerta esmaltada de blanco, con las manos cruzadas a la espalda, mirando jugar, escuchando las palabras que le transportaban sesenta años atrás, veinte años adelante, otra vez diez años atrás y, de pronto, le lanzaban a la realidad de la hoja de calendario que había fuera en la escalera? Blanco sobre verde, rojo sobre verde, rojo-blanco sobre verde, siempre dentro de aquel marco que solo encerraba dos metros cuadrados de paño verde; aquello era limpio, seco, y exacto; entre las nueve y media y las once, bajar dos veces, tres veces, la escalera para ir a buscar un coñac doble; aquí el tiempo no era una magnitud en la que se pudiera leer algo; quedaba absorbido por aquel rectángulo verde de papel secante; los relojes daban en vano, las manecillas se movían en vano, huían con absurda prisa de sí mismas para no ir a ninguna parte; cuando llegaba Fähmel, había que dejarlo todo como estaba, abandonarlo todo, precisamente en el momento en que hubiera habido más trabajo; se van unos huéspedes, llegan otros; él tenía que estar allí hasta que dieran las once en el campanario de Sankt Severin. Pero ¿cuándo, cuándo daban las once? Espacios sin aire, relojes sin tiempo, Hugo se había hundido aquí, viajaba por el fondo de océanos, la realidad no podía penetrar, se quedaba, fuera aplastada como contra un acuario, o contra el cristal de un escaparate, perdía sus dimensiones, solo le quedaba una: era plana, como recortada en un libro de dibujos para niños; todos llevaban sus vestidos como si fueran provisionales, como aquellos muñecos de cartón recortado, zapateaban inútilmente contra paredes más gruesas que siglos de vidrio; a lo lejos, las sombras de Sankt Severin, más lejos aún, la estación, y los trenes, todo era irreal: los D y los F y los E, los FD y los TEE y los FT llevaban maletas a las oficinas de aduanas; lo único real eran las tres bolas de billar que rodaban sobre el papel secante verde formando constantemente nuevas figuras: infinitud, contenida en mil fórmulas sobre dos metros cuadrados: Fähmel la creaba con su taco, mientras su voz se perdía en los tiempos.

—¿Tiene continuación, esa historia, doctor?

—¿Quieres oírla?

—Sí, señor.

Fähmel sonrió, bebió un sorbo de coñac, encendió el cigarrillo, tomó el taco en la mano y le dio a la bola roja: rojo y blanco rodaban sobre verde.

—Una semana después, Hugo...

—¿Después de qué?

Fähmel volvió a sonreír.

—Después de aquel partido de béisbol, después de aquel 14 de julio de 1935, que habían grabado en el revoque encima del cajón de zinc, una semana después me alegré de que Schrella me hubiese hecho recordar el camino que conducía a casa de Trischler. Yo estaba apoyado en la barandilla de la vieja casilla de la báscula, en el puerto bajo; desde allí podía ver perfectamente el camino que corría junto a barracas de madera y depósitos de carbón, bajaba hacia un almacén de materiales de construcción y desde allí se dirigía al puerto, cerrado por una reja de hierro oxidado y que servía ya solo de cementerio de embarcaciones. Hacía siete años que había estado allí por primera vez, pero también hubieran podido ser cincuenta; cuando con Schrella íbamos todavía a ver a Trischler, tenía trece años; largos remolcadores anclaban por la noche en la escarpa, mujeres de pescadores, con sus cestas de la compra, bajaban a tierra por inseguras pasarelas; mujeres de cara fresca y ojos esperanzados; detrás de las mujeres venían hombres deseosos de cerveza y de periódicos; la madre de Trischler, excitada, pasaba revista a su mercancía: coles y tomates, cebollas plateadas, colgadas en manojos en la pared, y más allá, los pastores azuzaban a sus perros con gritos de mando breves y concisos, para que llevaran las ovejas al corral; al otro lado —en esta orilla, Hugo— brillaban los faroles de gas, una luz amarillenta llenaba los globos blancos, cuya serie se extendía por el norte hasta el infinito; el padre de Trischler encendía las luces del jardín de la taberna, y el padre de Schrella, con la servilleta doblada sobre el antebrazo, se dirigía a la casa de la sirga, donde nosotros los muchachos, Trischler, Schrella y yo, picábamos hielo y lo poníamos sobre las cajas de cerveza.

Ahora —hacía siete años de aquello, Hugo, aquel día 21 de julio de 1935— la pintura de todas las empalizadas se había descascarillado, y vi que en el almacén de carbón de Michaelis solo habían renovado la puerta; detrás de la verja se estaba desmoronando un gran montón de aglomerados. Volví a reseguir con la mirada todas las curvas del camino para asegurarme de que nadie me había seguido; estaba cansado, sentía las heridas en mi espalda, punzadas de dolor como latidos; durante diez minutos, la calle había estado desierta; yo contemplaba la franja de agua limpia y movida que unía el puerto alto con el bajo; no se veía ninguna barca; miré al cielo, no vi ningún avión y pensé: parece que te tomas muy en serio si te figuras que enviarán aviones en tu busca.

Lo había hecho, Hugo, había ido con Schrella al pequeño café Zons, en la Boisserestrasse, donde se reunían los corderos, había dado al tabernero el santo y

seña: *Apacienta mis corderos*, y había jurado a una muchacha que se llamaba Edith, le había jurado a la cara, que jamás comería del *sacramento del búfalo*; luego había pronunciado un discurso, en la oscura trastienda, había pronunciado palabras que no sonaban a cordero, sino más bien a sangre, a revolución y a venganza, venganza por Ferdi Progulske, a quien habían ejecutado aquella mañana; los que estaban sentados escuchándome alrededor de la mesa parecían decapitados; tenían miedo y sabían ahora que la seriedad de los niños no es menos seria que la de las personas mayores; miedo y la certidumbre de que Ferdi estaba efectivamente muerto; tenía diecisiete años, corredor de los cien metros, aprendiz de carpintero, yo solo le había visto cuatro veces y no le había de olvidar en toda la vida: dos veces en el café Zons y dos veces en mi casa; Ferdi se había metido secretamente en casa de Ben Wackes y le había tirado una bomba a los pies, en el momento en que salía de su dormitorio; Ben Wackes solo tenía algunas quemaduras en los pies, se había roto un espejo del ropero, olía a pólvora negra, a necedad, Hugo, a arrogancia infantil, ¿oyes?, ¿me oyes de verdad?...

—Sí, le oigo.

—Yo había leído a Hölderlin: *El corazón eterno se compadece, pero no se ablanda*, y Ferdi solo había leído a Karl May, que parecía predicar la misma arrogancia: necedad, pagada bajo el hacha del verdugo; al amanecer, mientras las campanas tocaban a misa primera, mientras los aprendices de panadero untaban panecillos y los metían en bolsas de tejido, metras aquí en el hotel *Prinz Heinrich* se servía el desayuno a los primeros huéspedes, mientras gorjeaban los pájaros, mientras las muchachas de la leche, calzadas con zapatos de suela de *crêpe*, se deslizaban silenciosamente en los portales para dejar las botellas de la leche sobre las limpias alfombrillas de coco, unos ordenanzas motorizados recorrían la ciudad, de una columna de anuncios a otra, pegando carteles con orla encarnada: «Condena a muerte. El aprendiz Ferdinand Progulske». Y lo leían madrugadores y tranviarios, escolares y maestros, todos aquellos que, por la mañana, con su bocadillo en el bolsillo, corren a pillar el tranvía, sin haber tenido tiempo de abrir el periódico local, que lo anunciaba en forma de gacetilla: «A modo de escarmiento», y lo había leído yo, yo, Hugo, cuando iba a subir al 7 allí delante, en la esquina.

La voz de Ferdi por teléfono, ¿había sido ayer o anteayer?: «Quedamos que vienes, ¿no?, al café Zons». Pausa. «¿Vendrás o no vendrás?». «Sí, iré».

Enders intentó todavía agarrarme por la manga y obligarme a subir al tranvía, pero yo me solté de un tirón, esperé a que el tranvía hubiese desaparecido por la esquina y corrí a la parada de dirección contraria, donde pasa hoy todavía el 16; el tranvía atravesó unos pacíficos suburbios en dirección al Rin, luego abandonó el Rin y, entre canteras y barracas, llegó finalmente a desvío de la estación término. Debería ser invierno, pensaba yo entonces, invierno, frío y lluvioso, el cielo debería estar cubierto, entonces resultaría más soportable, pero allí donde estuve deambulando horas y horas por entre jardines y huertos, veía albaricoques y guisantes, tomates y

coles, oía el tintineo de las botellas de cerveza, la campanilla del vendedor de helados, parado en una encrucijada y llenando de helado de vainilla unos barquillos quebradizos; no era posible hacer aquello, pensaba yo, no era posible comer helados, beber cerveza, mirar si los albaricoques estaban maduros, mientras Ferdi...

Hacia mediodía, eché mi bocadillo a unas tristes gallinas, que, en el patio de un traperero, trazaban imprecisas figuras geométricas en el estercolero; por una ventana oí una voz femenina que decía: «Este muchacho, ¿lo has leído?, le han...», y una voz masculina contestó: «Maldita sea, cállate, ya lo sé...». Yo arrojé mi pan a las gallinas y eché a correr, me perdí entre terraplenes y zanjas de drenaje y, quién sabe dónde, volví a encontrar una estación término, subí al tranvía, atravesé suburbios, que me eran desconocidos, me apeé, volví los bolsillos de mi pantalón del revés; un poco de pólvora negra se esparció sobre un pavimento gris; eché a correr, encontré nuevos tinglados, nuevos terraplenes, fábricas, jardincillos, casas, un cine, cuya taquilla se abría en aquel momento. ¿Las tres? Exactamente las tres. Cincuenta pfennig. Yo era el único espectador de la sesión; el calor pesaba sobre el techo de hojalata; amor, sangre, un amante engañado sacaba el puñal; quedé dormido, no desperté hasta que unos espectadores ruidosos penetraron en la sala para la sesión de las seis; salí tambaleándome. ¿Dónde estaba mi cartera de colegial? ¿Había quedado en el cine? ¿O en las afueras, junto a aquel montón de grava donde había estado sentado tanto rato contemplando los camiones que goteaban? ¿La habría olvidado, allí donde eché mi bocadillo a aquellas pobres gallinas? La voz de Ferdi por teléfono ¿había sido: ayer o anteayer?: «Quedamos que vienes, ¿no?, al café Zons». Pausa. «¿Vendrás o no vendrás?». «Sí, iré».

Cita con un decapitado. Necedad que en aquel momento ya se me hacía valiosa porque el precio había sido tan elevado; Nettlinger me esperaba delante del café Zons; me llevaron a la Wilhelmskuhle, me azotaron con el látigo de alambre espinoso; unos surcos diminutos se abrían en mi espalda; a través de los barrotes oxidados de la reja de la ventana, podía ver la escarpa donde había jugado cuando era niño; la pelota nos caía siempre hacia aquel lado y mil veces había bajado por la escarpa para ir a buscarla; una tímida ojeada a la reja oxidada y detrás de los cristales sucios, presentimiento de alguna desgracia: Nettlinger siguió azotándome.

En el calabozo, traté de quitarme la camisa, pero camisa y piel estaban desgarradas por igual, compenetrados; cuando tiraba del cuello o de las mangas, era como si intentara sacarme la piel por la cabeza.

Momentos como aquel eran graves; allí, cansado, junto a la barandilla de la casilla de la báscula, mi orgullo por los estigmas era menor que mi dolor; apoyé la cabeza en la barandilla, mi boca rozó el hierro oxidado y su amargura penetró en mí como un bálsamo; solo faltaba un minuto hasta la casa de Trischler, y sabría si me esperaban ya allí; me asusté: un obrero, con su fiambarrera debajo del brazo, subía por el camino

y desapareció en el almacén de material de construcción. Al bajar la escalera, me agarré tan fuerte a la barandilla, que mi mano fue haciendo saltar la herrumbre en escamas.

El alegre ritmo de las remachadoras, que había oído siete años antes, solo se repetía como un eco cansado, en forma de martillo sobre un pontón, donde un anciano desguazaba una barcaza; caían tuercas revueltas en una caja de cartón, caían tablas haciendo un ruido que delataba el grado de su putrefacción, y el anciano daba martillazos al motor, escuchaba el golpe como si fueran latidos del corazón de un ser querido, se inclinaba profundamente hasta llegar al fondo del casco de la barca, sacaba algunas piezas, tornillos, válvulas, tubos, cilindros, que miraba a contraluz, examinándolos antes de echarlos a la caja de cartón con las tuercas; detrás de la barca había un viejo cabestrante, del que pendían restos de cable, informes como una media podrida.

Los recuerdos de personas y de acontecimientos siempre iban unidos a recuerdos de movimientos que mi memoria guardaba en forma de figuras. Al asomarme a la barandilla del parapeto, levantando la cabeza, bajándola, volviéndola a levantar y a bajar, para observar el camino..., el recuerdo de este movimiento volvió a despertar en mi conciencia unas palabras y unos colores, unas imágenes y unos estados de ánimo. No recordaba el aspecto de Ferdi, sino su manera de encender una cerilla, de levantar un poco la cabeza, para decir sí, sí... no, no, la manera que Schrella tenía de fruncir la frente, el movimiento de sus hombros, el andar de mi padre, los gestos de mi madre, el ademán de mi abuela cuando se apartaba el cabello de la frente... y el anciano allá abajo, que yo podía ver desde la escarpa, que en aquel preciso momento daba de martillazos a un resto de madera podrida para desprenderlo de un enorme tornillo, era el padre de Trischler; aquella mano hacía movimientos que solo ella podía hacer; yo la había contemplado cuando abría cajas y luego las volvía a cerrar: contrabando que pasaba la frontera escondido en oscuras bodegas de barco: ron y pasas, cigarrillos y chocolate; en la casilla de la sirga, aquella mano había hecho movimientos que solo ella podía hacer; el anciano levantó la mirada, me guiñó el ojo y me dijo:

—Hijo mío, este camino de aquí arriba no lleva a ninguna parte.

—Lleva a casa de usted —le repliqué.

—Los que vienen a verme, vienen por el lado del agua, incluso la policía... mi hijo viene en la barca, y raras veces viene, muy raras veces.

—¿Está la policía allí?

—¿Por qué lo preguntas, hijo mío?

—Porque andan buscándome.

—¿Has robado?

—No —contesté yo—, solo me he negado a comer del *sacramento del búfalo*.

Buques, pensé yo, buques con bodegas oscuras y capitanes acostumbrados a engañar a los aduaneros; no necesitaré mucho sitio, no más que una alfombra

enrollada; envuelto en una vela enrollada voy a pasar la frontera.

—Baja —dijo Trischler—, ahí arriba te pueden ver desde la orilla.

Me volví y agarrándome a las hierbas, me deslicé hasta Trischler.

—Ah... —dijo el anciano—, eres... ya sé quién eres, pero he olvidado tu nombre.

—Fähmel —contesté yo.

—Claro, te andan buscando; venía esta mañana con las noticias de madrugada; debí figurármelo por la descripción que hacían: una cicatriz rojiza encima del hueso de la nariz; fue entonces que cruzamos el río a remo, cuando había marea alta, y chocamos con la pilastra del puente; yo había calculado mal la corriente, y tú pegaste con la cabeza contra el borde de hierro de la barca.

—Sí, y ya no me dejaron volver más aquí.

—Pero volviste.

—No mucho tiempo más... hasta que nos peleamos con Alois.

—Ven, pero agáchate cuando pasemos por debajo del puente móvil; si no te harás un chichón en la cabeza y no te dejarán volver más por aquí. ¿Cómo pudiste escapar?

—Nettlinger vino de madrugada a mi celda y me guio hacia la salida de atrás, donde los pasadizos subterráneos llegan hasta el terraplén del tren, en la Wilhelmskuhle. Me dijo: «Anda, desaparece... pero solo puedo darte una hora de ventaja; dentro de una hora tengo que denunciarlo a la policía»... he dado la vuelta a la ciudad para llegar hasta aquí.

—Ya, ya —dijo el anciano—, conque habéis puesto bombas... Os habéis confabulado y... ayer tuve que empaquetar ya a uno de vosotros y ponerle al otro lado de la frontera.

—¿Ayer? —pregunté yo—. ¿A quién?

—A Schrella —dijo Trischler; se escondió aquí y tuve que obligarle a marcharse en el *Anna Katharina*.

—Del *Anna Katharina* quería ser siempre timonero Alois.

—Y lo es. Ahora ven.

Mientras seguíamos la inclinada pared del muelle, debajo de la escarpa, en dirección a casa de Trischler, tropecé, me levanté y volví a tropezar; estos movimientos bruscos me separaban la camisa de la piel, la volvían a pegar, la arrancaban de nuevo, y el dolor nuevamente exacerbado me arrebató hasta un estado de inconciencia en el cual los movimientos, los colores y los olores de mil recuerdos distintos se mezclaban y se superponían en entrelazos de matices, sensaciones y direcciones cambiantes.

El río en crecida, pensé, el río en crecida, siempre que lo veía, sentía el deseo de echarme al agua y dejarme llevar hacia el horizonte gris.

En sueños me planteé la pregunta de si era posible esconder en una fiambarrera un látigo de alambre espinoso; recuerdos de movimientos se transformaron en líneas, que componían figuras, verdes, negras y rojas, figuras como cardiogramas, que representaban el latir del corazón de una determinada persona: el tirón con que Alois

Trischler había sacado el anzuelo, cuando pescábamos en el puerto viejo, su manera de lanzar el hilo con el cebo, su brazo ondulante que seguía la velocidad del agua; figuraba verde sobre gris, dibujada con precisión: la manera como Nettlinger levantó el brazo para tirar la pelota a la cara de Schrella, el temblor de sus labios, el movimiento de las aletas de su nariz, se transformaban en una figura gris parecida a la tela de una araña; las personas quedaban estigmatizadas en mi memoria como por obra de escritores lejanos que yo no podía localizar: Edith, la noche después del partido de béisbol, cuando volvía a casa con Schrella; el rostro de Edith debajo del mío, en el parque, allá fuera en Blessenfeld; estábamos echados en el césped y lo mojó un chaparrón de verana, quedaron gotas brillando en su cabello rubio, escurriéndose por sus pestañas; una corona de gotas de plata, que la cara jadeante de Edith hacía subir y bajar y una corona que se grabó en mi memoria como el esqueleto de un animal marino, hallado sobre la arena tostada y multiplicado hasta infinitas nubecitas de igual tamaño: la línea de su boca cuando me dijo: «Te matarán», Edith...

La pérdida de la cartera de colegial me atormentaba —siempre he sido ordenado—, arrancaba del pico una gallina escuálida el volumen grisáceo de Ovidio; discutía con la acomodadora del cine sobre el poema de Hölderlin que ella había arrancado de mi libro de lectura porque lo había encontrado tan hermoso: *El corazón eterno se compadece, pero no se ablanda*.

La señora Trischler me dio de cenar: leche, un huevo, pan y una manzana; sus manos se rejuvenecieron cuando me lavó la espalda herida con vino; recrudecía el dolor cuando escurría la esponja y el vino penetraba en los surcos de mi espalda; luego me puso aceite, y yo le pregunté:

—¿Dónde aprendió usted a curar de ese modo?

—En la Biblia puedes leerlo, cómo hay que hacer —me contestó—, y ya lo hice otra vez con tu amigo Schrella. Alois vendrá pasado mañana, y el domingo saldrá del Ruhr hacia Rotterdam. No tengas miedo —me dijo—, lo harán bien: saben ir por el río como otro va por una calle. ¿Un poco más de leche, muchacho?

—No, gracias.

—No te apures, el lunes o el martes estarás en Rotterdam. ¿Qué tienes, qué te pasa?

Nada. Nada. Todavía corrían las órdenes de busca y captura: cicatriz rojiza sobre el hueso de la nariz. Mi padre, mi madre, Edith... no quería calcular el diferencial de ternura, no quería rezar la letanía del dolor; el río era alegre, vapores de recreo con gallardetes de colores; alegres eran también las barcazas, pintadas de rojo, de verde, de azul, llevaban carbón y madera de aquí para allá, de allá para aquí; al otro lado del río, el paseo verde, la terraza blanquísima del café Bellevue; detrás, el campanario de Sankt Severin, la esquina aguda, roja e iluminada del hotel *Prinz Heinrich*; solo cien pasos desde allí a la casa de mis padres: ahora estaban sentados para la cena, un ágape solemne que mi padre presidía como un patriarca: sábado, con solemnidad sabática; ¿no estaría el vino tinto demasiado fresco? Y el blanco, ¿lo estaría bastante?

—¿No quieres un poco más de leche, muchacho?

—No, gracias Trischler, de verdad, gracias.

Ordenanzas motorizados recorrían la ciudad, con carteles enmascarados de rojo, iban de una columna de anuncios a otra: «Condena a muerte. El estudiante Robert Fähmel...». Mi padre rezaba a la hora de la cena: «El que por nosotros fue azotado»; mi madre juntaba las manos sobre el pecho en un ademán humilde antes de decir: el mundo es malo, hay muy pocos corazones limpios, y los zapatos de Otto todavía marcaban el ritmo de hermano, hermano, sobre el suelo, sobre las baldosas, calle abajo hasta el Modesttor.

Era la *Stilte* la que silbaba, sus notas estridentes desgarraban el cielo vespertino, surcaban el azul oscuro como rayos blancos. Yo estaba tendido sobre la lona, como alguien que ha muerto en alta mar y va a ser entregado a las olas; Alois levantó la punta de la lona para enrollarme; tejido en blanco sobre gris, pude leer claramente: «Morrien. Ijmuiden». La señora Trischler se inclinó sobre mí, llorando, y me besó, Alois me envolvió lentamente y, como si mi cadáver fuera especialmente valioso, me tomó en sus brazos.

—Hijo mío —gritó el anciano—, hijo mío, no te olvides de nosotros.

Brisa nocturna, la *Stilte* volvió a silbar como en amistosa advertencia; balaban las ovejas en su redil, el vendedor de helados gritaba: «el rico helado»; luego se calló para poner helado de vainilla en unos barquillos quebradizos. La pasarela que Alois franqueó conmigo en brazos, oscilaba ligeramente, y una voz preguntó bajito: «¿Está ahí?», y Alois dijo sin levantar tampoco la voz: «Aquí lo tienes». A mí me dijo como despedida: «Acuérdate, el martes por la noche, en el puerto de Rotterdam». Otros brazos me llevaron escaleras abajo; olía a aceite, a carbón, luego a madera, lejos se oían las sirenas, la *Stilte* se estremeció, el oscuro retumbo aumentó de pronto y sentí que nos poníamos en marcha, Rin abajo, cada vez más lejos de Sankt Severin.

La sombra de Sankt Severin se había acercado, llenaba ya la ventana de la izquierda del salón de billar y llegaba ya a la de la derecha; el tiempo, empujado por el sol, se acercaba como una amenaza, llenaba el gran reloj que muy pronto vomitaría las terribles campanadas; blanco sobre verde, rojo sobre verde, rodaban las bolas; años cortados, decenios amontonados unos sobre otros, y segundos, segundos como eternidades, servicios con voz tranquila; Hugo solo deseaba que no le mandaran ahora a buscar coñac, no tener que enfrentarse con la hoja del calendario y el reloj, con la sacerdotisa con los corderos y con *No deberían nacer cosas así*; volver a escuchar aunque solo fuera una vez la consigna *Apacienta mis corderos*, y oír hablar de aquella mujer, tumbada en el césped bajo la lluvia de verano; embarcaciones que atracaban, mujeres que subían por escarpas, y la pelota que Robert había tirado, Robert que no había comido nunca del *sacramento del búfalo*, que seguía jugando en silencio y trazaba cada vez figuras nuevas con el taco, sobre dos metros cuadrados.

—Y tú, Hugo —dijo en voz baja—, ¿no quieres contarme nada, hoy?

—No sé cuánto tiempo duró, pero me parece que fue una eternidad: todos los días, al salir de la escuela, me azotaban. A veces, esperaba hasta estar seguro de que todos le habían ido a comer, y la mujer que hacía la limpieza de la escuela estaba ya abajo en el vestíbulo y me preguntaba: «¿Qué haces aquí todavía, muchacho? Tu madre debe estar aguardándote».

Pero yo tenía miedo, esperaba hasta que se hubiese marchado también la mujer de la limpieza, y me dejaba encerrar en la escuela; no siempre lo conseguía, porque generalmente la mujer me echaba a la calle antes de cerrar, pero cuando lograba quedar encerrado, me sentía feliz, siempre encontraba algo para comer en los pupitres y en los cubos de la basura, que la mujer dejaba preparados en el vestíbulo para que se los llevara el basurero: encontraba suficientes bocadillos, manzanas y restos de pasteles. Así me quedaba solo en la escuela y no me podían hacer nada. Me acurrucaba en el ropero de los profesores, junto a la entrada al sótano, porque tenía miedo a que me vieran por la ventana y me descubrieran, pero tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que me escondía en la escuela. A menudo permanecía allí horas y horas agachado, esperando a que se hiciera de noche, hasta que podía abrir la ventana y salir. A veces me quedaba largo rato mirando el patio vacío; ¿hay algo más vacío que un patio de escuela a última hora de la tarde? Aquellos eran tiempos felices, antes de que descubrieran que me hacían encerrar en la escuela. Estaba allí, agachado en el ropero de los profesores o debajo del banco junto a la ventana y esperaba algo que solo conocía de nombre: esperaba venganza. Me hubiera gustado odiarles, pero no podía, doctor. Solo tenía miedo. Algunos días esperaba solo hasta las tres o las cuatro y me figuraba que todos estarían ya en sus casas y que yo podría cruzar rápidamente la calle, pasar junto a la cuadra de Meid, dar la vuelta al cementerio, llegar corriendo a casa y encerrarme allí. Pero se habían ido turnado, habían ido a comer uno después de otro —porque lo que no podían era renunciar a la comida—, y cuando corrían hacia mí olía ya desde lejos lo que habían comido: patatas en salsa, carne asada o col con tocino, y mientras me azotaban, pensaba: ¿Por qué murió Jesús?, ¿de qué me sirve su muerte, de qué me sirve que estos recen todas las mañanas, comulguen todos los domingos y cuelguen grandes crucifijos en sus cocinas, encima de sus mesas, esas mesas en las que comen patatas en salsa, carne asada o col con tocino? No me sirve de nada. ¿Qué significa que me acechen cada día y me azoten? Hacía quinientos o seiscientos años —incluso estaban orgullosos de la antigüedad de su iglesia— haría quizá mil años que enterraban a sus antepasados en el cementerio, hacía mil años que rezaban y que, debajo del crucifijo, comían patatas en salsa y tocino con col ¿Para qué? Y ¿sabe usted lo que me gritaban mientras me azotaban? *Cordero de Dios*. Este era mi apodo.

Rojo sobre verde, blanco sobre verde, nuevas figuras que surgían como símbolos; desaparecían rápidamente, no quedaba *nada*; música sin melodía, pintura sin imagen, solo cuadros, rectángulos, rombos en número infinito; bolas que sonaban al chocar con el borde.

—Y más tarde, probé a defenderme de otra manera, cerré la puerta de mi casa, puse los muebles delante, amontoné cuanto pude encontrar, cajas, trastos viejos y colchones, hasta que lo denunciaron a la policía y esta me fue a buscar porque estando en edad escolar no iba a la escuela. Rodeó la casa y gritó: «Sal de ahí, holgazán», pero yo no salí, y hundieron la puerta, apartaron los muebles y me detuvieron; me llevaron a la escuela para que continuaran azotándome, empujándome a las cunetas y llamándome *cordero de Dios* para insultarme. Él había dicho, sin embargo, «apacienta mis corderos», pero ellos no apacentaban sus corderos, suponiendo que hubiese corderos suyos. Todo es inútil, doctor, en vano sopla el viento, en vano cae la nieve, en vano florecen los árboles y caen las hojas... ellos siguen comiendo patatas con salsa o tocino con col.

A veces incluso estaba mi madre en casa, borracha y sucia; olía a muerte, exhalaba podredumbre y gritaba: *paraqué paraqué paraqué...* lo gritaba más a menudo aún que el *miserere nobis* en la letanía; me volvía loco oírle gritar horas y horas *paraqué paraqué paraqué*, y echaba a correr, cordero de Dios mojado, corría bajo la lluvia, hambriento, el barro se pegaba a mis zapatos, a mi cuerpo, estaba todo envuelto de barro húmedo, me acurrucaba allí en sus campos de remolachas, pero prefería echarme en los surcos de barro, dejaba que la lluvia cayera sobre mí antes que escuchar aquel terrible *paraqué*, y alguien se apiadaba de mí, en algún momento me llevaba a casa, me llevaba de nuevo a la escuela, regresaba al lugar aquel llamado Denklingen, y me volvían a azotar, me llamaban *cordero de Dios*, y mi madre rezaba su eterna y terrible letanía: *paraqué*, y volvieron a apiadarse de mí y esta vez me llevaron al hospicio. Allí nadie me conocía, ningún niño, ninguna persona mayor, pero no hacía ni siquiera dos días que estaba en el hospicio cuando empezaron también a llamarme *cordero de Dios*, y me entró miedo a pesar de que no me pegaban; solo se burlaban de mí porque había tantas palabras que yo no conocía: la palabra desayuno; yo solo conocía «comer», a cualquier hora, cuando había comida o cuando encontraba algo; pero cuando leí en la pizarra; desayuno, 30 gramos de mantequilla. 200 gramos de pan, 50 gramos de mermelada, café con leche, pregunté a uno: «¿Qué quiere decir, desayuno?». Y todos me rodearon, incluso vinieron los mayores y, riéndose, me preguntaron: «Desayuno, ¿no sabes lo que es, no has desayunado nunca?». «No», dije yo. «¿Y no has leído nunca la palabra desayuno en la Biblia?», dijo uno de los mayores, y otro le preguntó: «¿Está usted tan seguro de que en la Biblia aparece la palabra desayuno?». «No», dijo él, «pero en algún trozo de lectura o en casa tiene que haber oído alguna vez la palabra desayuno, va a

cumplir trece años, eso es peor que si fuera un salvaje; ahora puede darse uno cuenta hasta qué punto ha decaído la lengua», Y yo no sabía que había habido la guerra, hacía poco, y me preguntaron si no había estado nunca en un cementerio, donde se leía en las lápidas: «Caído». Y yo dije que sí, que esto lo había visto. Me preguntaron qué entendía por caído, y yo les dije que me había figurado que los que allí estaban enterrados habían caído muertos; eso les hizo reír más aún que lo del desayuno, y nos dieron clase de historia, desde el inicio de los tiempos, pero pronto cumplí catorce años, doctor, y el director del hotel vino al hospicio, y los muchachos que teníamos catorce unos tuvimos que formar en el patio delante del despacho del rector, y el rector salió con el director del hotel. Y pasaron junto a nosotros, mirándonos a los ojos y ambos dijeron simultáneamente: «Servir, buscamos muchachos para servir», pero solo me eligieron a mí. Tuve que empaquetar inmediatamente mis cosas en una caja de cartón y me vine aquí con el director del hotel, y él solo me dijo, en el coche: «Espero que no llegues nunca a saber la que vale tu cara. Eres el verdadero *cordero de Dios*», y tuve miedo, doctor, sigo teniéndolo y siempre estoy esperando que me azoten.

—¿Te pegan?

—No, nunca. Solo me gustaría mucho saber qué fue la guerra: tuve que dejar la escuela antes de que me lo pudieran explicar. ¿Usted sabe qué fue?

—Sí.

—¿Estuvo en ella?

—Sí.

—¿Que hacía?

—Era especialista en voladuras, Hugo. ¿Sabes lo que significa hacer volar con dinamita?

—Sí, señor, vi cómo hacían volar una cantera, más allá de Denklingen.

—Exactamente eso hacía yo, Hugo, solo que no volaba rocas, sino casas e iglesias. Esto todavía no se lo había dicho a nadie, excepto a mi esposa, pero ella hace ya mucho tiempo que murió, de manera que no lo sabe nadie más que tú, ni siquiera mis padres ni mis hijos. Ya sabes que soy arquitecto y que, en realidad, tendría que construir casas, pero no he construido ninguna, solo las he volado, como las iglesias que dibujaba en papeles muy finos cuando era niño, porque soñaba que las construiría; no las construí nunca. Cuando entré en el ejército, encontraron en mi documentación la indicación de que yo había escalo una tesis doctoral sobre problemas de estática. La estática, Hugo, es la ciencia del equilibrio de las fuerzas, la ciencia que estudia las tensiones y los empujes de los elementos constructivos; sin la estática no puedes construir siquiera una choza de negros. Y lo contrario de la estática es la dinámica, que suena a algo así como dinamita, esa dinamita que sirve para las voladuras, y, en efecto, tiene que ver con ella. Durante toda la guerra solo me ocupé de dinamita. Entendía un poco de estática, sabía también un poco de dinámica, y sabía muchas cosas acerca de la dinamita, me había tragado todos los libros que

tratan de ella. Cuando se quiere volar un edificio, solo hay que saber dónde hay que poner la carga y qué volumen debe tener. Esto es lo que yo sabía, muchacho, y empecé a volar, a volar puentes y bloques de viviendas, iglesias y pasos a nivel, hoteles y cruces de carreteras; me condecoraron por ello y ascendí: de alférez a teniente, de teniente a capitán, y me dieron permisos especiales y fui citado en la orden del día, porque sabía tan bien cómo hay que volar un edificio. Y al final de la guerra, estaba a las órdenes de un general, que solo sabía pronunciar una palabra; campo de tiro libre. ¿Sabes qué es tener el campo de tiro libre? ¿No lo sabes?

Fähmel levantó el taco como si fuera un fusil, se lo apoyó al hombro, apuntó al campanario de Sankt Severin.

—¿Ves? —dijo—, si ahora quisiera disparar contra el puente situado detrás de Sankt Severin, la iglesia estaría en mi campo de tiro y, por lo tanto, habría que volar la iglesia para tener el campo libre, rápidamente, en seguida y sin pensarlo más, para que yo pudiera disparar contra el puente, y te aseguro, Hugo, que yo habría volado Sankt Severin, a pesar de que sabía que mi general estaba loco, y a pesar de que sabía que tener el campo libre para disparar es algo que no tiene sentido, porque desde arriba, ¿comprendes?, no necesitas tener el campo libre, y al fin y al cabo, ni el más bobo de todos los generales podía ignorar que hace; ya tiempo se inventaron los aviones; pero mi general estaba loco y no había aprendido nada: campo de tiro libre, y yo se lo facilitaba. Tenía un buen equipo: físicos y arquitectos, y volábamos todo cuanto se cruzaba en nuestro camino: lo último que volamos fue algo enorme, imponente, todo un conjunto arquitectónico, una serie de edificios muy sólidos: una iglesia, unos establos, unas celdas monacales, un edificio administrativo, una aparcería, un monasterio entero, Hugo, situado exactamente entre dos ejércitos, uno; alemán y otro americano, y procuré el campo de tiro libre al ejército alemán, un campo de tiro que ya no necesitaba; unos muros se derrumbaron allí ante mí; en los establos bramaba el ganado, y los monjes me maldijeron, pero no pudieron detenerme, volé toda la abadía de Sankt Anton, en el valle del Kissa, tres días antes de que terminara la guerra. Y siempre con la misma corrección, muchacho, ya me conoces.

Bajó el taco de billar, que continuaba dirigido a un objetivo imaginario, volvió a colocárselo entre el pulgar y el índice e impulsó la bola; el blanco rodó sobre el verde y describió un rápido zig-zag, de una banda a otra.

Las campanas de Sankt Severin dieron la hora con su voz profunda, pero ¿cuándo, *cuándo* darían las once?

—Muchacho, ve a ver qué es ese alboroto en la puerta.

Volvió a tirar: la bola rodó, roja sobre verde; Fähmel dejó el taco.

—El director le ruega que reciba al doctor Nettlinger.

—¿Recibirías tú a uno que se llamara Nettlinger?

—No.

—Enséñame cómo puedo salir de aquí sin pasar por la puerta principal.

—Puede ir por el comedor, doctor, y saldrá a la Modestgasse.

—Adiós, Hugo, hasta mañana.

—Hasta mañana, doctor.

Ballet de camareros, ballet de botones: estaban poniendo la mesa para el almuerzo, empujaban en el más estricto orden prescrito los carritos, de una mesa a otra, ponían los cubiertos de plata, cambiaban las flores de los floreros: en lugar de claveles blancos en floreros esbeltos, ponían humildes violetas en floreros redondos; retiraban de las mesas los botes de mermelada y ponían vasos de vino, redondos para el vino tinto, más altos para el blanco; con una sola excepción para la sacerdotisa de los corderos: leche, que se veía gris en la jarra de cristal.

Fähmel avanzó con paso ligero entre las filas de mesas, apartó la cortina de color violeta, bajó los peldaños y se halló frente al campanario de Sankt Severin.

Los pasos de Leonore le tranquilizaban; andaba con cuidado de un lado al otro del estudio, abría puertas de armarios, levantaba tapas de arcas, desataba paquetes, desenrollaba planos; raras veces se acercaba a la ventana para importunarle; solo cuando un documento no llevaba fecha o un plano no llevaba título. A él siempre le había gustado el orden, pero nunca había sabido mantenerlo. Leonore lo lograba, ordenaba en el suelo del estudio, clasificados por años, documentos y dibujos, cartas y cuentas; hacía cincuenta años que el suelo vibraba con el golpeteo de las máquinas de imprimir; 1907, 1908, 1909, 1910; ya antes de que Leonore hiciera el montón, se veía que eran mayores a medida que avanzaba el siglo; 1909 era mayor que 1908, 1910 mayor que 1909. Leonore haría una gráfica de su actividad: era una muchacha acostumbrada a la precisión.

—Sí —dijo Fähmel—, no tema usted interrumpirme, hija mía. ¿Eso? Eso es el hospital de Wiedenhammer; lo construí en 1924, fue inaugurado en el mes de septiembre.

Y ella escribió con su pulcra caligrafía, en el margen del plano: 1924-9.

Los años de guerra, de 1914 a 1918, daban montoncitos insignificantes: tres o cuatro planos; una casa de campo para el general, un pabellón de caza para el alcalde, una capilla de San Sebastián para la cofradía de cazadores. Encargos de días de permiso, pagados con aquellos mismos días tan valiosos; para poder ver a sus hijos habría construido palacios a todos los generales sin cobrar un céntimo.

—No, Leonore, eso fue en 1935. Convento de franciscanas. ¿Moderno? Claro que sí, también he construido edificios modernos.

El marco de la ventana de su taller siempre le había parecido un caleidoscopio; los colores del cielo cambiaban, los árboles de los patios interiores se volvían grises, negros, verdes; las macetas florecían en los terrados y luego se ajaban. En los tejados de zinc jugaban los niños, luego crecían y se convertían en padres de familia, y sus padres en abuelos; en los tejados de zinc jugaban otros niños; lo único que quedaba era el perfil de los tejados, quedaba el puente, quedaban las montañas, que en los días claros se dibujaban sobre el horizonte... hasta que la segunda guerra alteró el perfil de los tejados, se abrieron boquetes, en los que, en los días de sol, se veía el Rin de color de plata, y en los días nubosos, de color gris plomo, y el puente giratorio del puerto viejo; los boquetes ya hacía días que habían sido tapados, los niños jugaban en los tejados de zinc, su nieta iba arriba y abajo del tejado de zinc de los Kilb, con los libros de colegio en la mano, como cincuenta años antes había ido arriba y abajo su esposa..., pero ¿no era acaso la misma Johanna, su esposa, la que en las tardes de sol leía allí *Kabale und Liebe*?

Sonó el teléfono; era agradable que Leonore descolgara el auricular y su voz contestara al desconocido.

—¿Café Kroner? Preguntaré al señor consejero.

—¿Cuántas personas están invitadas esta noche a la fiesta de cumpleaños? Se pueden contar con los dedos de una mano. Dos nietos, un hijo, yo... y usted. Leonore, ¿quiere darme esta alegría?

—De manera que cinco. Se pueden contar con los dedos de una mano.

—No, sin champaña. Todo tal como lo he encargado. Gracias, Leonore.

Probablemente me tiene por loco, pero si lo estoy, lo he estado siempre; siempre lo he previsto todo, siempre supe lo que quería, y supe que lo alcanzaría; solo hay una cosa que no sabía y que todavía no sé: ¿por qué lo hice? ¿Por el dinero, por la fama, o sencillamente porque me divertía? ¿Qué me proponía cuando aquella mañana del viernes 6 de septiembre de 1907, hace cincuenta y un años, salí de la estación? Me había hecho el programa de unos actos, unos movimientos, del curso exacto del día, desde el momento en que puse el pie en esta ciudad; había concebido una complicada coreografía en la que yo era, al mismo tiempo, solista y director de escena; los comparsas y los decorados estaban a mi disposición.

Solo me quedaban diez minutos hasta el momento de realizar el primer paso de la danza: atravesar la plaza de la estación, pasar frente al hotel *Prinz Heinrich*, cruzar la Modestgasse hasta penetrar en el café Kroner. Pisé por primera vez la ciudad el día en que cumplía veintinueve años. Era una mañana de septiembre. Los caballos de los coches de punto vigilaban a sus amos medio dormidos; mozos de hotel, vestidos con el uniforme color violeta del *Prinz Heinrich*, llevaban las maletas de los huéspedes que se dirigían a la estación; en los bancos, se levantaban las puertas de hierro enrollables que desaparecían con sólido estrépito en sus cajas, en lo alto; palomas: vendedores de periódicos; ulanos; un escuadrón pasaba a caballo frente al *Prinz Heinrich*, el jefe del escuadrón saludaba a una dama que llevaba un sombrero de color de rosa y que, desde el balcón, le contestaba echándole un beso; golpear de herraduras sobre los adoquines; revoloteo en la brisa matutina; notas de órgano que salían de la puerta abierta de Sankt Severin.

Yo estaba excitado; del bolsillo de la levita saqué el plano de la ciudad, lo desdoblé y examiné el semicírculo rojo que yo mismo había trazado alrededor de la estación; cinco cruces negras indicaban la iglesia principal y las cuatro iglesias secundarias; levanté la mirada, busqué en la neblina las cuatro puntas de los campanarios; la quinta, la de Sankt Severin, no necesitaba buscarla, la tenía delante, su enorme sombra me hizo estremecer ligeramente; volví a bajar la mirada al plano; todo estaba conforme; una cruz amarilla indicaba la casa donde había alquilado y pagado por adelantado vivienda y estudio para medio año: Modestgasse, 7, entre Sankt Severin y el Modesttor; tenía que estar allí enfrente, a la derecha, allí por donde cruzaban precisamente en aquel momento un grupo de sacerdotes. El radio del semicírculo comprendía un kilómetro: dentro de aquella línea vivía la mujer que se casaría conmigo; todavía no la conocía, no sabía su nombre, solo sabía que la sacaría de una de aquellas casas patricias de que me había hablado mi padre: él había servido tres años aquí en el regimiento de ulanos, había acumulado odio en su corazón, odio a

los caballos y a los oficiales, odio que yo respetaba sin compartirlo; me alegré de que mi padre ya no pudiera ver que yo a mi vez era oficial: alférez de zapadores de la reserva; me reía, me reía repetidamente aquella mañana de hace cincuenta y un años; yo sabía que sacaría a mi esposa de una de aquellas casas, que se llamaría Brodem o Cusenius, Kilb o Ferve; tendría veinte años; salía ahora, precisamente ahora, en aquel mismo instante, de misa primera, dejaba su devocionario en el mueblecito del recibidor, llegaba a punto para recibir en la frente un beso de su padre, antes de que su estentórea voz de bajo resonara a través del patio y desapareciera en la oficina; para desayunar, tomaba pan con miel, bebía una taza de café. «No, no, mamá, por favor, no quiero huevo»; leía a su madre el programa de bailes. ¿La dejarían ir al baile de los universitarios? Sí, la dejaban.

A lo más tardar, sabría, el día 6 de enero, en el baile de los universitarios, cuál era la que iba a elegir; bailarían con ella; sería bueno con ella, la amaría y ella me daría hijos, cinco, seis, siete; estos se casarían y me darían nietos, cinco, seis, siete veces siete, y mientras escuchaba el resonar de las herraduras que se alejaban, veía el grupo de mis nietos, me veía a mí mismo como patriarca de ochenta años presidiendo aquella familia que pensaba fundar: fiestas de cumpleaños, entierros, bodas de plata y bodas de oro, bautizos, niños recién nacidos colocados en mis manos de anciano, biznietos a los que querría como a mis bellas muchachas que invitaría a almorzar, a las que regalaría flores y bombones, perfumes y cuadros; yo lo sabía mientras estaba allí dispuesto a empezar la danza.

Seguí con la mirada al mozo de cuerda que llevaba mi equipaje en su carretón a la casa número siete de la Modestgasse: la cesta de la ropa interior y los planos, el maletín de cuero, que contenía los papeles, los documentos y toda mi fortuna: cuatrocientas monedas de oro, los ahorros de doce años de trabajo pasados en los talleres de construcción de empresarios rurales, en los estudios de arquitectos mediocres; había dibujado, planeado y construido viviendas para obreros, almacenes industriales, iglesias, escuelas y edificios gremiales; había calculado presupuestos, había navegado por el áspero alemán de las distintas clases sociales: «y el arrimadero de la sacristía será de la mejor madera de nogal, libre de nudos, y para los herrajes se elegirá el mejor material».

Sé que me reía, allí plantado, pero todavía no sé hoy de qué ni por qué me reía; solo hay una cosa de la que estoy seguro: mi risa no era de pura alegría; había en ella burla, sarcasmo, quizás maldad, pero jamás he sabido en qué proporciones; pensaba en los duros bancos en que me había sentado por la noche en los cursos de perfeccionamiento profesional: había aprendido matemáticas y dibujo; había estudiado mi carrera; había aprendido a bailar y a nadar; era alférez de la reserva del batallón de zapadores número 8 de Coblenza; allí había pasado las tardes de verano sentado contemplando la confluencia del Rin y del Mosela y unas y otras aguas me

habían parecido igualmente pútridas; había vivido en veintitrés habitaciones amuebladas distintas; hijas de patronos a las que yo había seducido y que me habían seducido a mí; me había deslizado descalzo por pasillos que olían a moho, en mi afán de dar y recibir caricias, incluso la última de todas, que siempre resultaba un engaño. Agua de colonia y cabelleras sueltas. Y aquellos terribles saloncitos, donde unas frutas que nadie iba a comer nunca se pasaban en fruteros de vidrio verdoso; allí caían palabras como bribón, honor, inocencia, y por allí no olía a agua de colonia. Yo, estremecido, leía el porvenir, no en el rostro de las deshonradas, sino en el rostro de las madres, donde estaba escrito lo que el destino me tenía reservado. Yo no era ningún bribón, no había prometido casarme con nadie y no quería pasar la vida en saloncitos donde unas frutas que nadie iba a comer nunca se pasaban en fruteros de vidrio verdoso.

Continuaba dibujando, cuando por la noche regresaba de los cursos, calculaba y dibujaba desde las nueve y media hasta las doce; ángeles y árboles, nubes e iglesias, capillas góticas, románicas, barrocas, rococó, *Biedermeier*... y también modernas, sí señor; mujeres de largas cabelleras, cuyos rostros espiritualísimos se cernían sobre los portales, mientras sus largos cabellos caían a derecha e izquierda de la puerta como una cortina; exactamente en el centro sobre la puerta había la raya del peinado; no hay que olvidar los detalles; allí, en las fatigosas horas de trabajo, al anochecer, lánguidas hijas de patrona me traían un té o una limonada flojita, me obligaban a caricias que juzgaban atrevidas; y yo continuaba dibujando, sobre todo detalles, porque sabía que a ellos —¿quiénes eran *ellos*, esos famosos *ellos*?— estos son los que más les llaman la atención; picaportes, verjas con adornos, corderos de Dios, pelícanos, áncoras y cruces por las que se enrollan unas serpientes, con la lengua fuera, pero sin lograr alcanzarles.

Conservaba vivo en la memoria el recuerdo del truco empleado a menudo por mi último jefe, Domgreve, que consistía en dejar caer en el momento decisivo el rosario; cuando, visitando un pueblo, algún campesino piadoso señalaba con orgullo el solar destinado a la construcción de la iglesia, cuando algún miembro de la junta directiva de la parroquia, lleno de honrada timidez, en la trastienda de una taberna provinciana, anunciaba el deseo de erigir un nuevo templo, entonces era oportuno sacar el rosario con la calderilla, el reloj o la pitillera, dejarlo caer al suelo y recogerlo enseguida, precipitadamente. Jamás logré encontrar que eso resultara divertido.

—No, Leonore, la letra A que figura en la tapa de las carpetas, en los rollos de planos y en las facturas no significa otra cosa que Sankt Anton. Abadía de Sankt Anton.

Con mano cuidadosa y suaves movimientos, Leonore establecía el orden que él siempre había apreciado, pero que nunca había sabido mantener. Se había visto desbordado: demasiados encargos, demasiado dinero.

Si ahora estoy loco, lo estaba también aquel día en que, en la plaza de la estación, examiné el dinero suelto que llevaba en el bolsillo de la levita, el bloc de dibujo, la caja verde donde guardaba mis lápices de colores, el estado de mi corbata de terciopelo, en el momento en que reseguí con la mano el borde de mi sombrero negro de artista y luego los faldones de la levita, la única buena que poseía, herencia de mi tío Marsil, un maestro todavía muy joven que había muerto tísico; la lápida de su tumba en el cementerio de Mees estaba ya cubierta de musgo. Mees, donde aquel muchacho de veinte años había blandido la batuta en la tarima del órgano, donde había enseñado la regla de tres a los hijos de los campesinos, donde, por las tardes, al anochecer, había paseado por la orilla de los pantanos, soñando con labios femeninos, con el pan, el vino y la gloria que esperaba alcanzar con el éxito de sus poemas; ensueños a lo largo de los caminos que bordeaban los pantanos, durante dos años, hasta que una hemoptisis le inundó y se le llevó a las orillas oscuras; dejaba una libreta de páginas cuadriculadas, llena de versos, un traje negro, que heredé yo, su ahijado, dos monedas de oro, y, en la cortina verde oscura de la casa del maestro, una mancha de sangre, que la mujer de su sucesor no logró hacer desaparecer; una canción, cantada por labios infantiles al pie de la tumba del maestro hambriento: «Torres, ¿a dónde ha huido la golondrina?».

Volví a mirar atrás, hacia la estación, volví a contemplar el anuncio, colgado junto a la taquilla, destinado a que los reclutas que llegaban lo vieran bien. «Recomiendo a los militares mis prendas interiores normales, acreditadas desde hace muchos años, sistema del profesor Gustav Jäger, mis auténticas prendas interiores Pallas, patentadas en todos los países civilizados y mis auténticas prendas interiores correctivas, sistema del Dr. Lahmann». Había llegado el momento de empezar la danza:

Crucé los raíles del tranvía, pasé junto al hotel *Prinz Heinrich*, penetré en la Modestgasse, titubeé un instante antes de entrar en el café Kroner: la puerta de cristales, forrada de seda verde por dentro, reflejó mi imagen: un hombre delgado y de poca estatura, de aspecto entre de joven rabino y de bohemio, con el cabello negro y el traje negro, y ese no sé qué que denota el origen provinciano; volví a reírme y abrí la puerta; en aquel momento, los camareros empezaban a colocar jarritos con claveles blancos sobre las mesas, distribuían las minutas encuadernadas en cuero verde: camareros con delantal verde y chaqueta negra, camisa y corbata blancas; dos muchachas, rosada y rubia una, pálida y de cabellos negros otra, amontonaban pasteles en el aparador, en el fondo del comedor, repasaban adornos de nata, bruñían unas palas de dulces. No se veía ningún cliente; dentro, todo estaba limpio como en el hospital antes de la visita del médico jefe: ballet de camareros atravesado por mí, único solista, con paso ligero; los comparsas y los decorados estaban a mi disposición; todo seguía un orden perfecto y me gustaba ver cómo los tres camareros iban de una mesa a otra con movimientos que parecían trazados con compás: el salero en el lugar preciso, el florero, un pequeño retoque a la minuta, que, por lo visto, debía guardar un determinado ángulo respecto al salero; cenicero,

porcelana blanca como la nieve y con una orla dorada; perfecto; me gustaba; me sentía agradablemente sorprendido; eso era ciudad, no lo había visto todavía nunca en ninguno de los pueblos en que había vivido.

Fui hasta el ángulo extremo izquierdo, eché el sombrero encima de una silla, y el bloc de dibujo y el estuche de lápices al lado, y me senté; los camareros volvieron, procedentes de la cocina, empujando silenciosamente los carritos, distribuyeron salseras, colgaron periódicos; yo abrí mi bloc de dibujo y leí —¿cuántas veces lo había leído ya?— el recorte de periódico, que había pegado en el interior de la cubierta: «Concurso público para la construcción de una abadía benedictina, en el valle del Kissa, entre las fincas de Stehlingers Grotte y Görlingers Stuhl, a unos dos kilómetros del pueblo de Kisslingen; cualquier arquitecto que se crea capacitado, puede tomar parte en el concurso. Las bases se facilitan mediante fianza de 50 (cincuenta) marcos en la notaría del Dr. Kilb, Modestgasse, 8. El plazo de entrega de los proyectos termina el lunes, 30 de septiembre de 1907, a mediodía».

Subí por entre montones de argamasa, entre pilas de piedras recién talladas, cuya calidad examinaba, caminé junto a verdaderas montañas de basalto, que había previsto para el marco de las puertas y ventanas; me ensucié el borde de los pantalones, me manché la levita de salpicones de cal; pronuncié palabras violentas en las barracas de los albañiles: ¿todavía no habían llegado los bloques de mármol que yo necesitaba para la figura del cordero de Dios que coronaría la puerta principal? Explosiones de ira, escándalo; se cerraban los créditos para volver a fluir; colas de capataces el jueves por la tarde ante mi despacho; el dinero de los jornales que tenían que pagarse el viernes estaba a punto; y el sábado subía agotado al tren excesivamente caldeado, que pasaba por Kisslingen, me desplomaba en el asiento tapizado del departamento de segunda clase y atravesaba a oscuras aquellos míseros pueblos de cultivadores de remolacha, mientras la voz soñolienta del revisor iba anunciando los nombres de las estaciones: Denklingen, Doderingen, Kohlbingen, Schaklingen; montañas de remolachas, en la oscuridad, grises como montañas de cabezas de muertos, estaban junto a los andenes, a punto de ser cargadas en vagones. Más pueblos remolacheros; al llegar a la estación me dejaba caer en un coche de punto. Y al llegar a casa, en brazos de mi esposa, que me besaba, me acariciaba tiernamente los cansados ojos, y cepillaba orgullosa las huellas de argamasa que manchaban las mangas de mi levita; a la hora del café, con la cabeza en su regazo, fumaba el tan ansiado cigarro, un puro de sesenta pfennig, y le hablaba de albañiles que estaban continuamente blasfemando; había que conocerlos, no eran malos quizá un poco bruscos, un poco ariscos, pero yo sabía tratarlos; al uno había que regalarle de vez en cuando una caja de cerveza, al otro soltarle un par de bromas en tono de camaradería; sobre todo no refunfuñar, porque entonces le vertían a uno todo un barril de cemento sobre los pies, como lo habían hecho con el empresario de obras

del arzobispo, o dejaban caer una viga desde un andamio situado en lo alto, como lo habían hecho con el arquitecto oficial; la enorme viga se partió exactamente a sus pies. «¿Crees, cariño, que no sé perfectamente que dependo de ellos y no ellos de mí, ahora que se construye tanto en todas partes? Claro que son exigentes; necios serían si no lo fueran. Lo importante es que sepan su oficio y me ayuden a cumplir el contrato; un guiño oportuno a los encargados cuando subo a los andamios, hace milagros».

—Buenos días, ¿el señor desea desayunar?

—Sí —contesté yo; sacudí la cabeza cuando el camarero me presentó la minuta, levanté el lápiz y fijé los distintos puntos del programa de mi desayuno en el aire, como si toda mi vida no hubiese desayunado otra cosa:

—Una jarrita de café, pero con tres tazas de café, por favor; pan tostado, dos rebanadas de pan moreno, mantequilla, mermelada de naranja, un huevo duro y queso con pimienta.

—¿Queso con pimienta?

—Sí, crema de queso sazonada con pimienta.

—Muy bien, señor.

El fantasma verde del camarero se deslizó silenciosamente por la alfombra verde, por entre mesas con manteles verdes, y se dirigió al mostrador de la cocina; la primera réplica no se hizo esperar; los comparsas estaban bien adiestrados y yo era un buen director de escena.

—¿Queso con pimienta? —preguntó el cocinero detrás del mostrador.

—Sí —contestó el camarero—, crema de queso con pimienta.

—Pregunta al señor cuánta pimienta quiere que le ponga en el queso.

Yo había empezado a dibujar la fachada del edificio de la estación, trazaba con seguridad la línea de contorno de las ventanas sobre inocente papel blanco, cuando el camarero volvió a mi lado; se paró sin decir nada hasta que yo levanté la cabeza y, sorprendido, separé el lápiz del papel.

—Perdone la pregunta, ¿cuánta pimienta y cuánto queso desea el señor?

—Cuarenta y cinco gramos de queso con un dedal de pimienta, bien mezclado... y oiga, camarero, mañana también desayunaré aquí, pasado mañana y el otro, durante tres semanas, tres meses o tres años, ¿entendido? Y siempre a la misma hora, a eso de las nueve.

—Muy bien, señor.

Esto es lo que yo quería, y sucedió exactamente. Más tarde me asusté alguna vez porque mis programas se cumplían con tanta precisión y jamás ocurría nada imprevisto: al cabo de dos días ya era «el señor del queso con pimienta», al cabo de una semana, «el joven artista que viene a desayunar cada día a las nueve», y a las tres semanas, «el señor Fähmel, ese joven arquitecto, que trabaja en una obra muy

importante».

—Sí, sí, hija mía, todo esto se refiere a la abadía de Sankt Anton; la cosa duró muchos años, Leonore, llega hasta el presente; reparaciones, obras de ampliación y, después de 1945, la reconstrucción según los antiguos planos; Sankt Anton solo llenará todo un estante. Sí, tiene usted razón, convendría un ventilador aquí, hace calor, hoy; no, gracias, no quiero sentarme.

En el caleidoscopio del cielo de tarde del día 6 de septiembre de 1958, aparecía el perfil de los tejados, ahora sin boquetes; teteras colocadas sobre mesas de colores en los terrados; mujeres tendidas en sofás, tomando plácidamente el sol; en la estación el bullicio de los veraneantes que regresaban... ¿Sería esa la razón de que esperara en vano a Ruth, su nieta? ¿Habría acaso salido de viaje, dejando a un lado *Kabale und Liebe*? El anciano se pasó el pañuelo por la frente; ni el calor ni el frío habían podido jamás con él; en el ángulo derecho del caleidoscopio de la ventana, reyes de la casa de Hohenzollern seguían cabalgando en sus corceles de bronce en dirección a Occidente, inalterables desde hacía cuarenta y ocho años; también estaba aquel que había sido su generalísimo; todavía se podía adivinar su fatal orgullo en el porte de la cabeza; riendo dibujaba yo entonces, mientras desayunaba en el café Kroner, y en espera de que el camarero me trajera el queso con pimienta, el pedestal que todavía no sostenía ninguna estatua: siempre estaba tan seguro del futuro que el presente me parecía la culminación del pasado. ¿Era aquel mi primer desayuno en el café Kroner o era ya el que hacía tres mil? Ir cada mañana a desayunar al café Kroner, a las nueve, solo hubo una cosa que me lo pudo impedir, una fuerza mayor; cuando mi generalísimo me llamó a filas, aquel loco, que seguía montado en su corcel de bronce en dirección a Occidente. ¿Queso con pimienta? ¿En aquella la primera vez que comía aquella masa extraña, rojo-blanquecina, que no tenía ningún mal sabor especial? ¿La había inventado hacía una hora en el tren que desde el Norte me había llevado a la ciudad, para dar a mi desayuno permanente la indispensable nota personal, o me ponía aquella mezcla por treintava vez sobre el pan moreno, mientras el camarero retiraba la huevera y empujaba la mermelada al fondo de la mesa?

¡Atención! Saqué del bolsillo de mi chaqueta el instrumento, único del cual podía fiarme para corregir estas rápidas y precisas visiones: el calendario de bolsillo, encargado de volverme al sitio, día y hora, cuando me perdía por el jardín de la fantasía; era viernes, 6 de septiembre de 1907, y aquel desayuno era el primero que tomaba allí; hasta entonces jamás había tomado café para desayunar, sino solo malta, jamás había comido un huevo, sino solo papilla de cebada, pan negro con mantequilla y una rebanada de pepino, pero el mito que me proponía fundar estaba ya empezando a nacer; se había puesto en camino con la réplica del cocinero: «¿queso con pimienta?», para llegar allí donde debía llegar al público. No me cabía sino esperar, estar presente hasta las diez, las diez y media, mientras el café se iba llenando poco a

poco, beber una botella de agua mineral, además de un coñac; con el bloc de dibujo sobre las rodillas, el cigarro en la boca y el lápiz en la mano, dibujar, dibujar, mientras pasaban por mi lado los banqueros con importantes clientes y se dirigían a los reservados, seguidos por camareros con botellas de vino en bandejas verdes; venían sacerdotes con colegas extranjeros que acababan de visitar Sankt Severin, y en latín chapurrado, en inglés o en italiano hacían elogios de la belleza de la ciudad: mientras funcionarios de la cancillería del gobierno alardeaban de su categoría, que les permitía tomar allí, hacia las diez y media, un café y una copa de *kirsch*; damas que regresaban del mercado con verduras, coles y zanahorias, guisantes y ciruelas en bolsas de cuero trenzado, demostraban su excelente educación como amas de casa, por cuanto habían sabido regatear y apoderarse a buen precio de los bienes de las fatigadas campesinas, para luego derrochar en café y pasteles cien veces más de lo que habían ahorrado. Y se indignaban, blandiendo las cucharillas como espadas contra el jefe de escuadrón que estando de servicio; sí señora, había echado un beso a cierta *cocotte* que estaba en un balcón: a aquella mujer a la que «según pruebas» no había abandonado hasta las cinco y media de la madrugada, saliendo por la puerta de servicio. ¡Un jefe de escuadrón saliendo por la puerta de servicio!, ¡qué vergüenza!

Y los contemplaba a todos y escuchaba lo que decían mis comparsas; dibujaba filas de sillas, filas de mesas con aquel ballet de camareros, pedía la cuenta a las once menos veinte; había decidido mostrarme «espléndido, pero no derrochador»; lo había leído en alguna parte y me parecía una excelente fórmula. Pero me sentía cansado cuando, acompañado por el *maître* y sus ayudantes, salí del café, después de llenar la boca de aquel, creadora de mitos, con una propina especial de cincuenta pfennig. Todo el mundo me miró detalladamente cuando abandoné el café; no sospechaban que era el solista. Porque erguido, elástico, atravesé el vestíbulo y les hice ver lo que tenían que ver; un artista con un gran sombrero negro, pequeño, delicado, con aspecto de tener veinticinco años, con un aire impreciso de origen campesino, pero seguro en su modo de presentarse. Di todavía otra moneda de cobre al botones que me sostuvo la puerta.

Solo necesité un minuto y medio para llegar hasta aquí, hasta la casa de la Modestgasse, 7. Aprendices, camiones, monjas: vida en la calle; la puerta del almacén de la casa número 7 ¿olía efectivamente a tinta de imprenta? Máquinas parecidas a motores marinos movían sus bielas de aquí para allá, de allá para aquí; cosas edificantes quedaban impresas sobre papel blanco; el portero se quitó la gorra:

—¿El señor arquitecto? El equipaje está arriba.

Propina en una mano rojiza.

—Estoy a, su disposición para todo lo que quiera mandarme, mi alférez.

Sonrisa.

—Sí, señor, han venido dos caballeros que tendrían mucho gusto en llevar a mi alférez al club de oficiales de la reserva de esta ciudad.

Volví a ver más claro el futuro que el presente, que se hundía en ámbitos oscuros

en el momento en que se cumplía; vi al mugriento portero rodeado de periodistas, vi los titulares: «Joven arquitecto gana el concurso contra los corifeos de la profesión». El portero se brindaba a dar información a los periodistas:

—¿Ese? Trabaja como un negro. Por la mañana a las ocho va a misa a Sankt Severin, luego desayuna en el Café Kroner; de diez y media a cinco no se le ve el pelo, está encerrado arriba en su estudio; no recibe a nadie; vive allá arriba... ni que se rían... de sopas de puré de guisantes, que él mismo se hace; su madre le envía los guisantes y el tocino, incluso las cebollas. De cinco a seis da un paseo por la ciudad; de seis y media a siete y media juega al billar en el hotel *Prinz Heinrich*, en el club de oficiales de la reserva. ¿Mujeres? No, que yo sepa. El viernes por la noche, señores, de ocho a diez ensaya en la Agrupación coral de gargantas alemanas.

Incluso los camareros del café Kroner embolsaron propinas a cambio de informes. ¿Queso con pimienta? ¡Muy interesante! ¿Conque durante el desayuno dibujaba como un loco?

Más tarde pensé a menudo en el momento de mi llegada; oía las herraduras de los caballos sobre los adoquines, veía a los mozos del hotel llevar maletas, a la dama del balcón con su sombrero color de rosa, leía el anuncio: «Recomiendo a los militares mis prendas interiores...», escuchaba mi risa; ¿a quién iba dirigida, de qué estaba constituida? Yo los veía cada mañana cuando, al salir de misa, cruzaban la calle para ir a recoger la correspondencia y el periódico; ulanos que se dirigían a caballo al campo de ejercicio situado al norte de la ciudad; pensaba cada mañana en el odio de mi padre por los caballos y los oficiales, mientras se alejaba el golpear de las herraduras, para ir a simular ataques y levantar torbellinos de polvo sobre patrullas de inspección; los toques de trompeta hacían asomar lágrimas en los ojos de los antiguos combatientes, que se detenían en la calle, pero yo pensaba en mi padre; los corazones de los que habían servido en el arma de caballería, y entre ellos el del portero, latían aceleradamente; las muchachas con el paño de quitar el polvo en la mano, se convertían en estáticos cuadros vivientes, y el viento matutino refrescaba su pecho dispuesto a prodigar consuelos, mientras el portero me entregaba el paquete de mi madre; guisantes, tocino, cebollas y deseos de prosperidad; mi corazón no aceleraba sus latidos al contemplar el escuadrón que se alejaba.

En las cartas que escribía a mi madre, insistía siempre en que no viniera a verme; no quería que entrara a formar parte de los comparsas; más tarde, más tarde, cuando la función estuviera en marcha, entonces podría venir; mi madre era pequeña, delicada y morena como yo, vivía entre el cementerio y la iglesia, y su rostro, su figura hubiera armonizado demasiado con aquel juego; jamás quería que le enviara dinero, una moneda de oro al mes le bastaba para sopa y pan, para los diez pfennig que echaba los domingos en el cepillo, y el pfennig de los días de entre semana. «Ven más adelante», le escribía... pero no hubo tiempo: su tumba, al lado de la de mi padre, junto a la de Charlotte, a la de Mauritius... no volvió a ver jamás a aquel cuyas señas escribía semanalmente: Modestgasse, 7, Heinrich Fähmel; yo temía la

comprensión de su mirada, las palabras inesperadas que saldrían de su boca: ¿Para qué? ¿Dinero u honores, para servir a Dios o a los hombres? Temía el catecismo de sus preguntas, que exigían como respuestas únicamente la pregunta transformada en predicado, en cuyo final debía figurar un punto y no un signo de interrogación. Yo no sabía para qué. No iba a la iglesia por hipocresía: eso no formaba parte del papel aunque a ella se lo pareciera; mi entrada en escena no empezaba hasta el momento de penetrar en el café Kroner, terminaba a las diez y media, volvía a empezar a las cinco de la tarde y terminaba a las diez de la noche. Pensar en mi padre era más fácil, mientras los ulanos desaparecían finalmente detrás del Modesttor, y los organilleros se dirigían con paso inseguro hacia los arrabales; querían llegar allí lo bastante pronto para dar consuelo a amas de casa solitarias y a corazones de criadas: ¡Aurora, Aurora!, y volverían tambaleándose a última hora de la tarde para cambiar en calderilla la melancolía del anochecer de víspera de fiesta: ¡Annemarie, Rosemarie! Al otro lado de la calle, Gretz colgaba en aquel momento un jabalí junto a su puerta: sangre de caza mayor goteaba oscura sobre el asfalto; alrededor del jabalí pendían faisanes y perdices y liebres; finos plumajes y peletería modesta enmarcaban al monstruo. Todas las mañanas colgaba Gretz su caza, de modo que el público pudiera ver las heridas; vientres de liebre, pechos de paloma, el flanco desgarrado del jabalí; la sangre tenía que ser visible; las rosadas manos de la señora Gretz alineaban hígados entre montones de setas; caviar ordenadamente dispuesto sobre cubitos de hielo brillaba junto a enormes jamones; langostas, oscuras como ladrillos quemados, se movían ciegamente en acuarios de poco fondo, esperando las manos de las clientes, esperando el día siete, el día nueve, el día diez, el día once de septiembre de 1907. Solo los días ocho, quince y veintidós de septiembre, que caían en domingo, la fachada de Gretz permanecía libre de sangre y yo veía los animales muertos del año 1908, 1909... solo dejé de verlos durante los años en que reinó una fuerza superior; eso aparte, los estuve viendo continuamente durante cincuenta y un años, y todavía ahora mismo sigo viéndolos, mientras las manos de una cliente buscan, el sábado por la tarde, los últimos requisitos para la comida del domingo.

—Sí, Leonore, lo ha leído bien; el primer cobro de honorarios fue de ciento cincuenta mil marcos. ¿No lleva fecha? Eso debió de ser en agosto de 1908. Sí, estoy seguro, en agosto de 1908. ¿No ha comido usted jabalí alguna vez? No se ha perdido gran cosa, si quiere creerme a mí. Jamás me ha gustado. Caliente un poco de café, sacúdase el polvo y vaya a comprar pasteles si le apetecen. No diga tonterías, eso no engorda, no haga caso de lo que dicen. Sí, eso fue en 1913: una casita para el señor Kolger, camarero del café Kroner. No, no cobré honorarios.

¿Cuántos desayunos en el café Kroner? ¿Diez mil, veinte mil? Nunca lo calculé, iba allí todos los días, excepto aquellos en que me lo impidió una fuerza mayor.

Esa fuerza mayor, por cierto, la vi nacer: yo estaba al otro lado de la calle, en el

terrado de la casa número 8; oculto detrás de la pérgola, miraba a la calle y les vi dirigirse a la estación; muchos de ellos cantaban una canción patriótica, proferían el nombre de ese loco que todavía sigue montado en su corcel de bronce, cabalgando hacia Occidente; llevaban flores en sus gorras de obrero, en sus sombreros de copa, en sus bombines; flores en los ojales de sus chaquetas; llevaban prendas interiores normales sistema profesor Gustav Jäger envueltas en pequeños paquetes debajo del brazo; sus gritos llegaban hasta mí, e incluso las ramerías de allá abajo en la Krämerzeile habían enviado a sus rufianes a la caja de reclutas, llevando debajo del brazo unas prendas interiores especialmente buenas y de abrigo... y yo esperaba en vano unos sentimientos que pudiera compartir con la gente que había en la calle; me sentía vacío y solo, envilecido, incapaz de entusiasmo y no comprendía por qué era incapaz; jamás había reflexionado acerca de ello; pensaba en mi uniforme de zapador, que olía a naftalina, que seguía cayéndome a la medida a pesar de que me lo había hecho cuando tenía veinte años y ahora había cumplido ya los treinta y seis; solo esperaba que no me vería obligado a ponérmelo; quería seguir siendo solista, no convertirme en comparsa; aquellos que se dirigían cantando a la estación estaban locos; los que no podían desfilar eran considerados con compasión, y ellos se tenían por unas víctimas porque no podían participar; yo, en cambio, estaba dispuesto a contarme de buena gana entre esas víctimas. En el piso de abajo, mi suegra lloraba porque sus dos hijos habían tenido que marcharse con la primera quinta movilizada, a la estación de mercancías donde se cargaban los caballos; gloriosos ulanos por los que mi suegra derramaba gloriosas lágrimas; yo estaba detrás de la pérgola; todavía florecían las glicinas; y oía de boca de mi hijo de cuatro años, que estaba en la calle... *quiero un fusil, quiero un fusil...* y hubiera tenido que bajar a azotarle en presencia de mi gloriosa suegra; dejé que cantara, dejé que jugara con el chacó de ulano que le habían regalado sus tíos, dejé que arrastrara el sable, dejé que gritara: *Francés muerto, inglés muerto, ruso muerto*. Y permití que el comandante de la plaza me dijera con voz conmovida, casi entrecortada por un sollozo: «Lo siento muchísimo, Fähmel, siento muchísimo que todavía no podamos dejarle marchar, que todavía no pueda ir al frente, pero también en la retaguardia se necesita gente como usted».

Construcción de cuarteles, de fortificaciones, de hospitales por la noche, vestido de uniforme, controlaba la guardia del puente; comerciantes de mediana edad con grado de sargento, banqueros que no eran más que soldados rasos, me saludaban precipitadamente cuando subía por el paso cubierto, cuando a la luz de mi lámpara de mano veía los dibujos obscenos que los jóvenes habían grabado a cuchillo en la piedra arenisca al volver de los baños. El paso cubierto olía a virilidad incipiente. Más allá colgaba un cartel: «Michaelis, Carbones, Coques, Aglomerados», y una mano indicaba la dirección donde se podían adquirir las mercancías de Michaelis; y yo disfrutaba de mi ironía, de mi superioridad, cuando el suboficial Gretz me comunicaba: «Guardia del puente; un suboficial y seis hombres; sin novedad», daba

mi conformidad con un ademán que creía haber aprendido en alguna comedia; decía «rompan filas», escribía mi nombre en el libro de guardia, me iba a casa, colgaba el casco y el sable en la entrada, me reunía con Johanna en el salón, ponía la cabeza en su regazo, fumaba mi cigarrillo y no decía nada; y ella tampoco decía nada; solo devolvía a Gretz el *foie-gras* de ganso, y cuando el abad de Sankt Anton nos enviaba pan, miel y mantequilla, lo daba; yo no protestaba, seguía desayunando en el café Kroner, tomaba mi queso con pimienta por la dos mil cuatrocentésima vez, y seguía dando cincuenta pfennig de propina al camarero, a pesar de que no quería aceptarlos e insistía en pagarme los honorarios por la casa que le había proyectado.

Johanna expresó lo que yo pensaba; no bebió ni una gota de champaña el día en que estuvimos invitados en casa del comandante de la plaza, no probó el pastel de liebre y no quiso bailar con nadie; lo dijo en voz alta: «Ese loco del Kaiser...» y pareció como si el casino, allí en la Wilhelmskuhle, entrase de pronto en el período glacial; Johanna lo repitió en medio del silencio: «Ese loco del Kaiser». Estaban allí el general, el coronel, varios comandantes con sus esposas, yo, recién ascendido a teniente, encargado de la construcción de fortificaciones. Período glacial en el casino de la Wilhelmskuhle. Un joven alférez tuvo la buena idea de pedir un vals a la orquesta; yo tomé a Johanna del brazo y la llevé al coche; magnífica noche de otoño; columnas grises desfilaban hacia estaciones de suburbio; sin novedad.

Tribunal de honor. Nadie se atrevió a repetir lo que había dicho Johanna; blasfemias como aquella ni siquiera se registraban en las actas: «Su Majestad... ese loco del Kaiser»; nadie se hubiera atrevido a escribirlo; se limitaban a decir: «Aquello que dijo su esposa», y yo, a mi vez: «Aquello que dijo mi esposa», y no decía lo que, en realidad, hubiera tenido que decir: que estaba de acuerdo con ella; decía, en cambio: a Está embarazada, caballeros, le faltan solo dos meses para el parto; ha perdido a dos hermanos, el jefe de escuadrón Kilb, el alférez abanderado Kilb, ambos caídos el mismo día; se murió nuestra hijita, en el año 1909..., y, no obstante, sabía que hubiera debido decir: estoy de acuerdo con mi esposa; sabía que la ironía no basta y no bastaría nunca.

—No, Leonore, no abra ese paquete; solo contiene cosas de valor sentimental; no pesa y, sin embargo, para mí es precioso. El tapón de una botella. Gracias por el café; ponga la taza en el alféizar de la ventana, por favor; espero en vano a mi nieta, que suele hacer sus deberes de colegio arriba en el terrado; me olvidaba de que todavía no han terminado las vacaciones; ve usted, desde aquí arriba se puede ver hasta el centro de su oficina, la veo a usted cuando está sentada en su escritorio, veo sus lindos cabellos.

¿Por qué empezaba, de pronto, a vibrar la taza, a tintinear, al compás de las máquinas de imprimir? ¿Había terminado el paréntesis de mediodía, se hacían horas extraordinarias, incluso el sábado por la tarde, para imprimir cosas edificantes sobre

papel blanco?

Infinidad de mañanas había sentido aquella misma vibración cuando, con los codos apoyados en la ventana, miraba a la calle, miraba aquellos cabellos rubios, cuyo aroma conocía de misa primera; unos jabones demasiado ásperos habrían de matar aquella hermosa cabellera; la austeridad era lo único que ella empleaba como perfume. Yo la seguía cuando, al salir de misa, a las nueve menos cuarto, pasaba junto a la tienda de Gretz y se dirigía a la casa número 8. La puerta amarilla, en la que sobre madera negra figuraba la inscripción algo despintada: «Dr. Kilb, Notario». Yo la contemplaba mientras esperaba en el quiosco del portero a que trajeran el periódico; un rayo de luz caía sobre ella, caía sobre su rostro consagrado al servicio de la justicia, cuando abría la puerta del despacho, subía las persianas, luego ponía la combinación de la caja de caudales, abría las puertas de acero que parecían aplastarla; examinaba el contenido de la caja, y yo podía ver perfectamente el interior de la caja de caudales, a través de la estrecha Modestgasse podía leer en el compartimiento superior la etiqueta de cartón, pulcramente escrita «Proyecto Sankt Anton». Había tres grandes paquetes, con sellos de lacre como heridas. Solo había tres y todo el mundo sabía el nombre de los concursantes: Brehmockel, Grumpeter y Wollersein. Brehmockel era el constructor de treinta y siete iglesias neogóticas, diecisiete capillas y veintiún conventos y hospitales; Grumpeter, el constructor de solo treinta y tres iglesias neorrománicas, solo doce capillas y dieciocho hospitales; el tercer paquete procedía de Wollersein, que solo había construido diecinueve iglesias, solo dos capillas, solo cuatro hospitales, pero que en cambio tenía en su haber una auténtica catedral.

—¿Ya ha leído, mi alférez, lo que pone la «Wacht»? —me preguntó el portero, y yo leí por encima de su calloso pulgar la línea que me indicaba: «Hoy último día del plazo para el proyecto de Sankt Anton. ¿Les faltará osadía a nuestros jóvenes arquitectos?». Yo sonreía, doblé el periódico, me fui a desayunar al café Kroner; sonaba ya a liturgia antiquísima, cantada durante siglos, cuando el camarero decía, al abrir la puerta de la cocina: «Desayuno para el señor arquitecto Fähmel, como siempre». Amas de casa, sacerdotes, banqueros... vocerío de las diez y media. Bloc de dibujo con corderos de Dios, serpientes, pelícanos; cincuenta pfennig de propina para el camarero, diez para el botones, sonrisa del portero cuando le ponía un cigarro en la mano y recogía mi correspondencia. Yo estaba aquí, sentía el trepidar de las máquinas de imprimir debajo de mis codos, veía como, en el despacho de Kilb, el meritorio blandía la plegadera blanca junto a la ventana. Abrí la carta que me había dado el portero: «... estamos dispuestos a ofrecerle inmediatamente el cargo de delineante jefe; le acogeremos en familia, si así lo desea, y le garantizamos que podrá entrar en relación con la mejor sociedad. No tendrá que quejarse por la falta de atenciones...». Así le atraían a uno con el cebo de bellas hijas de arquitectos, le ofrecían participar en alegres excursiones campestres, en las que unos apuestos caballeros, tocados con sombreros de anchas alas, destapaban botellas de cerveza en

el lindero del bosque, mientras bellas damas sacaban bocadillos y los ofrecían; en los prados recién segados, se podían intentar algunos pasos de danza, mientras las madres, que contaban ansiosas los años de sus hijas, aplaudían encantadas ante tanta gracia, y cuando se iniciaba el paseo por el bosque, cogiditos del brazo, porque las damas solían tropezar con las raíces, se presentaba la ocasión, ya que las distancias aumentaban insensiblemente bajo la oscuridad de la arboleda, de atreverse a un beso, en el antebrazo, en la mejilla, en el hombro, y cuando luego se volvía a casa en coche, atravesando tupidos prados al anochecer, en cuyos bordes había incluso gamos, como si solo estuvieran en el bosque para asomarse a mirarnos, cuando se iniciaban canciones; que se propagaban de coche en coche, entonces había llegado la hora de murmurarse al oído que Cupido nos había flechado. Y los coches llevaban a casa corazones melancólicos, almas doloridas.

Y yo contesté cortésmente: «... estoy dispuesto a aceptar su amable oferta en cuanto haya terminado los estudio particulares que, de momento, me retendrán todavía una temporada en la ciudad...»; cerré el sobre, puse el sello, volví a la ventana y contemplé la Modestgasse: la plegadera brillaba como un puñal cuando el muchacho la blandía; dos criados del hotel cargaban el jabalí en un carretón de mano; por la noche comería jabalí, en la cena de la Coral de gargantas alemanas, tendría que escuchar sus bromas, y ellos no se darían cuenta de mi risa, no, verían que no me reía de sus chistes, sino de ellos; sus bromas me eran tan repulsivas como las salsas, y yo me reía aquí arriba en la ventana y todavía no sabía si era odio o desprecio. Solo sabía una cosa: mi risa no era únicamente de alegría.

La aprendiz de Gretz colocaba unas cestas de setas al lado del jabalí: en el hotel *Prinz Heinrich*, el cocinero ya pesaba las especias, los pinches afilaban los cuchillos; ayudantes de camarero se arreglaban precipitadamente las corbatas ante el espejo de su casa y preguntaban a sus esposas que estaban planchando (el vapor de pantalones vueltos al revés llenaba la cocina): «¿Tengo que besar el anillo al obispo si por desgracia me toca servirle?». El meritorio seguía blandiendo la plegadera.

Las once y quince minutos; cepillé mi traje negro, examiné mi corbata de terciopelo, me puse el sombrero, saqué mi calendario de bolsillo, no mayor que una caja de cerillas, lo abrí y leí en él: 30 de septiembre de 1907, a las 11,50; entregar el proyecto en casa de Kilb. Exigir recibo.

¡Atención! Mil veces había realizado aquel acto en mi imaginación: Bajar la escalera, cruzar la calle, la entrada, la sala de espera. «Desearía hablar personalmente con el señor notario». «¿De qué asunto?». «Deseo entregar al señor notario un proyecto para el *Concurso de Sankt Anton*».

Solo el meritorio manifestaría asombro, dejaría de blandir la plegadera, se volvería a mirarme, pero luego, avergonzado, dirigiría de nuevo el rostro hacia la calle, a los formularios, recordando la advertencia: ¡discreción, discreción! En aquel lugar, donde la austeridad era elegancia, donde los retratos de los antepasados jurisperitos colgaban de las paredes, donde los tinteros alcanzaban los ochenta

años de edad y las plegaderas ciento cincuenta, se realizaban importantísimas transacciones en silencio; allí cambiaban de propietario barrios enteros, se firmaban contratos de matrimonio, en los que se estipulaban consignaciones anuales «para alfileres» mucho mayores que todo cuanto pudiera cobrar como salario un escribiente en cinco años: pero allí se registraba también notarialmente la hipoteca de dos mil marcos del pobre zapatero, se guardaba el testamento del tembloroso rentista, en el cual legaba su mesita de noche a su nieto favorito; los asuntos legales de las viudas y huérfanos, de los obreros y millonarios se liquidaban allí en silencio, frente al lema que colgaba de la pared: *Llena está su diestra de dones*. No había motivo para levantar la mirada cuando un joven artista, en su traje negro, heredado del tío y vuelto al revés, entregaba un paquete envuelto en papel de barba, unos rollos de dibujos, y creía tener derecho a molestar personalmente al señor notario para ello. El oficial mayor sellaba el paquete, los rollos de dibujos, y estampaba el escudo de los Kilb, un cordero, de cuyo pecho manaba un chorro de sangre, en la laca del sello caliente, mientras la muchacha rubia, la bien parecida, escribía el recibo. «Lunes, 30 de septiembre de 1907, 11,35 de la mañana, el arquitecto señor Heinrich Fähmel entrega...». ¿No apareció en su rostro pálido y amable una ligera señal de que no le era desconocido? Aquel acontecimiento imprevisto me hizo feliz, porque me demostraba que el tiempo ora algo real; aquel día existía efectivamente, aquel minuto; no quedaba demostrado por mí, que había bajado efectivamente la escalera, había cruzado la calle, la entrada y la sala de espera; no quedaba demostrado por el meritorio que levantó la mirada y que luego, avergonzado, consciente de su deber de discreción, volvió de nuevo el rostro a la calle; no quedaba demostrado por las heridas rojas de los sellos de lacre, quedaba demostrado también por la sonrisa imprevista y amable de la secretaria, que examinó mi traje vuelto al revés y que luego, al tomar yo el recibo de su mano, me susurró: «Le deseo mucha suerte, señor Fähmel». Aquellas palabras eran las primeras, en el transcurso de las primeras cuatro semanas y media, que hirieron el tiempo y que me recordaron que en aquel juego que yo había desencadenado había vestigios de realidad; el tiempo no estaba pues ordenado únicamente en imaginarios compartimientos donde lo futuro se me antojaba presente y lo presente me parecía tener varios siglos de antigüedad, donde lo pasado se convertía en futuro, como una infancia a la que corría como corría a mi padre cuando era niño. Mi padre era un hombre silencioso; a su alrededor se acumulaban los años como capas de plomo hechas de silencio; había manejado los registros del órgano, había cantado en la misa mayor, cantado mucho en los entierros de primera, poco en los de segunda, nada en los de tercera; era tan rallado que, ahora que pensaba en él, me sentía deprimido; había ordeñado vacas, había cortado hierba, trillado grano hasta que su rostro sudoroso quedaba cubierto de plumas como insectos; había dirigido el coro de los aprendices, el de los oficiales, el de los cazadores y el de Santa Cecilia; jamás hablaba, jamás blasfemaba, solo cantaba, cortaba remolachas, cocía patatas para el cerdo, tocaba el órgano, se ponía una sotana negra y el roquete blanco

encima; a nadie en el pueblo le llamaba la atención que no hablara nunca, porque todos le conocían solo trabajando; de cuatro hijos se le murieron dos tuberculosos y quedaron solo otros dos: Charlotte y yo. Mi madre era enfermiza, una de aquellas mujeres que les gustan las flores, las cortinas bonitas, que cantan mientras planchan y, por la noche, cuentan cuentos junto a la lumbre; mi padre trabajaba, hacía camas de madera, llenaba sacos de paja, mataba gallinas, hasta que Charlotte murió: oficio de ángeles, iglesia adornada de blanco; el párroco cantó, pero el sacristán no contestó ni manejó los registros; no se oyó el órgano, no se cantó ningún responso en el coro; solo el párroco cantó. Silencio, cuando en la puerta de la iglesia se formó la comitiva para ir al cementerio; el párroco preguntó, inquieto: «Pero Fähmel, querido Fähmel, ¿por qué no ha cantado usted?», y yo oí por primera vez la voz de mi padre pronunciar algo y me quedé asombrado de lo áspera que era aquella voz que sabía cantar tan suave, en el coro; lo dijo aprisa, con acento ronco: «En los entierros de tercera no se canta». La niebla cubría el Bajo Rin, jirones de vapor dibujaban cintas sobre los campos de remolachas entre los árboles; las cornejas parecían matracas de Semana Santa, mientras el párroco, trastornado, recitaba el responso; mi padre dejó de llevar la batuta en el coro de los aprendices, el de los oficiales, el de los cazadores y el de Santa Cecilia, y pareció como si con aquella frase, la primera que te oí pronunciar —tenía dieciséis años cuando mi hermana Charlotte murió a los doce— como si con aquella primera frase hubiese descubierto la voz; empezó a hablar más; hablaba de su odio por los caballos y los oficiales; decía con tono amenazador: «¡Ay de vosotros, si me hacéis un entierro de primera!».

—Sí —repitió la muchacha rubia— le deseo mucha suerte.

Quizás hubiese sido mejor que le hubiese devuelto el recibo y que hubiese reclamado el paquete sellado y los rollos de dibujos; que hubiese regresado a casa, a casarme con la hija del alcalde, que era empresario de construcciones, y construir cuarteles de bomberos, pequeñas escuelas, iglesias, capillas; hubiese sido mejor bailar con la dueña de la casa en las fiestas de cobertura, mientras mi mujer bailaba con el dueño. ¿Para qué desafiar a Brehmockel, a Grumpeter y a Wollersein, los grandes corifeos de la arquitectura sacra? ¿Para qué? Me sentía libre de orgullo, el dinero no me atraía; jamás habría de sufrir hambre; podría jugar al ajedrez con el párroco, el boticario, el hotelero y el alcalde, podría tomar parte en cacerías, construir «algo moderno» para los campesinos enriquecidos... pero el meritorio ya había abandonado rápidamente la ventana y me abría la puerta; yo dije «gracias», salí, crucé la entrada, la calle, subí la escalera de mi estudio y apoyé el codo en el alféizar de mi ventana, que vibraba al compás de las máquinas de imprimir. Era el día 30 de septiembre de 1907, hacia las doce menos cuarto...

—Sí, Leonore, es una verdadera pesadilla eso de las máquinas de imprimir. No sé cuántas tazas se me han roto ya, por poco que me distraiga. Tómeselo con calma, hija

mía, no corra tanto. Si sigue trabajando de ese modo, dejará ordenado antes de una semana todo lo que no he sido capaz de ordenar en cincuenta y un años. No, gracias, yo no tomo pasteles. ¿No la molesta que la llame hija mía?

No tiene por qué ruborizarse de los piropos de un viejo. Soy un monumento, Leonore, y los monumentos no pueden hacer nada a nadie. Yo, necio de mí, sigo yendo todas las mañanas al café Kroner y como allí mi queso con pimienta, aunque ya hace tiempo que no me gusta; me debo a mis contemporáneos, no tengo derecho a destruir mi leyenda; fundaré un asilo de huérfanos, quizás también una escuela, instituiré becas y algún día en algún lugar me fundirán en bronce y descubrirán mi monumento; quiero que usted lo vea y se ría, Leonore; tiene una manera muy linda de reírse, ¿lo sabía? Yo ya no puedo reírme, ya no sé, y, no obstante, creía que la risa era un arma; no lo era; era solo un engaño. Si quiere, la llevaré al baile de los universitarios, La presentaré como mi sobrina, allí beberá usted champaña, bailará y conocerá a un joven que será bueno con usted y la querrá; la daré una dote... sí, piénselo con calma: dos metros por tres, la vista general de Sankt Anton; lleva ya cincuenta y un años colgada aquí en el estudio; y aquí continuó incluso cuando se derrumbó el techo; de entonces datan estas dos manchas de moho que se ven allí; este fue mi primer gran encargo, un encargo gigantesco y yo apenas tenía treinta años, apenas estaba formado.

Y en el año 1917 no tuve el valor de hacer lo que Johanna hizo en mi lugar: arrancó de las manos a Heinrich, que estaba arriba en el terrado junto a la pérgola, la poesía que se disponía a aprender de memoria, recitándola con toda la seriedad de su voz infantil:

*Dijo san Pedro, portero del cielo:
Lo comunicaré a la superioridad,
Y al cabo de poco rato, regresó:
Su excelencia, mariscal Blücher, ha tenido suerte:
Permiso por tiempo indefinido.
(Así habló y abrió la puerta del cielo.)
Anda, viejo fusilero, y no temas,
Que Dios está con vosotros,*

Robert todavía no tenía dos años y Otto no había nacido aún; yo estaba de permiso y hacía tiempo que veía claramente aquello que había sentido de un modo impreciso, a saber, que la ironía no basta ni bastará nunca, que solo es un narcótico para algunos privilegiados, y hubiera tenido que hacer lo que Johanna hizo; vestido con mi uniforme de capitán, hubiera tenido que hablar con el niño: pero me limité a escuchar cómo seguía recitando:

*Blücher fue el que bajó a la tierra,
Para conducirnos de victoria en victoria.
¡Adelante, hurra, Hindenburg,
Salvador y baluarte invencible de la Prusia oriental!
Mientras haya bosques alemanes,
Mientras ondeen banderas alemanas,
Mientras viva una palabra alemana,
Su nombre será inmortal.
Esculpido en piedra, fundido en bronce.
Por ti, nuestro héroe, late nuestro corazón.
¡Hindenburg! ¡Adelante!*

Johanna arrancó el papel de manos del muchacho, lo hizo pedazos y los echó a la calle; como copos de nieve cayeron ante la tienda de Gretz, donde aquel día no había colgado ningún jabalí; la fuerza mayor se había impuesto.

La risa no será suficiente, Leonore, cuando inauguren mi monumento; escupe en él, hija mía... en nombre de mi hijo Heinrich, en nombre de Otto, que era un muchacho tan cariñoso y bueno, y porque era tan cariñoso y tan bueno, tan obediente... se me hizo extraño como ningún otro ser en este mundo, y en nombre de Edith, del único cordero que jamás he visto: yo la quería, a la madre de mis nietos, pero no pude ayudarla, como no dudé en ayudar a aquel aprendiz de carpintero al que solo había visto dos veces, ni a aquel muchacho que no vi jamás, el muchacho que nos traía noticias de Robert, que echaba notitas no mayores que envoltorios de caramelo en el buzón y que por este motivo desapareció en el campo de concentración.

Robert fue siempre listo y desapasionado, jamás irónico; Otto era distinto, demostraba tener corazón y, sin embargo, comió, de pronto, del *sacramento del búfalo*, y se nos hizo extraño; escupe sobre mi monumento, Leonore, diles que yo mismo te lo pedí; también puedo dártelo por escrito y hacer legalizar mi firma por un notario; hubiera tenido que ver a aquel muchacho que me hizo comprender esta frase: *Unos ángeles bajaron del cielo y le sirvieron*. Era aprendiz de carpintero; le decapitaron; hubieras tenido que ver a Edith y a su hermano, al que no vi más que una vez, cuando atravesaba el patio de casa y subía a ver a Robert; yo estaba en la ventana de mi dormitorio y le vi solo durante medio minuto, y sentí miedo; llevaba la salvación y la desgracia sobre sus hombros; Schrella se llamaba, jamás supe su nombre de pila; era algo así como un ejecutor, de la ley de Dios, que por deudas no pagadas, pegaba citaciones invisibles en las casas; yo sabía que exigiría a mi hijo y, no obstante, le dejé atravesar el patio de casa; el mayor de los hijos que me quedaban, que valía tanto, el hermano de Edith «se lo llevó». Edith era distinta, su seriedad bíblica pesaba tanto, que se podía permitir un humor bíblico; se reía con sus hijos en

pleno bombardeo; les puso nombres bíblicos: Joseph y Ruth: y la muerte no encerraba para ella ningún terror; no comprendió nunca que yo llorara tanto a los hijos que había perdido, a Johanna y a Heinrich... no llegó a saber que Otto también murió, aquel extraño, el que más cerca había estado de mí: le gustaba mi estudio, mis dibujos, iba conmigo a las obras, bebía cerveza cuando celebrábamos la cobertura de un edificio, era el favorito de los albañiles, esta noche no tomará parte en la fiesta de mi cumpleaños; ¿cuántos vamos a ser? Se pueden contar con los dedos de una mano los miembros de mi familia: Robert, Joseph, Ruth, Johanna y yo; el lugar de Johanna estará ocupado por Leonore y ¿qué le diré a Joseph cuando con entusiasmo juvenil me cuente los progresos de la restauración de Sankt Anton? Cobertura para fines de octubre; los monjes quieren cantar la liturgia de adviento en la nueva iglesia. *Tiemblan los huesos carcomidos*, Leonore, y no han cuidado de mis corderos.

Mejor hubiera valido devolver el recibo, romper los sellos de lacre rojos y destruirlo todo. Ahora no tendría que estar aquí esperando a mi nieta, hermosa, morena, de diecinueve años, de la misma edad que tenía Johanna cuando, hace cincuenta y un años, estaba yo aquí arriba y ella al otro lado de la calle, en el terrado; yo podía leer perfectamente el título del libro: *Kabale und Liebe*... ¿Acaso no es la propia Johanna la que lee *Kabale und Liebe* en este momento al otro lado de la calle? ¿Es verdad que todavía no ha regresado, que está comiendo con Robert en el *Löwe*? ¿No acabo de dejar, en el quiosco del portero, el cigarro de costumbre? ¿No he esquivado su familiaridad («entre hombres, mi alférez»), para esconderme aquí arriba desde las diez y media hasta las cinco, por el mero placer de estar aquí? He pasado junto a rimeros de libros, pilas de hojas del obispado recién impresas; ¿qué se imprime todavía el sábado por la tarde sobre papel blanco? ¿Cosas edificantes o carteles electorales para todos aquellos que han probado del *sacramento del búfalo*? Vibran las paredes, tiemblan los peldaños, las operarias van apilando las hojas hasta llegar a la puerta de mi estudio. Yo estaba aquí arriba, me ejercitaba en estar meramente aquí; me sentí arrastrado, atraído por un chorro de viento que acabaría arrojándome fuera: ¿hacia dónde? Fui absorbido por un torbellino de amargura primigenia, bebí la eterna inutilidad de todas las cosas, vi los hijos que tendría, los vinos que bebería, los hospitales e iglesias que construiría... y al mismo tiempo oía caer las glebas de tierra sobre mi ataúd, sordo retumbar de tambores que me perseguía; oía cantar a las plegadoras, a las cortadoras, a las empaquetadoras: voces claras unas veces, graves, dulces y ásperas otras; cantaban sencillamente la alegría elemental de la víspera de fiesta; llegaba hasta mí como un canto fúnebre: amor en la sala de baile, felicidad dolorosa junto al muro del cementerio, en la hierba que olía a otoño; lágrimas de madre anciana como presagio de alegrías de madre joven, melancolía del orfanato, donde una joven valiente decidió permanecer pura; pero el amor se apoderó también de ella, la hirió en la sala de baile; felicidad dolorosa junto al muro del cementerio, en la hierba que olía a otoño... las voces de las operarias volvían a empezar como cangilones en la misma agua; entonaban mi cántico funeral,

mientras las glebas caían cuidadosamente sobre mi ataúd. Con los párpados entreabiertos miré las paredes de mi estudio, que había empapelado con dibujos: presidía como un soberano, en el centro, el calco rojizo, a 1 por 200, de la abadía de Sankt Anton; en primer término la finca Stehlingers Grotte, vacas que pacían, un campo de patatas recién arrancadas, del que se elevaba el humo de un fuego; luego la abadía, imponente, de planta de basílica (había plagiado sin miramientos las catedrales románicas), el claustro severo, bajo y oscuro; clausura, refectorio, biblioteca; en el centro del claustro, la imagen de San Antonio; el gran cuadrado con los locales de la explotación agrícola: graneros, establos, cuadras, un molino propio con horno de pan, una bonita vivienda para el mayordomo, encargado también de cuidar de los peregrinos; bajo grandes árboles, había mesas y sillas sencillas, donde podían comer sus provisiones de viaje acompañadas de vino áspero, de mosto o de cerveza; en el horizonte aparecía indicada la otra finca: Görlingers Stuhl; capilla, cementerio, cuatro casas campesinas, vacas que pacían; unas filas de chopos limitaban por la derecha la tierra de cultivo, donde los monjes plantaban viñedos, donde crecían coles y patatas, verduras y trigo y se recogía de las colmenas una miel riquísima.

Entregado hacía veinte minutos, contra recibo; proyecto con dibujos detallados y cálculos completos; cifras y estados nítidamente escritos a pluma; con los ojos entornados, como si estuvieran efectivamente allí, miraba el proyecto a través de la ventana; veía a los monjes que se agachaban, a los peregrinos que bebían mosto, mientras las operarias, abajo, con voces que ansiaban la víspera de fiesta, claras las unas, graves las otras, entonaban su canto funerario que llegaba hasta mí; cerré los ojos y sentí el frío que no habría de volver a sentir hasta cincuenta años más tarde, cuando fuera un hombre maduro, rodeado de vida tumultuosa.

Aquellas cuatro semanas y media habían sido interminables; todo cuanto hacía, lo había calculado antes en gabinetes de ensueño; lo único que no quedaba comprendido en aquel programa era la misa de la mañana, las horas entre las diez y media y las cinco de la tarde; anhelaba lo imprevisto, que solo me había regalado una ligera sonrisa, y por dos veces un «Le deseo mucha suerte, señor Fähmel». Cuando volvía a cerrar los ojos el tiempo se descomponía como un espectro: pasado, presente, futuro; dentro de cincuenta años, mis nietos mayores tendrían ya veinticinco, mis hijos tendrían ya la misma edad que los respetables señores en cuyas manos acababa de ponerme al entregar mi proyecto. Busqué con la mano para cerciorarme de que tenía el recibo; en efecto, mañana por la mañana se reuniría el jurado y se daría cuenta del cambio operado: un cuarto proyecto; los bandos ya formados, dos en favor de Grumpeter, dos en favor de Brehmockel, y uno, el más importante, más joven y más pequeño de los cinco, el abad, en favor de Wollersein; al abad le gustaba el arte románico; la discusión sería encarnizada, porque los dos miembros del jurado susceptibles de ser sobornados tendrían que argumentar sobre todo desde el punto de vista artístico; aplazamiento; este joven recién llegado nos ha estropeado el programa;

inquietos, se habían dado cuenta, no sin inquietud, de que al abad le gustaba mi proyecto; mientras bebía a pequeños sorbos su copa de vino, había contemplado repetidamente mis dibujos; el conjunto estaba orgánicamente adaptado al paisaje, el aspecto utilitario del cuadro de edificios de la explotación agrícola contrastaba claramente con la severidad de la parte de claustro y clausura; el pozo, la hospedería para los peregrinos, todo les gustaba; el abad incluso esbozó una sonrisa: allí sería *primus inter pares*; penetraba ya en el proyecto como si fuera propiedad suya, presidía las comidas en el refectorio, se sentaba en el coro, visitaba a los hermanos enfermos, iba a ver al mayordomo, catava el vino, dejaba caer entre sus dedos el grano; pan para sus hermanos y para los pobres, grano de la cosecha de sus campos; el joven arquitecto había ideado incluso una cuadra para los mendigos, junto al portal, con, en el exterior, bancos para el verano y, dentro, unas sillas, una mesa, una chimenea para el invierno. «Señores, para mí no cabe duda, yo voto sin vacilar por este... ¿cómo se llama?... por el proyecto de Fährmel; además, fíjense en el presupuesto: trescientos mil marcos menos que el más barato de los otros tres»; el lacre seco caído de las heridas abiertas, cubría la mesa, que ahora unos especialistas golpeaban con el puño, dispuestos a empezar la gran discusión: «Créanos, Reverendo Padre, cuántas veces no se ha presentado uno que ha hecho una oferta más provechosa, pero que al final, cuando solo faltaban cuatro semanas para la cobertura, ha declarado que no podía más, no es raro que esta clase de proyectos cuesten luego medio millón más de lo que se había presupuestado. Haga caso de la experiencia. ¿Qué banco avalará a un hombre tan joven, totalmente desconocido? ¿Quién arriesgará la cantidad necesaria para la fianza? ¿Tiene fortuna propia?». Una risotada general cayó sobre el joven abad: «Su fortuna asciende, según su propia declaración, a ocho mil marcos». Discursos, discusiones. Aquellos caballeros se separaron disgustados. Ninguno de ellos había secundado al abad. La decisión se aplazó cuatro semanas. ¿Por qué aquel campesino de cabeza rapada, que apenas llegaba a los treinta años, había obtenido el voto que según los estatutos era decisivo, de tal modo que nada se podía decidir de un modo inmediato *contra* él y sí a *su favor*?

Repiquetearon teléfonos, emisarios sudorosos corrieron llevando cartas urgentes del presidente del consejo provincial al arzobispo, del arzobispo al seminario, donde el hombre de confianza del arzobispado cantaba precisamente las excelencias del estilo neogótico. Con el rostro encendido, el hombre se apresuró a subir al coche que le esperaba, los cascotes de los caballos se alejaron martilleando el empedrado, chirriaron las ruedas al tomar audaces curvas; ¡de prisa, prisa!, ¡informe, informe! ¿Fährmel? No sé quién es. ¿El proyecto? Técnicamente magnífico, los cálculos... hay que reconocerlo. Excelencia... hasta dónde se puede juzgar, convincentes, pero ¿y el estilo? Espantoso; solo por encima de mi cadáver. ¿Su cadáver? El arzobispo sonrió; temperamento de artista, ese profesor, fogoso, demasiada pasión, demasiados mechones blancos flotando al viento; cadáver, bueno, bueno; empezaron a circular billetes cifrados de Grumpeter a Brehmockel, de Brehmockel a Wollersein; los

corifeos enemistados a muerte se unieron por algunos días, se preguntaron mutuamente por cartas cifradas y por teléfono: «¿Pueden estropearse, las coliflores?», lo cual significaba: «¿Se puede destituir a los abades?». Y la respuesta era descorazonadora: «Las coliflores no se estropean».

Cuatro semanas y media bajo tierra; ¡qué tranquila era mi tumba!, la tierra se desmoronaba poco a poco, se escurría suavemente a mi lado y sobre mí; mientras me aturdí el canto de las operarias, era mejor no hacer nada, pero ahora entraría en acción, no tendría otro remedio; si abrían mi tumba, si levantaban la tapa, me vería de nuevo proyectado en el tiempo, en el que cada día tiene un nombre, cada hora encierra una obligación; el juego se transformaría en algo serio; ya no podría ir, a eso de las dos, a buscarme la sopa de guisantes a la cocina; ya ni siquiera la recalentaba, la comía fría; la comida no me interesaba, no me interesaba el dinero ni la fama; me gustaba el juego, me interesaba un poco el cigarro que fumaba cada día y echaba de menos una mujer, a mi mujer. ¿Sería aquella que veía en el terrado, al otro lado de la calle, con el cabello negro, esbelta y hermosa, Johanna Kilb? Mañana sabría mi nombre; ¿echaba de menos a una mujer, fuera quien fuese, o precisamente a ella? No podría soportar más el estar siempre entre hombres, todos me parecían ridículos: los piadosos y los no piadosos, los que contaban chistes y los que se los dejaban contar, los jugadores de billar, los oficiales de la reserva, los cantores del coro, el portero y los camareros; estaba harto de ellos, esperaba las horas de la tarde, de cinco a seis, me gustaba ver los rostros de las operarias, a cuyo río me juntaba en el portal; me gustaba la sensualidad de sus rostros que pagaban serenamente su atributo a la caducidad, y hubiera querido ir con una de ellas a bailar, a tumbarme con ella en la hierba que olía a otoño, junto al muro del cementerio. Hubiera roto el recibo y renunciado a la partida decisiva. Aquellas muchachas se reían, cantaban, comían y bebían con gana, lloraban, y no eran como aquellas falsas estúpidas que, porque tenía una habitación en su casa, me incitaban a caricias que ellas juzgaban atrevidas. Todavía me pertenecían las figuras y el escenario, todavía me obedecían los comparsas, en aquel último día, en que la sopa de guisantes fría no me apetecía en absoluto, pero tenía demasiada pereza para calentármela; quería seguir el juego hasta el final, el juego ideado en el tedio de unas tardes en ciudades provincianas, cuando había comprobado hasta la saciedad el espesor de la argamasa, la calidad de los sillares y el aplomo de los muros y prefería el tedio de sórdidos tabernuchos al tedio del despacho y empezaba a idear la abadía en minúsculos trozos de papel.

El juego se había apoderado de mí; los dibujos crecieron, las imágenes fantásticas se precisaron y, casi sin darme cuenta, me encontré, de pronto, en pleno cálculo; había aprendido a calcular, a dibujar; envié treinta marcos a Kilb y recibí las bases del concurso; visité Kisslingen, un domingo por la tarde: trigales floridos, campos de remolacha de color verde oscuro, bosque donde un día estaría situada la abadía; seguí jugando, estudié a mis contrincantes, cuyo nombre pronunciaban los colegas con respetuoso odio: Brehmockel, Grumpeter, Wollersein; estudié sus edificios, iglesias,

hospitales, capillas, la catedral de Wollersein; lo sentía perfectamente, lo olía al contemplar aquellos tristes edificios: el porvenir estaba al alcance de la mano, como un país por conquistar, como una tierra incógnita, en la que había enterradas pepitas de oro, que podía desenterrar cualquiera que tuviera cierto sentido de la estrategia; tenía el porvenir en mis manos; solo era cuestión de agarrarlo. El tiempo se convirtió, de pronto, en una fuerza que nadie había apreciado ni sabido utilizar, mientras yo vendía la habilidad de mis manos y las matemáticas de mi cerebro a unos ignorantes santurrones por unas cuantas monedas de oro. Compré papel, tablas, lápices y manuales: ese juego solo había de costarme una cosa: tiempo. Y el tiempo estaba a mi disposición, de balde; los domingos fueron días de exploración; examiné el terreno, recorrí calles: en la Modestgasse número 8 había un estudio por alquilar; en la casa de enfrente, en el número 7, vivía el notario, que sellaba los proyectos; las fronteras estaban abiertas, solo tenía que echar a andar; y hasta aquel momento, cuando ya había penetrado profundamente en el país por conquistar, cuando ya era casi su dueño, hasta aquel momento, mientras el enemigo dormía aún, no había hecho mi declaración de guerra; volví a buscar con la mano el recibo; allí estaba.

Pasado mañana mi primer cliente franquearía el umbral del estudio: el abad, joven, de ojos pardos, sereno; a pesar de que todavía no había ejercido el poder, estaba acostumbrado a mandar. «¿Cómo sabía usted que la separación entre hermanos legos y monjes en el refectorio no estaba prevista por nuestro fundador San Benito?». Se paseó de arriba a abajo, volvió a mirar repetidamente el proyecto y preguntó «¿Aguantará usted, no fracasará, no dará la razón a esos pesimistas?». Y tuve miedo ante aquel gran juego que saldría del papel y me arrollaría; yo había jugado la partida, pero jamás previsto que pudiera ganarla; la fama de haber vencido a Brehmockel, Grumpeter y Wollersein me hubiera bastado, pero ¿vencerles de verdad? Tuve miedo, pero contesté: «Sí, Reverendo Padre, aguantaré». Meneó la cabeza en señal de aprobación y se marchó.

A las cinco me sumé al río de las operarias que salían por el portal; di mi paseo de víspera de fiesta tal como estaba previsto; vi bellezas envueltas en velos, que, en coche, se dirigían a sus citas, teniendo que, en el café Fruhl, bebían bebidas fuertes mientras escuchaban música dulzona; y caminaba todos los días cuatro kilómetros, durante una hora, siempre por el mismo camino y a la misma hora; quería que me vieran siempre a la misma hora en los mismos lugares: tenderas, banqueros y joyeros; prostitutas y cobradores; dependientes, camareros y amas de casa; quería que me vieran y me veían, de cinco a seis con el cigarro en la boca; no estaba correcto, ya lo sé, pero soy un artista, obligado al inconformismo; incluso puedo pararme junto a los organilleros, que cambian en calderilla la melancolía de la víspera de fiesta: calle de ensueño a través del gabinete de ensueño; mis comparsas tenían las articulaciones bien engrasadas, movidas por hilos invisibles; sus bocas se abrían para pronunciar las

réplicas que yo les permitía; melodía fría de las bolas de billar en el hotel *Prinz Heinrich*; blanco sobre verde, rojo sobre verde; unos maniqués doblaban los brazos para impulsar las bolas con el taco, para llevarse los vasos de cerveza a la boca, sumaban puntos; me golpeaban amistosamente la espalda —¡oh, sí, oh, no, magnífico, mala suerte!—, mientras yo oía caer las glebas sobre mi ataúd, esperaba ya el grito de muerte de Edith, y estaba prevista la última mirada del aprendiz de carpintero a la pared de la cárcel, un día al amanecer.

Fui con mi esposa y mis hijos al valle del Kissa, les enseñé orgulloso mi obra de juventud, visité al abad, que había envejecido y leí en su rostro los años que no descubría en el mío propio; café en la sala de recepción, pasteles, hechos con la propia harina, con ciruelas de la propia cosecha y con mantequilla de las propias vacas; mis hijos pudieron visitar la clausura, mi esposa y mis hijos, que se sonreían por lo bajo, tuvieron que aguardar fuera: cuatro hijos y tres hijas, siete descendientes que me darían siete veces siete nietos, y el abad me sonreía: «Ahora casi somos vecinos». En efecto, yo había comprado las dos fincas: Stehlinger Grotte y Görlingers Stuhl.

—¿Qué, Leonore, otra vez el café Kroner? No, ya les he dicho terminantemente que no quiero champaña. Le tengo odio. Y ahora no trabaje más, hija mía. ¿Quiere encargarme un taxi para las dos? Que espere en el portal; si quiere la puedo acompañar un trecho. No, no paso por Blessenfeld. Si quiere se lo explicaré.

El anciano alejó la mirada del caleidoscópico marco de la ventana y la dirigió al estudio, donde seguía en la pared el gran proyecto de Sankt Anton, donde la atmósfera estaba llena de polvo, que las laboriosas manos de la muchacha habían levantado a pesar de todas sus precauciones; sin alterarse, vació luego el arca de acero, le tendió un fajo de billetes de banco que hacía treinta y cinco años que habían perdido su valor, sacó otro fajo de billetes que habían perdido su valor hacía diez años, meneó dubitativamente la cabeza y contó cuidadosamente, luego, sobre el tablero de dibujo, los billetes pasados de moda: diez, veinte, ochenta, cien... mil doscientos veinte marcos.

—Échelos al fuego, Leonore, o déselos a los niños de la calle, esos rimbombantes recibos de la estafa empezada hace treinta y cinco años y confirmada hace diez años. Jamás me ha hecho ilusión el dinero y, sin embargo, todo el mundo me creía ambicioso; se equivocaban, yo no quería dinero cuando empecé el juego; y cuando lo gané y me hice popular, me di cuenta de que reunía todas las condiciones indispensables para alcanzar la popularidad: era activo, amable, sencillo, era un

artista, era oficial de la reserva, había logrado algo, era rico y, no obstante, seguía siendo «el hijo del pueblo» y jamás lo negué; no fue por dinero ni por la fama ni por las mujeres que convertí en fórmulas el álgebra del futuro, que convertí las x , y y z en magnitudes visibles: en fincas rústicas, cuentas bancarias y poder, de los que siempre hacía donación, pero que siempre volvían duplicados a mis manos. Como un David sonriente y delgaducho, no aumentaba ni un kilo, no perdía ni un kilo de peso; todavía hoy podría ponerme el uniforme de alférez que me hice en 1897 y me caería a la medida. Lo imprevisto que tanto había anhelado, me sobrecogió: el amor de mi esposa y la muerte de mi hija Johanna, una auténtica Kilb de año y medio... pero yo leía en aquellos ojos infantiles, como en los ojos de mi silencioso padre; veía una milenaria sabiduría en el fondo de aquellos ojos que parecían conocer ya la muerte; la escarlatina floreció como la mala hierba en aquel cuerpo de niña, subió por las caderas, bajó hasta los pies, la fiebre la abrasó y blanca como la nieve creció la muerte, creció como las setas blancas bajo aquella floración escarlata, hasta abrirse paso y salir negra por las aberturas de la nariz. Lo imprevisto, que tanto había anhelado, vino como una maldición y se apoderó de esta terrible casa; hubo lucha, violento altercado con el párroco de Sankt Severin, con los suegros, con los cuñados, porque prohibí que se cantara en la misa de difuntos; resistí y me salí con la mía; pero me asusté cuando durante la misa de difuntos oí a Johanna murmurar «Jesús».

Yo no pronunciaba nunca este nombre, no me atrevía casi a pensarlo, y sin embargo, sabía que me poseía; ni el rosario de Domgreve, ni las agrias virtudes de las hijas de patrona a caza de maridos, ni los negocios hechos con confesonarios del siglo XVI, que Domgreve vendía a peso de oro en subastas secretas para convertirlos luego en Locarno en pecados veniales; ni los torpes pecados de algunos sacerdotes hipócritas, que pude ver con mis propios ojos: míseras seducciones de muchachas caídas; ni la dureza nunca expresada de mi padre habían podido matar en mí aquel nombre, que Johanna murmuró a mi lado: «Jesús»; ni los interminables viajes por tempestuosos mares de amargura e inutilidad primigenias; y cuando, en el helado océano del futuro, rodeado de soledad como por un enorme salvavidas, me fortalecía con mi propia risa, aquel nombre no había muerto; yo era David, el muchacho de la honda, y Daniel, el muchacho del foso de los leones, y estaba dispuesto a aceptar lo imprevisto que tanto había anhelado: la muerte de Johanna, el 3 de septiembre de 1910. También aquella mañana cabalgaron los ulanos sobre el adoquinado, las repartidoras de la leche, los aprendices de panadero, los sacerdotes con sus manteos flotando al viento; mañana de otoño; el jabalí en la puerta de la tienda de Gretz; la sucia melancolía del médico de cabecera de los Kilb, que desde hacía cuarenta años certificaba los nacimientos y las defunciones de la familia: en su usada cartera de cuero, el instrumental inútil con que una y otra vez disimulaba lo inútil de sus esfuerzos; cubrió el cuerpo desfigurado, pero yo lo volví a descubrir; quería ver el cuerpo de Lázaro, los ojos de mi padre, que aquella criatura no había podido mantener abiertos más que un año y medio; y en la habitación contigua sollozaba

Heinrich; las campanas de Sankt Severin rompían el tiempo en añicos; a las nueve tocaron a misa. Johanna tendría ahora cincuenta años.

—¿Empréstitos de guerra, Leonore? No los suscribí yo; forman parte de la herencia de mi suegro. Tírelos al fuego lo mismo que los billetes. ¿Dos condecoraciones? Claro, excavé trincheras, abrí galerías, fortifiqué posiciones de artillería, resistí lluvias de balas, saqué heridos del fuego; cruz de segunda clase, de primera clase, deme esos chismes, Leonore, ande, démelos ya: los echaremos en la gotera para que el lodo los cubra; Otto las sacó una vez del armario mientras yo estaba ante el tablero de dibujo; cuando vi brillar sus ojos ya era tarde: los había descubierto, y el respeto que me demostró fue enorme; pero ya era demasiado tarde. Ande, tírelos por lo menos ahora, no vaya a descubrirlos Joseph algún día entre las cosas que herede de mí.

Apenas se oyó cuando dejó resbalar las condecoraciones por la gotera, a lo largo del tejado en pendiente. Al caer en la gotera se volvieron y la cara mate quedó encima.

—¿Por qué asombrarse tanto, hija mía? Son mías y puedo hacer con ellas lo que me parezca; demasiado tarde, pero quizá todavía a tiempo. Confiemos en que pronto lloverá y el agua se llevará toda esa basura del tejado; por tarde que sea, las sacrifico a la memoria de mi padre. ¡Abajo el honor de los padres, de los abuelos y de los bisabuelos...!

—Me sentía bastante fuerte pero no lo era; leía el álgebra del porvenir en mis fórmulas, que se convertían en figuras: abades y arzobispos, generales y camareros, todos formaban parte de mis comparsas; solo yo era solista, incluso cuando los viernes por la tarde abría la boca y cantaba con el coro de «las gargantas alemanas»: *¿Qué es aquello que brilla al sol en la linde del bosque?* Lo cantaba bien; había aprendido aquella canción con mi padre; y ejercitaba mi voz de barítono con risa contenida; el director, el que llevaba la batuta, no sospechaba que era él quien obedecía a mi batuta; y me invitaban a fiestas de sociedad; me facilitaban encargos, me daban palmadas amistosas en el hombro: «El compañerismo, muchacho, es la verdadera sal de la vida». Colegas de cabellos canosos se preguntaban amargamente de dónde venía y adónde iba, pero yo me limitaba a cantar *Tom, der Reimer*, de siete y media a diez, ni un minuto más. El mito tenía que estar completo antes no llegara el escándalo. Las coliflores no se estropean.

Me paseaba con mi esposa y mis hijos por el valle de Kissa; los muchachos intentaban pescar truchas; atravesábamos viñedos y trigales, campos de remolacha y

trozos de bosque, bebíamos cerveza y limonada en la estación de Denklingen, y, no obstante, sabía que solo hacía una hora que había entregado el proyecto y había obtenido el recibo; la soledad me rodeaba todavía como un enorme salvavidas, todavía nadaba sobre el tiempo, me hundía en las olas, cruzaba los océanos del pasado y del presente y penetraba —la soledad impedía que me hundiera— profundamente en el frío terrible del futuro, sin más provisiones que mi risa, a la que solo recurría avaramente; al salir a flote me frotaba los ojos, bebía un vaso de agua, comía un bocado de pan y me acercaba a la ventana con el cigarro en la boca: allá enfrente, ella se paseaba por la terraza, aparecía de vez en cuando por una abertura de la pérgola, se asomaba a la baranda para mirar a la calle, en la que veía lo mismo que yo: aprendices, camiones, monjas, vida callejera; tenía veinte años, se llamaba Johanna, leía *Kabale und Liebe*; yo conocía a su padre, potente voz de bajo en el coro, cuya sonoridad no me parecía adaptarse a la seriedad del despacho; carecía de discreción cuando regañaba al meritorio; era una voz u propósito para dar escalofríos, evocaba pecados secretos. ¿Sabía acaso que yo me casaría con su única hija? ¿Que en las tardes tranquilas intercambiábamos, de vez en cuando, una sonrisa? ¿Que yo pensaba en ella con toda la fuerza de un verdadero prometido? Ella tenía el cabello negro, era pálida, y yo le prohibiría llevar vestidos amarillos; el verde le sentaría bien; y ya había elegido los vestidos y los sombreros que llevaría para salir conmigo de paseo por la tarde, los había elegido en los escaparates de Hermine Horuschka, frente a los cuales pasaba todos los días a las cinco menos veinte, lo mismo si llovía que si hacía viento o sol. Yo la sacaría de aquella austeridad que tan mal se avenía con la voz de su padre y le compraría magníficos sombreros, grandes como ruedas de carro, de áspera paja teñida de verde; no me proponía ser su señor; la quería amar y no tardaría mucho en hacerlo; un domingo por la mañana me armaría con un ramo de flores y mandaría parar mi coche frente a su puerta, a eso de las once y media, cuando se ha terminado de desayunar al salir de misa mayor y se bebe una copita en el saloncito: «Le pido la mano de su hija». Cada tarde, cuando salía del océano de mi soledad, procuraba que ella; me viera allí, en la ventana del estudio, hacía una reverencia, intercambiábamos una sonrisa, y volvía a retirarme en la oscuridad; si me dejaba ver, era para que ella no creyera que no era observada; no podía quedarme quieto como una araña en su tela; no podía soportar verla sin ser visto por ella; son cosas que *no se hacen*.

Mañana sabría quién era yo. Habría escándalo. Ella se reiría, pero un año más tarde me cepillarían los restos de argamasa de los pantalones; y seguiría haciéndolo cuando yo tuviera cuarenta, cincuenta o sesenta años; y se convertiría en una anciana encantadora a mi lado; así lo decidí definitivamente el día 30 de septiembre de 1907, a las tres y media de la tarde.

—Sí, Leonore, páguelo en mi nombre; en aquella cajita encontrará dinero, dele

dos marcos de propina a la chica; sí, dos marcos; un jersey y una falda de Hermine Horuschka para mi nieta Ruth, que he encargado para hoy; el verde le sienta bien; lástima que las muchachas de hoy en día no lleven sombrero; siempre me había gustado comprar sombreros. ¿Ha encargado el taxi? Gracias, Leonore. ¿Todavía no quiere dejar de trabajar? Como quiera, claro que, en parte, es también curiosidad, ¿verdad? No hay por qué ruborizarse. Sí, gracias, con mucho gusto tomaré otra taza de café. En realidad, debería de haberme enterado de cuándo terminan las vacaciones; pero ¿Ruth está de regreso? ¿Mi hijo no le ha dicho nada? Espero que no se habrá olvidado de que está invitado a la cena de mi cumpleaños. He dado orden de que el portero reciba abajo las flores y los telegramas, los regalos y las postales que lleguen, y que dé dos marcos de propina a los portadores y que les diga que he salido de viaje; elija el ramo que más le guste, o dos si quiere, y lléveselos a casa; y si le agrada, quédese tranquilamente toda la tarde aquí.

La taza recién llenada de café ya no vibraba; por lo visto, han dejado de imprimir cosas edificantes o carteles electorales sobre papel blanco; en el caleidoscópico marco de la ventana, la imagen permanecía invariable: enfrente, la terraza de la casa de los Kilb, vacía; a lo largo de la pérgola, unas capuchinas perezosas; el perfil de los tejados; en el fondo, las montañas bajo un cielo radiante: en aquel marco caleidoscópico vi a mi esposa, vi más tarde a mis hijos, vi a mis suegros cada vez que subía al estudio para echar una ojeada a los jóvenes y diligentes arquitectos que me ayudaban, para comprobar cálculos, fijar plazos de entrega; el trabajo me resultaba tan indiferente como la palabra «arte»; otros lo podían hacer igual que yo; yo les pagaba bien; jamás he comprendido a los fanáticos que se sacrifican a la palabra arte; yo les ayudaba, me burlaba de ellos, les daba trabajo, pero nunca les comprendí; lo único que comprendía era lo que representa un oficio, a pesar de que pasaba por artista y se me admiraba como tal. ¿Acaso no era audaz y moderno el hotelito que construí para Gralduke? Sí, lo era e incluso lo admiraban mis colegas artistas; y yo lo había concebido y construido, y seguía sin saber lo que era el arte; tal vez ellos se lo tomaban demasiado en serio; tal vez porque eran tan sabios y entendían tanto en arte, construían unas cajas horripilantes, que yo entonces ya sabía que al cabo de diez años darían asco; y, no obstante, a veces sabía subirme las mangas de la camisa, sentarme al tablero de dibujo y crear: el edificio administrativo para la «Societas, la más útil de la comunidad»; se quedaban con un palmo de boca abierta, aquellos necios que me tenían por un provinciano ambicioso de dinero y fama, y hoy todavía no me avergüenzo de aquel edificio construido hace cuarenta y seis años. ¿Es eso el arte? Quizás sí. Yo jamás supe lo que era; tal vez lo hice sin saberlo; nunca logré tomarme en serio esa palabra, como tampoco pude comprender la ira de los corifeos contra mí. ¡Dios mío! ¿No se permitía la menor broma? ¿Era indispensable que los Goliats tuvieran tan poco sentido del humor? Ellos creían en el arte, yo no; se sentían ofendidos en su honor por un advenedizo. Pero ¿había alguien que no fuera advenedizo de alguna parte? Yo enseñaba abiertamente mi risa, les había obligado a

entrar en una situación en la que incluso mi derrota sería una victoria y mi victoria un triunfo.

Casi me daban lástima cuando subimos la escalera del museo; me costó trabajo dar a mi paso aquel ritmo pausado y solemne al que estaban ya acostumbrados los ofendidos: el paso con que se suben las escaleras de la catedral, detrás de reyes y obispos; paso de inauguración de monumentos: excitación contenida, ni demasiado lento, ni demasiado rápido; hay que saber lo que es la dignidad; yo no lo sabía, hubiera preferido subir la escalera corriendo como un perro joven, subir corriendo los peldaños de piedra. Junto a las estatuas de legionarios romanos, cuyas espadas rotas, lanzas o haces se hubieran podido tomar por antorchas; junto a bustos de emperadores y reproducciones de sarcófagos infantiles, hasta el primer piso, donde estaba la sala de sesiones, entre los flamencos y los nazarenos; seriedad burguesa; en algún lugar del fondo, hubieran debido redoblar tambores; así se suben las gradas del altar o los peldaños del patíbulo, así se sube a un estrado para recibir una condecoración o la sentencia de muerte; así representan los cómicos aficionados la solemnidad, pero los que caminaban a mi lado no eran aficionados: Brehmockel, Grumpeter y Wollersein.

Conserjes de museo vestidos de gala montaban la guardia ante los Rembrandts, los van Dycks y los Overbecks; junto a la balaustrada de mármol, a media luz antes de entrar en la sala de sesiones, estaba Meeser con la bandeja de plata y las copas de coñac que se disponía a servirnos antes de que fuera anunciado el veredicto; Meeser me dedicó una sonrisa; no habíamos convenido ninguna seña, pero ¿no habría sido posible hacerme una ahora? Asentir o negar con la cabeza: sí o no. Nada. Brehmockel cuchicheaba con Wollersein, Grumpeter inició un diálogo con Meeser, le deslizó una moneda de plata en aquellas bastas manos, que yo ya odiaba cuando era niño; durante todo un año había ayudado con él la primera misa; murmullo de ancianas campesinas, en el fondo, que se empeñaban en rezar su rosario a despecho de la liturgia. Olor a heno, a leche, calor de establo, mientras yo y Meeser nos inclinábamos hacia delante para decir *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*, para golpearnos el pecho por nuestros pecados no confesados, y cuando el sacerdote subía las gradas del altar, las manos de Meeser, esas manos que ahora escondían la moneda de plata de Wollersein, hacían ademanes obscenos; esas manos a las que se habían confiado ahora las llaves del museo municipal, las llaves de acceso a Holbein, Hals, Lochner y Leib.

Conmigo no hablaba nadie; a mí solo me quedaba la balaustrada de frío mármol en que me apoyaba; eché un vistazo al fondo del patio interior, donde un alcalde de bronce mostraba, con imperturbable seriedad, su barriga a los siglos venideros, o un mecenas de mármol, en un vano esfuerzo de concentración, bajaba los párpados sobre

sus ojos de rana; los ojos de las estatuas estaban vacíos como los de las matronas de mármol romanas, testigos de los sufrimientos de una cultura decadente. Meeser se escabulló para ir a reunirse con sus compañeros; Brehmockel, Grumpeter y Wollersein estaban muy juntos: frío y transparente aparecía el cielo de diciembre sobre la claraboya del patio interior; en la calle, cantaban los primeros borrachos, rodaban los coches de caballos hacia el teatro, delicados rostros femeninos bajo velos color de reseda se iluminaban con la ilusión de ver *La Traviata*. Entre Meeser y los tres ofendidos me hallaba yo, como un leproso al que no se puede tocar sin peligro de muerte; echaba de menos la severa liturgia de mi vida cotidiana, cuando todavía tenía en la mano los hilos del juego, cuando ser y no ser todavía seguía unas reglas, cuando podía dosificar el mito; ahora ya no era dueño del juego; escándalo, rumores; pasos de abad en mi estudio; contratistas de obras dejaban en la portería de casa cestas con manjares, relojes de oro en estuches de terciopelo encarnado; y uno me escribía: «... y puede estar seguro de que no le negaría la mano de mi hija...»; *Llena está su diestra de dones*.

No iba a aceptar nada, ni siquiera un ladrillo; tenía simpatía por el abad. ¿De veras había pensado, por un breve instante, en emplear con él los trucos de Domgreve? Me avergoncé al recordar que, en efecto, por un breve instante me había pasado por la mente; había ocurrido lo imprevisto: quería a Johanna, la hija de Kilb, y quería al abad; había podido presentarme en coche a las once y media, entregar el ramo de flores y decir: «Le pido la mano de su hija»... y Johanna había entrado poco después parpadeando, y no había susurrado simplemente el «sí», sino que lo había pronunciado claramente. Yo seguía dando mi paseo de cinco a seis de la tarde, seguía jugando al billar en el club de los oficiales de la reserva, y mi risa, de la que tomaba ahora abundantes raciones, se había intensificado gracias al parpadeo de Johanna; los viernes seguía cantando en el coro «*Tom, der Reimer*».

Lentamente, me deslicé a lo largo de la fría balaustrada de mármol hacia los tres ofendidos, dejé mi copa de coñac vacía en la bandeja; ¿iban a hacerse atrás ante el leproso? No se movieron; ¿esperaban de mí una actitud humilde? «Permitan que me presente: Fähmel». Dios mío, ¿no éramos todos advenedizos de alguna parte? ¿Acaso Grumpeter no había ordeñado de joven, cuando era suizo, las vacas del conde von Telm? ¿No había acarreado estiércol de vaca para abonar con él la tierra olorosa, antes de darse cuenta de su vocación de arquitecto? ¿Acaso no se cura la lepra en las orillas del Lago Mayor o en los jardines de Minusio, incluso la lepra de austeros contratistas de obras, que compraron iglesias románicas para derribo, con todo su contenido, con las antiguas imágenes de la Virgen y los bancos de la iglesia, y que luego adornaron con el tal contenido los salones de los nuevos y viejos ricos o vendieron confesonarios, en los que durante trescientos años unos humildes campesinos habían murmurado sus pecados, con destino a los salones de alguna cortesana? La lepra se cura en los pabellones de caza y en Bad Ems.

Los rostros profundamente serios de los ofendidos se envararon al abrirse la

puerta del salón de sesiones: se dibujó una silueta negra, que adquirió precisión y color; el primer miembro del jurado apareció en el marco de la puerta: Hubrich, profesor de historia del arte de la facultad de teología; solo por encima de mi cadáver; su sotana de paño negro recordaba, en aquella luz, el traje de paño negro de algún síndico pintado por Rembrandt; Hubrich se dirigió a la bandeja, tomó una copa de coñac, y le oí proferir un hondo suspiro; pasó frente a los tres ofendidos, que intentaron acercársele, y se alejó por el otro extremo del vestíbulo; la severidad de sus hábitos sacerdotales quedaba mitigada por el pechero blanco y por los rizos claros, casi infantiles, que le caían sobre el cuello y que subrayaban la impresión que Hubrich se esforzaba en dar; tenía el aspecto de un artista. No hubiera sido difícil imaginarle con el buril de escultor junto a un bloque de madera o con el delicado pincel empapado en oro, humildemente entregado a su trabajo de pintar los cabellos de la Virgen, las barbas de los profetas o colgando con humor una viruta en la cola del perrito de Tobías. Los pies de Hubrich se deslizaron quedamente sobre el linóleo, hizo un ademán cansino para alejar a los ofendidos y se dirigió a la oscuridad del vestíbulo, en dirección a Rembrandt y van Dyk; sobre aquellos estrechos hombros pesaba, pues, la responsabilidad de las iglesias, hospitales y asilos en los que todavía dentro de cien años monjas, viudas, huérfanos y enfermos del Seguro, muchachos y muchachas descarriados, tendrían que soportar los olores de cocina de generaciones desaparecidas; oscuros pasillos, tristes pabellones posteriores, que unos grises mosaicos hacían parecer todavía más desoladores de lo previsto en los planos del arquitecto: allí iba el *praeceptor* y *arbiter architecturae ecclesiasticae*, que desde hacía cuarenta años, con ese fervor patético y esa ciega afectación del convencido, abogaba por el estilo neogótico; seguro que cuando era niño y andaba por los suburbios industriales de su ciudad natal, satisfecho de llevar a casa las mejores notas de la escuela, decidió, ante el espectáculo de tantas chimeneas humeantes y fachadas negras, hacer la felicidad de los hombres y dejar un rastro en este mundo; en efecto, dejaría uno: aquellas rojizas fachadas de ladrillo, cada vez más oscuras con el correr de los años, con sus hornacinas desde donde unos santos apesadumbrados contemplarían el futuro con imperturbable melancolía.

Fiel a su cometido, Meeser presentó la bandeja al segundo miembro del jurado: coñac para Krohl; gran fumador de puros, gran carnívoro, de rostro color de vino, Krohl, se había conservado esbelto; insustituible maestro de obras de Sankt Severin: palomina y humo de locomotoras, nubes envenenadas por las industrias químicas de los suburbios del este, vientos fuertes y húmedos procedentes de los del oeste, sol del sur, frío del norte, todos los elementos meteorológicos, industriales y naturales le garantizaban a él y a sus sucesores un cargo por la vida; tenía cuarenta y cinco años, de manera que todavía le quedaban otros veinte para aquellas cosas que verdaderamente le gustaban: comer, beber, fumar puros, los caballos y ese tipo especial de muchachas que suelen encontrarse en las cercanías de las cuadras de caballos, que se conocen en las cacerías de zorros, amazonas de miembros duros y

aroma masculino. Yo había estudiado a mis contrincantes; Krohl ocultaba su absoluta indiferencia por los problemas de la arquitectura detrás de una cortesía rebuscada, casi china, detrás de una actitud piadosa imitada de los obispos; sus movimientos eran auténticos ademanes de inauguración de monumento; además, sabía unas cuantas historietas muy buenas que alternaba constantemente en un orden determinado, y como, a los veintidós años, se había aprendido ya de memoria el *Manual de arquitectura* de Handke y ya desde entonces había decidido sacar partido de este esfuerzo durante todos los años de su vida, cada vez que necesitaba términos técnicos de arquitectura, citaba al «inmortal Handke». Cuando actuaba de jurado, defendía, sin el menor rubor, el proyecto cuyo autor le había ofrecido una cantidad más elevada, pero cambiaba de rumbo cuando veía que aquel proyecto no tenía probabilidades de ganar y apoyaba el favorito; prefería decir sí a decir no, porque «sí» le parecía más fácil de pronunciar y «no» exigía una expresión y una mímica más decididas. Krohl, pues, también suspiró también meneó la cabeza, evitó a los tres ofendidos y se dirigió hacia el otro extremo del pasillo, hacia los nazarenos.

Durante algunos segundos, en el rectángulo iluminado de la puerta, solo quedaron visibles la mesa con el tapete verde, la botella del agua, los ceniceros y las nubes azules del cigarro de Krohl; dentro, silencio, no se oía ni un murmullo; sentencias de muerte flotaban en la atmósfera; nacían enemistades eternas; para Hubrich, era una cuestión de honor o deshonor, ese deshonor que él se había jurado evitar desde que empezó afanosamente sus estudios de bachillerato; se trataba de la terrible humillación de tener que confesar al arzobispo que había sido vencido. «¿Y qué hay de su cadáver, Hubrich?», le decía su Eminencia con ironía; para Krohl, estaba en juego un hotelito a orillas del lago de Como, que Brehmockel le había prometido.

Entre los conserjes se elevó un murmullo; Meeser les hizo una seña ordenándoles silencio: Schwebringer apareció en la puerta; era de baja estatura, delgaducho como yo y no solo tenía fama de incorruptible, sino que lo era; llevaba unos pantalones de golf raídos y unos calcetines largos remendados; su cabeza rapada era negruzca y sus ojos de color de pasa sonreían; Schwebringer representaba el dinero, administraba los fondos suscritos por la nación; representaba a los industriales y al rey, pero representaba también al empleado de comercio que había dado diez pfennig y a la anciana que había dado treinta; Schwebringer debía soltar el dinero, firmar cheques, revisar cuentas, conceder de mala gana anticipos. Católico reciente, su secreta pasión, en arquitectura, era el barroco; le gustaban los angelitos flotantes, las sillerías de coro doradas, los púlpitos revestidos de estuco; le agradaba el incienso y los coros de monaguillos. Schwebringer representaba el poder; los consorcios bancarios le obedecían como los raíles al guardagujas; regulaba las cotizaciones y daba órdenes a las fábricas de acero; con sus negros y duros ojos de color de pasa tenía el aspecto de haber probado en vano todos los laxantes existentes en el mercado y estar esperando todavía la aparición del remedio verdaderamente eficaz. Tomó la copa de coñac sin dejar ninguna propina en la bandeja; se detuvo al cabo de dos pasos; parecía un

corredor ciclista fracasado, con sus pantalones de golf y sus calcetines remendados; de pronto, me dirigió la mirada, sonrió, dejó la copa de coñac vacía y se dirigió al ángulo de los flamencos y holandeses por donde había desaparecido también Hubrich; tampoco Schwebringer se dignó dirigir la palabra a los tres ofendidos.

Se oyó hablar en voz baja en el salón de sesiones; por lo visto, el abad trataba de convencer a Gralduke; pero solo seguían siendo visibles el tapete verde, el cenicero, la botella del agua; la sentencia de muerte había sido aplazada; el combate seguía en el aire; el jurado no parecía haberse puesto de acuerdo.

Gralduke salió de la sala, tomó dos copas de la bandeja de Meeser, se detuvo un instante, indeciso, y miró hacia donde estaba Krohl. Gralduke era alto, corpulento y con más prestancia de la que habrían hecho suponer las bolsas que le colgaban debajo de los ojos; él era quien representaba la justicia, cuidaba de la corrección jurídica del fallo y llevaba las actas. Había estado a punto de hacerse monje; durante dos años había cantado la liturgia gregoriana y seguía gustándole; pero luego volvió al mundo para casarse con una muchacha hermosísima de la que tuvo cinco hijas más hermosas aún; reinaba ahora sobre la región en calidad de presidente supremo; había obtenido la donación de las fincas, había liberado campos, prados y bosques de los agobios en que los tenía el catastro: había convencido en largas discusiones a tercios alcaldes, había tenido que rescatar derechos de pesca en míseros pantanos redimir hipotecas y tranquilizar bancos y compañías de seguros.

Con paso lento volvió a dirigirse al salón de sesiones; la estrecha mano del abad reclamó la presencia de Meeser, el cual desapareció durante algunos minutos, apareció de nuevo, y con voz que hizo resonar toda la galería dijo:

«Tengo orden de comunicar a los señores del jurado que ha terminado el descanso». El primero en comparecer desde el rincón de los nazarenos, fue Krohl; en su rostro se podía leer el sí; Schwebringer fue el único que salió de la sección de los flamencos y holandeses y penetró rápidamente en la sala; Hubrich fue el último; le vi pálido; herido: de muerte, pasó junto a los tres ofendidos sin dejar de menear la cabeza. Meeser cerró la puerta tras él, miró la bandeja, las nueve copas de coñac vacías, hizo sonar despectivamente la menguada recaudación de propinas, yo me acerqué a él y eché en la bandeja una moneda de tres marcos: el sonido que hizo al caer fue duro e inconfundible; asombrados, los tres ofendidos levantaron los ojos; Meeser esbozó una sonrisa y se llevó respetuosamente la mano a la gorra al tiempo que murmuraba: «¡Y pensar que no eres más que el hijo de un sacristán chiflado!».

Ya hacía rato que no se oían pasar coches de caballos por la calle; *La Traviata* había empezado; los conserjes le alineaban entre legionarios y matronas, y columnas de templo rotas; un griterío irrumpió como un chorro de calor en el frío de la tarde; los periodistas habían vencido la resistencia del primer guardián: el segundo levantaba los brazos en señal de derrota y el tercero dirigía tímidamente la mirada hacia Meeser, el cual trataba de imponer silencio con sordos siseos; un periodista joven, que se había colado junto a Meeser, vino a mí, se limpió la nariz con la manga

de la chaqueta y me dijo en voz baja: «La victoria es para usted». En segundo término, esperaban dos cronistas algo más respetables, con sombrero negro y barba, transidos por la emoción de sus ditirambos espirituales y tratando de impedir el avance de la masa menos distinguida: una muchacha con gafas, un escuálido socialista; hasta que el abad abrió la puerta y, corriendo hasta perder el aliento, como un muchacho, se dirigió a mí y me abrazó mientras una voz gritaba: «¡Fähmel, Fähmel!».

Hasta arriba llegaba el griterío de la calle; hacía diez minutos que había dejado de vibrar el alféizar de la ventana, y las operarias sonrientes trasponían el portal llevando consigo su orgullosa sensualidad en la tarde de víspera de fiesta; tarde cálida de otoño, en la que la hierba olería bien junto al muro del cementerio; Gretz, hoy, no había podido vender su jabalí; el hocico ensangrentado estaba negruzco y seco; en el marco caleidoscópico, el terrado del otro lado de la calle: la mesa blanca, el banco de madera verde, la pérgola con las perezosas capuchinas; ¿andarían algún día por allí los hijos de Joseph y los de Ruth, leerían *Kabale und Liebe*? ¿Acaso había visto alguna vez a Robert en aquel terrado? No, nunca; Robert estaba siempre metido en su habitación, se entrenaba en el jardín, los terrados eran demasiado pequeños para los deportes que él practicaba: béisbol y carrera de los cien metros.

Siempre me dio un poco de miedo, esperaba algo extraordinario, ni siquiera me asombré cuando le reclamó el de los hombros caídos; si pudiera saber cómo se llamaba aquel muchacho que metía los billetitos con los mensajes de Robert en nuestro buzón de cartas; jamás lo supe y Johanna tampoco pudo sonsacarlo a Dröscher; aquel muchacho merece el monumento que me harán a mí; yo no fui capaz de poner en la puerta a Nettleger ni de prohibir a ese Wakiera que pusiera los pies en la habitación de Otto: ellos fueron quienes trajeron el *sacramento del búfalo* a mi casa y transformaron en un extraño a mi hijo, a aquel a quien yo más quería, al muchacho que me llevaba conmigo a las obras. ¿Taxi? ¿Taxi? ¿Fue el taxi del año 1936, en el que fui con Johanna al «Anker», en el puerto alto? ¿El taxi del año 1942, en el que la llevé al sanatorio de Denklingen? ¿O el del año 1956, en el que fui con Joseph a Kisslingen para enseñarle el lugar de las obras, aquellas obras en que él, mi nieto, el hijo de Robert y Edith, trabajaría en mi lugar? La abadía estaba destruida, un montón desolador de piedras, polvo y cemento; seguro que Brehmockel, Grumpeter y Wollersein hubieran gozado ante aquel espectáculo; pero yo no gocé en absoluto cuando, en 1945, vi por primera vez aquel montón de escombros; me paseé pensativo por entre las ruinas, aunque más sereno de lo que hubiera cabido esperar de mí; ¿habían esperado verme llorar, indignarme? «Encontraremos al culpable». «¿Por qué?», pregunté yo, «déjenle en paz». Hubiera dado doscientas abadías por poder recuperar a Edith, a Otto o al muchacho desconocido que echaba los billetitos en nuestro buzón de cartas y lo tuvo que pagar tan caro; y aunque nadie aceptaba el

cambio, yo me alegraba de haber pagado por lo menos con aquello: un montón de piedras, mi obra de juventud. Era mi ofrenda a Otto y a Edith, a aquel muchacho y al aprendiz de carpintero, a pesar de que sabía que no había de servirles de nada; estaban muertos; ¿aquel montón de ruinas formaba parte de las cosas *imprevistas* que tanto había anhelado? Los monjes se asombraron de mi sonrisa, y yo me asomé de su indignación.

—¿El taxi? Ya voy, Leonore. Recuerde mi invitación: a las nueve en el café Kroner para celebrar mi cumpleaños. No habrá champaña, lo odio. Llévese las flores que haya en el quiosco del portero, las cajas de cigarros y los telegramas de felicitación y no lo olvide, hija mía: escupa sobre mi monumento.

Eran carteles electorales lo que se imprimía en horas extraordinarias sobre papel blanco; las pilas llenaban la entrada, el primer tramo de la escalera y llegaban hasta la puerta; cada paquete llevaba una muestra pegada encima; todos le sonreían, personajes de muestra en cuyos trajes se distinguían los hilos de cheviot incluso en los carteles: seriedad burguesa y sonrisa burguesa que solicitaban su confianza; jóvenes y viejos, aunque los jóvenes le parecieron más terribles aún que los viejos; con un ademán Fähmel se libró del portero que quería atraerle a su quiosco y hacerle contemplar la abundancia de flores, hacerle abrir telegramas y admirar regalos; subió al taxi, cuya puerta le mantenía abierta el chófer, y dijo en voz baja:

—A Denklingen, por favor, al sanatorio.

Cielo azul, pared enjalbegada, hacia la cual suben los chopos, como travesaños de una escala de mano, para descender luego hasta la plazuela, donde un conserje echa paladas de hojarasca en el carro de la basura; la pared era demasiado alta y demasiado grandes los intervalos entre los travesaños; cuatro o cinco pasos eran menester para salvar la distancia: ¡Cuidado! ¿Por qué pasa tan cerca del muro el autobús amarillo, por qué se arrastra como un escarabajo, hoy que solo trae a una sola persona: él? ¿Quién es? ¿Quién? ¡Si se encarama agarrándose de travesaño en travesaño! Pero, no: siempre enhiesto y rígido, sin humillarse; solo cuando se arrodillaba en los bancos de la iglesia o en el momento de empezar la carrera abandonaba la actitud erguida. ¿Era él? ¿Quién?

En los troncos de los árboles del jardín, como en el parque de Blessenfeld, los cartelitos bien dibujados: 25, 50, 75, 100. Él se arrodillaba en el círculo que señalaba el punto de partida, y murmurándose a sí mismo: «¡A la meta, mar!», echaba a correr, disminuía la velocidad, volvía al punto de partida; miraba en su cronómetro el tiempo transcurrido, lo apuntaba en la libreta de cubierta Jaspeada colocada sobre la mesa de piedra; volvía a arrodillarse en el punto de partida, se murmuraba a sí mismo la voz de mando, echaba a correr, aumentaba la velocidad solo en una proporción mínima; a menudo tardaba mucho rato antes de rebasar los 25 metros, tardaba más tiempo aún en alcanzar los 50 y solo una vez, al final, alcanzaba los 100 y anotaba en su libreta el tiempo empleado: 11,2. Ese ejercicio era como una fuga, preciso, excitante y, sin embargo, había momentos de gran aburrimiento: soñolienta eternidad en tardes de verano, en el jardín o en el parque de Blessenfeld; partida, regreso, parada, ligero aumento de velocidad, regreso; las explicaciones cuando se sentaba a su lado, estudiaba y comentaba las cifras escritas en su libreta, hacía el elogio de su sistema, eran ambas cosas a la vez: excitantes y aburridas. Sus ejercicios olían a fanatismo; aquel cuerpo joven, fuerte y esbelto olía al austero sudor de aquellos que todavía no conocen el amor; los hermanos de ella. Bruno y Friedrich olían igual cuando se apeaban de sus bicicletas, con la cabeza llena de cifras de kilómetros y de tiempos; fanáticas musculaturas de las piernas, a las que procuraban dar soltura por medio de fanáticos ejercicios de compensación realizados en el jardín; también su padre olía así cuando en sus ejercicios de canto hinchaba enérgicamente el pecho, cuando el respirar era un deporte, cuando el cantar no era un placer, sino una seria ocupación ciudadana, enmarcada por bigotes; cantaban en serio, pedaleaban en serio; la musculatura de las piernas, del pecho, de la boca, era una cosa seria; los calambres dibujaban asquerosos rasgos violáceos en la piel de las piernas y de las mejillas. Durante horas y horas, estaban apostados, en frías noches de otoño, para cazar las liebres que se escondían detrás de un tronco de col, hasta que finalmente, al amanecer, se compadecían de aquellos músculos cansados, se decidían a dejarlos rebajar y echaban a correr en zigzag bajo una lluvia de perdigones; *¿para qué para*

qué para qué? ¿Dónde estaba el que llevaba consigo la misteriosa risa, el escondido resorte en el escondido mecanismo de relojería, que moderaba aquella insoportable tensión y traía el relajamiento? ¿Dónde estaba él, el único que no había comido del *sacramento del búfalo*? Johanna se asomó a la balaustrada, le vio salir del portal de la imprenta; con paso ligero, se dirigía al café Kroner; llevaba consigo la misteriosa risa como un muelle; ¿era su presa o ella la de él?

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¿Por qué siempre tan rígido, tan erguido? Bastaría un paso en falso para que te cayeras en el azul infinito y te estrellaras contra la pared de cemento armado del depósito de basura; las hojas secas no amortiguarán el golpe, la baranda de granito de la escalinata no será cojín suficiente. ¿Era él? ¿Quién? Huperts, el guardián, estaba en la puerta con aire humilde: ¿té, café, cerveza, vino o coñac para el visitante? Un momento, por favor; Friedrich hubiera venido a caballo, jamás hubiera subido al autobús amarillo, que allá arriba, junto al muro, se arrastraba como un escarabajo; y Bruno jamás hubiera venido sin bastón; con él mataba a palos el tiempo, lo hacía añicos; lo desmenuzaba con el bastón o lo cortaba a rajadas con los naipes que le arrojaba a la cara como si fueran cuchillas, durante noches enteras, días enteros; Friedrich hubiera venido a caballo y Bruno no hubiera venido sin bastón; ni coñac para Friedrich, ni vino para Bruno; estaban muertos; insensatos ulanos que en Herby-la-Huette se lanzaron contra el fuego de las ametralladoras; habían creído poder redimirse de las virtudes burguesas por medio de vicios burgueses, poder borrar prácticas piadosas por medio de obscenidades; unas cuantas bailarinas desnudas sobre una mesa de club no ofendían a los venerables antepasados, pues estos tampoco habían sido tan venerables como parecían en la galería de retratos; coñac y vino suprimidos para siempre de la lista de bebidas, querido Huperts. ¿Cerveza quizás? El paso de Otto no era tan elástico, era un paso de marcha, un paso que ritmaba «enemistad, enemistad» sobre las baldosas del vestíbulo, sobre el adoquinado todo a lo largo de la Modestgasse; aquel había comido muy pronto del *sacramento del búfalo*; o quizás su hermano moribundo le había transmitido el nombre: ¿Hindenburg? Quince días después de la muerte de Heinrich nació Otto; caído junto a Kiew; no quiero hacerme ilusiones, Huperts; Bruno y Friedrich. Otto y Edith, Johanna y Heinrich: todos están muertos.

Ni siquiera café; no viene, aquel cuya risa misteriosa yo adivinaba en cada uno de sus pasos; ahora está viejo; para este, traiga té, Huperts, recién hecho, fuerte, con leche, pero sin azúcar; para mi hijo Robert, erguido e inflexible, que siempre se alimentó de secretos; sigue llevando uno en el pecho; le azotaron, le dejaron la espalda hecha una llaga, pero él no cedió, no entregó su secreto, no delató a mi primo Georg, que había mezclado para él la pólvora en la «botica de los hunos»; allí está colgando entre las dos escalas de mano, planeando como Ícaro con los brazos abiertos sobre la entrada; no caerá en la basura, no se estrellará contra el granito.

Traiga té, querido Huperts, recién hecho y fuerte, con leche, pero sin azúcar; y traiga también cigarrillos, por favor, para mi arcángel: me trae noticias oscuras que saben a sangre, a rebelión y a venganza: han asesinado al muchacho rubio, que corría los cien metros en 10,9 segundos; siempre que le veía, sonreía, y solo le vi tres veces; con sus hábiles manos arregló el minúsculo cerrojo de mi joyero, en el que carpinteros y cerrajeros habían fracasado durante cuarenta años; no hizo más que tocarlo y quedó arreglado; no era un arcángel, sino solo un ángel: se llamaba Ferdi y era rubio: un necio, que creía poder vencer con petardos a los que habían comido del *sacramento del búfalo*; no bebía té ni vino, ni cerveza, ni café, ni coñac; lo único que hacía era abrir la boca bajo la espita del agua y reírse; si todavía viviera me facilitaría un fusil: o tal vez lo haría aquel otro, el moreno, aquel ángel que tenía prohibido reírse, el hermano de Edith; le llamaban Schrella; era uno de esos a quien todo el mundo llama por el apellido; Ferdi lo haría, pagaría el precio de mi rescate; me sacaría del castillo donde estoy encantada, me daría un fusil; pero ahora no tengo más remedio que seguir encantada; necesitaría gigantescas escalas para llegar al mundo; pero mi hijo desciende hasta mí.

—Buenos días, Robert, tomarás una taza de té, ¿no? No te estremezcas cuando te beso en la mejilla; pareces un hombre hecho, un hombre que ha cumplido ya los cuarenta, tienes las sienes grises, llevas unos pantalones ceñidos y una chaqueta azul celeste; ¿no resulta demasiado llamativo? Quizás hagas bien en disfrazarte de hombre de media edad; pareces un jefe al que todo el mundo quisiera oír toser, pero que es demasiado fino para permitirse nada parecido a la tos; perdóname si me río; ¡qué hábiles son hoy en día los peluqueros!, los cabellos grises parecen auténticos, la sombra de la barba parece la de un hombre que debería afeitarse dos veces al día, pero que solo lo hace una; lo único que no ha cambiado es la cicatriz rojiza; por eso te reconocerán; ¿crees que no habría también una manera de disimularla?

No, no tienes por qué tener miedo; no me han tocado, ni siquiera descolgaron el látigo de la pared; y solo me han preguntado: «¿Cuándo le vio por última vez?», y yo dije la verdad: «Esta mañana, cuando iba a tomar el tranvía para ir a la escuela».

—Pero no llegó a la escuela.

—No contesté.

—¿No ha tenido contacto con usted?

Otra vez la verdad:

—No.

Habías dejado una pista demasiado clara, Robert; una mujer del barrio de barracas del Gaggerloch me trajo un libro con tu nombre y nuestras señas: un Ovidio encuadernado en cartón gris-verdoso, manchado de estiércol de gallinas..., cinco kilómetros más allá encontraron un libro de lectura en el que faltaba una página; la taquillera de un cine me lo trajo; fue a la oficina, se presentó como cliente y Joseph la hizo subir.

Al cabo de una semana volvieron a interrogarme: «¿Ha establecido contacto con

usted?». Y yo contesté que no; más tarde vino también Nettlinger, a quien tantas veces había tenido en casa; me dijo: «En su propio interés, le aconsejo que diga la verdad». Pero yo ya la había dicho; lo único que sabía ahora es que te habías escapado.

Durante meses enteros, nada, hijo mío; luego vino Edith y dijo: «Espero un hijo». Y cuando añadió: «El Señor me ha bendecido», su voz me asustó; perdona, pero jamás me gustaron los sectarios; ella estaba encinta y sola, su padre detenido, su hermano desaparecido, tú lejos...; la habían tenido quince días detenida y la habían interrogado; no, no la tocaron; ¡con qué facilidad se habían dispersado los corderos! Solo quedaba uno: Edith; y yo la recogí en casa. Hijos míos, vuestra imprudencia fue probablemente del agrado de Dios, pero hubierais debido matar a ese hombre, por lo menos; ahora es jefe de policía —¡Dios nos guarde de los mártires supervivientes!—, profesor de gimnasia y jefe de policía; anda montado a caballo por la ciudad, dirige personalmente las razzias de mendigos. ¿Por qué no le matasteis, por lo menos? ¿Solo con cartón y pólvora? Los petardos no matan, hijo mío; hubieras debido preguntármelo a mí; la muerte es de metal; un cartucho de cobre, relleno de plomo y hierro colado; los cascos de metal traen la muerte, vuelan y silban, llueven por la noche sobre el tejado, estallan contra la pérgola; revolotean como pájaros salvajes: se precipitan sobre los corderos; Edith está muerta; yo la había hecho declarar loca; tres eminencias así lo firmaron con letra elegante e indescifrable en páginas blancas con membretes ilustres; eso salvó a Edith. Perdóname que me ría: ¡qué cordero era! A los diecisiete años tuvo su primer hijo y a los diecinueve el segundo, y siempre salía con una de estas frases: el Señor ha hecho esto, el Señor ha hecho aquello, el Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado; ¡el Señor, el Señor! Edith no sabía que el Señor es nuestro hermano: con los hermanos puedes reírte tranquila, con los señores no siempre; yo no sabía que los gansos salvajes se llevan a los corderos; siempre los había tenido por pacíficos herbívoros. Edith estaba ahí, como si nuestro escudo hubiese cobrado vida: un cordero brotándole la sangre del pecho; pero no había mártires ni cardenales, ermitaños ni caballeros ni santos a su alrededor para adorarla; solo estaba yo; muerta. Hijo mío, trata de sonreír; yo también lo intenté, pero no lo conseguí, y menos aún delante de Heinrich; él jugaba contigo, te colgaba un sable, te ponía un casco, te convertía en francés, en ruso o en inglés, y aquel muchacho silencioso cantaba: *quiero un fusil, quiero un fusil*; y cuando murió, me murmuró el santo y seña más terrible de cuantos existen, el nombre del búfalo sagrado: «Hindenburg». Era tan bien educado y tenía tanto sentido de la responsabilidad que quería aprender de memoria la poesía, pero yo rompí el papel y tiré los trozos como si fueran copos de nieve sobre la Modestgasse.

Anda bebe, Robert, el té se está enfriando; aquí están los cigarrillos, y acércate, tengo que hablar en voz muy baja; no quiero que nadie nos oiga; el que menos tu padre; es

como un niño, no sabe que el mundo es muy malo y que hay muy pocos corazones limpios; oye, tú puedes salvarme: quiero un fusil, quiero un fusil y tú tienes que facilitármelo; desde el terrado podría matarle muy bien; la balaustrada tiene trescientos cincuenta huecos; desde que se acerque sobre su caballo blanco hasta que llegue al hotel *Prinz Heinrich* y vaya a volver la esquina, puedo apuntar tranquilamente; hay que respirar muy hondo al apuntar, lo he leído, buscar un punto de apoyo; yo lo he ensayado con el bastón de Bruno: cuando vuelva la esquina, tengo dos minutos y medio de tiempo, pero no sé si podré matar también al otro; habrá un momento de confusión cuando caiga del caballo y yo no podré volver a respirar hondo, apuntar y buscar un punto de apoyo; tengo que decidirme: el profesor de gimnasia o ese Nettinger; este ha comido mi pan, ha bebido mi té y tu padre le llamaba siempre «un muchacho despierto». Mira si es despierto: nos arrebató los corderos, a ti y a Schrella os azotó con el látigo de púas de acero, y Ferdi tuvo que pagar carísimo algo que valía bien poco: unos pies de profesor de gimnasia ligeramente chamuscados y un espejo de armario roto; nada de cartón y pólvora, hijo mío; pólvora y metal...

Anda, Robert, bébete el té de una vez; ¿no te gusta? ¿Encuentras los cigarrillos demasiado secos? Perdóname, nunca entendí en cigarrillos; estás guapo disfrazado de cuarentón con las sienes canosas, pareces haber nacido para notario; no puedo contener la risa cuando pienso que algún día podrías tener ese aspecto; ¡qué hábiles son hoy en día los peluqueros!

No pongas esa cara tan seria; todo pasará, volveremos a ir de excursión a Kisslingen: abuelos, hijos y nietos: toda la familia; tu hijo intentará pescar truchas con las manos; comeremos el delicioso pan de los monjes, beberemos su vino y oiremos vísperas: *Rorate coeli desuper et nubes pluant justum*; Adviento; nieve en las montañas, hielo en los arroyos —elige la estación del año que más te guste, hijo mío—. Adviento es lo que más le gustará a Edith; ella huele a Adviento, todavía no ha comprendido que desde entonces el Señor ha llegado para ser nuestro hermano; el canto de los monjes alegrará su corazón adventista y la oscura iglesia que construyó tu padre: Sankt Anton en el valle del Kissa, entre las fincas de Stehlingers Grotte y Görlingers Stuhl.

Yo todavía no había cumplido los veintidós años cuando inauguraron la abadía, todavía hacía poco que había terminado de leer *Kabale und Liebe*, todavía me quedaba en la garganta algo de mi risa de muchacha; con mi traje verde, comprado en casa de Hermine Horuschka, parecía una jovencita que apenas ha terminado de aprender a bailar; ya no era una niña, pero todavía no era una mujer; no parecía una casada sino más bien una chica que se ha dejado engañar; cuello blanco, sombrero negro; ya estaba encinta y siempre a punto de llorar. El cardenal me murmuró al oído: «No debería de haber salido de casa, señora; espero que no se canse»... No me cansé, quería asistir a la fiesta; cuando abrieron la puerta de la iglesia, cuando empezó la ceremonia de bendición, tuve miedo; él, mi pequeño David, palideció, y yo pensé:

ahora se acabaron sus risas; las van a matar con tanta ceremonia; es demasiado pequeño y demasiado joven, le falta todavía la seriedad de los hombres en los músculos. Yo sabía que estaba hermosa con mi vestido verde, mis ojos oscuros y mi cuello blanco como la nieve; me había propuesto no olvidar nunca que todo aquello no era más que un juego. Me daba risa recordar que el profesor de alemán me había dicho: «La examinaré para darle sobresaliente», y que no logré sobresaliente, solo estuve pensando todo el rato en él, llamándole David, el pequeño de la honda, con los ojos tristes y la risa escondida en el fondo de su ser; yo le quería, todos los días esperaba el instante en que aparecía en la gran ventana del estudio, le seguía con la mirada cuando salía por la puerta de la imprenta; me deslizaba a hurtadillas en los ensayos del coro de hombres, le observaba para ver si su pecho también se hinchaba y deshinchaba con aquel serio deporte masculino y leía en su cara que no era igual que los demás; me hacía introducir secretamente por Bruno en el hotel *Prinz Heinrich* cuando se reunía el club de los oficiales de la reserva para jugar al billar, y le contemplaba cuando cruzaba los brazos, cuando les daba a las bolas, blanco sobre verde, rojo sobre verde, y descubría la risa escondida en el fondo de su ser; no, él no había comido nunca del *sacramento del búfalo*, y yo tenía miedo porque no sabía si resistiría la última, la más difícil de las pruebas: la prueba del uniforme, el día del cumpleaños del loco, en enero, el desfile militar ante el monumento junto al puente, la revista delante del hotel donde el general estaba en el balcón. ¿Qué aspecto tendría cuando desfilara por allá abajo, repleto de historia y destino en gestación, mientras redoblaban tambores y bombos y las trompetas llamaban al ataque? Tenía miedo y temía que resultara ridículo; no le quería ridículo; no quería que nadie pudiera reírse de él, en cambio él siempre se reía de los demás. Pues sí, le vi andando al paso de desfile; Dios mío, habrías tenido que verle: parecía que a cada paso que daba pisara la cabeza de un emperador.

Más tarde le vi muy a menudo de uniforme; el tiempo se medía por ascensos; dos años teniente, dos años capitán; me apoderé de su sable para envilecerlo: rasqué con él la suciedad de los desagües, el orín de los bancos de hierro del jardín, excavé hoyos para mis plantas; para pelar patatas no era bastante manejable.

Hay que tirar los sables y pisotearlos como todos los privilegios, hijo mío; solo sirven para eso, modos de sobornar. *Llena está su diestra de dones*. Come lo que coma todo el mundo, lee lo que todo el mundo lea; vístete igual que los demás y entonces te acercarás a la verdad; nobleza obliga, te obliga a comer serrín cuando todos los demás lo comen, te obliga a leer la basura patriótica en los periódicos locales y no en las revistas para gente culta: Dehmel y todo eso; no, Robert, no lo aceptes, ni el *foie-gras* de Gretz, ni la mantequilla del abad, ni la miel, ni las monedas de oro ni el *civet* de liebre: ¿para qué, para qué, para qué, si no lo tienen los demás? Los no privilegiados pueden comer tranquilamente la miel y la mantequilla, no les estropea el estómago ni el cerebro, pero tú no. Robert; tú tienes que comer esta cochinería de pan: los ojos se te llenarán de lágrimas de tanta verdad; tienes que

vestir estas telas miserables: así te sentirás libre.

Yo solo una vez me aproveché de un privilegio, una sola vez, tienes que perdonármelo; no podía resistirlo más; tuve que ir a ver a Dröscher y pedirle tu amnistía; ya no podíamos más, tu padre, yo y Edith; tu hijo ya había nacido; encontrábamos tus billetes en el buzón de las cartas, eran diminutos, no mayores que papeles de envolver caramelos de la tos; el primero no llegó hasta los cuatro meses de haber desaparecido tú: «No os preocupéis, estudio mucho en Amsterdam. Besos a mamá, Robert». A los siete días llegó el segundo: «Necesito dinero; dádselo, envuelto en papel de periódico, a un hombre llamado Groll, camarero del *Anker*, en el puerto alto. Besos a mamá. Robert».

Llevamos el dinero al *Anker*: el camarero llamado Groll nos sirvió en silencio cerveza y limonada, tomó el paquete sin decir palabra, rehusó la propina sin abrir la boca; parecía no vernos, ni oír nuestras preguntas.

Pegamos tus minúsculos billetes en un cuaderno de notas; pasó largo tiempo sin que llegara ninguno, luego llegaron más a menudo: «Sigo recibiendo el dinero: el día 2, el 4 y el 6. Besos a mamá. Robert». Y, de pronto, Otto dejó de ser Otto: se había producido una transformación espantosa: era Otto y ya no lo era; traía a casa a Nettlinger y al profesor de gimnasia; Otto, ahora comprendo lo que significa cuando dicen que de una persona solo queda el envoltorio: Otto solo era el envoltorio de Otto, que rápidamente adquirió otro contenido; no solo había comido del *sacramento del búfalo*, sino que se lo habían inoculado; le habían sacado la sangre y le habían inyectado otra distinta: su mirada contenía la muerte; yo, asustada, escondí tus esquelas.

Durante meses, no llegó ninguna esquela tuya; yo me arrastraba por las baldosas de la entrada, buscaba en las rendijas, examinaba cada rincón del frío suelo, levanté los tubos de desagüe y rasqué la suciedad porque temía que las bolitas pudieran haberse escurrido por allí; podía habérselas llevado el viento; desmonté el buzón de las cartas, y estaba examinándolo pieza por pieza, por la noche, cuando Otto entró; me quedé cogida entre la puerta y la pared; me pisó los dedos y se echó a reír; meses enteros sin encontrar nada; me pasaba la noche entera detrás de la cortina del dormitorio, esperando a que se hiciera de día, vigilaba la calle y la puerta de la casa, corría a abrir en cuanto veía llegar el repartidor de periódicos; nada; registraba las bolsas de los panecillos, vertía con cuidado la leche en la cacerola, despegaba la etiqueta; nada. Y por la tarde, íbamos al *Anker*, y nos metíamos por entre los uniformes, hasta llegar al rincón más apartado donde servía Groll, pero este no decía palabra, no daba señales de conocernos; solo cuando llevábamos ya varias semanas yendo allí todas las tardes y esperando, escribió en el borde del cartón de debajo el vaso de cerveza: «Cuidado. No sé nada.»; luego derramó la cerveza, lo convirtió todo en una gran mancha de lápiz tinta, y trajo otra cerveza, que no quiso cobrar; Groll, el camarero del *Anker*, era joven, tenía la cara enjuta.

Y nosotros no sabíamos, naturalmente, que el muchacho que echaba tus esquelas

en el buzón de las cartas estaba detenido desde hacía mucho tiempo; que nosotros estábamos vigilados y que a Groll no le habían detenido aún porque esperaban a que se decidiera a hablar con nosotros; ¿quién conoce esas matemáticas superiores de los asesinos? Groll, el muchacho de las esquelas, los dos desaparecieron, Robert... y tú no me das un fusil, no me liberas de este castillo encantado.

Dejamos de ir al *Anker*; hacía cinco meses que no sabíamos nada de ti, y yo ya no podía más; por primera vez acepté los privilegios y fui a ver a Dröscher, doctor Emil, que era gobernador; había ido al colegio con su hermana y con él a clase de baile; habíamos salido juntos de excursión, habíamos cargado cajas de cerveza en coches, desenvuelto bocadillos de jamón en los claros del bosque, habíamos bailado danzas populares en prados recién segados y mi padre había procurado que el suyo entrara en la asociación de universitarios a pesar de que no lo era; tonterías, Robert... no creas en esas cosas cuando se trata de asuntos serios; yo había llamado «Em» a Dröscher: era una abreviatura de Emili, que en aquel tiempo se consideraba elegante; y al cabo de treinta años le hice pasar mi tarjeta; llevaba mi vestido de chaqueta gris, el velo de color violeta sobre el cabello gris y zapatos a la inglesa negros; salió en persona a recibirme a la sala de espera, me besó la mano y dijo: «Oh, Johanna, llámame Em», y yo le dije: «Em, necesito saber dónde está mi hijo. Vosotros lo sabéis». Pareció como si hubiésemos entrado en el período glacial, Robert. Me di cuenta en seguida de que lo sabía todo, vi también cómo se ponía ceremonioso y precavido; sus gruesos labios de bebedor de vino tinto se estrecharon de miedo; miró a su alrededor, sacudió la cabeza y me dijo en voz baja: «Lo que hizo tu hijo no solo fue muy reprobable, sino también, desde el punto de vista político, muy imprudente». Y yo contesté: «Hasta dónde puede conducir la prudencia política, lo veo en ti». Me disponía a marcharme, pero él me retuvo y dijo: «Dios mío, ¿pero es que vamos a ahorcarnos todos?», y yo contesté: «Sí, vosotros sí». «Sé razonable —me dijo—, esa clase de asuntos son de la incumbencia del jefe de policía, y tú ya sabes lo que tu hijo le hizo». «Sí —dije yo—, ya sé lo que le hizo: nada. Desgraciadamente, nada. Solo le estuvo ganando durante cinco años en los partidos de béisbol». Entonces el muy cobarde se mordió los labios y dijo: «Deporte..., con el deporte siempre hay algo que hacer».

Entonces todavía no teníamos ni idea, Robert, de que un ademán puede costar la vida; Wakiera hizo condenar a muerte a un prisionero de guerra polaco porque había levantado la mano contra él; solo había levantado la mano, pero no le había pegado, el prisionero.

Y luego, una mañana, encontré en el plato de mi desayuno un billete de Otto: «Yo también necesito dinero, 12, me lo podéis entregar a mano». Y fui al estudio, saqué doce mil marcos de la caja —estaban preparados allí para el caso de que llegaran más billetes tuyos— y eché a Otto el fajo de billetes sobre la mesa del desayuno; yo quería ir a Amsterdam y decirte que no enviaras más esquelas porque habían costado la vida de alguien. Pero ahora ya estás aquí; me hubiera vuelto loca si no te hubiesen amnistiado; quédate aquí; ¿no da lo mismo vivir en un sitio que en otro, en este

mundo en el que un ademán puede costar la vida? Ya sabes qué condiciones te impuso Dröscher: nada de actividades políticas, y, después del examen, inmediatamente al servicio militar; para que puedas recuperar los estudios ya lo he arreglado todo: Klähm, el profesor de estática, te examinará y te perdonará tantos semestres como pueda. ¿Es indispensable que estudies una carrera? Bueno, como quieras... ¿Y precisamente estática? ¿Por qué? Bueno, como quieras: Edith estará contenta. Anda, sube a verla. Sube de una vez. Corre. ¿No quieres ver a tu hijo? Le he dado tu habitación; te está aguardando arriba; anda, sube, corre.

Robert subió las escaleras; rozando armarios de color oscuro, avanzó por silenciosos pasillos, subió hasta debajo del tejado, donde un rellano servía de antecámara al desván; aquello olía a cigarrillos baratos fumados a escondidas, a sábanas húmedas, puestas a secar en el desván; el silencio, que subía por la caja de la escalera como por una chimenea, le abrumaba. Por la ventana del tejado, miró al paseo de chopos que llevaba a la parada del autobús; limpios parterres, el invernadero, el surtidor de mármol, a la derecha, siguiendo la pared, la capilla; todo aquello tenía un aspecto y un olor bucólicos; unas vacas pacían detrás de unas alambradas electrizadas, en unos escombros hurgaban unos cerdos, que, a su vez, serían algún día escombros; un guardián vertía en una artesa cubos de un líquido grasiento y espumoso; la carretera, más allá del muro del sanatorio, parecía perderse en el silencio infinito.

¿Cuántas veces se había detenido ya en aquella etapa del relato, a la que ella le remitía para precisar sus recuerdos? Allí se detuvo cuando era el Robert de veintidós años, recién regresado y decidido a guardar silencio; tuvo que saludar a Edith y a su hijo Joseph; Edith y Joseph eran las palabras claves de aquella situación; ambos le eran extraños, la madre y el hijo; y cuando él penetró en la habitación los dos estaban intimidados, Edith todavía más que él. ¿Habían llegado a tutearse, en realidad?

Cuando, después del partido de béisbol, se fueron a casa de Schrella, ella sirvió la comida: patatas con una salsa indefinible y lechuga; luego hizo un té claro. Él, entonces, no podía sufrir el té claro, sobre eso tenía sus ideas: la mujer con quien se casaría tendría que saber hacer el té: por lo visto, ella no lo sabía hacer y, sin embargo, él sabía, cuando ella puso las patatas en la mesa, que se la llevaría entre los arbustos cuando, al regresar del café Zons, pasaran por el parque de Blessenfeld. Era rubia, parecía tener dieciséis años, pero la risa, en su garganta, no era una risa de muchacha; en sus ojos, que me aceptaron inmediatamente, no brillaba ninguna falsa ilusión de felicidad. Rezó el *Benedicite*, «¡Señor, Señor!», y él pensó: deberíamos comer con los dedos; el tenedor, en las manos de ella, le pareció absurdo; la cuchara, extraña, y comprendió por primera vez lo que significa comer: bendecido por Dios, calmar el hambre, nada más: solo los reyes y los pobres comen con los dedos. Mientras por la Gruffelstrasse, por Blessenfeld, por el parque, iban hacia el café Zons, no se dirigieron la palabra, y él tuvo miedo cuando, poniendo su mano en la de

ella, le juró que no comería jamás del *Sacramento del búfalo*; era insensato; tenía miedo como si fuera a recibir órdenes sagradas; y cuando regresaban a través del parque, tomó la mano de Edith, la retuvo, dejó que Schrella pasara delante hasta que vio desaparecer en el cielo del atardecer su silueta gris, y se llevó a Edith entre los arbustos; ella no se resistió ni se rio, y una atávica sabiduría subió hasta sus manos y llenó sus brazos y su boca; él solo conservó el recuerdo de su cabello rubio, que brillaba bajo la lluvia de verano, la corona de gotas argentinas de sus cejas, como el esqueleto de un delicado animal marino hallado en una playa dorada, las líneas de su boca multiplicadas en infinitas nubecitas de igual tamaño, mientras ella murmuraba contra su pecho: «¡Te matarán, te matarán!». De manera que sí que se habían tuteado entre los arbustos, allí en el parque, y la tarde siguiente en aquella miserable habitación de hotel; Robert mantenía a Edith junto a sí agarrándola por la muñeca, caminaba como un ciego por la ciudad, como si siguiera una varita mágica; encontró instintivamente la casa; en un paquete bajo el brazo, llevaba la pólvora para Ferdi, al que quería encontrar a última hora de la tarde. Descubrió que ella también sabía sonreír, mirándose al espejo, el más barato que la alcahueta había podido encontrar en unos almacenes a precios únicos; se sonrió cuando descubrió a su vez su atávica sabiduría; y él ya sabía que aquel paquetito de pólvora, allí, encima del alféizar de la ventana, contenía una insensatez que había que cometer; la sensatez no llevaba a ninguna parte en este mundo, en el que un ademán podía costar la vida. En su rostro no acostumbrado a sonreír, la sonrisa de Edith obró como un milagro, y cuando al bajar la escalera, entraron en el cuarto de la patrona, Robert se asombró de lo barato que le había costado la habitación; dio un marco cincuenta, pero la mujer rehusó los cincuenta pfennig que él quería añadir. «No, señor, no acepto propinas; soy una mujer independiente, yo».

De modo que sí, la había tuteado, a aquella joven que ahora estaba sentada en su habitación con el niño en el regazo; Robert tomó a Joseph y lo tuvo un momento, torpemente, en los brazos; luego lo dejó encima de la cama y aquella atávica sabiduría volvió a guiarle y le llenó las manos, la boca y los brazos. Ella no aprendió jamás a hacer el té, ni siquiera más tarde, cuando vivían en casa propia: muebles de muñecas, cuando regresaba de la universidad o venía de permiso: suboficial de zapadores, especializado en voladuras, instruyó equipos de voladura, sembró fórmulas que contenían exactamente lo que él quería, polvo y ruinas, venganza por Ferdi Pordulske, por el camarero que se llamaba Groll, por el muchacho que echaba sus esquelas en el buzón de las cartas. Edith con la cesta de la compra, con la libreta de los cupones de descuento, Edith hojeando el libro de cocina daba el biberón al niño, se ponía al pecho la pequeña Ruth; joven padre, joven madre; ella iba a buscarle con el coche de los bebés a la puerta del cuartel; paseaban por la orilla del río, por los prados donde había jugado al béisbol, en horas de marea alta y de marea baja, se sentaban sobre unos barriles, mientras Joseph jugaba con la arena del río y Ruth probaba a dar sus primeros pasos; durante dos años estuvo representando aquella

comedia: matrimonio: jamás se sintió un hombre casado a pesar de que más de setecientas veces colgó su gorra y su tabardo en el perchero del recibidor, se quitó la guerrera, se sentó a la mesa; Joseph sobre las rodillas mientras Edith rezaba el *Benedicite*: ¡Señor, Señor! Por favor, nada de privilegios, nada de extravagancias; sargento primera de zapadores, doctor Robert Fähmel, muy dotado para las matemáticas; comer sopa de guisantes, mientras los vecinos recibían por la radio el *sacramento del búfalo*; permiso hasta el toque de diana; con el primer tranvía, regreso al cuartel, beso de Edith junto a la puerta, y aquella extraña impresión de haberla vuelto a desflorar, a aquella criatura rubia en bata encarnada; Joseph de la mano, Ruth en el cochecito; ninguna actividad política; ¿acaso la había tenido alguna vez? Su arrebato juvenil había sido amnistiado, perdonado; era uno de los aspirantes a oficial mejor dotados, fascinado por la estupidez porque contenía fórmulas; sembraba polvo y ruinas y elaboraba fórmulas de voladura en su cerebro. ¿No hay noticias de Alfred? Robert no sabía a quién se refería, se olvidaba de que ella también se había llamado Schrella. El tiempo se medía por los ascensos: medio año cabo, medio año cabo primera, medio año sargento y medio uno más alférez; luego la masa gris marchó tristemente a la estación: ni flores ni risas a su paso, ni la sonrisa del emperador, ni la conciencia de una paz demasiado tiempo acumulada; masa excitada y, sin embargo, insensible y dócil; adiós al dormitorio de muñecas, en el que habían estado jugando a marido y mujer y, en la estación, renovación del juramento: no comer nunca del *sacramento del búfalo*.

¿Eran las sábanas húmedas o la humedad de las paredes lo que le hacía sentir frío? Pudo abandonar el lugar donde le habían mandado apostarse. Palabras clave: Edith, Joseph. Apagó con el pie el cigarrillo, volvió a bajar la escalera, abrió tímidamente la puerta, vio a su madre junto al teléfono; ella le sonrió y le hizo señas de que no hiciera ruido mientras decía, dirigiéndose al micrófono: «Estoy tan contenta, señor párroco, de que los pueda casar el domingo; ya tenemos todos los papeles, el matrimonio civil se celebrará mañana». ¿Robert oyó efectivamente la voz del párroco o fue solo un sueño?: «Sí, querida señora Fähmel, yo también me alegro de que por fin pueda acabarse con esa situación tan desagradable».

Edith no se vistió de blanco, y se negó a dejar a Joseph en casa, lo tuvo en brazos mientras, a los acordes del órgano, el párroco exigía que le dieran los dos síes. Y él no se vistió de negro; ¿para qué cambiar de ropa? No; nada de champaña; su padre odiaba el champaña, y el padre de la novia, al que solo había visto una sola vez, había desaparecido sin dejar rastro, y el cuñado tampoco dio señales de vida; se le buscaba por homicidio frustrado, a pesar de que había rechazado la pólvora y procurado evitar el atentado.

Colgó el auricular y se dirigió a él; le puso las manos sobre los hombros y le preguntó: «¿Verdad que es lindo, tu hijo? Tienes que adoptarlo inmediatamente

después de la boda; yo ya he hecho testamento en su favor». Toma un poco más de té; en Holanda beben buen té, seguramente; no tengas miedo: Edith será una buena esposa, tú te revalidarás pronto; yo os arreglaré una casa, y no se te olvide reírte secretamente cuando tengas que ir al servicio; no digas nada y recuerda que en un mundo en que un ademán puede costar la vida, esta clase de sentimientos ya no tienen valor os arreglaré una casa; tu padre estará contento; se ha ido a Sankt Anton... como si allí pudiera encontrar consuelo. *Tiemblan los huesos carcomidos*, hijo mío... mataron la risa secreta de tu padre, el resorte saltó; no estaba pensado para resistir tanta presión; ya de nada sirve la bella palabra «tiranos»; tu padre ya no puede resistir estar sentado en su estudio, y el envoltorio de Otto le aterra; deberías procurar reconciliarte con Otto; inténtalo, por favor, anda, ve.

Intento de reconciliación con Otto; Robert ya lo había probado varias veces: había subido escaleras, había llamado a muchas puertas; aquel muchacho robusto no le era extraño, aquellos ojos no le miraban como a un extraño; detrás de aquella frente ancha y pálida, el poder actuaba en su fórmula más sencilla: poder sobre tímidos compañeros de escuela, sobre transeúntes que no saludaban la bandera; poder que hubiera podido ser conmovedor si solo hubiese ejercido en campos de deporte o en esquinas, si se hubiese tratado de tres marcos por un partido de boxeo ganado o de muchachas vestidas de abigarrados colores que el vencedor lleva al cine y besa en el portal de su casa; pero Otto no tenía nada de encantador, aquel poder no se interesaba por los partidos de boxeo ni por las muchachas vestidas de abigarrados colores; en aquel cerebro el poder se había transformado en fórmulas, se había despojado de utilidad, se había liberado de instintos, apenas comportaba odio; se ejercía automáticamente: golpe sobre golpe.

Hermano: una gran palabra, una palabra de Hölderlin, una palabra inmensa, pero que no parecía siquiera llenar la muerte si la muerte era la de Otto; ni siquiera la noticia de su muerte había traído consigo reconciliación. ¡Caído en el frente de Kiew! Eso hubiera podido sonar a tragedia, a grandeza, a hermandad; en combinación con su edad, hubiera podido resultar conmovedor como una lápida funeraria: A los veinticinco años, caído en el frente de Kiew: pero no tenía resonancia, y Robert intentó en vano una reconciliación póstuma. Sois hermanos. Sí, lo eran según el registro civil, según el testimonio de la comadrona; quizá hubiese podido sentir emoción y grandeza si hubiesen sido verdaderamente extraños uno al otro; pero no lo eran; Robert le veía comer, beber: té, café, cerveza; pero Otto no comía el pan que él comía, no bebía la leche y el café que él bebía; y las palabras que cambiaban eran terribles: cuando Otto decía pan, resultaba menos familiar al oído que la palabra «pain», que, cuando la oyó por primera vez, no sabía que significaba pan; hijos de una misma madre y un mismo padre, nacidos en una misma casa y educados juntos, habían comido, bebido o llorado juntos, habían respirado el mismo aire, hecho el

mismo camino a la escuela; juntos habían reído y jugado, y Robert había llamado «hermanito» a Otto y había sentido el brazo del hermano alrededor de su cuello; como sabía el horror que tenía a las matemáticas, le había ayudado, se había pasado días enteros estudiando con el «hermanito» para hacerle superar ese horror... y, de pronto, después de haber estado dos años fuera, solo encontró el envoltorio de Otto; ni siquiera le era extraño, ni siquiera le quedaba el patetismo de aquella palabra; cuando pensaba en Otto no sentía ni atracción ni verdad ni armonía, y por primera vez comprendió lo que significaba en realidad aquello que decía Edith: comer del *sacramento del búfalo*. Era uno de esos que entregarían su propia madre al verdugo, si los verdugos se la quisieran llevar. Y una vez que, verdaderamente, había intentado una reconciliación, había abierto la puerta de la habitación de Otto, y había entrado, Otto se volvió y le preguntó: «¿A qué viene eso?». Otto tenía razón: ¿a qué venía? Ni siquiera nos éramos extraños, nos conocíamos perfectamente, sabíamos uno de otro que al uno no le gustaban las naranjas y que el otro prefería la cerveza a la leche, que en lugar de cigarrillos prefería puros y de qué manera el uno planchaba el punto del libro en la rendija de la puerta.

Robert no se asombró de ver subir a Ben Wackes y a Nettlinger a la habitación de Otto, ni de encontrarlos por el pasillo, pero sí se asustó al reconocer que aquellos dos le eran menos incomprensibles que su propio hermano; ni siquiera los asesinos eran siempre asesinos: no lo eran a todas horas del día y de la noche; había días de fiesta para los asesinos como los había para el conductor del tranvía: los dos estuvieron simpáticos; le dieron palmadas en el hombro; Nettlinger dijo: «¿No fui yo el que te dejé escapar?». Habían entregado a la muerte a Ferdi, a Groll, al padre de Schrella y al muchacho que llevaba las noticias, los habían enviado allí donde se desaparece sin dejar rastro; pero ahora, borrón y cuenta nueva. No somos rencorosos. No hay mal que por bien no venga. Sargento de zapadores, especialista en voladuras, casado, con casa propia, libreta de cupones de descuento y dos hijos. «No temas por tu mujer, no le pasará nada mientras esté yo aquí».

—¿Qué? ¿Ya has hablado con Otto? ¿No has tenido éxito? Ya me lo figuraba, pero hay que probarlo siempre, hay que volverlo a intentar; acércate, no hagas ruido, quiero decirte una cosa. Me parece que está condenado, embrujado, si lo prefieres así, y solo hay un remedio, liberarlo: quiero un fusil, quiero un fusil, el Señor dice: «Mía es la venganza», pero ¿por qué no tengo que ser yo el instrumento del Señor?

Se dirigió a la ventana; del rincón entre la ventana y la cortina tomó el bastón de su hermano, que había muerto hacía cuarenta y tres años, se lo llevó a la cara como si fuera un fusil y apuntó, apuntó a Ben Wackes y a Nettlinger; pasaban por la calle montados a caballo, el uno en un corcel blanco, el otro en uno bayo; el bastón seguía el ritmo del paso de los caballos en la calle, como si lo midiera con un cronómetro; volvían la esquina, pasaban frente al hotel, tomaban por la Modestgasse, y seguían

hasta el Modesttor, que cerraba la perspectiva; y Johanna bajó el bastón. «Tengo dos minutos y medio de tiempo», una inspiración honda, apuntar, buscar un punto de apoyo; las costuras de su ensueño eran perfectas, la mentira estaba tan bien tejida que no se deshilachaba por ningún lado; volvió a dejar el bastón en el rincón.

—Lo haré, Robert, seré el instrumento del Señor, tengo paciencia, el tiempo no me apremia; no hay que tomar pólvora y cartón, sino pólvora y plomo; venganza por aquella palabra que pronunciaron en el último momento los labios inocentes de mi hijo: «Hindenburg»; la palabra que quedó de él en este mundo; tengo que borrarla, ¿acaso traemos hijos al mundo para que se mueran cuando solo tienen siete años y mueran pronunciando la palabra «Hindenburg»? Yo había tirado a la calle la poesía, hecha pedazos; y él era un muchacho tan bien educado, que me pidió que le diera otra copia, pero yo me negué, no quería que aquella estupidez saliera de sus labios; en su delirio intentaba reconstruir los versos, y yo, por más que me tapara los oídos, seguía oyéndolo a través de mis manos: «Dios estará con vosotros»; intentaba arrancarle de la fiebre, despertarle, quería que me mirara a los ojos, que sintiera el contacto de mis manos, que oyera mi voz, pero él seguía recitando: «Mientras haya bosques alemanes, mientras queden banderas alemanas, mientras viva una palabra alemana, *este nombre* será inmortal»; temo morirme cuando recuerdo cómo en su delirio subrayaba *este nombre*; reuní todos sus juguetes, te quité uno a ti, que te quedaste llorando, los amontoné todos sobre la cama, pero él ya no volvió en sí, ya no me dirigió más la mirada: ¡Heinrich, Heinrich! Yo gritaba, rezaba y le suplicaba al oído, pero él tenía los ojos fijos en el reino de la fiebre y solo veía un verso: «Adelante, hurra, Hindenburg»; solo este único verso vivía en él, y la última palabra que oí de sus labios fue: *Hindenburg*.

Tengo que vengar la boca de mi hijo de siete años, Robert, ¿no lo comprendes? Vengarme en aquellos que pasan frente a nuestra casa y se dirigen a caballo al monumento de Hindenburg; detrás de ellos, van brillantes coronas con cintas doradas, negras y moradas; siempre estoy pensando: ¿no se va a morir nunca? ¿Nos lo servirán hasta la eternidad en forma de sello de correos, a ese viejo búfalo, cuyo nombre me gritará mi hijo como santo y seña? ¿No quieres darme un fusil, por fin?

Cuento con tu palabra; no es necesario que sea hoy, ni mañana, pero sí pronto; me he armado de paciencia. ¿No te acuerdas de tu hermano Heinrich? Tenías casi dos años cuando murió. Entonces teníamos un perro que se llamaba Brom, ¿no te acuerdas?; era tan viejo y tenía tanto conocimiento que, los vituperios que le hacíais, no os los devolvía haciéndoos daño, sino quejándose; le agarrabais por la cola y os hacíais arrastrar por toda la habitación, ¿no te acuerdas? Echaste por la ventana del coche las flores que tenías que echar sobre la tumba de Heinrich; te dejamos a la puerta del cementerio; el cochero te subió al pescante y te dejó sostener las riendas; eran de cuero negro muy agrietado. ¿Lo ves, Robert, como te acuerdas? Perro, riendas, hermano... y soldados, soldados, muchos soldados, ¿recuerdas?, que subían por la Modestgasse, y doblaron la esquina del hotel hacia la estación. Iban arrastrando

los cañones tras de sí, tu padre te llevaba en brazos y dijo: «La guerra ha terminado».

Mil millones de marcos por una tableta de chocolate, luego dos mil millones por un caramelo, un cañón por medio pan, un caballo por una manzana; cada vez más; y luego, ni... un céntimo para comprar un trozo de jabón; aquello no podía acabar bien, Robert, ni querían que acabara bien. Los soldados seguían pasando por el Modesttor, y se dirigían cansados a la estación, ordenadamente, eso sí, y llevando delante, como un estandarte, el nombre del gran búfalo: Hindenburg. Él se encargaba de que hubiera orden hasta el último suspiro; ¿está verdaderamente muerto, Robert? No lo puedo creer: «¡Esculpido en piedra, fundido en bronce, Hindenburg! ¡Adelante!». Te aseguro yo que sus mofletes de búfalo, tal como se veían en los sellos, me daban la impresión de indestructibles; te digo que todavía nos dará mucho que hacer, nos demostrará a dónde va a parar la sensatez política y la sensatez del dinero: un caballo por una manzana, y mil millones de marcos por un caramelo y luego, ni un céntimo para comprar un trozo de jabón, pero eso sí, siempre en orden; yo vi y oí cómo llevaban aquel nombre delante de sí; duro de mollera como una piedra, sordo como una tapia, procuraba que hubiese orden; dignidad, dignidad, honor y fidelidad, hierro y acero, dinero y agricultura empobrecida. Vete con cuidado, hijo mío, cuando veas que los campos echan humo y los bosques murmuran; vete con cuidado: allí se consagra el *sacramento del búfalo*.

No creas que estoy loca, sé perfectamente dónde estamos: en Denklingen, ¿ves?, aquel camino por entre los árboles sigue el muro azul y llega al lugar donde los autobuses amarillos se arrastran como escarabajos; me han traído aquí porque hacía pasar hambre a tus hijos, después que el último cordero había sido destrozado por los pajarracos que revolotean; estamos en guerra, el tiempo se mide por los ascensos; cuando marchaste eras alférez, a los dos años, teniente. ¿No eres capitán aún? Esta vez no te ascenderán antes de cuatro años, quizás esperen seis, entonces te harán comandante; perdóname que me ría; no vayas demasiado allá con tus fórmulas; no se te vayan a subir a la cabeza y no pierdas la paciencia y, sobre todo, no aceptes privilegios; nosotros no comemos ni una migaja más de lo que nos dan con las cartillas de racionamiento; Edith está de acuerdo conmigo; come lo que coma todo el mundo, vístete con lo que se vistan todos, lee lo que lean todos; no aceptes la mantequilla de privilegio, el traje de privilegio ni el poema de privilegio que tan delicadamente te ofrece el búfalo. *Llena está su diestra de dones*: sobornos en monedas variadas. Yo tampoco quería que tus hijos disfrutaran de privilegios, quería que probaran la verdad con los labios, pero me separaron de los niños; a eso lo llaman sanatorio, aquí puedes estar loco sin que te peguen, aquí no te duchan con agua fría y, sin el consentimiento de los parientes, no te ponen la camisa de fuerza; espero que no consentiréis que me la pongan; incluso puedo salir cuando quiero, porque soy inofensiva, completamente inofensiva, hijo mío; pero yo no quiero salir, no quiero ver el tiempo ni quiero tener que sentir cada día que aquella risa secreta fue sofocada, que el resorte escondido en el mecanismo de relojería se rompió; de pronto, empezó a

tomarse en serio y a adquirir empaque; montañas enteras se convirtieron en sillares, bosques enteros en material de construcción y cemento, cemento, te digo que hubieras podido llenar con él todo el lago de Constanza; buscaba olvido en la construcción, como si fuera opio; no puedes imaginarte la cantidad de cosas que llega a construir un arquitecto en cuarenta años... yo le cepillaba los salpicones de argamasa del borde de los pantalones, las manchas de yeso del sombrero, él fumaba su cigarro con la cabeza en mi regazo y juntos rezábamos la letanía del *¿te acuerdas?: te acuerdas del año 1907, 1914, 1921, 1928, 1935...* y la respuesta era siempre una obra... o una muerte *¿te acuerdas de cuando murió mamá, de cuando murió papá, o Johanna o Heinrich? ¿Te acuerdas de cuando construías Sankt Anton, Sankt Servatius, Sankt Bonifatius o Sankt Modestus, o el dique entre Heiligenfeld y Plessenfeld, o el convento de los monjes blancos o del de los franciscanos, o de las casas de convalecencia para las hermanas de la caridad?* Y cada respuesta sonaba a mis oídos como: *Miserere nobis*. Edificio sobre edificio, muerte sobre muerte; empezaba a correr tras su propia leyenda, y sus propios ritos se apoderaron de él; todas las mañanas, desayunaba en el café Kroner, cuando en realidad, le hubiera gustado más desayunar con nosotros; hubiera tomado café con leche y un panecillo; no le importaba el huevo pasado por agua, el pan tostado ni aquel repugnante queso con pimienta, pero empezó a creer que sí le importaba; yo tenía miedo; empezó a enfurecerse cuando no le hacían ningún encargo importante, siendo así que hasta entonces bastaba que le hicieran alguno para que se alegrase; ¿me entiendes? Los cálculos se complican mucho cuando te acercas a los cincuenta o a los sesenta y te dan a escoger entre aliviar la vejiga en tu propio monumento o contemplarlo de abajo arriba con profundo respeto; se acabaron los guiños; tú tenías dieciocho años, Otto dieciséis... y yo tenía miedo; como un pájaro que vigila con ojos penetrantes, había estado allá arriba en la pérgola, os había llevado en brazos cuando erais niños, os había llevado de la mano o habíais estado a mi lado cuando fuisteis más altos que yo, y yo observaba cómo pasaba el tiempo allá abajo en la calle; la gente rebullía, se pegaba, pagaba mil millones de marcos por un caramelo y luego no tenía tres pfennig para un panecillo; yo no quería oír el nombre del salvador, pero ellos levantaron al búfalo en hombros, le pegaban en forma de sello en sus cartas y rezaban sus letanías: dignidad, dignidad, honor, fidelidad; vencido y, no obstante, no vencido; orden; duro de mollera como una piedra, sordo como una tapia; abajo, en la oficina de mi padre, Josephine lo pasaba por encima de la esponja húmeda y lo pegaba... en las cartas en todos los colores; y él, mi David, dormía; no se despertó hasta que tú hubiste desaparecido; cuando vio que puede costar la vida hacer pasar de una mano a otra un paquetito de dinero, el propio dinero envuelto en papel de periódico; cuando su hijo no fue sino el envoltorio de su hijo: honor, fidelidad, decencia... entonces lo vio; yo le advertí que no se fiara de Gretz, pero él me dijo: «Gretz es inofensivo». «Claro — contesté yo —, algún día verás lo que son capaces los inofensivos; Gretz es capaz de denunciar a su propia madre». Me entró miedo de mi propia clarividencia cuando, en

efecto, Gretz denunció a su propia madre a la policía, solo porque la anciana siempre decía: «Es un pecado y una vergüenza». No decía nada más, solo repetía siempre esta frase hasta que un día su hijo declaró: «No lo puedo tolerar por más tiempo, eso ofende mi honor». Se llevaron a la anciana, la encerraron en un hospicio, la declararon loca para salvarle la vida, pero eso fue precisamente lo que la perdió: le pusieron una inyección. ¿No conocías a aquella anciana? Siempre os echaba las cestas de setas vacías, por encima de la pared, vosotros las deshacíais y luego os construíaís cabañas de mimbre; cuando llovía mucho se volvían oscuras y sucias, entonces las poníaís a secar y yo os las dejaba quemar. ¿Ya no te acuerdas de aquella anciana a quien Gretz denunció? Era su propia madre... él, naturalmente, sigue detrás del mostrador y acaricia los trozos de hígado. También vinieron a buscar a Edith, pero yo no la quise entregar, enseñé los dientes, los insulté y se retiraron; yo guardé a Edith hasta que aquel pájaro revoloteador la mató; procuré detenerle también, lo oí zumbar, oí como descendía; sabía que traía consigo la muerte; penetró triunfalmente por la ventana de la entrada; yo tendía las manos para agarrarle pero él se escapó entre mis brazos; perdóname, no pude salvar al cordero, y acuérdate, Robert, de que prometiste darme un fusil. No lo olvides. Ten cuidado cuando tengas que subir escalas de mano; ven, déjame darte un beso y perdóname que me ría: ¡qué hábiles son hoy día los peluqueros!

Muy erguido, subió por la escala de mano y penetró en el infinito gris que se abría entre los travesaños, mientras David, desde arriba, se acercaba a él; pequeño; toda la vida hubiera podido ponerse los trajes que se hizo cuando era joven. ¡Cuidado! ¿Por qué os quedáis de pie en los travesaños? ¿Por qué no os sentáis por lo menos en ellos si queréis conversar? ¿Se abrazaron verdaderamente? ¿Puso el hijo el brazo sobre el hombro del padre y este su brazo sobre el hombro del hijo?

Traiga café, Huperts, cargado, muy caliente y con mucho azúcar; a mi marido le gusta el café cargado y muy dulce, por la tarde, y claro por la mañana; viene del infinito gris, donde ese hombre erguido e inflexible se adentra con paso rápido; los dos son valientes, mi marido y mi hijo, vienen a verme en el castillo encantado; mi hijo dos veces por semana, mi marido solo una; trae consigo el sábado, lleva el calendario en los ojos y no me deja la esperanza de atribuir su aspecto exterior a la habilidad de los peluqueros; tiene ochenta años, hoy es su cumpleaños, lo celebrará en el café Kroner; sin champaña; odia el champaña, y yo no supe jamás por qué.

Algún día soñaste en organizar una gran fiesta con esta ocasión: siete veces siete nietos, además de los biznietos, las nueras, los nietos sobrevenidos; siempre te sentiste un poco como Abraham, fundador de una gran tribu; te veías en tus sueños del futuro con el biznieto que hacía veintinueve en brazos. Perpetuarse, perpetuarse; será una fiesta muy triste: solo un hijo, el nieto rubio, la nieta de cabellos negros que te regaló Edith, y la madre de la familia en el castillo encantado al que solo se puede llegar a través de infinitas escalas de mano de enormes travesaños.

—Entra, tráeme felicidad, viejo David, el de la cintura de joven; excúsame de

mirar el calendario en tus ojos; yo viajo en la minúscula hoja de calendario que lleva fecha del 31 de mayo de 1942; no destruyas mi barca; compadécete de mí, querido, no destruyas la barquita de papel hecha con una hoja de calendario y no me hundas en el océano de los dieciséis años. ¿Te acuerdas? *La victoria hay que ganarla, no la regalan*: ¡ay de aquellos que no comen del *sacramento del búfalo!*; tú sabes también que los sacramentos tienen la terrible propiedad de no estar sometidos al desgaste del tiempo; y tenían hambre y no hubo multiplicación de panes para ellos, ni multiplicación de peces: el *sacramento del cordero* no calmaba su hambre, el del *búfalo* les brindaba abundante alimento; no habían aprendido a calcular: mil millones de marcos por un caramelo, un caballo por una manzana y luego no había tres pfennig para un panecillo; y siempre con orden, con decencia, honor, fidelidad; vacunados con el *sacramento del búfalo* son inmortales; déjalo ya, David, ¿para qué arrastrar consigo el tiempo?; ten compasión, apaga en tus ojos el calendario; la historia la hacen los demás; tienes el café Kroner asegurado, algún día te harán un monumento, uno pequeñito de bronce en el que aparecerás con el rollo de dibujos en la mano; pequeño, delgaducho, sonriente, algo así entre un joven rabino y un bohemio, con ese aire indefinido que da el origen campesino; tú mismo has visto adonde va a parar la sensatez política... ¿quieres robarme la insensatez política? Desde la ventana de tu estudio me gritaste: no te atormentes, yo te querré y te ahorraré esas terribles cosas de que te han hablado tus compañeras de colegio, esas cosas que dicen que suceden en las noches de boda; no creas las murmuraciones de esas necias; nosotros nos reiremos cuando llegue el momento, seguro, yo te lo prometo; pero todavía tienes que esperar un par de semanas, a lo sumo un mes, hasta que yo compre el ramo de flores, alquile el coche y llegue a la puerta de tu casa. Viajaremos, conoceremos el mundo, tú me darás hijos, cinco, seis, siete; estos hijos me darán nietos, cinco veces, seis veces, siete veces siete; tú no notarás nunca que yo trabajo, yo te ahorraré el sudor de mi frente, la seriedad de los músculos y del uniforme; las cosas me resultan fáciles, he aprendido a hacerlas, he estudiado un poco, he pagado el sudor por adelantado; no soy un artista; no te hagas ilusiones; no podré ofrecerte demonios falsos ni verdaderos y aquello de lo cual te han contado tus amigos historias de miedo, no lo haremos en la alcoba, sino al aire libre: verás al cielo encima de ti, hojas y briznas de hierba te caerán sobre el rostro, quiero que saborees el aroma de una tarde de otoño y no tengas la impresión de participar por obligación en un desagradable ejercicio gimnástico; quiero que sientas el olor de la hierba otoñal; nos echaremos sobre la arena, allá abajo en la orilla del río, entre las rosas silvestres, un poco más arriba de la huella que dejó la riada; cañas, tapones, cajas de crema de zapatos, un grano de rosario que perdió la mujer de un marinero y, en una botella de limonada, una carta; en el aire el humo amargo de las chimeneas de los barcos; chirriar de cadenas de anclas; y no lo convertiremos en seriedad sangrienta, por muy serio y sangriento que sea en realidad.

¿Y el corcho que recogí con los dedos del pie y te ofrecí como recuerdo? Yo lo

guardé, te lo regalé porque me habías ahorrado la alcoba, la oscura cámara de torturas de las novelas, murmuraciones de amigas con advertencias de monja; ramas de rosal silvestre se inclinaban sobre mi frente, hojas de un verde plateado se inclinaban sobre mis ojos oscuros que brillaban; los vapores dejaron oír las sirenas para celebrar mi fiesta, me gritaban que ya no era virgen; crepúsculo, tarde de otoño, todas las cadenas de las anclas habían caído hacía rato, los marineros y sus mujeres subían a tierra por una pasarela insegura, y yo ya añoraba lo que horas antes había temido; no obstante, asomaron a mis ojos unas lágrimas, porque no me sentía digna de mis antepasadas, que se hubieran avergonzado de hacer de una obligación un placer; y tú pegaste hojas de rosal silvestre sobre mi frente y en la huella de las lágrimas, allá abajo en la orilla del río, donde mis pies tocaban cañas y botellas con saludos de veraneantes a los habitantes de la ciudad; ¿de dónde venían todas aquellas cajas de crema de lustre?; ¿estaban destinadas a las relucientes botas de los marineros a punto de zarpar, a las negras bolsas de la compra de las mujeres de los marineros o a las brillantes viseras de las gorras que centelleaban a la luz del crepúsculo cuando, más tarde, nos sentamos en las sillas rojas del café Trischler? Yo admiré las hermosas manos de aquella mujer joven que nos trajo pescado frito y una ensalada tan verde que me dolían los ojos, y vino; las manos de aquella mujer joven, que veintiocho años más tarde lavaron con vino la espalda de mi hijo herido; no hubieras debido gritarle a Trischler cuando llamó para decirnos la desgracia que había ocurrido a Robert; nada, nada, siempre he sentido deseos de echarme al agua y dejarme arrastrar hacia el horizonte gris. Entra, tráeme felicidad, pero no me beses; no destruyas mi barquita; aquí tienes café, dulce y muy caliente, café de la tarde, cargado y sin leche; aquí tienes cigarros; son de sesenta pfennig; Huperts me los ha proporcionado. Cambia la óptica de tus ojos, viejo mío, no soy ciega, solo estoy loca y puedo leer perfectamente la fecha que hay abajo en el calendario del vestíbulo: 6 de septiembre de 1958; no soy ciega y sé que no debo atribuir tu aspecto a la habilidad de los peluqueros; sigue mi juego, retira la óptica de tus ojos y no me hables otra vez de tu brillante nieto de cabellos rubios, que tiene el corazón de su madre y la inteligencia de su padre y que actúa de sustituto tuyo en la reconstrucción de la abadía; ¿ha terminado ya el bachillerato? ¿Estudiará estática? ¿Hace ahora las prácticas? Perdóname que me ría; jamás he podido tomar en serio las obras; polvo amasado, concentrado, polvo convertido en estructura; ilusión óptica, *fata morgana*, destinada a convertirse en ruinas; la victoria se obtiene luchando, no se la regalan a uno; esta mañana lo he leído en el periódico antes de que se me llevaran: «Olas de entusiasmo crecían por momentos... llenos de ciega confianza escuchaban las palabras... el júbilo y el entusiasmo iban en aumento». ¿Quieres que te lo lea en el periódico local?

El grupo de tus nietos que no consta de siete veces siete, sino de dos veces uno, no gozará de privilegios; se lo prometí a Edith, el cordero; no comerán del *sacramento del búfalo*, y el muchacho no aprenderá para la escuela aquella poesía que dice:

*Agradece cada golpe que el destino nos quiera infligir,
porque la necesidad acuña las almas hermanas de manera parecida...*

Tú lees demasiados periódicos forasteros, te dejas servir el búfalo, dulce o agrio, empanado o sabe Dios con qué salsas; lees demasiados periódicos sabios... aquí, en el folletín de la hoja local, puedes tragarte cada día la verdadera *basura*, *sin mezcla y sin falsificación*, tan bien intencionada como puedas querer; los otros no tienen buenas intenciones, solo son cobardes tus periódicos forasteros; en cambio aquí, todo son buenas intenciones; nada de privilegios, por favor, nada de andar con guantes blancos; toma esto está dirigido a mí: a «Madres de los caídos». *Aunque seáis las santas del pueblo, al igual que vuestros hijos, vuestras almas claman....* Sí, soy una santa del pueblo y mi alma clama; mi hijo murió en la guerra: Otto Fährmel; decencia, decencia, honor, fidelidad; nos denunció a la policía; de pronto, solo fue el envoltorio de sí mismo; nada de guantes blancos, nada de privilegios; claro que con el abad hicieron una excepción; él había comido del *sacramento del búfalo*, con decencia, con orden, con honor; se celebró la fiesta, monjes llevaban antorchas encendidas, allá arriba en la colina, con vista sobre el valle del Kissa, empezó la nueva era, la era del sacrificio, la era del dolor, y ellos volvieron a tener sus *pfennig* para comprar panecillos y su medio *gröschen* para comprar un trozo de jabón; el abad se extrañó de que Robert se negara a tomar parte en la fiesta; subieron por la colina montados en briosos corceles y, arriba, encendieron una hoguera: solsticio de verano; Otto encendió la hoguera, hundió la antorcha entre los sarmientos, y aquellos mismos labios que tan maravillosamente sabían cantar el *rorate caeli* entonaron aquello que siempre quisiera mantener alejado de los labios de mi nieto: *Tiemblan los huesos carcomidos*. ¿No tiemblan los tuyos todavía, viejo?

Ven, pon la cabeza en mi regazo, enciende un cigarro aquí tienes la taza del café, al alcance de la mano; cierra los ojos, baja la ventanilla, anda, borra el calendario, vamos a rezar otra vez la letanía del «¿te acuerdas?», vamos a recordar los años de cuando vivíamos en Blessenfeld, cuando cada día olía a víspera de fiesta, a pueblo que se hartaba de pescado frito, de churros y de helados; felices los que pueden comer con los dedos; yo no pude hacer nunca mientras estuve en casa; tú no me lo dejaste hacer; tocaban los organillos, chirriaban los tiovivos y yo olía, oía, percibía con todos mis sentidos que solo lo transitorio es duradero; tú me habías sacado de aquella terrible casa, donde hacía cuatrocientos años que estaban metidos sin saber cómo liberarse; en las tardes de verano, me sentaba arriba en el terrado, mientras los demás estaban sentados abajo en el jardín bebiendo vino: tardes de señores, tardes de señoras, y lo mismo en las risas chillonas de las mujeres que en las risas graves de los hombres oía siempre una cosa: desesperación; cuando el vino desataba las lenguas y suprimía los tabúes, cuando el aroma de las tardes estivales los liberaba de la cárcel del disimulo, la verdad se imponía: no eran ni bastante ricos ni bastante pobres para descubrir lo único verdaderamente duradero: la caducidad. Yo tenía anhelo de

caducidad, y en cambio me habían educado para lo perenne; matrimonio, fidelidad, dormitorio donde solo existía el deber, pero no el derecho de elegir; edificios, polvo convertido en estructuras y, en mi oído, sonaba como la llamada del agua en día de riada: *paraqué, paraqué, paraqué*; yo no quería compartir su desesperación, no quería probar la oscura herencia que pasaba de generación en generación ansiaba comer del sacramento del cordero, blanco y ligero, e intentaba arrancarme del pecho la antigua herencia de tinieblas y de violencia con el *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*; cuando llegaba de misa y dejaba mi devocionario en la entrada, tenía el tiempo justo para recibir el beso de adiós de mi padre; su voz estentórea de bajo se alejaba por el patio hacia la oficina; cumplí quince años, dieciséis, diecisiete, dieciocho y veía en los ojos de mi madre una tremenda angustia: a ella la habían echado a los lobos; ¿me libraría yo de ello? Los lobos iban creciendo en derredor, bebedores de cerveza, con sus gorras de estudiante, unos más elegantes, otros menos; yo veía sus manos, sus ojos y sentía pesar sobre mí la maldición de saber cómo serían cuando tuvieran cuarenta o sesenta años; con la piel surcada de venas moradas, no olerían jamás a víspera de fiesta: seriedad, virilidad, responsabilidad; salvaguardar las leyes, enseñar historia a los niños; contar monedas; decididos a obrar con sensatez política, todos estaban condenados a comer del *sacramento del búfalo*, como lo estaban mis hermanos; solo eran jóvenes por sus años, y a todos ellos solo una cosa que podía darles grandeza y prometerles gloria, envolviéndolos en una nube mítica: la muerte; el tiempo solo era un medio de acercarlos a ella; husmeaban ávidamente y todo lo que olía a muerte les era grato; incluso ellos olían a muerte, a putrefacción; esta reinaba en casa, en los ojos de aquellos a quienes yo sería echada: estudiantes con gorra, guardadores de las leyes; solo había una cosa prohibida: querer vivir y jugar. ¿Me comprendes, viejo? El juego era considerado como un pecado mortal; no el deporte, eso lo hubieran tolerado: eso mantiene vivo, da soltura, embellece y aumenta el apetito de los lobos; casas de muñecas, bueno: eso estimula los instintos de ama de casa y de madre; el baile, también está bien: eso forma parte del comercio; pero si bailaba para mí sola, en camisa, arriba en mi habitación, era pecado, porque no era obligación; en los bailes; podía dejarme tocar tranquilamente por los universitarios, en la oscuridad del pasillo: podía incluso tolerar caricias no demasiado atrevidas en el bosque después de una excursión; ¡tampoco éramos tan santurrones!; y rezaba para que viniera quien me salvase de la muerte en la arena de los lobos, yo rezaba y recibía luego el *sacramento* blanco y te veía en la ventana de tu estudio al otro lado de la calle; si supieras cómo te quería; si lo pudieras sospechar, no abrirías los ojos, no me presentarías el calendario ni te empeñarías en contarme cuánto han crecido entretanto mis nietos, que preguntan por mí, que no me han olvidado. No, no quiero verlos; me quieren, ya lo sé, y también sé que hubo una posibilidad de escapar a los asesinos: ser declarada loca; pero si me hubiese ocurrido lo mismo que a la madre de Gretz ¿qué? He tenido suerte, una gran suerte en este mundo en el que un ademán puede costar la vida, donde el ser declarado loco puede salvarte o matarte; yo

no quiero devolver los años que he engullido, no quiero ver a Joseph de veintidós años, con huellas de argamasa en los pantalones y manchas de yeso en la chaqueta: un joven estupendo, que maneja el metro plegable y lleva rollos de dibujos debajo del brazo; no quiero ver a Edith de diecinueve años, leyendo *Kabale und Liebe*; cierra los ojos, querido David, cierra el calendario, tómate el café.

Verdaderamente, tengo miedo, créeme; deja que mi barquita vaya navegando, no seas el muchacho travieso que la destruye; el mundo es malo, hay muy pocos corazones limpios; también Robert sigue el juego, y se queda dócilmente en las etapas que le indico: desde 1917 hasta 1942, ni un paso más; lo hace erguido, sin curvarse, muy alemán; sé que sentía nostalgia, que el juego de billar y el estudio de fórmulas en el extranjero no le hacían feliz; que no regresó únicamente por Edith; Robert es alemán, lee a Hölderlin, no ha comido nunca del *sacramento del búfalo*, es de los nobles, no es un cordero, sino un pastor. Me gustaría saber qué hizo durante la guerra, pero él nunca habla de aquella época; un arquitecto que no ha construido nunca una casa, que no ha llevado nunca huellas de argamasa en los pantalones, no; él es immaculado, correcto, un arquitecto de máquina de escribir al que no le gustan las fiestas de cobertura. Pero ¿dónde está el otro hijo? ¿Otto? Cayó delante de Kiew; carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre; ¿de dónde vino, adonde se fue? ¿Se parecía de veras a tu padre? ¿Viste a Otto alguna vez con una muchacha? Me gustaría saber algo de él; solo sé que le gustaba la cerveza, que no le gustaban los pepinos y conozco sus ademanes cuando se peinaba, cuando se ponía el abrigo; nos denunció a la policía, entró en el ejército... antes de haber terminado sus estudios, y nos escribía postales de una ironía feroz: «Estoy bien; lo mismo espero de vosotros; necesito...». Otto ni siquiera venía a casa cuando tenía permiso: ¿dónde iba? ¿Qué detective nos podría informar? Sé el número de su regimiento, el número de la estafeta postal, el grado que tenía: teniente, comandante, teniente coronel Fähmel, y lo último volvieron a ser cifras, una fecha: caído el 12 del 1 del 42. Yo lo vi con mis propios ojos, cómo pegaba a la gente de la calle porque no saludaban la bandera; levantó la mano y los golpeó; me hubiera pegado a mí también si no hubiese vuelto rápidamente la esquina ¿cómo vino a parar a casa? Ni siquiera tengo el recurso de suponer que me lo cambiaron al nacer; nació en casa, quince días después de la muerte de Heinrich, arriba en la alcoba, un día lluvioso de octubre de 1917; se parecía a tu padre.

Pst, no digas nada, viejo, no abras los ojos, no me enseñes tus ochenta años. *Memento quia pulvis es et in pulverem reverteris*. Lo dicen bien claro; polvo, cuya herencia es argamasa, títulos hipotecarios, casas, fincas rústicas y un monumento en un suburbio tranquilo, donde unos niños, interrumpiendo sus juegos, se preguntarán: ¿quién era ese?

Cuando era una madre joven, alegre y lozana, paseaba por el parque de Blessenfeld y sabía que los rentistas gruñones que reñían a los niños revoltosos solo reñían a aquellos que algún día se sentarían allí, convertidos en rentistas gruñones a

su vez, y reñirían a los niños revoltosos que algún día serían también rentistas gruñones; yo tenía dos hijos, llevaba uno de cada mano; tenían cuatro y seis años, luego seis y ocho, ocho y diez, y en el jardín colgaban los cartelitos bien pintados: 25, 50, 75, 100, cifras negras sobre hojalata esmaltada de blanco, me recordaban siempre los cartelitos de las paradas de los tranvías; al atardecer, tu cabeza en mi regazo, la taza del café al alcance de la mano, esperábamos en vano la felicidad: no la encontrábamos en los compartimientos de tren ni en los hoteles; un extraño andaba por casa, llevaba nuestro nombre, bebía nuestra leche, comía nuestro pan, y con nuestro dinero se compraba, en el parvulario, cacao y, más tarde, cuadernos.

Llévame otra vez a la orilla del río, donde mis pies descalzos puedan pisar las huellas de la riada, donde suenen las sirenas de los vapores, donde huelga a humo, llévame al café donde sirve la mujer de las manos hermosas; no llores, viejo: yo vivía emigrada dentro de mí misma y tú tienes un hijo, dos nietos, tal vez te darán pronto biznietos. No está en mi mano volver a ti, hacerme cada día una barquita nueva con una hoja de calendario y navegar alegremente hasta medianoche: 6 de septiembre de 1958; esto es futuro, futuro alemán, yo misma lo he leído en el periódico local: «Un cuadro del futuro alemán; en el año 1958; el suboficial Morgner de veintiún años se ha transformado en el campesino Morgner, de treinta y seis: vive a orillas del Volga; es sábado por la tarde, fuma su bien merecida pipa, tiene en sus brazos a uno de sus rubios hijos, mira extasiado a su mujer, que en este momento está ordeñando la última vaca de su rebaño; leche alemana a orillas del Volga...». ¡No quieres escucharme más! Está bien, pero déjame en paz con el futuro; no quiero saber qué aspecto tiene cuando es presente; ¿no están a orillas del Volga? No llores, viejo; paga mi rescate y yo saldré del castillo encantado: *quiero un fusil, quiero un fusil.*

Anda con cuidado cuando subas por la escalera de mano; quítate el cigarro de la boca; ya no tienes treinta años y podrías perder el equilibrio; ¿esta noche se celebrará la fiesta de familia en el café Kroner? Quizás vaya. Te deseo muchas felicidades en el día de tu cumpleaños; perdóname que me ría; Johanna tendría cuarenta y ocho años y Heinrich cuarenta y siete; se llevaron su futuro consigo; no llores, viejo, tú fuiste quien quiso ese juego. Anda con cuidado cuando subas la escala.

6

El autobús amarillo y negro se detuvo a la entrada del pueblo, abandonó la carretera principal, en dirección a Doderingen, y Robert vio aparecer a su padre en la nube de polvo que dejó el autobús; como surgiendo de la niebla apareció el anciano a la luz, todavía flexible, apenas abatido por el bochorno de la tarde; emprendió por la calle mayor, pasó junto a *Schwan*; unos muchachos del pueblo le contemplaron con aire de aburridos desde la escalinata; tenían unos quince o dieciséis años; probablemente habían sido ellos los que habían espiado a Hugo cuando regresaba de la escuela; en sórdidas travesías, en oscuros corrales le habían azotado y le habían llamado *cordero de Dios*.

El anciano pasó frente al ayuntamiento, junto al monumento a los caídos, donde un raquítrico bojedal ofrecía a los muertos de tres guerras sus hojas nacidas de la amarga tierra, al llegar al muro del cementerio, el anciano se detuvo, sacó un pañuelo, se secó la frente, volvió a doblar el pañuelo, se estiró la chaqueta y continuó su camino; y a cada paso, Robert veía la graciosa curva que describía la pierna derecha de su pantalón; solo un instante quedaba visible la vuelta azul marino del pantalón antes de que el pie volviera a pisar la tierra y luego se levantara de nuevo para describir otra graciosa curva; Robert echó una mirada al reloj de la estación: las cuatro menos veinte, y el tren no llegaría hasta las cuatro y diez; media hora, nunca había estado tanto tiempo con su padre a solas, si no recordaba mal; había esperado que la visita duraría más y que se ahorraría aquel diálogo padre-hijo. La cantina de la estación de Denklingen era el lugar menos apropiado para ese encuentro, que el padre había estado esperando quizá durante veinte o treinta años; diálogo con el hijo ya mayor, que había dejado de ser un niño, a quien ya no se llevaba de la mano, a quien ya no se le compraban pasteles o helados cuando se le llevaba a los baños de mar; beso de buenas noches, beso de buenos días, preguntas por los deberes de colegio, un par de consejos para la vida: la honradez prevalece tarde o temprano; Dios no engaña; dinero para ir al cine; sonriente satisfacción por sus triunfos deportivos o al firmar un libro escolar con buenas notas; tímidos diálogos sobre arquitectura, excursiones a Sankt Anton; ni una palabra cuando Robert desapareció, ni una cuando regresó; angustiosas comidas en presencia de Otto, que incluso hacía imposible hablar del tiempo; carne cortada con cuchillos de plata, salsa servida con cuchara de plata; la madre con la mirada fija, como un conejo frente a una serpiente, el padre mirando por la ventana mientras iba haciendo migas con el pan o se llevaba distraído la cuchara a la boca; a Edith le temblaban las manos, mientras Otto se servía desdeñosamente un gran pedazo de carne: era el único que hacía honor a la calidad de la comida; había sido el favorito del padre; siempre estaba dispuesto a salir de excursión o de viaje o a hacer cualquier extravagancia; muchacho alegre de risueño porvenir, el que en las fiestas populares daba a su padre la impresión de una vida más llena. Ahora decía alegremente de vez en cuando: «Podéis echarme a la calle, si queréis». Nadie le

contestaba. Después de la comida, Robert iba con su padre al estudio, se sentaba allí, dibujaba, jugaba con fórmulas en la gran sala vacía, donde había todavía los tableros de cinco arquitectos; la sala estaba vacía; entretanto, el anciano, cansadamente, se ponía su blusa de trabajo, revolvía los rollos de dibujos, se detenía a cada momento delante del plano de Sankt Anton; luego se marchaba, iba a dar un paseo, a tomar café, a visitar a antiguos colegas, a antiguos enemigos, en casas donde durante cuarenta años había sido siempre bien acogido y ahora parecía que con él llegara la era glacial, unas veces a causa de uno de sus hijos, otras a causa del otro; y, no obstante, el anciano tenía un temperamento alegre, había nacido para llevar una vida alegre, para beber vino y café, para viajar y para considerar como futuras nueras a todas las muchachas hermosas que viera por la calle o en el tranvía. A veces sus paseos duraban horas; caminaba acompañado de Edith, que empujaba el cochecito del bebé; el viejo Fähmel tenía poco trabajo y se sentía feliz cuando tenía que planear o vigilar alguna reforma en los hospitales que había construido, o cuando podía ir a Sankt Anton y aconsejar que se reparase algún muro; creía que Robert le tenía antipatía, y Robert creía lo mismo de él.

Pero ahora Robert ya era un hombre maduro, era padre de hijos mayores, era un hombre abrumado por el destino con la muerte de su esposa; había tenido que emigrar, había regresado; había estado en la guerra; había sido denunciado y había sufrido tortura; ahora era independiente y tenía una situación clara: «Dr. Robert Fähmel, oficina de cálculos estáticos, cerrado por las tardes». Finalmente era el interlocutor que el padre había esperado.

—¿Desea otra cerveza, el señor? —preguntó el camarero desde el bar. Limpió de espuma de cerveza la barra de níquel, sacó de la nevera dos platos de albóndigas con mostaza y las sirvió a la pareja que estaba sentada en el rincón, cansada y feliz después del paseo por el campo.

—Sí, por favor, otra cerveza —contestó Robert y apartó el visillo. Su padre volvía a la derecha, pasó frente a la puerta del cementerio, cruzó la carretera, se paró al llegar al jardín del jefe de la estación y contempló los ámelos morados recién abiertos; era evidente que titubeaba.

—No —dijo Robert dirigiéndose al bar—, traiga *dos* cervezas y un paquete de cigarrillos rubios.

Donde estaba sentada ahora la pareja, se había sentado el oficial americano; su cabello rubio y cortado muy corto acentuaba la impresión de juventud; sus ojos azules irradiaban confianza, confianza en el futuro, en el que todo hallaría su explicación; el futuro estaba comprendido dentro de unas coordenadas; lo único que faltaba aclarar era la cuestión de la escala: ¿uno por uno, o uno por tres millones? Encima de la mesa, donde los dedos del oficial jugaban con un afilado lápiz, había el plano topográfico del municipio de Kisslingen.

En trece años, la mesa no había cambiado; en la pata de la derecha, donde ahora las polvorientas sandalias del joven buscaban apoyo, se leían todavía las iniciales que había gravado, en su ocio, un aprendiz de maquinista: J. D.; quizás se llamaba Joseph Dodringer; los manteles tampoco habían cambiado: cuadros blancos y encarnados; las sillas habían resistido dos guerras mundiales: de madera de haya sin nudos, convertida en sólido asiento, llevaban sesenta años al servicio de los culos de campesinos en espera de algo; lo único nuevo era la vitrina nevera, donde unas albóndigas refritas, unas chuletas frías y unos huevos a la rusa esperaban la llegada de algún cliente hambriento o aburrido.

—Aquí tiene el señor sus dos cervezas y su paquete de cigarrillos.

—Gracias.

Ni siquiera los cuadros de las paredes habían cambiado; una vista aérea de la abadía de Sankt Anton, fotografiada seguramente desde la colina de los cosacos, con un venerable aparato de los de placa y paño negro; el claustro y el refectorio, la enorme iglesia, los cuerpos de edificio administrativos; más allá, un cromo descolorido: una pareja de enamorados en un campo; espigas, amapolas, un camino de tierra amarillenta secado por el sol; con una brizna de hierba, la belleza campesina hacía cosquillas detrás de la oreja a su enamorado, cuya cabeza descansaba en su regazo.

—Usted me ha comprendido mal, capitán; lo que quisiéramos saber es *por qué* lo hizo usted; ¿me oye? Conocemos, naturalmente, las órdenes: «tierra quemada» —no dejéis más que ruinas y cadáveres al enemigo, ¿verdad?—. Pero yo no creo que usted lo hiciera obedeciendo a esta orden. Usted es —perdóneme la franqueza— demasiado inteligente para hacerlo. Pero entonces nos preguntamos: ¿por qué, por qué voló usted la abadía? Era, en su estilo, un monumento artístico de primer oren; ahora que han terminado aquí las acciones bélicas y usted es nuestro prisionero, que no creo que tenga ocasión de informar al adversario acerca de nuestros escrúpulos, puedo confesarle que el jefe de nuestra unidad hubiera preferido retrasar dos o tres días el avance que atacar la abadía. ¿Por qué la voló usted, si la cosa no tenía ningún sentido táctico ni estratégico? Con ello no dificultó nuestro avance, sino que lo precipitó. ¿Fuma?

—Sí, gracias.

El cigarrillo le supo a gloria. Virginia, aromático y fuerte.

—Espero que comprenda lo que quiero decir. Por favor, diga algo; veo que somos casi de la misma edad; usted tiene veintinueve años, yo veintisiete. ¿Se hace usted cargo de que me gustaría comprenderle? ¿Teme las consecuencias de su declaración... ante nosotros o ante sus propios compatriotas?

Pero si lo dijera, dejaría de ser verdad; y en forma de declaración todavía menos: que había estado esperando aquel momento durante cinco años y medio de guerra, el momento en que la abadía se le ofrecería como una presa puesta en sus manos por Dios. Quería erigir un monumento de polvo y escombros a aquellos que, porque no

eran monumentos artísticos, no habían sido respetados: a Edith, muerta por un casco de bomba; a Ferdi, autor de un atentado, legalmente condenado; al muchacho que echaba en el buzón de las cartas los minúsculos papeles con sus noticias; al padre de Schrella, que había desaparecido; al propio Schrella, que tenía que vivir lejos del país donde había vivido Hölderlin; a Groll, el camarero del *Anker*, y a todos aquellos que habían ido al campo de batalla, cantando: *Tiemblan los huesos carcomidos*; a nadie le pedirían cuentas por ellos, nadie les había enseñado nada mejor. Dinamita, un par de fórmulas, esta era su única posibilidad de erigir monumentos; y disponía de un equipo de voladura que era famoso por la precisión de su trabajo: Schrit, Hochbret, Kanders.

—Sabemos perfectamente que usted no podía tomar en serio a su superior, el general Otto Kösters; nuestros psiquiatras militares, unánimemente —y usted no sabe lo difícil que es llegar a la unanimidad entre los psiquiatras americanos— le han declarado loco e irresponsable de sus actos, de manera que la responsabilidad cae sobre usted, capitán, puesto que se le considera unánimemente cuerdo y —no quiero ocultárselo— las declaraciones de sus compañeros no le son nada favorables. No pretendo preguntarle acerca de sus ideas políticas: las demostraciones de inocencia son muy frecuentes y, hablando con franqueza, estoy harto de ellas. Y se lo dije a mis compañeros: «en este bello país, no encontraremos más allá de cinco o seis, o a lo sumo nueve, culpables y, al final, nos tendremos que preguntar contra quién hemos hecho esta guerra: contra una serie de hombres comprensivos, simpáticos, inteligentes e incluso cultos». Por favor, conteste a mi pregunta: ¿por qué lo hizo?

En el lugar del joven oficial americano estaba sentada ahora la muchacha: comía albóndigas, bebía cerveza y reía entre dientes; en el horizonte, Robert podía ver el campanario oscuro y esbelto de Sankt Severin, intacto.

¿Tenía que decir que el respeto por los monumentos artísticos le parecía tan conmovedor como el error de esperar que encontrarían bestias en lugar de hombres comprensivos y humanos? Un monumento para Edith y Ferdi, para Schrella y su padre, para Groll y el muchacho que había echado sus papelitos en el buzón de las cartas, para el polaco Anton que había levantado la mano contra Wakiera y había sido asesinado por ello, y para todos aquellos que habían cantado *Tiemblan los huesos carcomidos* y a los que nadie les había enseñado nada mejor; un monumento para los corderos que nadie había apacentado.

Si quería pillar el tren, su hija Ruth tenía que pasar corriendo ahora por delante del portal de Sankt Severin en dirección a la estación; con su boina verde sobre el cabello

oscuro, con su jersey color de rosa, sofocada, feliz de ir a reunirse con su padre, su hermano y su abuelo a tomar café en Sankt Anton antes de la gran fiesta de cumpleaños por la noche.

El padre se había detenido fuera en la sombra, ante la pizarra, y examinaba el horario de salidas; con el rostro delgaducho encendido, el anciano tenía un aspecto amable, espléndido y cariñoso, no había comido nunca del *sacramento del búfalo*, no se había vuelto amargo con los años; ¿lo sabía todo? ¿O se enteraría más adelante? Y a su hijo Joseph, ¿cómo hacérselo comprender? Era preferible callarse que dejar que ideas y sentimientos se consignasen en actas de declaración y fueran entregados a los psicólogos.

Tampoco había podido explicárselo al joven oficial que le miraba a la cara, meneando la cabeza, y le ofrecía por encima de la mesa el paquete de cigarrillos empezado. Tomó el paquete de tabaco, dijo gracias, se lo guardó en el bolsillo, se quitó la Cruz de hierro que llevaba colgada en el pecho y la tendió al joven oficial americano; el mantel de cuadros blancos y encarnados se arrugó, y él volvió; a estirarlo, mientras el americano se ruborizaba.

—No, no —dijo Robert—, perdone mi falta de tacto; no he querido ofenderle, pero tengo necesidad de regalarle esto como recuerdo, recuerdo del hombre que voló la abadía de Sankt Anton, y con ello se ganó esta condecoración; que la voló a pesar de que sabía que el general estaba loco, a pesar de que sabía que aquella voladura era una estupidez tanto desde el punto de vista táctico como estratégico. Me quedaré de buen grado con sus cigarrillos... ¿Puedo rogarle que considere eso como un intercambio de regalos entre hombres de una misma edad?

Tal vez lo había hecho porque, en la fiesta del solsticio, media docena de monjes habían subido a la colina de los cosacos y arriba, cuando se elevaron las llanuras, entonaron *Tiemblan los huesos carcomidos*. Otto encendió el fuego y él estuvo presente, con su hijo en brazos. Joseph, el de los cabellos rubios y rizados, que daba palmadas de alegría al ver crepitar el fuego; Edith, que estaba a su lado, le apretaba la mano derecha; también quizás porque Otto ni siquiera le había sido extraño en un mundo en que un ademán puede costar la vida; alrededor de aquella hoguera, los muchachos de los pueblos de Doderingen, Schlackringen, Kisslingen y Denklingen; los rostros encendidos de los jóvenes y muchachas tenían un aspecto feroz a la luz de la hoguera del solsticio, encendida por Otto, y todos cantaban lo mismo que el bueno del monje que clavaba las espaldas en los flancos de su austero caballo de labranza: *Tiemblan los huesos carcomidos*; con voz ronca seguían cantando aún al bajar de la colina, con las antorchas en la mano; ¿podía declarar al joven oficial americano que lo había hecho porque no habían obedecido la orden de *apacienta mis corderos*, y que no sentía ni pizca de remordimiento? Dijo en voz alta:

—Tal vez fue solo una broma, un juego.

—Vaya bromas, vaya juegos gastan la gente de aquí. ¿Usted es arquitecto, verdad?

—No; especialista en estática.

—Bueno, ¿qué más da?, son oficios que apenas se distinguen uno de otro.

—La voladura —dijo Robert—, es solo la estática vuelta al revés. Como si dijéramos su recíproca.

—Perdóneme —dijo el joven oficial—, siempre he estado muy flojo en matemáticas.

—A mí, en cambio, siempre me apasionaron.

—Su caso empieza a interesarme desde un punto de vista personal. Esa declaración de su pasión por las matemáticas, ¿significa acaso que la voladura respondió a cierto interés profesional?

—Tal vez sea así. Para un especialista en estática tiene naturalmente mucho interés saber cuáles son las fuerzas necesarias para contrarrestar las leyes estáticas. Hay que reconocer que fue una voladura perfecta.

—Pero ¿quiere sostenerme en serio que este interés que podríamos llamar abstracto tuvo en ello el menor papel?

—Sí.

—Me temo que no podré ahorrarle a usted un interrogatorio político. Le advierto que de nada ha de servirle hacer declaraciones falsas; poseemos todos los datos necesarios para la comprobación de sus declaraciones.

Hasta aquel momento no se le había ocurrido pensar en que su padre había construido la abadía treinta y cinco años antes; lo habían oído decir tantas veces, habían podido comprobarlo tantas veces, que ya había dejado de ser verdad, y, de pronto, temió que el joven oficial se enterase de ello y creyese haber encontrado la explicación: *complejo de hijo*; quizás fuera mejor decirle al joven americano: porque no apacentaron los corderos, y darle así una prueba irrefutable de que estaba loco; pero se limitó a mirar por la ventana hacia el campanario de Sankt Severin, como si mirara una presa que se le había escapado, mientras el joven oficial le hacía preguntas que él pudo contestar, sin excepción y sin tener que reflexionar, con un no.

La muchacha apartó el plato vacío; tomó el de su compañero, levantó durante un momento los dos tenedores con la mano derecha, mientras con la izquierda ponía el plato del joven encima del suyo, dejó luego los tenedores en el plato de encima, colocó la mano derecha, ahora libre, sobre el antebrazo de su compañero y le miró sonriente a los ojos.

—¿De manera que no pertenecía usted a ninguna organización? ¿Lee a Hölderlin? Está bien. Tal vez tenga que llamarle a declarar otra vez mañana.

El corazón eterno se compadece, pero no se ablanda.

Cuando su padre entró en la cantina, Robert se sonrojó, fue a su encuentro, le quitó de

la mano el sombrero y dijo:

—Padre, se me ha olvidado felicitarte para tu cumpleaños. Perdóname. He encargado una cerveza para ti, espero que no se haya calentado demasiado, si no...

—Gracias —contestó el padre—, gracias por su felicitación y no te preocupes por la cerveza; no me gusta fría.

El padre le puso la mano sobre el antebrazo, Robert se sonrojó y pensó en los ademanes de íntimo afecto que habían intercambiado en la avenida del sanatorio; de pronto, había sentido necesidad de pasar el brazo alrededor del cuello de su padre y este había replicado con el mismo gesto, mientras se ponían de acuerdo para reunirse en la estación de Denklingen.

—Ven —dijo Robert—, sentémonos, todavía tenemos veinticinco minutos.

Levantaron los vasos, brindaron con un gesto de cabeza y bebieron.

—¿Quieres un cigarro, padre?

—No, gracias. ¿Sabes que los horarios apenas han cambiado en cincuenta años? Incluso los letreros de porcelana que indican las horas de salida son los mismos; lo único que ha ocurrido es que algunos se han desportillado.

—Las sillas, las mesas y los cuadros de la pared —dijo Robert— todo está igual que antes, cuando veníamos aquí en las tardes de verano desde Kisslingen y esperábamos el tren.

—Sí —replicó el padre—, no ha cambiado nada. ¿Has telefoneado a Ruth? ¿Ha dicho si vendría? ¡Hace tanto tiempo que no la he visto!

—Sí, vendrá. Supongo que a estas horas ya debe de estar en el tren.

—Podemos estar en Kisslingen poco después de las cuatro y media, tomamos un café y antes de las siete podemos estar tranquilamente en casa. ¿Vendréis a la fiesta?

—Claro que sí, padre, ¿lo has dudado ni un instante?

—No, pero se me ocurrió que quizás valdría mejor dejarlo, decir a los del café Kroner que no vamos... quizás sea mejor no hacerlo, por los chicos, y había preparado tantas cosas para este día...

El anciano bajó los ojos sobre el mantel de cuadros blancos y encarnados y empezó a trazar círculos con su vaso de cerveza. Robert admiraba la piel tensa de sus manos; manos de niño que habían conservado su inocencia; el padre levantó la mirada y la fijó en el rostro de Robert.

—Pensaba en Ruth y Joseph; ¿sabes que Joseph tiene novia?

—No.

El anciano volvió a bajar los ojos y a describir círculos con el vaso de cerveza.

—Siempre había confiado en que mis dos fincas aquí en las afueras serían algo así como vuestra segunda casa, pero vosotros siempre habéis preferido vivir en la ciudad, incluso Edith; solo en Joseph parece realizarse mi sueño, es curioso que todos estéis convencidos de que se parece a Edith y no tiene nada de nosotros... y no obstante, se parece tanto a Heinrich, que a veces me asusto cuando veo a tu hijo; Heinrich, tal como hubiera sido... ¿te acuerdas de él?

Brom se llamaba nuestro perro; yo, en el pescante, sostenía las riendas del coche, que eran de cuero negro y quebradizo; quiero un fusil, yo quiero un fusil; Hindenburg.

Sí que me acuerdo.

—Me devolvió la finca que le había regalado; ¿a quién se la voy a dar ahora? ¿A Joseph o a Ruth? ¿O a ti? ¿Te gustaría que te la diera? ¿Te gustaría ser propietario de vacas y prados, de centrifugadoras y máquinas de cortar remolachas, de tractores y secadoras de heno? ¿Prefieres que se la regale al convento? Con mis primeros honorarios compré las dos fincas. Tenía veintinueve años cuando construí la abadía y no os podéis imaginar lo que representa para un joven arquitecto poder tener semejante encargo. Fue un verdadero escándalo; produjo sensación. Si voy tan a menudo allí no es solo para hacer resucitar un futuro que entre tanto ya se ha convertido en pasado: siempre pensé que cuando fuera viejo sería campesino. Y no lo soy: solo soy un pobre viejo loco que juega a la gallina ciega con su mujer; nos tapamos alternativamente los ojos, cambiamos las épocas como las diapositivas en una linterna mágica para proyectar imágenes sobre la pared: anda, pon ahora el año 1928: dos hermosos hijos de la mano de la madre; uno tiene trece años, el otro once; junto a ellos el padre con el cigarro en la boca, sonriente; en el fondo la torre Eiffel... quizás el Castillo de Sant'Angelo, o la puerta de Brandeburgo. Puedes elegir el decorado que quieras: puede que sea también la playa de Ostende o el campanario de Sankt Severin o el quiosco de bebidas del parque de Blessenfeld. No, se trata naturalmente de la abadía de Sankt Anton: la encontrarás en el álbum de fotografías en todas las épocas del año; solo la moda de nuestros vestidos es la que cambia: tu madre con sombrero grande o pequeño, con el cabello corto o largo, con la falda ancha o estrecha, y vosotros, los niños, de tres, cinco y siete años; luego aparece un personaje nuevo: una muchacha rubia, joven, que lleva un niño en brazos y otro de la mano; los niños tienen un año, tres años; ¿sabes que quise a Edith como no hubiera podido querer a una hija? Nunca pude convencerme de que había tenido padre y madre propios... un hermano. Edith era una mensajera del Rey; mientras ella vivió con nosotros, pude volver a pronunciar Su nombre sin sonrojarme, pude rezar Su nombre... ¿Cuál fue el mensaje que te trajo, qué misión te confió? ¿Que vengaras a los corderos? Espero que habrás cumplido fielmente el encargo, que no habrás guardado falsos respetos, como hice yo siempre, que no habrás conservado fresco en la nevera de la ironía el sentimiento de superioridad, como hice yo siempre. ¿Tenía verdaderamente un hermano, Edith? ¿Vive aún? ¿Existe?

El anciano dibujaba círculos con el vaso de cerveza, miraba fijamente el mantel de cuadros blancos y encarnados, y solo de vez en cuando levantaba ligeramente la cabeza.

—Dime, ¿existe verdaderamente? Era amigo tuyo, una vez le vi; estaba en la ventana de mi dormitorio y vi que cruzaba el patio y se dirigía a tu habitación; jamás le he olvidado, he pensado muchas veces en él, a pesar de que solo pude verle durante

diez o doce segundos. Me dio miedo, como si fuera un ángel de las tinieblas. ¿Existe verdaderamente?

—Sí.

—¿Y vive?

—Sí. ¿Dices que te dio miedo?

—Sí. También tú me dabas miedo. ¿No te dabas cuenta? No quiero saber cuál fue la misión que te confió Edith; solo te pido que me digas si la has cumplido.

—Sí.

—Está bien. Te asombra que me dieras miedo, que todavía te tema un poco. Me reía de vuestras conspiraciones infantiles, pero la risa se me heló en la garganta cuando leí que habían matado a aquel muchacho; hubiera podido ser el hermano de Edith, pero más tarde me enteré de que casi había sido una acción humanitaria matar a un muchacho que, de todas maneras, había echado una bomba y había chamuscado los pies de un profesor de gimnasia. El muchacho que echaba tus esquelas en el buzón de las cartas, el polaco que levantó la mano contra el profesor de gimnasia... un parpadeo inadecuado, una manera de llevar cortado el pelo o la forma de la nariz bastaban, o ni siquiera esto les era necesario: solo la partida de nacimiento del padre o de la abuela. Durante muchos años, me estuve alimentando con mi risa, pero este alimento desapareció del mercado, no hubo repuestos, Robert; y yo abrí la nevera, dejé que la ironía se agriase y la tiré como el resto repugnante de algo que algún día había tenido su valor; yo había creído amar y comprender a tu madre... pero hasta entonces no empecé a quererla y a comprenderla de veras, a comprenderos y quererlos a vosotros; no me di cuenta de ello hasta más tarde. Cuando terminó la guerra, yo estaba en la cumbre de mi carrera: me nombraron director general de construcciones de toda la región. Paz, pensé, yo, todo ha terminado, vamos a empezar una vida nueva... cuando, un buen día, el comandante inglés vino a mi casa, a disculparse, por decirlo así, de haber bombardeado la iglesia de Sankt Honorius y destruido un *Descendimiento* del siglo XII; no se disculpó por haber muerto a Edith, sino solo por un *Descendimiento* del siglo XII; *sorry*; yo me volví a reír por primera vez desde hacía diez años, pero no fue una risa de satisfacción, Robert... y dimití de mi cargo. ¿Director general de construcciones? ¿Para qué, si hubiera dado todos los *Descendimientos* de todos los siglos posibles para volver a contemplar la sonrisa de Edith, para volver a sentir su mano sobre mi brazo? ¿Qué valor tenían para mí las imágenes del Señor comparadas con la risa de su mensajera? Y por el muchacho que traía tus noticias —jamás vi su cara, jamás supe cómo se llamaba— hubiera dado Sankt Severin, a sabiendas, además, de que era un precio irrisorio, como cuando se da una medalla a quien ha salvado una vida. ¿Has vuelto a ver la sonrisa de Edith o la del aprendiz de carpintero? ¿Nada que se pareciera a ello? ¡Ay, Robert, Robert!

El anciano dejó el vaso de cerveza y apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Has vuelto a ver nunca aquella sonrisa? —murmuró entre sus brazos.

—Sí, la he visto —dijo Robert— en el rostro de un botones de hotel, que se llama

Hugo... ya te lo enseñaré.

—Regalaré a este muchacho la finca que Heinrich no quiso aceptar; escíbeme su nombre y señas en el platillo de cartón de la cerveza; en esos platillos de cerveza se escriben las noticias más importantes; no te olvides de comunicarme cuando sepas algo del hermano de Edith. ¿Vive aún?

—Sí. ¿Todavía le tienes miedo?

—Sí. Lo más terrible en él era que no conocía la ternura; cuando le vi cruzar el patio comprendí que era fuerte, y que todo lo que hacía, no lo hacía por los mismos motivos que mueven a los demás: porque fuera rico o pobre, guapo o feo, porque su madre le hubiese o no le hubiese pegado; todo eso son motivos que determinan las acciones de las demás personas: por eso construyen iglesias o asesinan a mujeres, son buenos maestros o malos organistas; pero de aquel muchacho sabía que ninguno de estos motivos me explicaría nada; en aquella época sabía reírme, pero en él no encontré ninguna rendija por la que poder meter mi risa; eso me dio miedo como si un ángel oscuro hubiese cruzado el patio de mi casa, un ángel que venía a cumplir la justicia de Dios, que nos venía a embargar; y, en efecto, nos embargó; no conocía la ternura ni la inspiraba; ni siquiera cuando me enteré de que le habían azotado y le querían matar, me enternecí...

—Señor consejero, hasta ahora no le he reconocido. ¡Cuánto me alegro de volverle a ver! Debe hacer muchos años que no estuvo usted por aquí.

—Ah, Mull, ¿es usted? ¿Y su madre, vive todavía?

—No, señor consejero, ya hace días que la enterramos. Fue un entierro fantástico. Mi madre tuvo una vida muy llena: siete hijos y treinta y seis nietos, once biznietos; una vida muy llena. ¿Los señores quieren hacerme el honor de beber a la memoria de mi difunta madre?

—Con mucho gusto, querido Mull; su madre fue una gran mujer.

El anciano se levantó y Robert también, mientras Mull se dirigía al mostrador para llenar de nuevo los vasos; el reloj de la estación marcaba las cuatro y diez; dos campesinos esperaban junto al mostrador; mataban la espera comiendo albóndigas con mostaza y bebiendo, con sus suspiros de satisfacción, un vaso de cerveza. Mull volvió a la mesa con el rostro enrojecido y los ojos húmedos; dejó los vasos de cerveza sobre la mesa y tomó uno en la mano.

—A la memoria de su madre. Mull —dijo el anciano Fähmel.

Levantaron los vasos, brindaron antes de beber y luego los volvieron a dejar sobre la mesa.

—A lo mejor no sabe usted —dijo el anciano— que, hace ahora cincuenta años, su madre a veces me fiaba, cuando llegaba de Kisslingen cansado y muerto de sed; entonces estaban reparando la vía del tren y no me importaba andar cuatro kilómetros. A su salud y a la memoria de su madre. Este es mi hijo ¿no le conocía?

—Fähmel, tanto gusto.

—Mull, tanto gusto.

—A usted le conoce aquí todo el mundo, señor consejero, todo el mundo sabe que construyó usted nuestra abadía, y todavía viven algunas abuelas que cuentan alguna anécdota de usted: que encargaba carros enteros de cajas de cerveza para los albañiles y que bailó un solo el día de la apertura. A su salud, señor consejero.

Apuraron los vasos de pie; Robert, con el vaso vacío en la mano, se quedó mirando a Mull, que se dirigió al mostrador, recogió los platos de la pareja, los dejó sobre el torno y arregló cuentas con el muchacho. Su padre le tiró de la chaqueta.

—Ven —dijo—, siéntate, todavía tenemos diez minutos. Son gente magnífica, que tienen el corazón donde se debe tener.

—Y no te dan miedo, ¿verdad, padre?

El anciano miró a su hijo a los ojos; su rostro delgado y sin arrugas no sonreía.

—Esta gente —dijo Robert— fue la que martirizó a Hugo... tal vez uno de ellos fue el verdugo de Ferdi.

—Mientras estuviste fuera y nosotros esperábamos noticias tuyas, tenía miedo de todo el mundo... ¿pero de Mull? ¿Ahora? ¿Te da miedo, a ti?

—Cada vez que veo a una persona me pregunto si me gustaría que me pusieran en sus manos, y hay muy pocos de quienes me atreva a decir que sí.

—¿Y el hermano de Edith? ¿Te pusieron en sus manos?

—No. En Holanda, vivíamos en una misma habitación, compartíamos cuanto teníamos, jugábamos medio día al billar, y medio día estudiábamos: él, alemán; yo, matemáticas; no me pusieron en sus manos, pero no tendría inconveniente en que me pusieran en cualquier momento... o te entregaría incluso a ti, padre.

Robert se sacó el cigarrillo de la boca.

—Me gustaría regalarte algo para tu cumpleaños, padre..., demostrarte, quizás sabes ya lo que te quisiera demostrar.

—Ya lo sé —dijo el anciano y puso la mano sobre el brazo de su hijo—, no necesitas decirlo.

Me gustaría regalarte un par de lágrimas de arrepentimiento, pero no las puedo forzar; sigo considerando el campanario de Sankt Severin como una presa que se me ha escapado. Lástima que tuviera que ser tu obra de juventud, tu gran oportunidad, tu gran primera jugada; y bien construida, además: muros sólidos; algo estáticamente magnífico; tuve que emplear dos camiones de explosivo, di la vuelta por el edificio, dibujé con tiza mis fórmulas y señales en las paredes, en las columnas, en los puntos de apoyo de las bóvedas, las dibujé en la gran imagen de la Santa Cena, entre los pies de San Juan y San Pedro; ¡conocía tan bien la abadía!, ¡me la habías explicado tantas veces, cuando era niño, cuando era adolescente, cuando era joven...! Dibujé mis señales en la pared, mientras el abad, que era el único que se había quedado, corría a mi lado, apelando a mi sentido común, a mi religión; por suerte, era un abad nuevo, que no me conocía. Apeló a mi conciencia, pero todo fue en vano; no me conocía

como visitante de los fines de semana que va a comer truchas, que va a comer miel en bruto; no me conocía como hijo del arquitecto que se pone mantequilla sobre el pan. Y mientras me miraba como si me hubiese vuelto loco, yo le murmuré al oído: *Temblarán los huesos carcomidos*; tenía entonces veintinueve años, exactamente los mismos que tú cuando construiste la abadía, y espiaba ya la presa que, en el horizonte, se dibujaba gris y esbelta: Sankt Severin. Pero caí prisionero, y el joven oficial me interrogó, en esta misma estación de Denklingen, allí, sentado en aquella mesa, que ahora está vacía.

—¿En qué piensas? —preguntó el anciano.

—En Sankt Anton; hace tanto tiempo que no he estado allí.

—¿Te alegra volver a Sankt Anton?

—Me alegro por Joseph; hace mucho tiempo que no le he visto.

—Estoy orgulloso de él —dijo el anciano—. Es un muchacho decidido y animoso, y algún día será un gran arquitecto; quizás demasiado severo con los obreros, demasiado impaciente, pero a sus veintidós años no se le puede pedir paciencia... y ahora se halla apurado por la expiración del plazo fijado: a los monjes les gustaría poder cantar la liturgia de Adviento en la iglesia nueva; naturalmente, estamos todos invitados a la inauguración.

—¿El abad sigue allí?

—¿Cuál?

—Gregor.

—No, murió en 1947; no pudo reponerse de la destrucción de su abadía.

—¿Y tú, pudiste reponerte?

—Cuando recibí la noticia de que había sido destruida, me quedé anonadado; pero cuando luego fui allí y vi las ruinas y vi que los monjes estaban tan excitados y querían crear una comisión que se encargara de buscar al culpable, traté de disuadirlos; no quería que hubiese venganza por un edificio, y tenía miedo de que encontraran al culpable y que este tuviera que disculparse ante mí; el *sorry* del inglés continuaba sonando como un eco terrible en mi oído; y, en último término, los edificios pueden volver a construirse. Sí, Robert, me repuse. Tú quizás no me creerás, pero jamás me he sentido unido a los edificios cuyas obras yo había dirigido o que yo había planeado; sobre el papel, me gustaban, trabajaba con cierta pasión, pero jamás me sentí un artista, ¿me comprendes?, y sabía que no lo era; todavía tenía mis planos cuando me encargaron la reconstrucción; para tu hijo esta es una gran ocasión de ejercitarse prácticamente, de aprender a coordinar el trabajo y a frenar un poco su impaciencia... ¿No tenemos que tomar el tren?

—Faltan cuatro minutos, padre. Podemos salir al andén.

Robert se levantó, hizo una señal al dueño y sacó la cartera, pero Mull salió de detrás del mostrador, pasó junto a Robert, y sonriendo, puso la mano sobre el hombro del anciano y dijo:

—No, no, señor consejero, hoy han sido ustedes mis invitados; no quiero que sea

de otra manera, por la memoria de mi madre.

Fuera hacía todavía calor; encima de Doderingen se veían ya las banderas de humo blanco del tren.

—¿Tienes los billetes? —preguntó el anciano.

—Sí —contestó Robert.

Miró el tren que salía del cambio de rasante, más allá de Doderingen, como si surgiera directamente del cielo azul; era un tren negro, viejo y romántico; el jefe de la estación salió de su despacho con la sonrisa de fin de semana en el rostro.

—Aquí, padre, aquí —gritó Ruth. Boina verde, brazos en movimiento, jersey de lana rosa. Tendió las manos a su abuelo, le ayudó a subir a la plataforma, le abrazó, le empujó cariñosamente hacia la puerta abierta del compartimiento, ayudó a subir a su padre, le besó en la mejilla.

—Me hace una ilusión loca, pero loca —dijo—, pensar en Sankt Anton y en esta noche.

El jefe de la estación silbó y dio la señal de partida.

Al llegar a la ventanilla, Nettlinger se sacó el cigarro de la boca e hizo una seña a Schrella para animarle; la ventanilla se abrió desde dentro, un guardián con una lista se inclinó hacia fuera y preguntó:

—¿Es usted el preso Schrella?

—Sí —contestó Schrella.

El guardián enumeró los objetos a medida que los iba sacando de una caja de cartón y los dejó encima del tablero de la taquilla.

—Un reloj de bolsillo, níquel, sin cadena.

—Un monedero, cuero negro, con: cinco chelines ingleses, treinta francos belgas, diez marcos alemanes y ochenta pfennig.

—Una corbata, color verde.

—Un bolígrafo, sin marca, color gris.

—Dos pañuelos blancos.

—Un abrigo trinchera.

—Un sombrero, color negro.

—Una máquina de afeitar, marca Gillette.

—Seis cigarrillos, marca Belga.

—Camisa, ropa interior, jabón y cepillo de los dientes los tenía usted, ¿verdad? Haga el favor de firmar aquí como que no le falta nada que fuera de su propiedad.

Schrella se puso el abrigo, se guardó los efectos personales en el bolsillo y firmó la lista: 6 de septiembre de 1958, a las 16,10 horas.

—Buenas tardes —dijo el guarda y bajó el cristal de la ventanilla.

Nettlinger volvió a meterse el cigarro en la boca, tocó el hombro a Schrella y le dijo:

—Ven, se sale por aquí, a menos que quieras volver a la jaula. Quizá sea más prudente que te pongas ya la corbata.

Schrella se puso un cigarrillo en la boca, se arregló las gafas, se subió el cuello de la camisa y se anudó la corbata; cuando, súbitamente, Nettlinger le puso el encendedor delante de la nariz, se sobresaltó.

—Sí —dijo Nettlinger—, eso ocurre con todos los presos: personajes o pordioseros, culpables o no, ricos o pobres, políticos o de derecho común; lo primero es el cigarrillo.

Schrella aspiró profundamente el humo del cigarrillo y miró a Nettlinger por encima de los cristales de las gafas, mientras terminaba de anudarse la corbata y volvía a bajarse el cuello de la camisa.

—Parece que tienes experiencia en estas cosas, ¿verdad?

—¿Y tú no? —preguntó Nettlinger—. Ven, siento no poderte ahorrar despedirte del director.

Schrella se puso el sombrero, se sacó el cigarrillo de la boca y siguió a Nettlinger,

que le abrió la puerta del patio; el director estaba junto a la ventanilla donde empezaba la cola de personas que iban a buscar el permiso de visita para el domingo; era un hombre alto, no excesivamente elegante, pero bien vestido, y los movimientos de sus brazos y piernas, cuando se acercó donde estaban Nettlinger y Schrella, eran marcadamente corteses.

—Espero —dijo dirigiéndose a Nettlinger— que todo ha ido a satisfacción tuya, con rapidez y corrección.

—Gracias —dijo Nettlinger—, ha ido efectivamente muy de prisa.

—Lo celebro —dijo el director—; y luego dirigiéndose a Schrella, añadió: Permítame que le diga algunas palabras de despedida a pesar de que solo ha estado un día entre mis —sonrió— protegidos y a pesar de que, por error, en lugar de ir a la sección de detenidos, le hayan llevado a la de penados. Ve usted —dijo señalando la puerta interior de la cárcel—, más allá de esta puerta le espera otra, y más allá de aquella segunda puerta le espera a usted algo magnífico, algo que es nuestro bien máspreciado: la libertad. Tanto si la sospecha que pesa sobre usted era fundada como si no —volvió a sonreír— entre nuestros muros hospitalarios ha conocido usted lo contrario de la libertad. Disfrute de su libertad. Lo cierto es que todos estamos presos, presos de nuestro cuerpo hasta el día en que nuestra alma se libera y puede volar hacia su Creador, pero la prisión dentro de nuestros muros hospitalarios no es únicamente simbólica. Le dejo en libertad, señor Schrella...

Schrella le tendió tímidamente la mano, pero volvió a retirarla en seguida, al adivinar, por el rostro del director, que el apretón de manos no figuraba entre las formalidades del momento; confuso, se quedó sin saber qué decir; se pasó el cigarrillo de la mano derecha a la izquierda, y miró a Nettlinger.

Los muros de aquel patio, el cielo que los cubría, habían sido lo último que vieron los ojos de Ferdi; quizás la voz del director había sido la última voz humana que oyó, en aquel patio lo bastante estrecho para ser llenado por completo por el aroma del cigarro de Nettlinger. El husmear de la nariz del director decía claramente: «Lo cierto es que siempre has entendido en cigarros, eso no se te puede negar».

Nettlinger no se sacó el cigarro de la boca.

—Hubieras podido ahorrarte el discurso de despedida. Gracias y hasta la vista.

Tomó a Schrella por los hombros y le empujó hacia la puerta interior, que se abrió ante ellos; luego, lentamente, siguió empujándole hacia la puerta exterior; Schrella se detuvo, entregó sus papeles al empleado; este los examinó con cuidado, dio su conformidad y abrió la puerta.

—Hela aquí, la libertad —dijo Nettlinger sonriendo—. Allí tengo el coche; dime a dónde quieres que te lleve.

Schrella cruzó la calle al lado de Nettlinger y titubeó cuando el chófer le abrió la portezuela.

—Anda —dijo Nettlinger—, sube.

Schrella se quitó el sombrero, subió al coche, se sentó, se reclinó y miró a

Nettlinger, que subió tras él y se sentó a su lado.

—¿A dónde quieres que te lleve?

—A la estación —dijo Schrella.

—¿Tienes el equipaje allí?

—No.

—¿Acaso quieres volver a abandonar esta ciudad hospitalaria? —preguntó Nettlinger. Se inclinó hacia delante y dijo al chófer—. A la estación central.

—No —dijo Schrella—, no quiero abandonar esta ciudad hospitalaria. ¿No has podido ponerte en contacto con Robert?

—No —contestó Nettlinger—, está muy retraído. Todo el día he estado intentando verle, pero se me escapó, y cuando casi le había alcanzado en el hotel *Prinz Heinrich*, se fugó por una puerta excusada; por su culpa he tenido que soportar graves desaires.

—¿No le habías visto antes de ahora?

—No —dijo Nettlinger—, ni una sola vez; vive muy retirado.

El coche se detuvo ante un semáforo con luz roja. Schrella se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo y se inclinó hacia la ventanilla.

—Debe parecerte extraño —dijo Nettlinger— volverte a encontrar en Alemania después de tanto tiempo y en circunstancias como estas; no la reconocerás.

—La reconozco aproximadamente como se reconoce a una mujer a la que se ha amado cuando era niña y se vuelve a ver veinte años después; debo confesar que ha engordado un poco; cuestión de glándulas sebáceas; es evidente que se ha casado con un hombre que no solo era rico, sino también muy trabajador; hotelito junto al mar, coche, sortijas en los dedos; en estas circunstancias, el antiguo amor se convierte inevitablemente en ironía.

—Claro que estas imágenes son completamente equivocadas —dijo Nettlinger.

—Son imágenes —replicó Schrella—, y si tuvieras tres mil de ellas, quizás verías una punta de verdad.

—También me parece dudoso que tu óptica sea la más acertada: solo llevas veinticuatro horas en el país, de las cuales veintitrés en la cárcel.

—No te imaginas lo mucho que se puede aprender de un país en una cárcel; el delito más corriente en vuestras cárceles es la estafa; lástima que la estafa a sí mismo no se considere delito; a lo mejor no sabes que de los últimos veintidós años he pasado cuatro en la cárcel.

El coche se puso lentamente en marcha, tras una larga columna que se había formado a partir de la luz roja.

—No —dijo Nettlinger—, no lo sabía. ¿En Holanda?

—Sí —contestó Schrella—, y en Inglaterra.

—¿Por qué delito?

—Actos pasionales por penas de amor, pero de ningún modo por idealismo; al contrario, luchaba contra algo verdadero.

—¿No puedo saber más detalles? —preguntó Nettlinger.

—No —dijo Schrella—, no lo comprenderías y lo tomarías por un cumplido.

Amenacé a un político holandés porque había dicho que lo mejor sería eliminar a todos los alemanes; era un político muy popular; luego, los alemanes me dejaron en libertad cuando ocuparon Holanda y creyeron que yo era una especie de mártir por Alemania, pero encontraron mi nombre en los ficheros de la policía y escapé de su amor y pasé a Inglaterra; allí amenacé a un político inglés porque dijo que lo mejor sería eliminar a todos los alemanes y salvar solo sus obras de arte; también era un político muy popular; pero poco después me amnistiaron porque creyeron que debían respetar mis sentimientos que, en realidad, yo no había tenido, cuando amenacé al político..., he aquí cómo le enchironan a uno por equivocación y, por equivocación, le dejan en libertad.

Nettlinger sonrió.

—Si te dedicas a coleccionar imágenes, permíteme que te ofrezca una más para tu colección. ¿Qué me dices de la siguiente?: odio político implacable entre compañeros de escuela; persecución, interrogatorios, fuga, odio hasta llegar a la sangre... pero, veintidós años después, es precisamente el perseguidor, el terrible, el que saca de la cárcel al emigrado que vuelve a casa. ¿No te parece también una imagen digna de tu colección?

—No es una imagen —replicó Schrella— sino una historia que además tiene el inconveniente de ser verdad... pero si quiero trasponer la historia a lo abstracto y hago de ella una imagen para luego interpretarla, no creo que resulte nada edificante para ti.

—No cabe duda de que resulta extraño —dijo Nettlinger en voz baja quitándose el cigarro de la boca— que te pida comprensión, pero créeme: cuando leí tu nombre en la lista de la policía y me enteré de que, efectivamente, te habían detenido en la frontera, no dudé ni un instante en hacer cuanto estuviera en mi mano para lograr que te dejaran en libertad.

—Sentiría —dijo Schrella— que creyeras que dudo de la autenticidad de tus motivos y sentimientos. No dudo siquiera de tu arrepentimiento, pero las imágenes — y tú mismo me has pedido que aceptara esta historia como una imagen en mi colección—, las imágenes significan una abstracción, y este es el papel que tú representaste entonces y representas hoy; los papeles son —perdóname que te lo diga — los mismos, porque entonces dejarme fuera de combate equivalía a enchironarme, y hoy, dejarme fuera de combate equivale a sacarme de la cárcel; mucho me temo que Robert, que piensa de un modo mucho más abstracto que yo, no tenga ningún interés en verte. Espero que me entiendas... tampoco entonces dudé ni un instante de la autenticidad de tus motivos y sentimientos personales; no me puedes comprender, no lo intentes, porque no representaste los papeles a conciencia, de lo contrario serías un cínico o un criminal... y no eres ninguna de las dos cosas.

—La verdad es que no sé si eso es un cumplido o todo lo contrario.

—De todo un poco —dijo Schrella riendo.

—Quizá no sabes lo que hice por tu hermana.

—¿Protegeste a Edith?

—Sí. Wakiera quería hacerla detener; la incluyó repetidamente en la lista, pero yo borré siempre su nombre.

—Vuestras buenas acciones —dijo Schrella en voz baja— son casi peores que vuestras malas acciones.

—Y vosotros sois menos misericordiosos que Dios, que perdona los pecados de los que se arrepienten.

—No somos Dios, de manera que no podemos compararnos con Él ni por su omnisciencia, ni por su misericordia.

Nettlinger se reclinó en el respaldo del asiento; Schrella sacó un cigarrillo del bolsillo, se lo metió en la boca y volvió a sobresaltarse cuando, de pronto, el encendedor de Nettlinger se disparó junto a su nariz y la llama nítida y azulada le obligó a cerrar los párpados. «Y tu cortesía», pensó, «es peor de lo que fue nunca tu descortesía. Tu rapidez de reflejos sigue siendo la misma, es aquella con la cual me echaste la pelota de béisbol a la cara y ahora me das fuego en una forma sumamente molesta».

—¿Cuándo podré ver a Robert? —preguntó.

—Probablemente no antes del lunes; no pude sacar en claro adonde se ha ido este fin de semana; también su padre, su hija, todos se han marchado; quizás puedas intentarlo hoy por la noche en su casa o mañana por la mañana a las nueve y media en el hotel *Prinz Heinrich*, donde todos los días juega al billar, entre las nueve y media y las once. Espero que no te habrán maltratado en la cárcel.

—No —contestó Schrella—, se portaron correctamente.

—Si necesitas dinero, dímelo. Con lo que tienes no podrás ir muy lejos.

—Creo que hasta el lunes me bastará; a partir del lunes tendré dinero.

A medida que se iban acercando a la estación, la columna de coches se hacía más larga y más ancha. Schrella probó a abrir la ventana, pero no supo cuál de las manivelas tenía que maniobrar, y Nettlinger se inclinó por encima de él y bajó el cristal.

—Mucho me temo —dijo— que el aire que entra no es mejor que el que tenemos dentro.

—Gracias —dijo Schrella—; miró a Nettlinger, se pasó el cigarrillo de la mano izquierda a la derecha. Oye —dijo—, ¿sabes si por fin encontraron la pelota que tiró Robert... te acuerdas?

—Sí —contestó Nettlinger—, claro que me acuerdo; ¡con lo que se habló más tarde de ella! Nunca la pudieron encontrar; aquella noche la estuvieron buscando hasta muy tarde, a pesar de que era domingo; no podían resignarse; posteriormente, alguien sostuvo que todo había sido un truco de Robert, que no había tal pelota, que solo había imitado el ruido del golpe de la pala y luego había hecho desaparecer la

pelota.

—Pero si todo el mundo la vio volar... ¿verdad?

—Claro, nadie creyó este rumor; otros dijeron que había ido a parar al patio de la fábrica de cervezas y que había caído en un carro que estaba parado allí; tal vez recuerdas todavía que, poco después, salió un carro de la fábrica de cervezas.

—Eso fue antes, mucho antes de que Robert tirara la pelota —dijo Schrella.

—Me parece que te equivocas —dijo Nettlinger.

—No, no —replicó Schrella—, yo estaba allí esperando y me fijé muy bien; el carro salió antes de que Robert tirara la pelota.

—Bueno, como quieras... —dijo Nettlinger—. La cuestión es que la pelota no se ha encontrado. Hemos llegado a la estación... ¿de veras no quieres que te ayude?

—No, gracias, no necesito nada.

—¿Me permites, por lo menos, que te invite a comer?

—De acuerdo —dijo Schrella—, vamos a comer.

El chófer abrió la portezuela, Schrella se apeó el primero y esperó con la mano en el bolsillo a que se apeara Nettlinger, el cual tomó su cartera del asiento, se abotonó el abrigo y dijo al chófer:

—Pase a recogerme a eso de las cinco y media en el hotel *Prinz Heinrich*.

El chófer se llevó la mano a la gorra, subió al coche y tomó el volante.

Con sus gafas, sus hombros caídos, su boca de extraña sonrisa, su cabello rubio, mate con un ligero brillo argentino, peinado todavía hacia atrás, el ademán con que se secó el sudor y luego volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo, Schrella no parecía haber cambiado, se hubiera dicho que apenas había envejecido un par de años.

—¿Por qué has regresado? —preguntó Nettlinger en voz baja.

Schrella le miró a la cara, parpadeando, como había hecho siempre, y mordiéndose el labio inferior; en la mano derecha, el cigarrillo, en la izquierda, el sombrero; miró largamente a Nettlinger esperando, esperando todavía en vano algo que desde hacía veinte años anhelaba ardientemente. Odio; algo concreto que había estado deseando siempre: abofetear a alguien o darle un puntapié en el trasero y gritar: «¡Cochino, miserable cochino!»; siempre había envidiado a la gente capaz de esta clase de sentimientos sencillos, pero no podía abofetear aquel rostro rubicundo, de sonrisa tímida, no podía dar un puntapié en aquel trasero; a pesar de que aquel hombre, en la escalera del colegio, le había hecho la zancadilla para que cayera escaleras abajo y se clavara la varilla de las gafas en el lóbulo de la oreja; le había atacado por sorpresa cuando regresaba a casa, le había empujado bajo un portal y le había azotado; les había pegado con el látigo de púas de hierro, a Robert y a él; les había interrogado; era culpable de la muerte de Ferdi... Pero había protegido a Edith, había dejado en libertad a Robert.

Desvió la mirada de Nettlinger a la plaza de la estación, llena de gente; sol, fin de semana, taxis esperando y vendedores de helados; botones de hotel, con uniforme color violeta, llevaban maletas, caminando detrás de los clientes; la fachada

majestuosa y gris de Sankt Severin, el hotel *Prinz Heinrich*, el café Kroner; Schrella tuvo un sobresalto cuando, de pronto, Nettleger echó a correr y se metió entre el gentío, gesticulando y gritando:

—¡Eh, eh, señorita Ruth...!

Luego volvió junto a Schrella con aire de decepción.

—¿Has visto a la muchacha? —preguntó—, aquella de la boina verde y el jersey color de rosa; es extraordinariamente llamativa... es la hija de Robert. No he podido alcanzarla; tal vez nos hubiera podido decir dónde le podíamos encontrar. Lástima... ¿La has visto?

—No —dijo Schrella—, la hija de Edith.

—Claro, tu sobrina. ¡Qué mala pata!... En fin, vamos a comer.

Cruzó la plaza de la estación; luego, la calle; Schrella le siguió hasta el hotel *Prinz Heinrich*; un botones, vestido con uniforme de color violeta, les abrió la puerta, que luego volvió a caer suavemente sobre los silenciadores de fieltro.

—¿Una mesa junto a la ventana? —preguntó Jochen—. Enseguida. ¿Que no haya demasiado sol? Tendrá que ser, en el lado del este. Hugo, cuida de que los señores tengan una mesa junto a una ventana del lado del este. No hay de qué, señor.

No hay inconveniente en aceptar propinas. Un marco es una moneda redonda y franca, y la propina es el alma del oficio, y ya sabes *que gané yo*, buen mozo; no lograste verle. ¿Cómo dice, por favor? ¿Si el Dr. Fährmel también juega al billar los domingos? ¿Schrella? ¡Por el amor de Dios! Ni siquiera necesito consultar la tarjeta encarnada.

—Dios mío, señor Schrella, le ruego que perdone a un anciano si a estas horas le hace una pregunta que no tiene que ver con el servicio. Yo conocía a su padre, le conocía mucho; trabajó un año con nosotros... aquel año en que se celebró el festival del deporte alemán; ¿se acuerda? Claro, entonces debía de tener usted diez u once años; aquí va mi mano, me sentiría muy honrado si la quisiera estrechar; Dios mío, espero que me perdonará estos sentimientos que no forman parte del servicio; tengo bastantes años para podérmelo permitir; su padre era un hombre serio y digno. Dios mío, no permitía los abusos, pero con los que no abusaban era manso como un cordero; he pensado muchas veces en su padre... perdóneme si renuevo antiguas heridas; por el amor de Dios, se me había olvidado por completo. Dios mío, ¡qué suerte que esos cochinos ya no estén en el poder! Pero ande con cuidado, señor Schrella, ande con mucho cuidado; a veces me digo: *de todas maneras, ellos han sido los que han ganado*. Cuidado. No se fíe de la paz... y perdone a un anciano estos sentimientos y esos comentarios que no tienen que ver con el servicio. Hugo, el mejor sitio del lado del este para los señores, el mejor de todos. No, señor Schrella, los domingos, el Dr. Fährmel no viene a jugar al billar; no, los domingos, no; estoy seguro de que se alegrará, ¿eran amigos de juventud y correligionarios, verdad? No crea que todo el mundo tenga mala memoria. Si por algún motivo viniera le avisaré, si me deja su dirección; le mandaré recado, un telegrama; le llamaré por teléfono, si lo prefiere.

Ya sabe que estamos al servicio de los clientes.

Hugo permaneció impasible; solo se reconoce, a los clientes que así lo desean. ¿Había gritado en la sala de billar? Discreción. ¿Látigo de púas de hierro? No, hay que evitar familiaridades y combinaciones inadecuadas; la discreción es la base del oficio. ¿La minuta? Sí, señor. ¿El sitio es tal como lo deseaban los señores? Junto a la ventana del lado este, sin demasiado sol. Vista sobre el coro de Sankt Severin: románico primitivo, siglo XI o XII; construido por el santo duque Enrique el Salvaje. Sí, señor, la cocina funciona todo el día; todos los platos que figuran en la minuta pueden servirse desde las doce hasta las veinticuatro. ¿Cuál es el menú más adecuado? Celebran un reencuentro; ligera sonrisa de complicidad, como corresponde a semejante manifestación de confianza; lo importante es no pensar: Schrella, Nettleger, Fähmel; nada de combinaciones: ¿cicatrices en la espalda? Sí, el camarero vendrá inmediatamente y tomará el encargo.

—¿Quieres tomar también un martini? —preguntó Nettleger.

—Sí, gracias —dijo Schrella.

Entregó el abrigo y el sombrero al botones, se alisó el cabello y se sentó; había pocos comensales en la sala, allí, en el otro rincón; hablaban en voz baja; una risa 3 discreta, subrayada por el suave tintineo de unas copas: champaña.

Schrella tomó el martini de la bandeja que le tendía el camarero, esperó a que Nettleger hubiese tomado también el suyo, hizo una ligera inclinación de cabeza y bebió; Nettleger parecía haber envejecido exageradamente; Schrella recordaba a aquel muchacho rubio y radiante, cuya boca brutal había conservado siempre un resto de bondad; a aquel muchacho que saltaba con facilidad un metro sesenta y siete, que corría los cien metros en 11,5 segundos; vencedor, brutal, bondadoso, pero es evidente, pensó Schrella, que ni siquiera están satisfechos de sus victorias; mala educación, mala alimentación y ni sombra de estilo; seguramente come demasiado; está ya medio calvo, y en sus ojos húmedos asoma ya una sentimentalidad senil. Nettleger se inclinó sobre la minuta con la boca torcida como hacen los expertos, el puño blanco de la camisa se le subió un poco y apareció un reloj de pulsera de oro, el anillo de casado en el dedo adecuado; Dios mío, pensó Schrella, aun suponiendo que no hubiese hecho nada de todo eso comprendo que Robert no tuviera ganas de beber una cerveza con él ni de llevar a sus hijos, para estrechar lazos, a jugar en la piscina del hotelito que Nettleger tenía en las afueras de la ciudad.

—¿Puedo aconsejarte? —preguntó Nettleger.

—Bueno, aconséjame —dijo Schrella.

—Pues mira —dijo Nettleger—, podríamos empezar con salmón ahumado, es excelente; luego pollo con patata fritas y ensalada, y opino que podríamos dejar para después el decidir lo que queremos tomar para postre; a mí, ¿sabes?, no se me despierta el apetito por tal o cual postre hasta que estoy comiendo, en eso me fío de mi instinto... el instinto me dice si debo tomar queso, pastelería, helado o una tortilla con mermelada; solo hay una cosa que tenga decidida de antemano: el café.

Nettlinger hablaba como si estuviese dando una lección sobre: «Cómo llegar a ser un *gourmet*»; no parecía dispuesto a interrumpir su estudiada letanía, de la que parecía estar tan orgulloso, y murmuraba dirigiéndose a Schrella:

—*Entrecôte a deux... truite au bleu... tournedos...*

Schrella observaba el dedo de Nettlinger que reseguía atentamente la lista de los platos, se paraba al llegar a determinados intervalos, chasquido con la lengua, meneo de cabeza, indecisión.

—Cuando leo la palabra *poularde*, me siento desfallecer.

Schrella encendió un cigarrillo, encantado de poder escapar por esta vez al encendedor de Nettlinger; tomó un sorbo de martini, siguió con la mirada el dedo de Nettlinger, que entre tanto había llegado a los postres; su maldita precisión, pensó, le estropea a uno incluso el apetito de algo tan honrado y bueno como es un pollo asado; no están tranquilos hasta que se complican la vida y es evidente que van por el camino de ganar incluso a los franceses e italianos en eso de convertir el comer en una solemnidad.

—Yo me quedo con el pollo —dijo.

—¿Y salmón ahumado?

—No gracias.

—Te pierdes algo muy sabroso; estoy seguro de que tienes un hambre atroz.

—Sí, la tengo —contestó Schrella—. Pero pienso desquitarme con el postre.

—Como quieras.

El camarero les llevó otros dos martinis en una bandeja que seguramente había costado más dinero que un dormitorio; Nettlinger tomó una copa de la bandeja, la ofreció a Schrella, tomó la suya, se inclinó hacia delante y dijo:

—Esta la beberemos a tu salud, muy especialmente a la tuya.

—Gracias —dijo Schrella, saludó y bebió.

—Hay una cosa que todavía no he comprendido bien —dijo—: ¿cómo fue que me detuvieron ya en la frontera?

—Ha sido una casualidad que tu nombre figurara todavía en el fichero de la policía; el asesinato frustrado prescribe a los veinte años, y, en realidad, tu nombre debería hacer dos años que ya no figura en las listas.

—¿Asesinato frustrado? —preguntó Schrella.

—Sí, así se calificó lo que hicisteis entonces con Wakiera.

—A lo mejor ignoras que yo no intervine para nada en aquel asunto; ni siquiera estaba de acuerdo.

—Pues, tanto mejor —dijo Nettlinger—. Así no habrá ninguna dificultad para hacer desaparecer definitivamente tu nombre del fichero de la policía; yo solo he podido avalarte y lograr tu libertad provisional; no he podido anular tu ficha: ahora solo será cuestión de trámite. ¿Permites que empiece a servirme la sopa?

—Naturalmente —dijo Schrella.

Se puso a mirar por la ventana, hacia la estación, mientras Nettlinger se servía la

sopa de la sopera de plata; seguro que las albóndigas que nadaban en la sopa estaban hechas con el tuétano de los bueyes más nobles que jamás habían pacido en los prados alemanes; el salmón ahumado brillaba con reflejos dorados en la bandeja, enmarcado por frescas y verdes hojas de lechuga; el pan tostado era de aterciopelada entonación y las gotas de agua que cubrían los rizos de mantequilla lucían como la plata; al ver como comía Nettlinger, Schrella tuvo que luchar contra una triste tendencia a enternecerse; había considerado siempre el acto de comer como un acto de fraternidad, un ágape de amor, tanto en los hoteles miserables como en los lujosos; siempre le había parecido un castigo tener que comer solo, y el espectáculo de hombres comiendo solos en las salas de espera o en los saloncitos de desayuno de las innumerables pensiones donde había vivido, siempre le había hecho pensar en una maldición; siempre había procurado comer en compañía, sobre todo en la de alguna mujer; se cambiaban palabras mientras se desintegraba el pan en migas, se esbozaba una sonrisa por encima del plato de sopa; el mero ademán de ofrecerse algo hacía soportable y convertía en placer un proceso biológico. Los hombres como Nettlinger, de los que había visto a millares, le hacían pensar en reos que comieran por última vez antes de su ejecución: por mucho que dominaran y observaran las reglas de la mesa, comían sin ceremonia, con una seriedad mortal que aniquilaba la sopa de guisantes y el pollo; por otra parte, a cada bocado que se llevaba a la boca, estaban obligados a hacer honor al precio. Apartó la mirada de Nettlinger, volvió a dirigirla a la estación y leyó el gran cartel transparente que había encima de la entrada: *Bienvenidos los repatriados.*

—Óyeme —dijo—, ¿me considerarías un repatriado?

Con un esfuerzo, como si se remontara desde los abismos del dolor, Nettlinger levantó los ojos de la tostada que estaba cubriendo de mantequilla.

—Eso depende —dijo—. ¿Continúas siendo súbdito alemán?

—No —contestó Schrella, soy apátrida.

—Lástima —dijo Nettlinger, y volvió a dedicarse a su tostada, ensartó un trozo de salmón de la fuente y lo cortó—, si consiguieras demostrar que no huiste por razones criminales, sino políticas, podrías cobrar una indemnización nada despreciable. ¿Tienes algún inconveniente en que aclare tu situación legal?

—No lo hagas —repuso Schrella.

Cuando Nettlinger empujó la fuente del salmón, se inclinó hacia delante y prosiguió:

—¿Piensas dejar que se lleven este precioso salmón?

—Claro —dijo Nettlinger— ¿pero no vas a...?

Miró asustado a su alrededor cuando Schrella tomó una rebanada de pan tostado del plato y, con los dedos, un trozo de salmón de la fuente y lo puso encima de la tostada.

—... ¿Pero no puedes...?

—No te imaginas la de cosas que se puede uno permitir en un hotel tan

distinguido: mi padre era camarero, incluso lo fue en esta sacrosanta sala; no harían ni la más mínima mueca si te vieran comer la sopa de guisantes con los dedos, a pesar de que resultaría antinatural y poco práctico; pero precisamente las cosas antinaturales y poco prácticas son las que menos llaman aquí la atención; por eso los precios son tan elevados; pero comer pan con los dedos y ponerle encima el pescado con los de la otra mano, eso no es antinatural y en cambio muy práctico.

Sin dejar de sonreír, tomó el último trozo de salmón de la fuente, abrió las rebanadas de pan y metió el pescado entre ellas. Nettlinger le miró indignado.

—Seguramente —dijo Schrella— te mueres de ganas de matarme, pero por motivos diferentes de antes, hay que reconocerlo, aunque la finalidad sería la misma; escucha lo que va a decirte el hijo de un camarero: un hombre verdaderamente distinguido no se somete nunca a la tiranía de los camareros, entre los cuales hay, naturalmente, algunos que piensan como señores distinguidos.

Se comió el salmón, mientras el camarero, asistido por un botones, preparaba la mesa para el plato principal; en las mesitas auxiliares se amontonaron aparatos de mantener caliente el guiso, se distribuyeron cubiertos y platos, se quitaron los usados; para Nettlinger, trajeron vino, para Schrella, cerveza. Nettlinger cató el vino.

—Habrà que enfriarlo un poquito, muy poco —dijo.

Schrella se dejó servir el pollo, las patatas y la lechuga, hizo ademán de brindar a Nettlinger con el vaso de cerveza y observó como el camarero le vertía una salsa espesa y oscura sobre el filete.

—¿Sabes si vive todavía Wakiera?

—Claro que sí —dijo Nettlinger—; tiene ahora cincuenta y ocho años... quizás la palabra, en mis labios, te parezca ridícula: es uno de los incorregibles.

—Ah —exclamó Schrella—; no sé cómo debo interpretar esa palabra; ¿acaso hay alemanes incorregibles?

—Quiero decir que cultiva las mismas tradiciones que solía cultivar en 1935.

—¿Hindenburg y todo eso? Decencia, decencia, fidelidad, honor... ¿eso quieres decir?

—Exactamente; Hindenburg sería la palabra que lo definiría.

—¿Y te define también a ti?

Nettlinger levantó la mirada del plato y apoyó el tenedor en un trozo de carne que acababa de cortar.

—Quisiera que me comprendieras —dijo—; soy demócrata, lo soy por convicción.

Volvió a bajar la cabeza sobre el filete, levantó el tenedor con un trozo de carne, se lo metió en la boca, se la limpió con la servilleta y tendió la mano hacia el vaso de vino mientras sacudía la cabeza.

—¿Qué se hizo de Trischler? —preguntó Schrella.

—¿Trischler? No me acuerdo.

—El viejo Trischler, que vivía en el puerto bajo, donde más tarde hubo el

cementerio de buques. ¿No te acuerdas tampoco de Alois, que iba a nuestra clase?

—¡Ah! —dijo Nettlinger, y se sirvió un poco de ensalada—, ahora me acuerdo; a Alois le estuvimos buscando durante varias semanas y no le pudimos encontrar, y al viejo Trischler le interrogó el propio Wakiera, pero no le pudo sacar nada, nada, ni a su mujer tampoco.

—¿No sabes si viven todavía?

—No. Pero aquel barrio fue muy bombardeado. Si quieres, te haré acompañar allí. Dios mío —dijo en voz baja—, ¿qué te pasa?, ¿qué te propones ahora?

—Tengo que marcharme... perdóname... pero tengo que salir de aquí.

Se levantó; ya de pie, bebió la cerveza que le quedaba, hizo una seña al camarero y cuando este se acercó discretamente, Schrella le señaló la fuente de plata donde quedaban tres trozos de pollo asado friendo bajito en la grasa, encima del calentador.

—Haga el favor —dijo Schrella— de envolvermelo de manera que no manche de grasa.

—Con mucho gusto —contestó el camarero. Tomó la fuente, se inclinó ya dispuesto a retirarse, pero se volvió de nuevo y preguntó:

—¿El señor desea que le envuelva también las patatas y quizás también un poco de lechuga?

—No, gracias —dijo Schrella sonriendo—, las patatas fritas se ablandan y la lechuga, después, no vale nada.

Buscó en vano un indicio de ironía en el rostro cuidado del canoso camarero.

Nettlinger, indignado, levantó la mirada del plato.

—Está bien —dijo—. Quieres vengarte, lo comprendo, pero no debías hacerlo de esta manera.

—¿Preferirías que te asesinara?

Nettlinger no contestó.

—Y por otro lado, no es una venganza —dijo Schrella—; tengo necesidad de salir de aquí, no lo puedo resistir más, y si hubiese dejado que se llevaran el pollo, toda la vida me lo hubiera echado en cara. Quizás puedas atribuir este acto a mi modo de ser económico; si estuviera seguro de que permiten a los camareros y ayudantes comerse los restos, lo dejaría, pero sé perfectamente que aquí no se lo permiten.

Dio gracias al botones que le trajo el abrigo y le ayudó a ponérselo, tomó el sombrero, volvió a sentarse y preguntó:

—¿Conoces al señor Fähmel?

—Sí, señor —contestó Hugo.

—¿Sabes el número de su teléfono?

—Sí, señor.

—¿Quieres hacerme el favor de llamarle cada media hora? Cuando conteste le dices que un tal señor Schrella le quiere ver.

—Sí, señor.

—No estoy seguro de que allí donde tengo que ir haya cabinas telefónicas; de lo

contrario lo haría yo mismo. ¿Has entendido bien mi nombre?

—Schrella —dijo Hugo.

—Eso. A eso de las seis y media llamaré yo y preguntaré por ti. ¿Cómo te llamas?

—Hugo, para servirle.

—Gracias, Hugo.

Se levantó y miró a Nettlinger, que se servía otro filete de la fuente.

—Siento mucho —dijo— que hayas tomado por venganza un acto tan inofensivo. Ni por un momento he pensado en vengarme, pero quizás comprendas que ahora tenga ganas de marcharme; no voy a quedarme mucho tiempo en esta hospitalaria ciudad y todavía tengo muchos asuntos por liquidar. Me permito recordarte lo de la lista de la policía.

—Naturalmente estoy siempre a tu disposición, tanto particular como oficialmente, como prefieras.

Schrella tomó el paquete bien envuelto y limpio, y dio una propina al camarero.

—No le manchará de grasa, señor —dijo este—; está envuelto en celofán y puesto dentro de una de nuestras cajas especiales para excursión.

—Adiós —dijo Schrella.

Nettlinger levantó ligeramente la cabeza y contestó:

—Adiós.

—Sí —estaba diciendo Jochen en aquel mismo momento—, con mucho gusto, y luego verá usted el cartel: *A la necrópolis infantil romana*; está abierto hasta las ocho e iluminado en cuanto se hace de noche, señora. De nada. Gracias.

Salió de detrás de la mesa de recepción y se acercó a Schrella, al que el botones abría ya la puerta.

—Señor Schrella —dijo en voz baja—, haré cuanto pueda por saber dónde se puede encontrar al Dr. Fähmel. Entretanto, he podido enterarme de una cosa: a las siete se celebra una fiesta de familia en el café Kroner, en honor del señor Fähmel padre; de manera que a aquella hora le encontrará seguramente allí.

—Gracias —dijo Schrella—, muchas gracias. —Sabía que en aquella ocasión no había que dar propina; sonrió cariñosamente al anciano, salió a la calle y dejó que la puerta se cerrara cayendo suavemente sobre los silenciadores de fieltro.

La autopista aparecía barrada en toda su anchura por enormes carteles; el puente, que, en aquel lugar, cruzaba antiguamente el río, estaba destruido, había sido volado con toda precisión desde sus puntos de arranque; unos cables oxidados colgaban deshilachados de las pilastras; unos carteles de tres metros de altura anunciaban lo que esperaba tras ellos: Peligro de muerte; fémures cruzados, cráneos diez veces mayores que al natural, blanco brillante sobre negro profundo, lo anunciaban gráficamente a aquellos a quienes no bastasen las palabras.

En aquel tramo muerto, unos aplicados alumnos de escuelas de conducción se ejercitaban en frenar, se acostumbraban a la velocidad, martirizaban el cambio de marchas para virar en marcha atrás hacia la izquierda, hacia la derecha y aprender a dominar el volante; por aquel terraplén, que bordeaba el campo de golf, entre jardines obreros, pasaban también hombres y mujeres vestidos pulcramente, con sus rostros de víspera de fiesta se dirigían al puente destruido, caminaban hacia los carteles amenazadores, detrás de los cuales se escondían míseras barracas, como si desafiaran a la muerte, detrás del Peligro de muerte un humo azulado se elevaba de las fogatas en que los vigilantes de noche calentaban sus fiambreras, tostaban pan y encendían sus pipas con ayuda de tiras de papel. Solemnes escalinatas que no habían sucumbido bajo el peso de la destrucción servían ahora, en el calor del atardecer, de asiento a cansados paseantes; desde veinte metros de altura podían seguir desde allí el proceso de las obras: buzos de escafandras amarillas se deslizaban en la corriente, guiaban las pinzas de las grúas hasta algún trozo de hierro o algún resto de cemento armado, y las guías subían las presas chorreantes y las depositaban en barcazas de carga. En elevados andamios y pasarelas movedizas, en cofas situadas en lo alto de los postes, unos operarios, con sopletes que lanzaban destellos azulados, arrancaban trozos de acero, chatarra, cables torcidos; unas sirenas daban las señales: paso libre, paso prohibido; luces rojas, verdes; trenes de carga que llevaban carbón y madera de aquí para allá, de allá para acá.

Río verde, alegría, suaves orillas cubiertas de arbustos, buques abigarrados, relámpagos azulados de sopletes; hombres como alambres, mujeres como alambres, de serio rostro, con sus *clubs* al hombro, caminaban sobre un césped immaculado tras pelotas de golf; dieciocho hoyos; humo que se elevaba de huertecitos: follaje de alubias, follaje de guisantes; ardían viejas empalizadas recién sustituidas, se convertían en humo, formaban graciosas nubes en el cielo, parecidas a sílfides modernistas, que se arremolinaban barrocamemente para luego desvanecerse en el cielo de la tarde como figuras torturadas, antes de que una corriente de aire las disolviera o las empujara hacia el horizonte: niños montados en bicicletas se herían brazos y piernas al caer en la calzada de tosco empedrado, enseñaban a sus madres asustadas las ensangrentadas heridas y les arrancaban promesas de limonadas, de helados; parejas de enamorados cogidos de las manos se dirigían hacia el bosquecillo, donde

las huellas de la riada habían palidecido hacía tiempo: cañas, corchos, botellas y cajas de lustre para zapatos; marineros que subían a tierra por inseguras pasarelas, mujeres con cestas de la compra y confianza en los ojos; en barcazas limpias como la plata, la brisa del atardecer agitaba la ropa puesta a secar: pantalones verdes, blusas encarnadas, sábanas blanquísimas que destacaban sobre el negro del alquitrán fresco, brillante como laca japonesa; cubiertos de yodo, cubiertos de algas, unos restos de puente emergían del agua; en el fondo, la esbelta silueta de Sankt Severin, y, en el café Bellevue, la fatigada camarera anunciaba:

—Se ha terminado el pastel de nata —se limpiaba el sudor de su rostro de bastas facciones, buscaba en el monedero de cuero la calderilla para el cambio y añadía—: solo queda pastel de hojaldre...; no, el helado también se ha terminado.

Joseph tendió la mano para recibir el cambio, se guardó las monedas en el bolsillo del pantalón, el billete en el bolsillo de la camisa, se volvió hacia Marianne y, con la mano abierta, le alisó el cabello negro para quitarle los restos de cañas; luego sacudió la arena que había quedado adherida a su jersey verde.

—Tanta ilusión como te hacía esa fiesta —dijo la muchacha—, ¿qué te pasa ahora?

—No me pasa nada —dijo él.

—Se te nota. ¿Han cambiado las cosas?

—Sí.

—¿No me lo quieres decir?

—Más adelante —dijo él—, tal vez dentro de algunos años, tal vez muy pronto.

No lo sé.

—¿Tiene que ver con nosotros dos?

—No.

—¿Seguro que no?

—No.

—¿Contigo?

—Sí.

—Pues entonces tiene que ver con los dos.

Joseph sonrió y dijo:

—Claro, lo mismo que yo tengo que ver contigo.

—¿Es algo grave?

—Sí.

—¿Es cosa de tu trabajo?

—Sí. Dame tu peine, pero no te vuelvas; no logro quitarme los granos de arena con los dedos.

Ella sacó el peine del bolso y se lo dio por encima del hombro; él le retuvo un instante la mano.

—Todos los días me he fijado en que, por la noche, cuando los obreros se habían marchado, reseguías los montones de sillares nuevos y los tocabas, solo les pasabas la

mano por encima... y vi que ayer y anteayer no lo hiciste; conozco muy bien tus manos; y esta mañana te has marchado tan pronto...

—He ido a comprar un regalo para mi abuelo.

—No es por el regalo que te marchaste; ¿adónde has ido?

—He ido a la ciudad —dijo Joseph—; el marco de la fotografía todavía no estaba listo y he tenido que esperar; tú ya conoces ese retrato en que mi madre me lleva de la mano, en el otro brazo sostiene a Ruth y mi abuelo está detrás de nosotros. Lo he hecho ampliar y estoy seguro de que se alegrará.

Y luego he ido a la Modestgasse y he esperado a que mi padre saliera de la oficina, alto y erguido; y le he seguido hasta el hotel; he esperado media hora delante del hotel, pero él no ha vuelto a salir y yo no he querido entrar y preguntar por él; solo quería verle y le he visto; un caballero muy distinguido en la flor de la vida.

Soltó a Marianne, se guardó el peine en el bolsillo del pantalón, puso las manos sobre los hombros de la muchacha y dijo:

—Haz el favor de no volverte, así se habla mejor.

—Así se puede mentir mejor.

—Tal vez sí —dijo él—, o mejor dicho, callar mejor.

Más allá de la oreja de Marianne podía ver, por encima de la barandilla de la terraza del café, el centro del río; tuvo envidia a aquel operario, que a sesenta metros sobre el agua, colgado en su cofa, dibujaba relámpagos azulados en el aire; las sirenas ululaban, un vendedor de helados que caminaba a lo largo de la orilla debajo del café, gritó por dos veces: «¡Helado, al rico helado!», y luego se calló para llenar de helado un cucurucho quebradizo; en el fondo, la silueta gris de Sankt Severin.

Por lo visto, es algo terrible.

—Sí —dijo él—, es bastante terrible... quizás no; todavía no lo puedo decir.

—¿Es cosa de dentro o de fuera? —preguntó ella.

—De dentro. De todas maneras, este mediodía he presentado mi dimisión a Klubringer; no te vuelvas, si no, me callo.

Levantó las manos de sus hombros, le cogió la cabeza y la mantuvo fija en dirección al puente.

—¿Qué dirá tu abuelo de que hayas presentado la dimisión? Estaba tan orgulloso de ti, cada palabra elogiosa que Klubringer decía de ti le sabía a miel; y además quiere tanto la abadía; hoy no se lo puedes decir aún.

—Ya se lo habrán dicho antes de que nos vea; tú ya sabes que irá con mi padre a Sankt Anton a merendar antes de la gran fiesta de cumpleaños.

—Sí.

—Lo siento por el abuelo; ya sabes que le quiero; seguro que irá esta tarde a la abadía, al salir de visitar a la abuela. Pero, de momento, no puedo ver más piedras ni sentir olor de argamasa.

—¿Solo de momento?

—Sí.

—¿Y qué dirá tu padre?

—Oh —replicó él rápidamente—, él solo lo sentirá a causa del abuelo; jamás se ha interesado por el lado creador de la arquitectura, solo por las fórmulas. Pero no quiero que te vuelvas.

—Es evidente que se trata de algo relacionado con tu padre, lo adivino; estoy impaciente por conocerle; ya he hablado un par de veces con él por teléfono, me parece que me gustará.

—Seguro que te gustará. Esta noche le conocerás.

—¿Tengo que asistir a la fiesta de cumpleaños?

—Ya lo creo. No puedes imaginarte lo contento que estará el abuelo... y, además, te ha invitado especialmente.

Marianne intentó escapar de entre sus manos; él se echó a reír, la retuvo y dijo:

—No te muevas, así se puede hablar mejor.

—Y mentir.

—Callar —dijo Joseph.

—¿Le quieres, a tu padre?

—Sí. Sobre todo desde que sé lo joven que es aún.

—¿No sabías la edad que tenía?

—No. Siempre había creído que tenía cincuenta o cincuenta y cinco años... es curioso, ¿verdad?, jamás me había interesado por saber la edad que tenía y cuando anteayer vi mi partida de nacimiento me quedé asombrado al enterarme de que mi padre solo tiene cuarenta y tres años; ¿es joven, verdad?

—Sí —dijo ella—, y tú tienes veintidós años.

—Sí, y hasta los dos años no me llamé Fähmel, sino Schrella, qué nombre tan raro, ¿verdad?

—¿Le guardas rencor por eso?

—No le guardo rencor.

—¿Qué te ha hecho para que de pronto hayas perdido las ganas de trabajar en la abadía?

—No comprendo lo que quieres decir.

—Bueno... pero ¿por qué no ha ido a verte nunca a Sankt Anton?

—Por lo visto no le gustan las obras y quizás estuvo demasiadas veces en Sankt Anton cuando era niño, ¿comprendes?; los lugares donde se ha ido los domingos de paseo con los padres... no suelen gustar cuando se es mayor, solo se vuelve a ellos si se quieren revivir a toda costa los primeros años de melancolía.

—¿Has hecho algunas veces paseos domingueros con tus padres?

—No muchos, generalmente iba con mi madre y mis abuelos, pero cuando mi padre venía de permiso, nos acompañaba en los paseos.

—¿A Sankt Anton?

—Sí, también allí.

—Pues no comprendo que no haya ido nunca a verte.

—No le gustan las obras; tal vez sea un poco extraño; a veces, cuando llego a casa de improviso, le encuentro sentado en la sala, en su escritorio, trazando fórmulas al margen de algún dibujo fotocopiado... tiene una gran colección de estas fotocopias..., pero me parece que te gustará.

—Nunca me has enseñado ninguna fotografía suya.

—No tengo ninguna reciente; tiene un aire pasado de moda muy encantador, en su manera de vestir y en su manera de comportarse; siempre correcto, amable... es mucho más pasado de moda que el abuelo.

—Estoy impaciente por conocerle. ¿Puedo volverme ahora?

—Sí.

Le soltó la cabeza, e intentó una sonrisa al ver que se volvía rápidamente, pero los ojazos grises de ella apagaron su sonrisa forzada.

—¿Por qué no me lo dices?

—Porque yo mismo todavía no lo comprendo. En cuanto lo haya comprendido, te lo diré; pero eso puede tardar mucho tiempo; ¿te parece que nos vayamos?

—Sí —dijo ella—, vámonos; tu abuelo llegará pronto; no le hagas esperar; si se lo dicen antes de que te vea... será un golpe desagradable para él, y por favor, prométeme que no te lanzarás con el coche contra aquel terrible cartel sin frenar hasta el último momento.

—Hace un momento —dijo él—, imaginé que lo atravesaba, arrasaba las barracas, y por encima de la rampa desnuda, como si fuera un trampolín, saltaba al agua con el coche...

—Ya veo que no me quieres.

—Dios mío —dijo él—, se trata solo de un juego.

Ayudó a Marianne a levantarse y juntos bajaron la escalera que conducía a la orilla del río.

—Confieso que siento de veras —dijo Joseph, mientras bajaba la escalera— que el abuelo tenga que enterarse precisamente hoy, en el día de su cumpleaños.

—¿No se lo podrías ahorrar?

—El hecho no... pero la noticia sí, si no se la han dicho ya.

Abrió la puerta del coche, subió, abrió desde dentro la puerta para Marianne, cuando ella se sentó a su lado, le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Ahora fíjate bien —le dijo—, es muy sencillo; el tramo tiene exactamente cuatro kilómetros y medio de largo; necesito trescientos metros para alcanzar los ciento veinte... otros trescientos para frenar, calculándolo con mucho margen; quedan pues escasamente cuatro kilómetros, para los que necesito exactamente dos minutos; no tienes que hacer más que observar el reloj y decirme cuando hayan transcurrido los dos minutos; entonces será el momento en que tendré que frenar. ¿No me entiendes? Solo me gustaría saber hasta qué punto me puedo fiar del coche.

—Es un juego espantoso —dijo ella.

—Si realmente pudiera llegar a los ciento ochenta, solo necesitaría veinte

segundos... pero entonces también sería más largo el trecho para frenar.

—No sigas, por favor.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Bien, si es así, no lo haré. ¿Me dejas correr por lo menos a ochenta?

—Bueno, si tanto te empeñas...

—No hay necesidad de que mires el reloj, puedo correr a vista y descontar luego el trecho del frenazo, ¿comprendes?, solo quisiera saber si no nos engañan con el taquímetro.

Joseph dio el contacto, circuló lentamente por los estrechos caminos del pueblo, luego más de prisa a lo largo de la empalizada del campo de golf y se detuvo al llegar al cruce con la autopista.

—Oye —dijo—, si voy a ochenta necesito exactamente tres minutos, no hay ningún peligro; si tienes miedo, apéate aquí y espérame.

—No, solo no te lo dejes hacer de ninguna manera.

—Es la última vez —replicó él—, a lo mejor, mañana ya no estoy aquí y en otro sitio no encontraré esta oportunidad.

—Pero en un tramo libre lo podrías probar mucho mejor.

—No. Precisamente lo que me atrae es la necesidad de tener que parar antes del cartel.

La besó en la mejilla.

—¿Sabes lo que voy a hacer?

—No.

—Iré únicamente a cuarenta.

Ella sonrió cuando el coche se puso en marcha, pero miró el taquímetro. Al llegar al kilómetro 5, Joseph le dijo:

—Atención, mira el reloj y mide el tiempo que estamos hasta el kilómetro 9; voy exactamente a cuarenta.

Allá a lo lejos, como pestillos que cerraban gigantescas puertas, vio los carteles, primero solo los caballetes, que fueron creciendo, creciendo con insistencia sobrecogedora: lo que, de momento, había parecido una araña negra, se convirtió en unos huesos cruzados, lo que había parecido un botón extraño, se transformó en una calavera, fue en aumento, como iba aumentando la palabra que se precipitaba sobre ellos, que tocaba casi el radiador: *Peligro de muerte*; la aguja del taquímetro oscilaba entre 90 y 100, los niños montados en bicicletas, los hombres y las mujeres, cuyos rostros ya no expresaban alegría de víspera de fiesta, pasaban rápidamente por su lado, con los brazos en alto, gritando para advertirles, como oscuras aves de mal agüero.

—Oye —dijo ella—, ¿estás todavía a mi lado?

—Claro —contestó Joseph sonriendo, y sé perfectamente lo que hago y siguió mirando fijamente el cartel *Peligro de muerte*—; no te alarmes.

Poco antes de terminar la jornada del viernes, el encargado de la empresa de derribos le había pedido que le acompañara al refectorio, donde, en un rincón, una montaña de escombros era echada a paladas sobre una cinta continua, que luego los depositaba en unos camiones; la humedad que se había acumulado en los escombros, mezclada con restos de sillares, restos de argamasa y suciedad indefinible, había formado unas glebas pegajosas; la humedad aparecía en las paredes a medida que iba disminuyendo la montaña de escombros, primero como un moho oscuro, luego más claro; detrás del moho, unas tonalidades azules y doradas, huellas de pinturas murales, que el encargado juzgó preciosas: una Santa Cena, cubierta de moho: el oro del cáliz, el blanco de la hostia, el rostro de Jesús, tez clara y barba oscura; el cabello castaño de San Juan y:

—Vea aquí, señor Fähmel, el cuero oscuro de la bolsa de Judas.

El encargado limpió cuidadosamente con un paño seco el moho blanco y descubrió con respeto la pintura: mantel adamascado, doce apóstoles; aparecieron pies, bordes de mantel, el suelo embaldosado de la sala de la Cena; sonriente, puso la mano sobre el hombro del encargado y dijo:

—Ha hecho bien en llamarme; claro que hay que conservar este fresco. Diga que limpien la sala de escombros y lo dejaremos secar antes de hacer nada más.

Se disponía a marcharse; encima de la mesa, le esperaba ya el té, el pan, la mantequilla y los arenques: noche de viernes, día de abstinencia; Marianne ya había salido de Stehlingers Grotte para ir a recogerle y dar un paseo; en aquel momento, poco antes de decidirse a salir, vio, en el ángulo inferior de la pintura, las letras XYZX; millares de veces, cuando su padre le ayudaba a hacer los problemas de matemáticas, había visto su X, su Y y su Z, y ahora las veía de nuevo, inmediatamente encima del boquete abierto por la explosión en el techo del sótano, entre los pies de San Juan y de San Pedro; las columnas del refectorio estaban destruidas, la bóveda hundida, solo quedaba la pared con la Santa Cena: XYZX.

—¿Ocurre algo, señor Fähmel? —preguntó el encargado, poniéndole la mano sobre el hombro—, está pálido... ¿será la emoción?

—Solo la emoción —dijo Joseph—, solo la emoción, no se alarme, y muchas gracias por haberme avisado.

Ni el té, ni el pan, ni la mantequilla ni el arenque le supieron a nada; viernes, día de pescado; ni siquiera le supo a nada el cigarrillo; recorrió todas las dependencias y dio la vuelta a la iglesia de la abadía, visitó el cuerpo de edificio destinado a los peregrinos; buscó por todos los sitios donde tuvo que haber puntos estáticamente importantes, pero solo encontró una pequeña X en la bodega de la hospedería; su caligrafía era tan inconfundible como su rostro, como eran inconfundibles su porte,

su risa y la severa amabilidad de sus ademanes cuando escanciaba vino u ofrecía pan de un lado a otro de la mesa; su pequeña X; Dr. Robert Fähmel: oficina de cálculos estáticos.

—Por favor —dijo Marianne—, vuelve en ti.

—Estoy perfectamente sereno —dijo Joseph; soltó el pedal del gas, puso el pie izquierdo en el pedal del embrague y el derecho en el del freno, y apretó; chirriando y resbalando de un lado a otro, el coche se precipitó sobre el cartel de *Peligro de muerte*, levantó polvo, los frenos rechinaron, paseantes alarmados se acercaron gesticulando, un guardián de noche apareció con una cafetera en la mano, debajo de la calavera y los fémures cruzados.

—Dios mío —exclamó Marianne—. ¿Por qué te gusta asustarme de ese modo?

—Perdona —dijo él en voz baja—, perdóname, es más fuerte que yo.

Dio rápidamente la vuelta y se puso en marcha antes de que los paseantes hubiesen podido reunirse alrededor del coche, por cuatro kilómetros condujo con la mano izquierda, abrazando con la derecha a Marianne, a una velocidad moderada, junto al campo de golf, donde unas mujeres como alambres al lado de unos hombres como alambres iban en pos del hoyo diecisiete, del oyó dieciocho.

—Perdóname —dijo Joseph—, te prometo que no lo volveré a hacer.

Salió de la autopista, atravesó apacibles campos de cultivo, al borde de bosques silenciosos.

XYZ eran los mismos signos que descubría en las fotocopias de tamaño postal, con las que por la noche su padre jugaba como con un juego de naipes; una casa para un editor, al pie del bosque. XxX; obras de ampliación de la «Societas, la más útil para la sociedad». YxY; casa para un maestro, a orillas del río. Solo Y. Entre los pies de San Juan y los de San Pedro.

El coche iba lentamente entre campos, en los que las gruesas remolachas trataban de salir de la tierra empujando las enormes hojas verdes; rastrojos, prados, tras los cuales se veía ya la colina de los Cosacos.

—¿Por qué no me lo quieres decir? —insistió Marianne.

—Porque yo mismo todavía no lo comprendo, porque todavía no estoy seguro; tal vez sea solo un sueño absurdo; tal vez te lo pueda explicar más adelante, tal vez nunca.

—¿Pero no quieres ser arquitecto?

—No —contestó él.

—¿Por eso te lanzaste de aquel modo contra el cartel?

—Quizás.

—Siempre he odiado a esa gente que no saben apreciar el dinero —dijo Marianne

—, que se lanzan con sus coches a velocidades temerarias contra carteles que indican peligro, que, sin razón alguna, alarman a los que disfrutan de un merecido descanso al llegar un día de fiesta.

—Yo tenía una razón para lanzarme a gran velocidad contra el cartel.

Disminuyó la velocidad, se detuvo junto a un caminito arenoso al pie de la colina de los Cosacos, aparcó el coche debajo de unas ramas bajas de abeto.

—¿Qué quieres hacer aquí? —preguntó ella.

—Ven, vamos a caminar un poco.

—Se hará tarde —dijo ella—, tu abuelo llegará seguramente en el tren de las cuatro y media; solo faltan diez minutos para la media.

Joseph se apeó, anduvo unos cuantos pasos por el camino que subía a la colina, se hizo pantalla con la mano y miró en dirección a Denklingen.

—Sí —exclamó—, el tren ha salido ya de Doderingen; es el mismo tren juguete de cuando yo era niño, y pasa a la misma hora. Ven, que aguarden un cuarto de hora.

Volvió corriendo al coche, sacó a Marianne del asiento y luego la obligó a subir por el camino arenoso; se sentaron en un claro del bosque; Joseph señaló el llano, siguió con el dedo el trayecto del tren, que corría entre campos de remolacha, entre prados y rastrojos, en dirección a Kisslingen.

—No puedes imaginarte —dijo— lo bien que conozco yo estos pueblos; cuántas veces hemos ido en ese tren. Después de la muerte de mi madre, vivimos casi siempre en Stehlingen o en Görlingen, y yo iba a la escuela en Kisslingen; por la noche corríamos a recibir el tren en que llegaba de la ciudad el abuelo; aquel tren de allí, ¿lo ves?, ahora sale de la estación de Denklingen. Es curioso, yo tenía siempre la impresión de que éramos pobres; mientras vivió mi madre y mi abuela estuvo con nosotros, nos daban menos de comer que a los demás niños que conocíamos, y no podía llevar nunca ningún traje nuevo, solo cosas remendadas... y teníamos que contemplar como daban lo bueno a los demás: pan, mantequilla y miel que nos regalaban del convento o que nos mandaban de las fincas; en cambio, nosotros teníamos que comer miel artificial.

—¿No la odiabas, a tu abuela?

—No, y la verdad es que yo mismo no sé por qué no la odiaba por esa tontería; tal vez porque el abuelo nos llevaba a su estudio, y nos daba de comer a escondidas; nos llevaba también al café Kroner y nos hartábamos; siempre nos decía: «Lo que hacen vuestra madre y vuestra abuela es muy grande, muy grande... pero no sé si vosotros sois bastante mayores para tanta grandeza».

—¿De verdad, lo decía?

—Sí —contestó Joseph riendo—. Cuando murió mi madre y se llevaron a la abuela, nos quedamos con el abuelo y nos dieron bastante de comer; durante los últimos años de guerra estuvimos casi siempre en Stehlingen; una noche, oí cómo volaron la abadía; estábamos sentados en la cocina, en Stehlingen, y los campesinos de los alrededores maldecían al general alemán que había dado la orden de volarla y

murmuraban para sí mismos: *¿para qué, para qué, para qué?*; al cabo de un par de días, mi padre vino a verme, vino en un coche americano, acompañado de un oficial americano, y pudo quedarse tres horas con nosotros; nos trajo chocolate y nosotros nos asustamos ante aquella cosa tan oscura y pegajosa, que todavía no habíamos comido nunca, y no lo probamos hasta que la señora Kloschgrabe, la mujer del administrador, comió también un trozo; mi padre le trajo café para ella y ella le dijo: «No pase usted cuidado, doctor, vigilamos a sus hijos como si fueran los nuestros propios», y luego añadió: «¿No es una vergüenza que hayan volado la abadía estando tan a punto de terminar la guerra?». Y él le contestó: «Sí, es una vergüenza, pero quizás haya sido la voluntad de Dios», y la señora Kloschgrabe dijo: «Los hay que cumplen la voluntad del demonio». Mi padre se echó a reír y el oficial americano también se rio; mi padre estuvo muy cariñoso con nosotros y yo le vi llorar por primera vez, cuando tuvo que dejarnos; yo no me figuraba que supiera llorar; siempre se había mantenido sereno y no había demostrado sus sentimientos, ni siquiera cuando tenía que marcharse una vez terminado el permiso y nosotros le acompañábamos a la estación, nunca había llorado; nosotros sí llorábamos todos; mi madre, mi abuela, mi abuelo y nosotros dos, pero él no..., mira —dijo Joseph señalando el penacho de humo—, en este momento llegan a Kisslingen.

—Ahora iré al convento y se enterará de lo que, en realidad, hubieras tenido que decirle tú mismo.

Yo borré las señales de tiza entre los pies de San Juan y San Pedro y la X pequeña de la bodega de la hospedería; no lo descubrirá, no lo encontrará, por mí no lo sabrá nunca.

—Durante tres días —dijo—, el frente estuvo entre Denklingen y la ciudad; por la noche, rezábamos con la señora Kloschgrabe para que no le sucediera nada al abuelo; luego llegó una tarde de la ciudad; estaba pálido y triste, como no le había visto nunca; recorrió con nosotros las ruinas de la abadía, murmuró lo mismo que habían murmurado los campesinos, lo que murmuraba siempre la abuela cuando estábamos en el refugio: *¿para qué, para qué, para qué?*

—¡Qué contento debe estar de que tú trabajes en la reconstrucción!

—Sí —contestó Joseph—, pero no puedo darle esta felicidad; no me preguntes por qué; no puedo.

Joseph la besó, le acarició los cabellos y le quitó las agujas de abeto y los granos de arena que llevaba presos en ellos.

—Mi padre regresó muy pronto del campo de prisioneros y nos vino a buscar para que fuéramos a vivir a la ciudad, a pesar de que el abuelo protestaba y decía que feria mejor para nosotros no crecer entre ruinas. Pero le dijo: «Yo no puedo vivir en el campo y quiero tener ahora a los niños conmigo: apenas los conozco». Nosotros tampoco le conocíamos y, de momento, nos daba miedo y sentíamos que el abuelo

también se lo tenía. Entonces vivíamos en el estudio del abuelo, porque nuestra casa no estaba habitable, y en la pared del estudio había colgado un enorme plano de la ciudad; todo lo que había sido destruido estaba marcado con tiza negra y escuchábamos a menudo, mientras hacíamos los deberes sobre el tablero de dibujo del abuelo, como mi padre discutía con mi abuelo y otros hombres delante del plano. Muchas veces se peleaban, porque mi padre decía siempre: «Fuera, hay que volarlo» y dibujaba una X al lado de la mancha negra; y los otros decían siempre: «Por el amor de Dios, eso no lo podemos hacer», y mi padre decía: «Háganlo, antes de que la gente regrese a la ciudad. Ahora está todavía deshabitado y podrán hacerlo libremente; hay que arrasarlo». Y los otros decían: «Pero si aquí queda todavía el marco de una ventana del siglo XVI, y allí todavía los restos de una capilla del siglo XII»; y mi padre tiraba la tiza negra y decía: «Bueno, hagan lo que quieran, pero les aseguro que se arrepentirán; hagan lo que quieran, pero no cuenten conmigo»; y ellos decían: «Pero, querido señor Fähmel, usted es nuestro mejor especialista en voladuras, no nos puede abandonar»; y mi padre replicaba: «Pues les abandonaré si tengo que enternecerme por cada gallinero romano que encuentre para mí, las paredes son paredes, y créanme, hay paredes buenas y paredes malas; las malas tienen que desaparecer; vuélenlas y que quede espacio libre». Mi abuelo se reía cuando los otros se habían marchado y decía: «Dios mío, tienes que hacerte cargo de sus sentimientos», y mi padre también se reía y replicaba: «Ya los comprendo, pero no los respeto»; y luego añadía: «Vamos, niños, vamos a comprar chocolate», y nos íbamos al mercado negro; allí compraba cigarrillos para él y chocolate para nosotros; y le acompañábamos cuando se metía por unos portales oscuros y medio destruidos, subíamos escaleras sórdidas, porque mi padre quería comprar también cigarros para el abuelo; siempre compraba, pero no vendía nunca; cuando nos enviaban pan y mantequilla de Stehlingen o de Görlingen, quería que lleváramos su ración a la escuela y nos dejaba elegir a quién la queríamos regalar, y una vez volvimos a comprar en el mercado negro un kilo de mantequilla que habíamos regalado: todavía llevaba la tarjeta de la señora Kloschgrabe que decía: «Esta semana solo puedo mandarle un kilo». Mi padre se limitó a sonreír y dijo: «Qué le vamos a hacer, la gente necesita también dinero para comprar cigarrillos». El alcalde vino otra vez a ver a mi padre y él le dijo: «En las ruinas del convento de franciscanos he encontrado raeduras de uñas del siglo XIV: no se ría; puedo demostrar que son auténticas del siglo XIV porque están mezcladas con unas fibras, con restos de un tejido de lana que solo se fabricaba en nuestra ciudad en el siglo XIV; se trata de una curiosidad histórica de primer orden, señor alcalde», y este dijo: «Me parece que lleva usted las cosas demasiado lejos, señor Fähmel», y mi padre replicó: «Más lejos las he de llevar todavía, señor alcalde». A Ruth, que estaba sentada a mi lado, garabateando deberes de matemáticas en su cuaderno de colegio, se le escapó una carcajada, y mi padre se acercó a ella, la besó en la frente y dijo: «Sí, verdaderamente, la cosa tiene gracia, hija mía», y yo tuve envidia porque no me había besado nunca en la frente; le

queríamos mucho, Marianne, pero seguía dándonos un poco de miedo, cuando le veíamos allí delante del plano con la tiza negra en la mano y diciendo: «Fuera, hay que volar todo eso». Pero era muy severo cuando se trataba de mis deberes de colegio; siempre me decía: «No hay más que dos posibilidades, saberlo todo o no saber nada; tu madre no sabía nada, me parece que ni siquiera había cursado los grados elementales de la escuela y, a pesar de todo, no me hubiera casado con nadie más; decide qué es lo que más te conviene». Le queríamos mucho, Marianne, y cuando pienso que por entonces no podía tener mucho más de treinta años, apenas puedo creerlo, porque yo siempre le consideré mucho mayor, aunque no tenía aspecto de viejo; a veces se mostraba tan alegre... cosa que ahora no hace nunca; cuando, por la mañana, saltábamos de nuestras camas, él ya estaba junto a la ventana afeitándose y nos decía a gritos: «La guerra ha terminado, hijos míos»... a pesar de que ya hacía cuatro o cinco años que había terminado.

—Tenemos que irnos —dijo Marianne—. No vayamos a hacerles esperar demasiado.

—Déjales que esperen —replicó él—. Todavía me falta saber todo lo que te hicieron a ti, corderito. Apenas sé nada de ti.

—¿Corderito? —dijo ella—. ¿Por qué me llamas así?

—Una ocurrencia que he tenido —dijo Joseph—, pero dime qué te hicieron; siempre me hace reír oírte el acento de Doderingen cuando hablas; no te sienta bien; solo sé de ti que fuiste a la escuela en Doderingen, pero que no naciste allí y que ayudas a la señora Kloschgrabe a amasar el pan, a hacer la comida y a planchar.

Ella le obligó a apoyar la cabeza sobre su regazo, le tapó los ojos y dijo:

—¿A mí? ¿Lo que me hicieron a mí, quieres saber? Me echaron bombas y no me dieron a pesar de que las bombas eran muy grandes y yo muy pequeña; la gente que había en el refugio me metieron golosinas en la boca; y las bombas cayeron y no me tocaron, yo solo oí cómo estallaban y los cascotes volaban en la noche como pájaros asustados, y alguien, en el refugio, cantó: «Gansos salvajes vuelan de noche». Mi padre era alto, muy moreno y guapo, llevaba un uniforme pardo con mucho oro encima y una especie de sable en el cinto que brillaba como la plata; se pegó un tiro en la boca; no sé si has visto alguna vez a alguien que se haya pegado un tiro en la boca. ¿No, verdad? Pues da gracias a Dios de que te haya ahorrado ese espectáculo. Él quedó tendido sobre la alfombra, la sangre corría sobre los colores orientales, sobre la muestra de Esmirna... Esmirna auténtica, amigo mío; en cambio mi madre era rubia y alta y llevaba un uniforme azul y un gorro muy gracioso, nada de espadas al cinto; y yo tenía un hermanito, mucho más joven que yo, y era rubio, y mi hermanito colgaba de la puerta con una soga de cáñamo alrededor del cuello, se balanceaba, y yo me reía, me reía todavía cuando mi madre me ató también una soga de cáñamo al cuello y murmuró: «*Él lo ha ordenado*», pero entonces entró un hombre, sin uniforme, sin entorchados de oro y sin sable; solo llevaba una pistola en la mano, que encaró a mi madre, me arrancó de sus manos, y yo me eché a llorar,

porque yo llevaba la soga alrededor del cuello y quería jugar a aquel juego que jugaba mi hermanito allá arriba, el juego de «*Él lo ha ordenado*», pero el hombre me tapó la boca, me llevó de un brazado escaleras abajo, me quitó la soga del cuello y me subió a un camión...

Joseph trató de retirar las manos de Marianne de encima de sus ojos, pero ella se resistió y dijo:

—¿No quieres oír lo que sigue?

—Sí —contestó él.

—Entonces tienes que dejar que te cierre los ojos y darme un cigarrillo.

—¿Aquí en el bosque?

—Sí, aquí en el bosque.

—Sácalo del bolsillo de mi camisa.

Joseph sintió cómo ella le desabrochaba el bolsillo de la camisa, como sacaba los cigarrillos y las cerillas, mientras con la otra mano le mantenía cerrados los ojos.

—Encenderé también uno para ti —dijo ella—, aquí, en el bosque. En aquella época tenía exactamente cinco años, y era tan cariñosa que incluso me mimaban en el camión, me metían golosinas en la boca, me lavaban con jabón, cuando el camión se detenía; y dispararon contra nosotros con cañones y con ametralladoras, pero no nos tocaron; viajamos durante mucho tiempo, no sabría decirte cuánto, pero seguramente fueron dos semanas, y cuando nos paramos, el hombre que había impedido el juego de *Él lo ha ordenado* me tomó consigo, me envolvió en una manta, me tendió a su lado, en la paja, en el heno, y a veces en la cama y me decía: «Llámame padre», y yo no le podía llamar padre, porque al hombre del hermoso uniforme solo le había llamado siempre papá; pero al final, aprendí a decir padre y así llamé durante trece años al hombre que había impedido aquel juego; me dieron una cama, una manta y una madre, que era muy seria y me quería, y viví durante nueve años en una casa limpia; cuando fui a la escuela, dijo el párroco: «Ved aquí lo que tenemos; tenemos entre nosotros a una criatura pagana, una auténtica pagana», y los demás niños que no eran paganos se echaron a reír; el párroco añadió: «Vamos rápidamente a convertir a nuestra criatura pagana, a nuestro dócil corderito, en una niña cristiana»; y me convirtieron en una cristiana. Y el corderito era dócil y feliz, jugaba a corro y a saltar con los demás, y luego jugó a pelota y a saltar a la comba y quería mucho a sus padres; y llegó un día en que en la escuela se derramaron un par de lágrimas, se pronunciaron un par de discursos, se habló un par de veces de una etapa de la vida, y el corderito entró de aprendiz en casa de una modista, aprendió a manejar bien la aguja y el dedal, aprendió de su madre a limpiar la casa, a amasar el pan y a cocinar, y toda la gente del pueblo decía: «Esa se casará algún día con un príncipe; si no es un príncipe no se conformará...». Pero un día llegó un coche muy grande y muy negro al pueblo con un hombre barbudo que lo conducía, se paró en la plaza mayor y preguntó sin apearse del auto a la gente: «Por favor, ¿podrían decirme dónde viven los Schmitz?». Y la gente dijo: «Hay muchos Schmitz en el pueblo, ¿a cuál se refiere

usted?». Y el hombre dijo: «A los que han adoptado una niña», y la gente contestó: «Sí, estos Schmitz son los Eduard Schmitz, que viven allí, detrás del herrero, ¿ve usted?, aquella casa con el boj delante». Y el hombre dijo «Gracias,» y el hombre continuó, pero toda la gente le siguió, porque desde la plaza a la casa de Eduard Schmitz solo había unos cincuenta pasos; yo estaba en la cocina limpiando lechuga, me gustaba mucho hacerlo: cortar las hojas, lo malo a la basura, lo bueno en la jofaina, donde queda nadando, verde y limpio; en aquel instante, mi madre me decía: «No tienes que entristecerte por eso, Marianne, los muchachos no tienen la culpa... cuando llegan a los trece o catorce años, y algunos empiezan ya a los doce, hacen estas cosas; es la naturaleza y no es fácil dominar la naturaleza». Y yo dije: «No estoy triste por eso». «Pues, ¿por qué?», preguntó mi madre. Yo le dije: «Pienso en mi hermanito, le veo colgado de la puerta, y yo me reía sin saber lo terrible que era aquello... y no estaba bautizado». Y antes de que mi madre: me pudiera contestar, se abrió la puerta —no habíamos oído llamar— y yo la reconocí en seguida: seguía siendo rubia y alta y llevaba un sombrero muy gracioso, pero ya no llevaba el uniforme azul; se me acercó inmediatamente, abrió los brazos y dijo: «Seguro que eres mi Marianne, ¿no habla en ti la voz de la sangre?». Yo detuve un instante el cuchillo, luego limpió una hoja de lechuga y dije: «No, la voz de la sangre no me dice nada». «Soy tu madre», dijo ella. «No», contesté yo, «mi madre es aquella. Yo me llamo Marianne Schmitz», callé un momento y luego añadí: «*Él lo ha ordenado...* y usted me puso la soga alrededor del cuello, señora». La modista me había enseñado a terminar las frases con «señora».

Ella gritaba y lloraba e intentaba abrazarme, pero yo sostenía el cuchillo con la punta hacia adelante, junto a mi pecho; ella me habló de colegios y de estudiar, gritó y lloró, pero me escapé por la puerta del jardín, atravesé el campo y fui a casa del párroco y se lo conté todo. Él me dijo: «Es tu madre, nada se puede contra el derecho natural, hasta que seas mayor de edad, ella tiene derecho sobre ti; es un mal asunto». Y yo le dije: «¿No perdió este derecho cuando intentó jugar el juego de *Él lo ha ordenado?*». Y el párroco dijo: «Eres una chica muy lista: no olvides este argumento». Yo no lo olvidé y lo esgrimía siempre que me hablaban de la voz de la sangre y repetía sin cesar: «No oigo la voz de la sangre». Ellos me decían: «Eso no puede ser, ese cinismo es contra la naturaleza». «Sí», decía yo, «*Él lo ha ordenado* sí que era contra la naturaleza». Ellos decían: «Pero de eso hace ya más de diez años, y ella se arrepiente»; y yo contestaba: «Hay cosas de las que uno no se puede arrepentir». «¿Quieres ser más severa que Dios en su juicio?», me preguntó ella y yo le contesté: «No, yo no soy Dios y por eso no puedo ser tan misericordiosa». Y seguí viviendo con mis padres, pero hubo una cosa que no pude impedir; dejé de llamarme Marianne Schmitz y me llamé Marianne Draste, tenía la sensación de que me habían amputado algo... Todavía sigo pensando en mi hermanito que tuvo que jugar a *Él lo ha ordenado...* y ¿sigues creyendo que hay algo más terrible, tan terrible que no me lo puedas contar?

—No, no —dijo Joseph—, Marianne Schmitz, voy a contártelo.

Ella dejó de cubrirle los ojos con la mano, él se incorporó y la miró a la cara; Marianne no trató de sonreír.

—Tu padre no puede haber cometido nada tan terrible —dijo.

—No, no fue tan terrible, pero sí muy grave.

—Ven —dijo ella—, me lo contarás en el coche; van a dar las cinco y nos estarán esperando; si yo tuviera un abuelo no le haría esperar, y si tuviera uno como el tuyo haría cualquier cosa por él.

—¿Y por mi padre?

—Todavía no le conozco —dijo Marianne—; ven. Y no te esquives, díselo en cuanto se presente la ocasión. Ven.

Le ayudó a levantarse y él le puso el brazo sobre el hombro cuando se dirigían de nuevo al coche.

El joven empleado del banco levantó la mirada con aire de conmiseración cuando Schrella puso sus cinco chelines ingleses y sus treinta francos belgas sobre la taquilla de mármol.

—¿Eso es todo?

—Sí —contestó Schrella—, eso es todo.

El joven empleado puso en marcha su máquina de calcular, dio la vuelta a la manivela —el escaso número de vueltas expresaba ya desprecio— escribió rápidamente un par de cifras en un papel, y puso sobre la mesa, frente a Schrella, una pieza de cinco marcos, cuatro piezas de diez pfennig y tres pfennig sueltos.

—El siguiente.

—¿Podría decirme, por favor —preguntó Schrella— si para ir a Blessenfeld hay que tomar todavía el tranvía once?

—¿Si el once va a Blessenfeld? No soy el servicio de información de los tranvías —dijo el joven empleado— y además, de veras no lo sé.

—Gracias —dijo Schrella, guardándose el dinero en el bolsillo. Dejó libre el sitio junto a la ventanilla para un hombre que dejó sobre el mármol un fajo de billetes de francos suizos; Schrella tuvo tiempo de oír cómo la manivela de la máquina de calcular efectuaba respetuosamente un gran número de vueltas.

—La cortesía es la forma más segura del desprecio —pensó.

Vestíbulo de la estación. Verano. Sol. Alegría. Fin de semana. Mozos de hotel arrastraban maletas hacia el andén; una joven levantó un cartel en el aire: «Peregrinos para Lourdes, reunirse aquí». Vendedores de periódicos, puestos de flores. Jóvenes con toallas de colores debajo del brazo.

Schrella atravesó la plaza, se detuvo en el burladero y examinó el horario de salida; el once continuaba yendo a Blessenfeld; estaba allí, debajo de la luz roja del semáforo, entre el hotel *Prinz Heinrich* y el coro de Sankt Severin; llegó, paró, se vació, y Schrella se puso a la cola de los que lo esperaban, que tenían que pagar al subir; se sentó, se quitó el sombrero, se secó el sudor de las cejas, se limpió los cristales de las gafas, y cuando el tranvía se puso en marcha, esperó en vano sentir alguna emoción; nada; cuando era niño había ido y venido cuatro mil veces con el once; dedos manchados de tinta; tontas conversaciones de los compañeros de escuela, que siempre le habían producido cierto malestar; segmentos de esfera, pluscuamperfecto, la barba de Barbarroja, que seguía creciendo a través encuadrados en cartón gris verdoso, y a medida que el tranvía se alejaba de la ciudad en dirección a Blessenfeld. El alboroto iba disminuyendo; al salir de la ciudad antigua de la mesa de mármol; *Kabale und Liebe*, Livio, Ovidio, se apeaban aquellos que sabían dar a sus voces un timbre más característico de distinción, se esparcían por anchas y oscuras calles, en las que las casas eran sólidas; al llegar a la ciudad nueva se apeaban aquellos cuyas voces eran solo un poco menos distinguidas, se esparcían

por calles estrechas, donde las casas eran menos sólidas; quedaban solo dos o tres que seguían hasta Blessefeld, donde había las casas menos sólidas; las conversaciones se normalizaban mientras el tranvía se dirigía traqueteando hacia Blessefeld, a través de huertos obreros y canteras de grava. «¿También está en huelga tu padre? En casa de Gressigmann ya hacen una rebaja del cuatro y medio por ciento; la margarina ha bajado cinco pfennig». El parque, donde el césped del verano ya hacía tiempo que había sido pisoteado, donde, alrededor del lago, la arena había sido barrida por miles de pies de niños, mezclada con desperdicios, papeles y trozos de botellas rotas; la Gruffelstrasse, donde los solares de los traperos estaban siempre llenos de latas y trapos viejos, papeles y botellas; la mísera parada de limonadas, en la que un famélico obrero sin trabajo intentaba hacer de comerciante: al cabo de poco engordaba, montaba su parada con cristales y cromados y ponía brillantes aparatos automáticos; engordaba de pfennig en pfennig y se daba importancia, él, que un par de meses antes le rebajaba humildemente el precio de una limonada en un par de pfennig, murmurando, temeroso: «No se lo digas a nadie».

Pero la emoción no se produjo mientras el once le traqueteaba a través de la ciudad antigua, de la ciudad moderna, a través de jardines obreros y canteras de grava en dirección a Blessefeld; los nombres de la parada —Boisserestrasse. Parque del Norte. Estación de Blesse, Innerer Ring— le parecían algo extraño, como procedentes de ensueños que otros hubieran soñado y trataran en vano de comunicárselos, sonaban a sus oídos como gritos de socorro procedentes de profundas capas de niebla, mientras el tranvía, casi vacío, corría, en la soleada tarde veraniega, hacia la estación término.

Allí, en la Parklinie, esquina Innerer Ring, estaba el puesto donde su madre probó a ganarse la vida como vendedora de pescado frito, pero había fracasado por tener el corazón demasiado compasivo. «¿Cómo puedo negarles un trozo de pescado a los niños hambrientos que han estado mirando cómo lo freía? ¿Cómo podría?». Y el padre contestaba: «Claro que no podrías, pero tenemos que cerrar el puesto; ya no nos fían, los comerciantes se niegan a servirnos más pescado». Filetes de pescado empanados freían en aceite caliente, mientras la madre amontonaba dos o tres cucharadas de ensalada de patatas en un plato de cartón; el corazón de la madre no había podido *compadecerse sin ablandarse*; de sus ojos azules fluían las lágrimas. Las vecinas se decían al oído: «Esta se va a consumir el alma llorando». No comía ni bebía, su cuerpo rubicundo y rosado se quedó flaco y anémico; ni rastro de aquella hermosa moza que tanto había gustado a todos los que se acercaban a la cantina de la estación; ya solo sabía murmurar: *Señor, Señor*, y hojear desgastados devocionarios de sectas que anunciaban el fin del mundo, mientras en la calle ondeaban banderas rojas al viento y otros llevaban la cabeza de Hindenburg pintada en pancartas por las calles; griterío, contiendas, tiros, trompetas y tambores. Cuando murió, la madre parecía una niña, anémica, delgaducha; tumba de serie con unos cuantos amelos, una pequeña cruz de madera: Edith Schrella 1896-1932; el alma consumida de tanto

llorar, el cuerpo mezclado con tierra del cementerio del Norte.

—Final de trayecto, señor —anunció el tranviario—; y salió de su garita, encendió la colilla de su cigarrillo, pasó a la parte delantera y añadió: —lo siento, pero no vamos más allá.

—Gracias.

Cuatro mil veces había subido y se había apeado allí; final de trayecto del once; entre zanjas y barracas se perdían los oxidados raíles, que treinta años atrás habían estado tendidos para continuar la línea del tranvía; puesto de limonadas: metales cromados, globos de cristal, máquinas automáticas; tabletas de chocolate de variadas clases.

—Una limonada, por favor.

El líquido verdoso escanciado en un vaso immaculado sabía a asperilla.

—Si no le importa, tire el papel sucio en la papelera. Buen provecho.

—Gracias.

Los dos muslos de pollo estaban todavía tibios, la pechuga muy tierna, asada en la mejor manteca, la bolsa de celofán cerrada con unas pinzas especiales para mantener calientes los paquetes destinados a los excursionistas.

—¡Qué bien huele! ¿Desea otra limonada, el señor?

—No, gracias, pero deme seis cigarrillos.

En aquella tendera regordeta se podía adivinar todavía la muchacha hermosa y esbelta que había sido en otro tiempo: aquellos ojos infantiles, azules como los de una muñeca, que habían sugerido al capellán entusiasta que preparaba a los niños para la primera comunión adjetivos como «angelical» e «inocente», se había petrificado ahora en dureza comercial.

—Noventa pfennig, señor.

—Gracias.

En aquel momento se oyó la campanilla del tranvía once, en el cual había venido, dispuesto a marcharse de nuevo; titubeó un rato y se quedó prisionero en Blessenfeld durante doce minutos; fumó un cigarrillo, bebió lentamente la limonada que le quedaba y buscó detrás del rosado rostro pétreo el nombre de la niña que había sido en otro tiempo; rubia, corriendo por el parque con el cabello suelto, gritando, cantando y, cuando ya hacía tiempo que había perdido el aire angelical, atrayendo a los muchachos a los rincones oscuros; exigía roncadas promesas de amor de excitadas gargantas de muchachos, mientras su hermano, rubio como ella, como ella angelical, intentaba en vano reclutar a los chicos de la calle para una noble actividad, aprendiz de carpintero, corredor de los cien metros, decapitado al amanecer por una insensatez.

—Por favor —dijo Schrella—, sí, quiero otra limonada.

Miró la raya immaculada de la mujer, que inclinaba hacia adelante para poner el vaso debajo del globo de cristal; su hermano había sido Ferdi, el angelical; el nombre de ella fue pasando más tarde de boca en boca, pronunciado en voz queda por ásperas gargantas juveniles, como un santo y seña que da entrada al paraíso: Erika Progulske,

liberadora de oscuros tormentos, que *no cobra nada* porque lo hace a gusto.

—¿Verdad que nos conocemos? —dijo sonriendo mientras ponía el vaso de limonada sobre el mostrador.

—No —contestó Schrella también sonriente—, no creo.

Por nada del mundo quería hacer brotar el recuerdo de aquel cuerpo helado: las flores de escarcha se derretirían en agua turbia y opaca; por nada del mundo quería que reviviera la seriedad de sentimientos infantiles en un alma de persona mayor enternecida, enterarse de que ahora sí que *cobraba* algo; ¡cuidado con poner el lenguaje en movimiento!

—Sí, treinta pfennig, gracias.

La hermana de Ferdi Progulske le miró con amabilidad rutinaria. También a mí me libraste de mis torturas *sin cobrar nada*, sin aceptar siquiera una pastilla de chocolate, que se había ablandado en mi bolsillo, y no estaba pensada como paga sino como regalo, pero tú no la quisiste; me liberó la compasión de tu boca y de tus manos; espero que no se lo contaste a Ferdi, la discreción forma parte de la caridad; los misterios convertidos en lenguaje pueden llegar a ser mortales; espero que no se enteró, que no lo sabía cuándo en aquella mañana de julio vio por última vez el cielo azul; yo era el único de la Gruffelstrasse a quien pudo conquistar para una noble actividad; Edith no contaba aún, solo tenía doce años, la sabiduría de su corazón todavía no podía sospecharse.

—¿De verdad no nos conocemos?

—No, estoy seguro de que no.

Hoy aceptarías mi regalo, tu corazón está endurecido, no se compadece; pocas semanas después habías perdido ya la inocencia de los vicios infantiles, habías decidido que era mejor desechar la compasión y sabías perfectamente que no llegarías nunca a consumirte el alma de tanto llorar; no, no nos conocemos, seguro que no; no había que dejar que las flores de escarcha se derritieran en agua turbia. Gracias, adiós.

Enfrente estaba todavía la taberna *Blesseneck*, donde su padre había sido camarero; cerveza, aguardiente, albóndigas, cerveza, aguardiente, albóndigas; lo había servido todo con aquella expresión de cara en la que se mezclaban la serenidad y el sufrimiento para formar algo único; rostro de un soñador, a quien le daba igual servir cerveza, aguardiente y albóndigas en el *Blesseneck* que langosta y champaña en el *Prinz Heinrich* o, en el puerto alto, servir el desayuno a prostitutas trasnochadoras: cerveza, chuletas, chocolate y Cherry Brandy. Su padre traía restos de aquellos succulentos desayunos pegados a los puños de la camisa, pero también traía buenas propinas, chocolate y cigarrillos, pero no traía consigo a casa lo que otros padres: alegría de víspera de fiesta que se podía trocar luego en gritos y riñas, en disputas amorosas y lágrimas de reconciliación; siempre aquella severidad sufrida en el rostro, ángel descarriado, que escondió a Ferdi debajo del mostrador, de donde la policía le sacó de entre los tubos de conducción de la cerveza; Ferdi, que aun sabiendo que iba

a morir, sonreía; su madre lavaba los restos de succulentos desayunos en los puños, preparaba el almidón para que la blanca camisa de camarero quedara tiesa y reluciente; no le fueron a buscar hasta la mañana siguiente cuando, con su almuerzo y sus zapatos de charol debajo del brazo, se disponía a ir al trabajo; subió al coche y *desapareció para siempre*; ni cruz blanca ni amelo para el camarero Alfred Schrella. Ni siquiera *muerto por la ley de fugas... desapareció para siempre*.

Edith preparaba el almidón, limpiaba los zapatos de charol, lavaba las corbatas blancas, mientras yo estudiaba, estudiaba sin esfuerzo, Ovidio y las secciones cónicas, la política y hazañas de Enrique I, de Enrique II, la política de Tácito y de Guillermo I, de Guillermo II; Kleist y la trigonometría esférica; dotado, dotado, extraordinariamente dotado; hijo de obrero, tenía que aprender lo mismo con miles de dificultades más, y por otra parte, me había juramentado a llevar a cabo la noble actividad e incluso me permitía un placer particular: *leer a Hölderlin*.

Faltaban todavía siete minutos para la salida del próximo tranvía once. Gruffelstrasse 17; en la casa habían hecho reformas, delante había un coche parado: verde, una bicicleta: roja; dos patinetes: sucios. Dieciocho mil veces había oprimido el timbre, aquel botón de latón descolorido, que todavía era familiar a su pulgar; allí donde antes ponía Schrella, ahora ponía Tressel; donde antes ponía Schmitz, ponía ahora Humann; nombres nuevos, solo uno se había conservado: Fruhl... pedido prestada una taza de azúcar, una taza de harina, una taza de vinagre, una huevera de aceite... ¡cuántas tazas y cuántas hueveras y qué interés! La señora Fruhl solo llenaba siempre las tazas y las hueveras hasta la mitad, hacía una raya en el marco de la puerta, donde tenía escrito H. A. V. y Ac. y solo borraba la raya con el pulgar cuando le devolvían las tazas o las hueveras llenas. Y lo hacía saber a todo el mundo en el patio, en las tiendas, y cuando encontraba a las amigas, con las que, entre licor de huevo y ensalada de patatas, solía cultivar la ginecología popular, murmuraba: «¡Dios mío, qué burros son!». Desde muy temprano había comido del *sacramento del búfalo*, y había obligado a su marido y a su hija a aceptarlo: cantaba por el patio: *Tiemblan los huesos carcomidos*. Nada, ni siquiera la más mínima emoción; solo la piel del pulgar, al ponerla sobre el botón de latón descolorido, sintió algo parecido a la emoción.

—¿Busca usted a alguien?

—Sí —dijo Schrella—. ¿Los Schrella ya no viven aquí?

—No —dijo la niña—, si vivieran aquí, lo sabría.

Tenía las mejillas coloradas, era graciosa y hacía piruetas encima del patinete, apoyándose en la pared de la casa.

—No, no han vivido nunca aquí —dijo.

Echó a correr, atravesó rápidamente la acera y el canelón de desagüe y gritó:

—¿Hay alguien que conozca a los Schrella?

Él se alarmó al pensar que alguien pudiera contestar que sí y que se vería obligado a ir allí, a saludar, a intercambiar recuerdos; sí, a Ferdi lo... a tu padre lo...

y Edith se casó muy bien... pero la niña de mejillas coloradas iba de aquí para allá sin el menor éxito, describía audaces curvas con el patinete sucio, iba de grupo en grupo, gritaba en las ventanas abiertas:

—¿Hay alguien que conozca a los Schrella?

Regresó con el rostro sofocado, describió un elegante bucle y se detuvo frente a Schrella:

—No señor, aquí no les conoce nadie.

—Gracias —dijo él sonriendo—. ¿Quieres diez pfennig?

—Sí, señor.

Desapareció radiante en dirección al puesto de limonadas.

—He pecado, he pecado gravemente —murmuró Schrella sonriente, mientras se dirigía a la parada del tranvía: he bebido limonada con aroma de asperilla para acompañar el pollo del hotel *Prinz Heinrich*: he dejado en paz los recuerdos, no he derretido las flores de escarcha; no he querido ver brillar en los ojos de Erika Progulske la llama del rencuentro, no he querido oír pronunciar a sus labios el nombre de Ferdi; solo la piel de mi pulgar ha celebrado un recuerdo, ha reconocido el botón del timbre de latón descolorido.

Le pareció pasar por las baquetas, entre pares de ojos, que desde la acera, desde ventanas y portales, disfrutando bajo el sol estival la tarde de fiesta, le observaban cuidadosamente; ¿había acaso entre ellos alguien que reconociera sus gafas, su manera de andar, su pestañear, alguien que, debajo del abrigo extranjero, reconociera al lector de Hölderlin del que tantas veces se habían burlado gritándole al pasar: «El Schrella, el Schrella lee versos»?

Se secó angustiado la frente sudorosa, se quitó el sombrero, se detuvo y, desde la esquina, volvió a mirar a la Gruffelstrasse; nadie le había seguido; unos jóvenes, sentados en sus motos, medio inclinados hacia adelante, hacían promesas de amor a unas muchachas; unas botellas de cerveza colocadas en los alféizares de las ventanas absorbían el sol de la tarde; más allá, la casa donde había nacido y había vivido el ángel; quizás se conservaba aún el botón de latón sobre el que el pulgar de Ferdi se había apoyado quince mil veces; fachada verde, flamante instalación de droguería, anuncios de pasta dentífrica inmediatamente debajo de la ventana a la que Ferdi se había asomado tan a menudo.

El camino del parque, del que Robert había apartado a Edith para llevarla entre los arbustos aquel anochecer de julio de hacía veintitrés años; ahora había rentistas sentados en los bancos, se contaban chistes, husmeaban distintas clases de tabaco, se quejaban de lo mal educados que eran los niños; madres excitadas pronosticaban destinos amargos a sus desobedientes vástagos, conjuraban un futuro terrible: *¡Que el átomo te lleve!* Muchachos con el devocionario debajo del brazo venían de confesar, todavía indecisos de si debían abandonar ya hoy el estado de gracia o esperar a mañana.

Todavía faltaba un minuto para la salida del once; hacía ya treinta años que

aquellos raíles oxidados se dirigían a un futuro vacío; la hermana de Ferdi llenaba ahora unos vasos limpios con limonada verdosa; el conductor del tranvía tocó la campanilla para retirar a los pasajeros; el cobrador, cansado, apagó su cigarrillo, se arregló la cartera, subió a la plataforma y tocó la señal de alarma, porque más allá, donde terminaban los raíles oxidados, una anciana se había puesto a correr.

—A la estación —dijo Schrella— con correspondencia para el puerto.

—Cuarenta y cinco.

Casas poco sólidas, casas más sólidas, casas muy sólidas. Cambio de línea; sigue siendo el dieciséis el que lleva al puerto.

Almacén de material de construcción, depósito de carbón, muelle de descarga. Desde la vieja garita de la báscula, podía leer: «Michaelis, carbones, coques, aglomerados».

Solo necesitaba dar la vuelta a la esquina, andar dos minutos, y podría completar el recuerdo; las manos de la señora Trischler seguro que habían resistido el paso del tiempo, lo mismo que los ojos del viejo y el retrato de Alois colgado en la pared; botellas de cerveza, manojos de cebollas y tomates, pan y tabaco; buques anclados, pasarelas inseguras, por las que pasaba transportando fardos de velas: enormes crisálidas de mariposa que viajarían Rin abajo, hacia las nieblas del mar del Norte.

Reinaba un gran silencio; montón reciente de carbón detrás de la empalizada de Michaelis, montaña de ladrillos rojos en el almacén de material de construcción; los pasos amortiguados de los vigilantes nocturnos detrás de las vallas y tinglados hacían más patente el silencio.

Schrella sonrió, se asomó a la baranda oxidada, miró luego hacia atrás y se asustó: no sabía que existiera el puente nuevo; Nettleger tampoco le había hablado de él; el puente cruzaba la dársena del puerto viejo, las pilastras de color verde oscuro se levantaban exactamente en el lugar donde antes estaba la casa de Trischler; la sombra del puente cubría la parte anterior del muelle; donde había habido la casilla de los sirgadores, en el río, unos enormes portales de acero enmarcaban la nada azul.

La taberna de Trischler era el lugar donde su padre trabajaba más a gusto: servía a pescadores y a sus mujeres, sentados en las sillas encarnadas del jardín, en las largas tardes de verano, mientras Alois, Edith y él pescaban con sus cañas en el puerto viejo. Eternidad de los cálculos infantiles del tiempo; infinitud como Schrella solo la había encontrado en los versos; al otro lado del puerto sonaban las campanas de Sankt Severin, lanzando un mensaje de paz y de esperanza en el anochecer, mientras Edith, con sus manos inquietas, dibujaba en el aire el ritmo del pez al saltar; sus caderas, sus brazos, todo su cuerpo bailaba al ritmo del pez al saltar y ni uno solo mordía el anzuelo.

Su padre servía cerveza dorada con espuma blanca, su rostro expresaba más mansedumbre que resignación y rehusaba las propinas sonriendo, porque *todos los hombres son hermanos*; ¡hermanos!, lo decía en voz alta en el atardecer de verano; rostros preocupados de pescadores sonreían; mujeres hermosas, con esperanza en los

ojos, sacudían la cabeza al ver tanta exaltación infantil; y sin embargo, le aprobaban: hermanos y hermanas.

Schrella bajó lentamente la escalinata, siguió el muelle, donde unos pontones oxidados y unas barcas viejas esperaban al desguazador que las quisiera comprar; penetró en la sombra verde del puente, vio en el centro del río las grúas en actividad, que cargaban restos de puente sobre barcazas en las que la chatarra gemía con el peso de la que se le echaba encima; llegó a la lujosa escalinata de subida y sintió como los anchos peldaños le obligaban a andar solemnemente; con fantasmagórica esperanza se elevaba la autopista, limpia y desierta, hasta el río, hacia el puente, donde unos carteles con unos fémures cruzados y una enorme calavera, en negro sobre blanco, frenaban la esperanza; carteles con *Peligro de muerte* frenaban la marcha hacia occidente, mientras la carretera desierta se abría hacia oriente, hacia un infinito de brillantes hojas de remolacha.

Schrella siguió andando, se metió entre *Peligro de muerte* y fémures cruzados, pasó junto al barracón de las obras, alarmó a un vigilante, que levantó excitado los brazos, pero luego los dejó caer de nuevo tranquilizado por la sonrisa de Schrella; este avanzó hasta la orilla; armazones de hierro oxidado, de los que pendían trozos de cemento, demostraban con su resistencia durante quince años la excelente calidad del acero alemán; al otro lado del río, más allá de los portales vacíos del puente, la autopista bordeaba el campo de golf y se perdía en el infinito de las brillantes hojas de remolacha.

Café Bellevue. Paseo por la orilla del río. A la derecha, los prados de deporte: béisbol, béisbol. La pelota que tiró Robert, y las bolas que juntos impulsaron con el taco, en las tabernas holandesas, rojo sobre verde, blanco sobre verde, la música monótona de las bolas sonaba casi como un canto gregoriano; las figuras que formaban las bolas, como estrictos poemas, ejercían su magia desde el fieltro verde; jamás había comido del *sacramento del búfalo*. Había aceptado las heridas a ojos cerrados, *apacienta mis corderos* en los prados de suburbio, donde se juega a béisbol, en calles que se llaman Gruffelstrasse y Modestgasse, en calles de suburbios ingleses, y detrás de muros de presidios; *apacienta mis corderos* donde sea que los encuentres, incluso si no saben hacer nada mejor que leer a Hölderlin y a Trakl, nada mejor que pasarse quince escribiendo en una pizarra: «Yo soy, yo era, yo fui, yo he sido, yo seré, yo había sido, yo habré sido», mientras los hijos de Nettlinger jugaban al tenis en prados bien cuidados —los ingleses son los que mejor lo hacen—, mientras su bella esposa, cuidada, cuidada, muy cuidada, le decía desde la terraza a él, que estaba descansando en un diván: «¿Quieres un poquito de ginebra en la limonada natural?», y él le contestaba: «Sí, pero no demasiado poquito», y ella, muerta de risa, maravillada de tanta gracia, le ponía un poquito, pero no demasiado poquito, de ginebra en la limonada, salía al jardín, se sentaba a su lado, en otro diván, que era tan elegante como el primero, y vigilaba los movimientos de su hija mayor; tal vez había perdido algo el apetito, se le adivinaban un poco los huesos, quizás su hermoso rostro

tenía una expresión demasiado seria; en aquel momento, la muchacha abandonaba agotada la raqueta, se sentaba a los pies de papá, a los pies de mamá, al borde del campo. «Pero, hija mía, no te enfríes» y ella preguntaba, ¡ay!, siempre con la misma seriedad: «Papá, ¿qué es exactamente eso de la democracia?», y aquel era el momento adecuado para que papá tomara un aire solemne, dejara el vaso de la limonada, se sacara el cigarro de la boca —ya es el quinto hoy, Ernst-Rudolf— y dijera: «La democracia...». No, no te pediré ni oficial ni particularmente que aclares mi situación legal; *no cobro nada por ello*, hice mi juramento de muchacho en el café Zons, juré mantener el honor de los indefensos; mi situación legal quedará sin aclarar; quizás la aclaró también Robert, con dinamita; me gustaría saber si, entretanto, ha aprendido a reírse, o por lo menos a sonreír, estaba siempre serio, no podía hacerse cargo de la muerte de Ferdi, congelaba sus ideas de venganza en fórmulas, fórmulas que llevaba en la mente como si fueran un bagaje muy ligero, fórmulas exactas, se las llevó al cuartel como sargento y como oficial, durante seis años, sin reír, mientras que Ferdi, cuando le detuvieron, había sonreído, aquel ángel de suburbio, del montón de basura que era la Gruffelstrasse solo los tres centímetros cuadrados de piel del pulgar habían concretado su recuerdo; pies de profesor de gimnasia ligeramente chamuscados y el último de los corderos muerto por un casco de bomba; el padre *desapareció definitivamente*, ni siquiera murió por la *ley de fugas*. Y nadie había encontrado ni rastro de la pelota que tiró Robert.

Schrella arrojó la colilla al fondo del río, se levantó, regresó lentamente, se metió entre *Peligro de muerte* y fémures cruzados, saludó al vigilante alarmado, echó una última mirada al café Bellevue, siguió la autopista limpia y desierta que bajaba para dirigirse al horizonte a través de brillantes hojas de remolacha; aquella carretera tenía que cruzarse en algún sitio con el tranvía dieciséis. Billeto de correspondencia con la estación, cuarenta y cinco pfennig; sintió deseos de hallarse en una habitación de hotel; le gustaban aquellos hogares casuales, lo anónimo de aquellas habitaciones míseras perfectamente intercambiables; en ellas no se derretían las flores de escarcha de los recuerdos; apátrida, sin hogar, y, por la mañana, un desayuno indiferente, servido sin el menor cariño por un camarero medio dormido, cuyos puños no estaban del todo limpios, cuya pechera no había sido almidonada con devoción, como lo hacía su madre; quizás se podía aventurar una pregunta, en el caso de que el camarero tuviera más de sesenta años: «¿Conoció usted a un compañero que se llamaba Schrella?».

Siguió por la carretera, limpia y desierta, hacia un horizonte de brillantes hojas de remolacha; por todo equipaje, las manos en los bolsillos, y la calderilla sembrada por el camino para Hänsel y Gretel. Las postales eran el único contacto soportable con la vida que continuaba después de la muerte de Edith, del padre y de Ferdi. «Yo estoy bien, querido Robert, espero lo mismo de ti; saluda a mi sobrina, que no conozco, a mi sobrino y a tu padre», veinticuatro palabras, demasiadas; se podía restringir el texto. «Estoy bien, lo mismo te deseo, saludos a tu padre, Ruth, Joseph», once

palabras; con la mitad se podía decir lo mismo; a qué haber venido hasta aquí, estrechar manos, durante una semana no conjugar: yo soy, yo era, yo he sido; encontrar a Nettlinger intacto, la Gruffelstrasse intacta; solo faltaban las manos de la señora Trischler.

Un cielo de hojas de remolacha, que parecían cubiertas de un vello de plata verdosa; por allá abajo el tranvía dieciséis corría traqueteando por un desvío. Cuarenta y cinco pfennig; todo ha subido. Seguro que Nettlinger aún no había terminado su conferencia sobre la democracia; luz de atardecer; su voz se hacía blanda; y su hija iba a buscar a la sala la manta de viaje —yugoslava, danesa o finlandesa; en todo caso, los colores eran preciosos— la echaba sobre los hombros de su padre y volvía a arrodillarse con atención devota, mientras la madre, en la cocina... «quedaos en el jardín, hijos míos, hace una tarde tan preciosa, tan plácida...», preparaba sabrosos bocadillos y ensaladas de abigarrados colores.

La imagen que la fantasía daba de Nettlinger era más precisa que el encuentro con él; la manera como se había embutido los filetes, mientras bebía el mejor, el mejor de todos los vinos, hundido en reflexiones acerca de si la mejor manera de coronar aquel ágape sería el queso, el helado, los pasteles o una tortilla de mermelada. «Hay una cosa, señores —había dicho el antiguo consejero de embajada que daba el cursillo de: Cómo llegar a ser un *gourmet*—, hay una cosa, señores, que deben añadir a cuanto les he dicho, a saber: una punta, solo una punta de originalidad».

En Inglaterra, lo había escrito en la pizarra: «debería haber sido fusilado»; durante quince años había servido al xilófono de la lengua: yo vivo, yo vivía, yo he vivido, yo había vivido, yo viviré. ¿Viviré yo? Jamás había comprendido que hubiera gente a quienes les aburriera la gramática. Ha sido asesinado, fue asesinado; había sido asesinado, será asesinado; ¿quién le asesinará? Mía es la venganza, había dicho el Señor.

—Final de trayecto, señor. Estación.

El barullo no había disminuido. ¿Quién era el que llegaba y quién el que se marchaba? ¿Por qué no se quedaban todos en casa? ¿Cuándo salía el tren para Ostende, o para Italia o Francia?; seguro que también allí había gente que tenía ganas de aprender: yo vivo, yo vivía, yo he vivido; él será asesinado; ¿quién le asesinará?

¿Habitación de hotel? ¿De qué categoría? ¿Barato? Vio que la amabilidad de la joven que con su delicado dedo seguía la lista, iba decreciendo; por lo visto era considerado como un pecado, en este país, preguntar el precio de las cosas. *Siempre lo mejor. Lo más caro es lo más barato*; error, linda criatura, lo barato es lo más barato, efectivamente, continua resiguiendo con tu delicado dedo la lista hasta que llegues abajo del todo. «Pensión Moderna». Siete marcos. Sin desayuno. No gracias, ya conozco el camino hasta la Modestgasse; sí, sí, lo conozco muy bien, el número dieciséis, eso está al lado del Modesttor.

Al volver la esquina, casi tropezó con el jabalí, se asustó y retrocedió ante la masa grisácea del animal y, por poco, no pasó de largo frente a la casa de Robert; allí, el recuerdo no estaba en peligro: solo había estado allí una vez; Modestgasse número ocho; se detuvo ante la reluciente placa de latón y leyó: «Dr. Robert Fähmel, oficina de cálculos estáticos, cerrado por las tardes»; al pulsar el botón del timbre, empezó a temblar: aquello de lo cual no había sido testigo, que no había ocurrido con detalles que él conociera, le conmovía siempre más profundamente; detrás de aquella puerta había muerto Edith, en aquella casa habían nacido sus hijos, vivía Robert; por el ruido que hizo el timbre, comprendió que no le abriría nadie; el sonar del timbre se unió al del teléfono; el botones del hotel, pensó, ha cumplido la palabra; le dará una buena propina cuando vayamos a jugar al billar.

Solo cuatro casas más allá, la «Pensión Moderna». Por fin, en casa; afortunadamente, ningún olor a comida en el pequeño recibidor. Ropa de cama limpia para una cabeza fatigada.

—Sí, gracias, ya lo encontraré.

—En el segundo piso, la tercera puerta a la izquierda, vaya con cuidado al subir, señor, algunas de las varillas de la alfombra de la escalera están sueltas; hay huéspedes tan brutos. ¿No desea que le llamen por la mañana? Y otra cosa, por favor; ¿le importaría pagar por adelantado o traerán el equipaje? ¿No? Pues entonces son ocho marcos y cinco pfennig, incluida la propina; siento verme obligada a estas medidas de precaución, señor, pero no se puede usted imaginar cuánta mala fe hay en el mundo; por eso hay que recibir con desconfianza a la gente decente, así es; y los hay que incluso así encuentran la manera de atarse la ropa de la cama al cuerpo y cortarse pañuelos de las fundas de las almohadas; si usted supiera la de cosas que se llegan a ver; ¿no quiere recibo? Mejor que mejor, los impuestos se le comen a uno vivo. Probablemente el señor espera visita, su esposa, ¿verdad? Le diré que suba, no se preocupe...

Su temor había sido infundado: el recuerdo no se convirtió en emoción, siguió siendo fórmula, no se desintegró en beatitud o dolor, ni enturbió la serenidad de su corazón; este no intervino: había estado allí, a la luz del anochecer, entre la taberna y la abadía, donde ahora se veía el montón de ladrillos violáceos y bien cocidos; a su lado, el general Otto Kösters, cuya locura se había concretado en una sola fórmula: «Campo de tiro». El capitán Fähmel, el teniente Schrit y los dos aspirantes Kanders y Hochbret; con expresión de la más profunda seriedad, habían insistido ante Otto-Campo-de-tiro en la necesidad de no mostrarse inconsecuente ni siquiera frente a edificios tan respetables; otros oficiales protestaron, intervinieron asesinos lloricones en favor de la cultura que había que salvar, alguien pronunció la terrible palabra: alta traición; pero ninguno supo argumentar con tanta precisión, tanta fluidez y tanta lógica como Schrit, que con palabras convincentes sugirió la necesidad de volar la abadía al general que empezaba a titubear, diciendo: «Y aunque no fuera más que para dar una prueba de que todavía creemos en la victoria, mi general: un sacrificio tan doloroso haría comprender a la población y a los soldados que seguimos creyendo en la victoria», y la respuesta alada no se hizo esperar: «Estoy decidido; hay que volar el edificio, caballeros. Cuando se trata de la victoria no podemos tener en cuenta ni siquiera nuestros más sagrados tesoros artísticos; manos a la obra, caballeros». Mano a la visera y taconazo.

¿Era verdad que había tenido alguna vez veintinueve años, que había sido capitán? ¿Había estado alguna vez con Otto-Campo-de-tiro en este lugar, en que el nuevo abad saludaba sonriente a su padre?

—Estamos muy contentos, señor consejero, de que se haya dignado a volvernos a hacer una visita; muy contentos de conocer a su hijo; Joseph es ya casi un viejo amigo, ¿verdad, Joseph? El destino de nuestra abadía está íntimamente unido al destino de la familia Fähmel..., y Joseph, permítanme que me refiera a estas cosas íntimas, Joseph ha sido alcanzado aquí por las flechas de Cupido; ve usted, doctor Fähmel, los jóvenes de hoy en día ni siquiera se sonrojan cuando se les dicen estas cosas; siento tener que excluir a la señorita Ruth y a la señorita Marianne de la visita a la clausura.

Las muchachas reprimieron la risa; ¿no habían reprimido también su risa en este lugar su madre, Josephine y la propia Edith al verse excluidas de la comitiva de los hombres? Bastaba cambiar en el álbum de fotografías las cabezas y las modas.

—Sí —decía el abad—, la clausura ya está habitada; aquí está nuestra joya más preciada, la biblioteca... por aquí, por favor, la enfermería, afortunadamente desierta en este momento...

No, jamás había andado por aquí con la tiza en la mano de un lado a otro, no había escrito sus misteriosas combinaciones de X Y Z en las paredes, aquel código de la nada que solo Schrit, Hochbret y Kanders sabían descifrar; olor a argamasa, olor a

pintura fresca, a madera recién cepillada.

—Sí, esto se salvó de la destrucción gracias al cuidado de su nieto, de su hijo; esta pintura de la Santa Cena, aquí en el refectorio; ya sabemos que no es ninguna maravilla artística —perdóneme este comentario, señor consejero—, pero incluso los productos de esta escuela de pintura empiezan a escasear, y nosotros siempre nos hemos sentido obligados a mantener la tradición; tengo que confesar que a mi hoy todavía me encanta la fidelidad de detalles de estos artistas. Vea usted aquí con qué afectuoso esmero están pintados los pies de San Juan y de San Pedro, los pies de un joven y los de un hombre entrado en años: eso es fidelidad en los detalles.

No, aquí no había cantado nunca nadie *Tiemblan los huesos carcomidos*; no había ardido ninguna hoguera pagana; todo era un sueño. Un caballero distinguido, de algo más de cuarenta años de edad, hijo de un padre distinguido, padre de un hijo muy sano y muy inteligente, que les acompañaba sonriente en la visita de la abadía, a pesar de que parecía aburrirse profundamente; cada vez que se volvía a mirar a Joseph, veía solo una sonrisa amable, pero algo fatigada, en su rostro.

—Como ustedes saben, ni siquiera se salvaron las dependencias; fue lo primero que reconstruimos, porque nos parecía que así asegurábamos las premisas materiales indispensables para empezar de nuevo; aquí ven el establo de las vacas; naturalmente, ordeñamos eléctricamente; le hace sonreír... estoy seguro de que nuestro San Benito no hubiera tenido ninguna objeción contra el ordeñar eléctricamente. ¿Me permiten que les ofrezca un modesto pisco-labis? Un saludo de bienvenida, nuestro famoso pan, nuestra famosa mantequilla y nuestra miel; ustedes quizás no saben que cada abad al morir o al ser trasladado deja el encargo a su sucesor de no olvidar a la familia Fähmel: es verdad que ustedes forman parte de nuestra familia conventual. Ah, allí vienen las señoritas; claro, esto está fuera de la clausura.

Pan y mantequilla, vino y miel sobre sencillas bandejas de madera; Joseph pasaba un brazo alrededor de los hombros de su hermana y el otro en torno a los de Marianne; rubio entre dos cabezas morenas.

—Espero que nos harán ustedes el honor de asistir a la consagración. El canciller y los consejeros provinciales nos han prometido su presencia, habrá también algunos príncipes extranjeros y consideraríamos un gran honor poder saludar con esa ocasión a toda la familia Fähmel; mi discurso no estará bajo el signo de la acusación sino bajo el signo de la reconciliación, reconciliación incluso con las fuerzas que con ciego afán destruyeron nuestro cenobio, aunque no con las fuerzas destructoras que vuelven a amenazar nuestra cultura; quisiera que estas palabras sirvieran de invitación y de ruego de que nos concedan el honor de su presencia.

«No, no vendré a la consagración —pensó Robert—, porque no estoy reconciliado con las fuerzas responsables de la muerte de Ferdi, como tampoco estoy reconciliado con las fuerzas que arrebataron la vida a Edith y salvaron Sankt Severin; no estoy reconciliado conmigo ni lo estoy con el espíritu de la reconciliación que tú anunciarás en tu discurso inaugural; no era ciego afán lo que destruyó tu cenobio,

sino odio, un odio nada ciego y al que no ha seguido ningún arrepentimiento. ¿Debo confesar que fui yo? ¿Debo añadir más dolor al que siente ya mi padre, a pesar de que no es culpable, y quizás también a mi hijo, a pesar de que tampoco es culpable, y a ti, reverendo padre, a pesar de que tampoco tú eres culpable? ¿Quién es culpable? No estoy reconciliado con el mundo en el que un ademán puede costar la vida».

Eso pensó, pero dijo:

—Muchas gracias, reverendo padre, será para mí un placer asistir a la fiesta de consagración.

«Yo no vendré, reverendo padre —pensó el anciano—, porque solo estaría aquí como un monumento de mí mismo, no como lo que, en realidad, soy: un anciano que esta mañana dio a su secretaria la orden de escupir el día que viera mi monumento; no te asustes, reverendo padre; no estoy reconciliado con mi hijo Otto, que dejó de ser mi hijo para convertirse únicamente en el envoltorio de mi hijo y tampoco estoy reconciliado con los edificios, aunque yo mismo los haya construido. No nos echarán de menos en la fiesta: canciller, consejeros provinciales, príncipes extranjeros y altos dignatarios de la Iglesia llenarán seguramente bien nuestro hueco. ¿Fuiste tú, Robert, y has tenido miedo de decírmelo? Tu manera de mirar, de andar, durante la visita me lo han revelado. Pero no te preocupes, no me afecta... tal vez, pensaste entretanto en aquel muchacho, cuyo nombre no llegué a saber, aquel que echaba tus noticias en el buzón de las cartas... y en el camarero, que se llamaba Groll, en los corderos que nadie apacentaba, ni siquiera nosotros. No celebremos, pues, ninguna clase de reconciliación: *sorry*, reverendo padre, tendrás que conformarte, pero no nos echarás de menos; que pongan una lápida que diga: “Construido en 1908 por Heinrich Fähmel de veintinueve años de edad; destruido en 1945 por Robert Fähmel, de veintinueve años de edad”... ¿Y qué harás tú, Joseph, cuando tengas treinta años? ¿Heredarás la oficina de cálculos estáticos de tu padre? Lo mismo para construir que para destruir, las fórmulas son más eficaces que la argamasa. Fortalece tu corazón con himnos corales, reverendo padre, piénsalo bien antes de decidir si estás reconciliado con el espíritu que destruyó el convento».

—Muchas gracias, reverendo padre, será para nosotros un gran placer asistir a la fiesta —dijo el anciano.

De los valles y prados subía el fresco de la noche, las hojas de las remolachas que antes estaban secas se humedecían y se oscurecían prometiendo riqueza; en el volante, a la izquierda, la cabeza rubia de Joseph; a la derecha, las dos muchachas de los cabellos negros; el coche se deslizaba suavemente hacia la ciudad. ¿Cantaba alguien: «Hemos terminado la siega»? No era posible, como no lo podía ser tampoco el esbelto campanario de Sankt Severin, en el horizonte; Marianne fue la primera que volvió a hablar:

—¿No pasamos por Doderingen?

—No, el abuelo quería pasar por Denklingen.

—Me figuraba que íbamos por el camino más corto.

—Si llegamos a las seis a la ciudad, basta —dijo Ruth—; no necesitamos más de una hora para arreglarnos.

La conversación de los jóvenes sonaba como un murmullo procedente de oscuras capas de la tierra, donde unos seres sepultados se dieran mutuamente ánimos: veo luz; te equivocas; seguro que veo luz; dónde; no oyes los golpes del pico del equipo de salvamento; no oigo nada; ¿habíamos hablado en voz alta, en la sala de la hospedería?

No es bueno sacar las fórmulas de su congelación, convertir secretos en palabras, traducir recuerdos en sentimientos, capaces de matar incluso cosas tan buenas y severas como el amor y el odio. ¿Hubo alguna vez un capitán llamado Robert Fähmel, que conociera tan bien la jerga del casino, que se amoldara tan perfectamente a las costumbres, que supiera sacar a bailar —como era su obligación— a la esposa del oficial de más graduación y supiera hacer un brindis con voz segura? A la salud de nuestro querido pueblo alemán; champaña, ordenanza; juego de billar, blanco sobre verde, rojo sobre verde, blanco sobre verde. Y una noche alguien se plantó ante él con el taco en la mano, sonrió y dijo: «Me llamo Schrit, soy teniente, como usted puede ver, especialista en voladuras como usted, mi capitán, defiendo con dinamita la cultura occidental». Aquel era un hombre que no llevaba en el pecho un alma llena de complejos, un hombre que sabía esperar y ahorrar, que no tenía necesidad de movilizar cada vez el corazón y los sentimientos, que no se emborrachaba de tragedias, que había prestado el juramento de volar *exclusivamente* puentes y casa alemanas, de no romper ni un solo cristal de una choza rusa; esperar, jugar al billar, no decir ni una palabra de más... y, finalmente, la vimos frente a nosotros, bajo el sol de primavera, nuestra gran presa que tanto habíamos estado esperando: Sankt Anton; y en el horizonte se dibujaba la presa que se nos tenía que escapar: Sankt Severin.

—No corras tanto —dijo Marianne en voz baja.

—Perdóname —contestó Joseph.

—Dime, ¿qué vamos a hacer en Denklingen?

—El abuelo quiere que pasemos por allí —dijo Joseph.

—No, Joseph —dijo Ruth—, no te metas con el coche por la avenida, ¿no ves el cartel: «Solo para los habitantes de la casa»? ¿Acaso te cuentas entre ellos?

La escala en todos sus grados: esposo, hijo, nieto y futura nuera se dirigieron al castillo encantado.

—No, no —dijo Ruth—, yo os aguardaré aquí. Prefiero que me dejéis aquí.

Por las noches, cuando estoy con mi padre en el despacho, la abuela podría estar

perfectamente con nosotros; yo leo, él bebe vino, remueve sus cajones, extiende las fotocopias del tamaño de una postal ante sí como si hiciera un solitario; siempre correcto, jamás la corbata suelta, jamás la chaqueta desabrochada, sin dejarse llevar nunca por la familiaridad paternal; siempre reservado y solícito: «¿Necesitas libros, trajes, dinero para el viaje? ¿No te aburres, hija mía? ¿Preferirías salir? ¿Ir al teatro, al cine, a bailar? Te acompañaré con mucho gusto. ¿Quizás te gustaría dar otra merienda arriba en la terraza, ahora que el tiempo es tan hermoso? Paseo nocturno antes de irnos a acostar, alrededor de la manzana, la Modestgasse hasta el Modesttor; luego, avenida de la estación abajo, hasta la estación; ¿no hueles la lejanía, hija mía?», por el paso subterráneo, junto a Sankt Severin, al hotel *Prinz Heinrich*; «Gretz se ha olvidado de fregar las manchas de sangre de la acera»; sangre de jabalí dura y negra. «Hija mía, son las nueve y media, será mejor que vayas a acostarte, buenas noches»; beso en la frente; siempre amable, siempre correcto; «¿prefieres que tomemos una ama de llaves, si te cansa la comida de restaurante?; a decir verdad, a mí no me gusta ver personas extrañas en casa»; desayuno, té, panecillos, leche; beso en la frente, y a veces con voz muy queda: «Hija mía, hija mía...». «¿Qué te pasa, papá?». «Mira, saldremos de viaje». «¿Ahora mismo?» «Sí. No vayas al colegio ni hoy ni mañana, y nos vamos; solo hasta Amsterdam; una ciudad preciosa, hija mía; gente muy callada y muy amable..., solo hace falta conocerlos. ¿Conoces a la gente de Amsterdam?». «Sí, la conozco. Son hermosos los paseos por la noche a lo largo de los muelles». «¿Has notado lo silenciosa que es allí la gente? No hay ningún lugar donde se grite tanto como aquí, siempre se arma algarabía, se levanta la voz para parecer importante. ¿Te aburrirás si voy otra vez a jugar al billar? Ven conmigo si te apetece».

Yo nunca comprendí la fascinación con que le miraban jóvenes y viejos, mientras él estaba allí, jugando al billar, envuelto en el humo del cigarrillo, con el vaso de cerveza al lado, encima del borde de la mesa; ¿le tuteaban efectivamente o se trataba solo de una particularidad de la lengua holandesa que sonaba como si dijeran tú cuando le hablaban?; le llamaban familiarmente Robert, haciendo rodar la R de Robert como si fuera un caramelo duro que tuvieran en la boca. Silencio. Mucha quietud en los canales. Me llamo Ruth, soy medio huérfana, mi madre tenía veinticuatro años cuando murió; yo tenía tres, y cuando pienso en ella pienso en diecisiete o en dos mil años, porque veinticuatro es un número que no le sienta; tiene que ser algo por debajo de dieciocho o por encima de ochenta; a mí siempre me pareció la hermana de mi abuela; yo sé el secreto, que todos guardan cuidadosamente, de la locura de la abuela, y no quiero verla mientras esté loca; su locura es mentira, luto detrás de espesos muros; yo lo sé muy; bien; acudo a menudo a este recurso y me evado con la; mentira: me escondo en el edificio interior, Modestgasse número 8, habitado por fantasmas. *Kabale und Liebe*, el abuelo construyó la abadía, papá la voló, Joseph la reconstruye. Me da igual; probablemente tendréis una desilusión cuando veáis lo poco que eso me afecta; yo vi cómo sacaban los muertos de los

sótanos y Joseph trataba de convencerme de que estaban enfermos y que los llevaban al hospital, pero ¿se podía echar a los enfermos como si fueran sacos en los camiones? Y vi como el maestro, que se llamaba Krott, iba secretamente, durante el recreo, a la clase, y robaba el bocadillo que Konrad Gretz llevaba en la cartera, vi el rostro de Krott y tuve un miedo atroz, y recé a Dios: «Te lo suplico, haz que no me descubra aquí, te lo suplico, te lo suplico», porque sabía que me mataría si me descubría; yo estaba detrás de la pizarra, buscando mi pasador, y él hubiera podido verme las piernas, pero Dios se apiadó de mí y Krott no me descubrió; vi su rostro y vi además cómo mordía en el pan y luego salía de la clase; a quien ha visto una cara como aquella ya no le importa nada una abadía destruida; y la comedia que siguió luego, cuando Konrad Gretz descubrió que le habían robado, y Krott nos exhortó a la sinceridad: «Niños, mostraos sinceros, os doy un cuarto de hora de tiempo; después, el culpable tiene que decirlo, de lo contrario... solo faltan ocho minutos, solo faltan siete, seis...», y yo le miré, él recogió la mirada, se precipitó sobre mí: «Ruth, Ruth —gritó—, ¿tú?, ¿has sido tú?». Yo sacudí la cabeza y me eché a llorar, porque volvía a estar muerta de miedo. Él me dijo: «Dios mío, Ruth, tienes que ser sincera». Yo hubiera querido decir que había sido yo, pero entonces él hubiera visto que lo sabía; y seguí sacudiendo la cabeza y llorando; solo cuatro minutos, tres, dos, uno, ya está. «Sois una pandilla de ladrones, de embusteros, como castigo vais a escribirme todos doscientas veces: “No debo robar”. No me conmueven vuestras abadías; he tenido que guardar secretos terribles, he pasado un miedo atroz; como sacos los echaban en los camiones».

¿Por qué habrán tratado con tanta frialdad a ese abad tan simpático? ¿Qué habrá hecho? ¿Habrá asesinado a alguien, habrá robado a alguien un bocadillo? Konrad Gretz tenía comida suficiente, pastel de *foie-gras* y mantequilla con pan blanco; ¿qué diablo se apoderó de pronto del rostro de aquel maestro tan bueno y serio? Entre su nariz y sus ojos, entre su nariz y su boca, entre sus orejas apareció de pronto el asesino; como sacos echaban los cadáveres en los camiones. Y a mí me divertía ver cómo mi padre se burlaba del alcalde delante del gran plano de la pared; cuando trazaba sus señales negras y decía: «Fuera, eso hay que volarlo». Le quiero, sigo queriéndole igual ahora que lo sé; a ver si, por lo menos, Joseph ha dejado los cigarrillos en el coche; vi a un hombre que daba su anillo de matrimonio por dos cigarrillos... ¿Cuánto hubiera pedido por su hija? ¿Cuánto por su esposa? En su rostro se leía la lista de precios: diez, veinte, hubiera admitido el regateo; todos admiten el regateo; lo siento, papá, pero la miel y el pan y la mantequilla todavía me gustan, aun después de que sé quién lo hizo. Seguiremos jugando a padre e hija; exactamente delimitados como si bailáramos en un concurso; después del piscolabis hubiera sido adecuado dar un paseo hasta la Colina de los Cosacos, Joseph con Marianne y yo delante, el abuelo detrás como todos los sábados:

—¿Sigues bien, abuelo?

—Sí, gracias, voy bien.

—¿No andamos demasiado de prisa?

—No os preocupéis, hijos míos. ¿Os parece que me siente un poco o está el suelo demasiado húmedo?

—La arena está completamente seca, abuelo, y todavía caliente, puedes sentarte tranquilo; ven, dame el brazo.

—Claro, abuelo, enciende tranquilamente un cigarro, nosotros ya vigilarémos que no ocurra nada.

Afortunadamente, Joseph ha dejado los cigarrillos en el coche, y el mechero funciona; el abuelo me ha regalado unos vestidos y un jersey preciosos, mucho más bonitos que los que me compra papá, que tiene un gusto pasado de moda; se nota que el abuelo entiende en muchachas y mujeres; yo no quiero entender a la abuela, no quiero; su locura es mentira, no nos daba de comer, y yo me alegré mucho cuando se la llevaron y pudimos comer algo más; quizás tengas razón cuando dices que la abuela era muy grande y que sigue siéndolo, pero a mí no me interesa la grandeza; un bocadillo con pastel de *foie-gras*, pan blanco y mantequilla estuvo a punto de costarme la vida; no tengo inconveniente en que vuelva a casa y se siente por las noches con nosotros, pero no le deis la llave de la cocina, por favor no se la deis; yo vi el hambre en el rostro del maestro y tengo miedo; dales siempre de comer. Dios mío, siempre, a fin de que no vuelva a aparecer en sus rostros aquella terrible expresión; ahora es un señor Krott inofensivo que los domingos toma el coche para llevar a la familia a Sankt Anton a oír misa mayor —¿qué domingo después de Pentecostés es hoy? ¿Qué domingo después de la Epifanía, después de Pascua de Resurrección?—; un buen hombre con una buena mujer y dos hijitos: «Mira Ruth, ¿verdad que está crecido nuestro Fränzchen?». «Sí, señor Krott, su Fränzchen está muy crecido»; y ya no me acuerdo de que mi vida estuvo pendiente de un hilo; no; escribí doscientas veces: «No debes robar», y naturalmente, no digo que no cuando Konrad Gretz me invita a una tiesta; nos dan un pastel de *foie-gras* de ganso riquísimo con mantequilla y pan blanco, y cuando uno pisa a alguien o derrama un vaso de vino, no dice: «perdón» o «lo siento», sino *sorry*.

La hierba de la cuneta está tibia, el cigarrillo de Joseph delicioso, y a mí siguió gustándome el pan con miel aun después de que me enteré de que había sido papá quien había volado la abadía; magnífico. Denklingen allá lejos en la luz del ocaso; tendrían que darse prisa, necesitaremos por lo menos media hora para arreglarnos.

—Acérquese, general, no hay motivo para sentirse intimidado; todos los recién llegados me son presentados primero a mí, porque soy la que llevo más tiempo en esta hermosa casa; ¿por qué da esos golpes con el bastón contra la inocente tierra del jardín, por qué hace constantemente una mueca, delante de cada pared, delante de la capilla, junto al invernadero y murmura: «Campo de tiro»? Expresión muy bella, por otra parte: «Campo de tiro»; vía libre a las balas y proyectiles; Otto, ¿verdad?, ¿Kösters? No, nada de familiaridades, no hay que decir nombres y además el nombre de Otto está ocupado; ¿me permite que le llame «Campo de tiro»? Se lo veo en la cara, se lo oigo en la voz, se lo huelo en el aliento; usted no solo ha comido del *sacramento del búfalo*, sino que ha vivido de él; hizo un régimen sistemático; ahora escúcheme, novato, ¿es usted católico? Naturalmente, lo contrario me hubiera sorprendido; ¿sabe ayudar a misa?; naturalmente, se educó en un colegio de padres católicos; permítame que me ría; hace ya semanas que andamos buscando a un acólito; a Ballosch le dieron de alta y se fue; ¿qué le parece si procurara hacerse útil por aquí? No eres más que un loco inofensivo, no eres peligroso, solo tienes la manía de murmurar «Campo de tiro», tanto si la ocasión lo requiere como si no; sabrás muy bien llevar el misal de la derecha a la izquierda, de la izquierda a la derecha del altar; sabrás hacer una genuflexión delante del sagrario, ¿verdad? Tienes una salud de hierro, eso forma parte de tu profesión, sabes golpearte el pecho y recitar el *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa* y contestar *kyrie eleison*; ya ves de qué puede servir aún un general culto, educado en un colegio de padres católicos; te recomendaré al consiliario de la casa para que te tome de acólito; estás conforme, ¿verdad?

Gracias, se ve en seguida que es un caballero; no, por aquí, vamos al invernadero, quiero enseñarle una cosa que forma parte de su profesión, y, por favor, nada de galanterías superfluas, nada de complejos de clase de baile, por favor; tengo setenta años, usted setenta y tres, nada de besamanos, nada de galanteos de viejos; déjese de tonterías; oye lo que te voy a decir: ¿ves lo que hay allí, detrás del cristal verde?, pues aquello son armas, es el arsenal de nuestro buen jardinero mayor: con aquello se matan liebres y perdices, cornejas y ciervos, porque has de saber que nuestro jardinero mayor es un cazador entusiasta, y allí entre las escopetas hay un objeto negro monísimo, muy manejable, una pistola; ahora escupe lo que aprendiste cuando eras cadete o alférez y dime: ¿Ese cacharro es verdaderamente peligroso, se puede matar a alguien con él? No te me pongas pálido, viejo valiente, has comido toneladas de *sacramento del búfalo* y ahora pierdes el ánimo cuando te hago un par de preguntas sencillas; no empieces a temblar; es verdad que estoy un poco chiflada, pero no dispararé la pistola contra tu pecho de setenta y tres años para ahorrar al estado la pensión que te paga; no es mi intención ahorrar nada al estado; dame una respuesta militar a mis preguntas claras y militares. ¿Se puede matar a alguien con

ese cacharro? ¿Sí? Está bien. ¿A qué distancia son mayores las probabilidades de dar en el blanco? A diez metros, a doce, veinticinco como máximo. No se excite usted de ese modo, ¡por el amor de Dios! Me asombra ver lo cobarde que puede llegar a ser un viejo general. ¿Dar parte? No hay que dar parte a nadie; se ve que os metieron en la cabeza como un embudo todo eso de los partes, y no sabéis hablar de otra cosa. Béseme la mano si quiere, pero calladito, nada de llevar recados, y mañana por la mañana ayudará a misa, ¿comprendido? Un acólito tan guapo, de cabellos blancos y tan apuesto, no lo han tenido aquí nunca; ¿no eres capaz de comprender una broma? Resulta que a mí me interesan las armas como a ti te interesa el campo de tiro; tienes que hacerte cargo de que en el reglamento tácito de este establecimiento se da por sentado que cada cual debe dejar que el prójimo se dé sus pequeños gustos; a ti se te respeta la manía del campo de tiro; discreción. Campo-de-tiro, recuerda la educación que recibiste... *Adelante, y hurra por Hindenburg*; ¿ves?, eso te ha gustado, lo importante es encontrar las palabras adecuadas... hay que volver por aquí, pasar junto a la capilla: ¿no quieres entrar un momento y examinar el lugar de tus futuras funciones? Sin agitarse, viejo; se ve que todavía te acuerdas: hay que descubrirse, mojar los dedos adecuados en la pila del agua bendita, y ahora hacer la señal de la cruz; así está bien; ahora arrodíllate, mira a la luz eterna, reza un Ave María y un Padrenuestro... ya está; hay que reconocer que no hay nada comparable a una educación católica; levántate, moja los dedos en el agua bendita, haz la señal de la cruz, deja pasar a la dama, ponte el sombrero; todo ha ido muy bien, ya volveremos a estar aquí: tarde de verano, árboles magníficos en un parque magnífico, un banco; *Adelante y hurra por Hindenburg*; eso te gusta, ¿verdad? ¿Te gusta también lo otro que dice: *quiero un fusil, quiero un fusil*? ¿Eso también te gusta? Déjate de bromas; *después* de Verdún esa clase de bromas se acabaron; allí murieron los últimos caballeros —cayeron demasiados caballeros, demasiados novios de una vez—, demasiados jóvenes bien educados: ¿has echado alguna vez las cuentas acerca de la cantidad de sudor de pedagogos que se malogró allí en unos cuantos meses? Y tan en vano. ¿Cómo no se os ocurrió nunca la idea de instalar una ametralladora en la entrada de la bolsa del trabajo para los que acababan de aprobar el examen de madurez, o en los patios de los institutos de segunda enseñanza, y matar a todos los jóvenes que se presentaran con la alegría de haber aprobado los exámenes en el rostro? ¿Lo encuentras exagerado? Pues permíteme que te diga que la verdad es siempre una exageración; yo todavía bailé con los bachilleres de 1905. 1906 y 1907, asistí a sus fiestas de estudiantes y bebedores de cerveza, pero de aquellos tres cursos más de la mitad cayeron en Verdún. ¿Qué te parece que quedó de los bachilleres de 1935, 1936, 1937, o incluso de los de 1941 y 1942? Puedes elegir el año que quieras. No empieces otra vez a temblar, nunca hubiera imaginado que un general viejo fuera tan cobarde. Déjalo ya; no pongas tus manos sobre las mías... ¿Cómo me llamo? Entiende bien que eso no se pregunta aquí, aquí no se dan tarjetas de visita, aquí no se brinda antes de tutear a uno, se tutea a todo el mundo sin pedir permiso, aquí se sabe

que todos los hombres son hermanos, aunque hermanos enemigos; unos han comido del *sacramento del cordero*: son los menos, viejo; y los otros del *sacramento del búfalo*. Mi nombre es: *quiero un fusil, yo quiero un fusil*, mi apellido: *adelante y hurra por Hindenburg*; abandona definitivamente todos tus prejuicios burgueses, tus hábitos de caballero distinguido, aquí reina una sociedad sin clases; y no te lamente de la pérdida de la guerra. Dios mío, ¿la habéis perdido, efectivamente? ¿Dos veces, una tras otra? A la gente como tú les desearía que perdieran siete guerras. Anda, no hagas más el lloricón, a mí lo mismo me da que hayas perdido una guerra como tres; la pérdida de los hijos, eso sí que es peor que la pérdida de las guerras: tú puedes ayudar a misa en el sanatorio de Denklingen; es una ocupación sumamente digna, y no me hables del futuro de Alemania; he leído en el periódico que el futuro de Alemania está perfectamente trazado. Si no tienes más remedio que llorar, llora; pero al menos, hazlo de un modo menos aparatoso. ¿Fueron injustos contigo? ¿Te hirieron en tu honor? ¿De qué le sirve a uno el honor, al fin y al cabo, si cualquiera se lo puede arañar, verdad? Pero puedes darte por contento, en este caserón estás bien tratado, aquí se preocupan de todos los dolorcitos que pueda sentir el alma, aquí se respetan todos los complejos; solo es cuestión de precio: si fueras pobre, habría palizas y duchas frías; pero aquí te siguen siempre el juego, se te da incluso permiso para salir, podrás ir a beber una cerveza a Denklingen; solo tienes que gritar «Campo de tiro, campo de tiro para el primer ejército, campo de tiro para el segundo», y alguien te contestará: «Sí, mi general»; el tiempo no se entiende en conjunto, sino únicamente como detalle; aquí no permiten que se convierta en historia, ¿me comprendes? No tengo inconveniente en reconocer que has visto mis ojos en otra ocasión, en alguien que tenía una cicatriz rojiza sobre el hueso de la nariz, ya te creo; pero esta clase de datos y de relaciones no están permitidas en esta casa; aquí siempre es *hoy*, hoy es Verdún, hoy ha muerto Heinrich, ha muerto Otto en el frente, hoy estamos a 31 de mayo de 1942. Hoy me dice Heinrich al oído: «*Adelante y hurra por Hindenburg*». Tú le conociste, estrechaste su mano, o mejor dicho, él te la estrechó a ti; está bien, pero ahora vamos a trabajar un poquito; todavía recuerdo cuál es la oración que más les cuesta aprender a los acólitos: tuve que aprenderla con mi hijo Otto: *Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis ad laudem et gloriam nominis sui* —ahora viene lo más difícil, viejo— «*ad utilitatem quoque nostram, totiusque Ecclesiae suae sanctae*»; repítelo, viejo... no: «*ad utilitatem*», no «*utilatem*» —esta equivocación la hacen todos—; te lo apuntaré en un papel, si quieres, o búscalo en tu devocionario... y ahora, adiós, es la hora de la cena, Campo-de-tiro; que aproveche...

Por los anchos y negros caminos, junto a la capilla, de nuevo hasta el invernadero; solo las paredes fueron testigos cuando la anciana abrió la puerta con la llave y se dirigió, sin hacer ruido, al despacho del jardinero mayor, pasando junto a macetas vacías y a parterres malolientes; tomó la pistola del estante; abrió el bolso negro y suave, el cuero se cerró alrededor de la pistola, el cierre no prestó apenas resistencias a sus dedos; lo cerró y, sin hacer ruido, sonriente, acariciando las macetas

vacías, salió del invernadero y volvió a cerrar la puerta tras de sí; solo las oscuras paredes fueron testigos cuando ella sacó la llave de la cerradura y volvió a dirigirse lentamente a la casa, por los anchos y negros caminos.

Huperts estaba poniendo la mesa para la cena, en su habitación; té, pan, mantequilla, queso y jamón; levantó sonriendo la mirada y dijo:

—Tiene usted un aspecto magnífico, señora...

—¿De veras? —contestó ella—. Dejó el bolso encima de la cómoda, se quitó el sombrero, descubriendo su cabello castaño, y dijo sonriendo:

—Me gustaría que el jardinero me trajera unas cuantas flores.

—Ha salido —dijo Huperts—, tiene libre hasta mañana por la noche.

—¿Y aparte de él, nadie puede entrar en el invernadero?

—No, señora; en eso es terriblemente celoso.

—Entonces tendré que esperar a mañana por la noche, o también puedo ir a buscármelas a Denklingen o a Doderingen.

—¿Se dispone a salir, la señora?

—Sí, probablemente sí, hace una tarde preciosa, ¿puedo salir, verdad?

—Claro que sí, claro que sí que puede, pero si prefiere puedo llamar al señor consejero, su esposo, o al doctor, su hijo.

—Ya lo haré yo misma, Huperts, póngame en comunicación con el exterior, por favor, pero para una conferencia larga, ¿comprende?

—Naturalmente, señora.

Cuando Huperts hubo salido, ella abrió la ventana, tiró la llave del invernadero al montón de la basura, volvió a cerrar la ventana, se sirvió un poco de té y de leche en una taza, se sentó, atrajo hacia sí el teléfono y murmuró en voz baja, tratando de dominar con la mano izquierda la mano derecha que le temblaba al ir en busca del auricular.

—Vamos, vamos, me dispongo a volver a la vida con la muerte en el bolso; nadie lo sabía, que este contacto con el frío metal sería suficiente; tomaron la palabra fusil demasiado al pie de la letra; no necesito ningún fusil; una pistola me basta; ven, dime qué hora es, dímelo tú, voz suave, ¿sigues siendo la misma y vale marcar el mismo número de siempre para llegar a ti?

Tomó el auricular con la mano izquierda y escuchó la señal que hace la central telefónica:

«Basta que Huperts oprima un botoncito y, al instante, llegan el tiempo, el mundo, el presente, el futuro de Alemania. Me gustará ver qué aspecto tiene cuando salga yo del castillo encantado».

Con la mano derecha, marcó: uno, uno, uno y oyó la voz suave que decía:

«Cuando suene la señal serán las diecisiete y cincuenta y ocho minutos, treinta segundos», silencio agobiador, un golpe de gong; la voz suave: «Cuando suene la señal serán las diecisiete y cincuenta y ocho minutos, cuarenta segundos». El tiempo fluyó a su rostro y lo llenó de mortal palidez, mientras la voz decía: «Diecisiete y cincuenta y nueve minutos, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta segundos»; un golpe de gong: «Son las dieciocho del día 6 de septiembre de 1958», dijo la voz suave... Heinrich tendría cuarenta y ocho años, Johanna cuarenta y nueve y Otto cuarenta y uno; Joseph tenía veintidós, Ruth diecinueve... y la voz dijo: «Cuando suene la señal, serán las dieciocho y un minuto». Atención, de lo contrario, me volveré loca de verdad, el juego se convertirá en algo serio y caeré de nuevo y definitivamente en el eterno presente, no volveré a encontrar el peldaño, correré alrededor de los muros cubiertos de hiedra sin hallar la entrada; no debo aceptar la tarjeta de visita del tiempo como si fuera un reto para el duelo: 6 de septiembre de 1958, las dieciocho, un minuto y cuarenta segundos; el puño lleno de venganza ha roto el espejo de mi bolso, solo me quedan dos añicos que me muestran la palidez mortal de mi cara; yo oí el retumbar de la voladura, duró varias horas, yo oí el murmurar indignado de la gente: «han destruido nuestra abadía»; guardianes y porteros, jardineros y panaderos confirmaron la terrible noticia, que no encuentro tan terrible; campo de tiro; cicatriz rojiza sobre el hueso de la nariz; ojos azules oscuros; ¿quién podría ser? ¿Fue él? ¿Quién? Yo volaría todas las abadías del mundo por recobrar a Heinrich, para que Johanna volviera de entre los muertos, y Ferdi y el camarero que se llamaba Groll; por recobrar a Edith... y por saber quién era Otto; caído en el frente de Kiew; es una frase estúpida que huele a historia: caído en el frente de Kiew; ven, viejo, dejémonos ya de jugar a la gallina ciega; ya no te taparé los ojos: hoy cumples ochenta años, yo tengo setenta y uno, y a doce metros de distancia las probabilidades de dar en el blanco son máximas; venid a mí, años, semanas y días; horas, minutos y segundos... «las dieciocho, dos minutos y veinte segundos». Abandono mi barquita de papel y me precipito en el océano; palidez mortal; quizás lo resista; «las dieciocho, dos minutos y treinta segundos»... la cosa es urgente: ven, no puedo perder tiempo, no puedo ceder ni un segundo, de prisa, señorita, señorita, ¿por qué no me contesta? Señorita, señorita, necesito un taxi, inmediatamente, es muy urgente, ayúdeme; los discos no contestan, eso tendría que saberlo; hay que colgar el auricular, volverlo a descolgar y marcar: uno, uno, dos... ¿se encargan todavía los taxis bajo este número? «Y puede usted ver», dijo la voz suave, «en los cines de Denklingen la película patriótica “Los hermanos de Moorhof”»; horario: dieciocho horas y veinte horas quince. El cine de Doderingen les ofrece la extraordinaria película “Lo que puede el amor”; silencio, silencio, mi barca está destruida, pero ¿no aprendí a nadar, en los años de Blücher, en 1905? Llevaba un traje de baño negro con volantes alrededor del escote y faldas; palanca de un metro; ánimo, respira a fondo; has aprendido a nadar». ¿Qué nos ofrecen bajo el número uno, uno, tres? Voz suave que dice: «Y si tiene invitados a cenar, le aconsejamos una

minuta tan sabrosa como económica: primer plato, pan tostado con queso y jamón caliente, luego guisantes tiernos con leche agria, un pastel de puré de patata, un filete a la plancha...». —«Señorita, señorita»... Los discos no contestan— «sus invitados sabrán apreciar sus excelentes dotes de ama de casa»; se oprime la horquilla del auricular, uno, uno, cuatro... voz suave: «... una vez lo tenga todo preparado para salir de *camping*, cuando haya preparado los bocadillos, no se olvide, si se estaciona en algún lugar en pendiente, de frenar con el freno de mano; y finalmente: les deseo un domingo muy feliz en compañía de la familia».

No lo conseguiré; tengo que recuperar demasiado tiempo; la palidez sigue subiéndome a la cara cada vez más; si no logro deshacerme en lágrimas, el tiempo negado y dejado a un lado se endurecerá en mí como una mentira de piedra; espejito, espejito, añico de espejo... dime si se me han vuelto los cabellos blancos en la cámara de tortura de las voces suaves; uno, uno, cinco... una voz medio dormida: «Diga, aquí la central de Denklingen»...

—¿Me oye, señorita, me oye?

—Sí, oigo —risa.

—Necesito que me ponga rápidamente en comunicación con la oficina del arquitecto Fähmel, Modestgasse 7 u 8, las dos direcciones corresponden a Fähmel; sí, hija mía, no la molesta que la llame hija mía, ¿verdad?

—No, no, claro que no, señora.

—Es muy urgente.

Hojear de páginas de un libro.

—Tengo aquí a un tal señor Heinrich Fähmel y a un tal Dr. Robert Fähmel, ¿con quién quiere que le ponga en comunicación?

—Con Heinrich Fähmel.

—No se retire, por favor.

¿Quién sabe si el aparato seguirá todavía sobre el alféizar de la ventana, para que, mientras telefoneaba, pudiera mirar a la calle o a la casa de la Modestgasse, número 8, donde sus hijos jugaban en el terrado; o a la tienda donde Gretz colgaba el jabalí junto a la puerta; quién sabe si el teléfono suena allí ahora? Oía la señal de llamada muy lejos, los intervalos le parecían larguísimos.

—Lo siento, señora, no contestan.

—Haga el favor de intentar el otro número.

—En seguida, señora.

—Nada, nadie contestó.

—Haga el favor de encargarme un taxi, hija mía.

—¿Dónde tiene que ir?

—Al sanatorio de Denklingen.

—En seguida, señora.

—Sí, Huperts; ya puede llevarse el té y también el pan, el queso y el jamón; déjeme sola; ya veré llegar el taxi cuando suba por la avenida; no, gracias, no

necesito nada. ¿De veras no es usted un disco? Oh, perdóneme, no quería ofenderle... era solo una broma; gracias.

Tenía frío; se daba cuenta de que se le encogía el rostro, rostro de abuela, arrugado, cansado; se podía ver en el cristal de la ventana: ni una lágrima; ¿sería verdad que el tiempo se introducía en forma de plata en el cabello negro? Aprendí a nadar, pero no sabía que el agua estuviera tan fría; unas voces suaves me martirizaron, me embutieron violentamente el tiempo; abuela con cabellos de plata, cólera transformada en sabiduría, ideas de venganza trocadas en perdón; odio conservado en sensatez; unos dedos de anciana se agarrotaron en torno a un bolso; oro del castillo encantado, para pagar el rescate.

Ven a buscarme, querido, volveré a casa. Seré tu esposa de cabello blanco, tu esposa amable, seré una buena madre y una abuela cariñosa, de las que se pueden describir elogiosamente a los amigos y amigas; ha estado enferma, nuestra abuela, muchos años enferma, pero se ha curado, ha traído un bolso lleno de oro.

¿Qué comeremos esta noche en el café Kroner? Pan tostado con queso y jamón caliente, guisantes con leche agria y un filete a la plancha, y exclamaremos: «¡Viva la esposa de David, que ha vuelto del castillo encantado!». Gretz habrá servido los elementos de la cena; el asesino de su madre; la voz de la sangre no le habló, como no habló a Otto; cuando el profesor de gimnasia se acerque a la casa montado en su caballo blanco, dispararé. Desde la pérgola hasta la calle no hay más de diez metros; la línea en diagonal no puede tener muchos más de trece; pediré a Robert que me lo calcule exactamente; de todas maneras, está dentro de los límites de las máximas probabilidades de acierto; Campo-de-tiro me lo ha explicado, y él lo debe saber, nuestro actual acólito de cabello blanco. Mañana por la mañana entrará en funciones; me extrañaría que hasta entonces no hubiese aprendido que hay que decir «*utilitatem*» y no «*utilatem*». Cicatriz rojiza sobre el hueso de la nariz... de manera que llegó a capitán; ¡cuánto duró la guerra! Los cristales de las ventanas temblaban cada vez que se producía una explosión, a la mañana siguiente, había polvo en el alféizar de la ventana; yo escribía con el dedo en la capa de polvo: «Edith, Edith», te quería más de lo que exigía la voz de la sangre; ¿de dónde viniste, Edith? Dime, ¿de dónde?

Cada día me encojo más. Que podrá llevar en brazos desde el taxi al café Kroner; seré puntual; no creo que sean más de las dieciocho, seis minutos y treinta segundos; el puño negro lleno de venganza ha estrujado mi lápiz de labios; y mis carcomidos huesos tiemblan; tengo miedo al pensar qué aspecto tendrán mis contemporáneos; ¿serán los mismos que antes, o solo lo parecerán? ¿Y cómo está, viejo, lo de las bodas de oro que vamos a celebrar? Fue en septiembre de 1908... ¿te acuerdas?, el 13 de septiembre... ¿Cómo piensas celebrar las bodas de oro? La novia con el cabello de plata, el novio con el cabello de plata, a su alrededor el grupo inmenso de sus nietos,

perdóname que me ría, David... no fuiste Abraham, pero yo siento en mí algo de la risa de Raquel; solo un poco, no cabe mucho, solo traigo la risa que cabe en una cáscara de nuez y un bolso lleno de oro; aunque mi risa sea pequeña encierra poderosas energías, más que la dinamita de Robert...

Bajáis la avenida con demasiada solemnidad, demasiada solemnidad; el hijo de Edith va delante, pero la que camina a su lado no es Ruth; Ruth tenía tres años cuando marché, pero la reconocería aunque la volviera a ver cuando tuviera ochenta años; esa no es Ruth; los ademanes no se olvidan; en la cáscara de nuez está contenido el árbol; ¡cuántas veces vi los ademanes de Ruth en mi propia madre cuando se apartaba el cabello de la frente! ¿Dónde está Ruth? Le ruego que me perdone..., esa es una extraña, una muchacha muy hermosa, ah, será el vientre que te dará biznietos, viejo; ¿serán siete, siete veces siete? Déjame que me ría; os vais acercando como heraldos, poco a poco, con demasiada solemnidad. ¿Venís a buscar a la novia? Estoy preparada, arrugada como una manzana vieja; puedes llevarme al taxi en brazos, pero date prisa; ya veis que sé combinar muy bien las cosas; claro que lo aprendí, siendo la esposa de un arquitecto... Dejad paso al taxi..., a la derecha Robert y la joven parra extranjera; a la izquierda el viejo y su nieto. Robert, Robert, ¿es este el lugar donde tienes que apoyar tu mano en el hombro de alguien? ¿Necesitas ayuda, apoyo? Ven, viejo, entra, tráeme la felicidad, vamos a celebrar la fiesta y a estar alegres. Ha llegado el momento.

El conserje miró inquieto al reloj: ya habían dado las seis. Jochen no había venido a relevarle, y el señor del once llevaba veintiuna horas durmiendo; había colgado el cartelito «*No estorbar*» en el pomo de la puerta y, no obstante, hasta el momento presente, nadie había sentido el silencio de muerte detrás de la puerta cerrada; nadie murmuraba, no había ninguna camarera que chillara; era hora de la cena: trajes oscuros, vestidos claros, mucha plata, luz de velas, música; con el *cocktail* de langosta, Mozart; con el asado, Wagner; y a la hora del postre, *hot*.

La desgracia se mascaba en la atmósfera; alarmado, el conserje volvió a mirar al reloj, que avanzaba con demasiada lentitud, segundo tras segundo, hacia el momento en que la desgracia se haría pública; volvía a sonar el teléfono: minuta I al 12, minuta III al 218, champaña al 14; adúlteros de fin de semana que pedían los estimulantes necesarios; cinco trotamundos se arrastraban por el vestíbulo, esperando el autobús que les llevaría al avión nocturno; sí, señora, la primera a la izquierda, la segunda a la derecha, la tercera a la izquierda, la necrópolis infantil romana está iluminada por la noche, está permitido tomar fotografías; la vieja Blessiek estaba tomando su oportu, sentada allá en el fondo, en un rincón; había podido apoderarse, finalmente, de Hugo, que le leía en voz alta el periódico local: «Rateros frustrados. Ayer por la tarde, en el Ehrenfeldgürtel, un joven intentó robar el bolso a una anciana, pero la valiente abuelita pudo... El ministro de asuntos exteriores, Míster Dulles...». «Eh, tonterías, tonterías», dijo la vieja Blessiek. «No quiero nada político, ni internacional, lo único que me interesa son las noticias locales», y Hugo leyó: «La primera autoridad municipal recibe a un notable boxeador...».

El tiempo difería sarcásticamente el estallido de la desgracia, mientras tintineaban suavemente las copas, las bandejas de plata eran dejadas encima de las mesas, y los platos de porcelana iban y venían al compás de música de calidad; levantando las manos en señal de aviso y amenaza, el chófer de la compañía de aviación estaba en la puerta giratoria, que luego volvía a apoyarse sobre el felpudo; el conserje miró nervioso su bloc de notas: «a partir de las 18.30, reservar una habitación de fachada para el señor M.; 18.30, habitación doble para el señor Fähmel y esposa, indispensable fachada; 19.00, sacar a paseo el perro Kässi del 114»; precisamente en aquel momento pasaban los huevos fritos especiales para aquel perrito, la yema dura y la clara banda, unas rodajas de embutido frito, y como siempre, aquel desagradable animalito rehusaría melindroso la comida; el señor del 11 ya llevaba veintiuna horas y dieciocho minutos durmiendo.

Sí, señora, el castillo de fuegos artificiales empieza media hora después de la puesta de sol, a eso de las diecinueve y media; el desfile de los excombatientes será hacia las diecinueve y cuarto; lo siento, no puedo darle información sobre si asistirá el ministro. Hugo leía con su voz de recién salido de escuela: «Y los consejeros municipales entregaron al boxeador no solo el diploma del mérito ciudadano, sino

también la placa de oro de Marsilio, que únicamente se otorga en casos de mérito cultural extraordinario. Un banquete coronó tan solemne acto». Por fin, los trotamundos abandonaron el vestíbulo; sí, señores, el banquete para la oposición de izquierda, en la sala azul; no, para la oposición de derecha, la sala amarilla; el señor encontrará las indicaciones que le señalarán el camino; ¿quién pertenecía a la izquierda, quién a la derecha? No podía adivinarse por el aspecto; para esas cosas. Jochen hubiera sido más indicado, ya que su instinto no le engañaba jamás cuando se trataba de clasificar a alguien; era capaz de reconocer al verdadero señor en un traje usado, como, reconocía inmediatamente al proletario en el mejor traje; Jochen hubiera sabido distinguir la oposición de derecha de la oposición de izquierda; ni siquiera las minutas se diferencian una de otra... ¡ah!, había también otro banquete; Consejo de administración de la «Societas, la más útil de la comunidad»; sala roja, señor; todo el mundo tenía la cara parecida todo el mundo comería *cocktail* de langosta como entremés los de la izquierda, los de la derecha y el consejo de administración; escucharían a Mozart con el entremés, a Wagner con el asado, cuando comieran las salsas pesadas, y *hot* a la hora del postre; sí a la sala roja, señor: el instinto de Jochen no fallaba nunca cuando se trataba únicamente de lo social, pero fracasaba cuando había algo más. Cuando apareció la sacerdotisa de los corderos, fue Jochen quien murmuró: «Cuidado, esa es de primera categoría», y cuando luego vino aquella pequeña pálida, con el cabello largo y enmarañado, con solo un bolso y un libro debajo del brazo. Jochen murmuró: «Putas», y yo le dije: «Lo hace con cualquiera, *pero no cobra nada*, por lo tanto no es una puta». Jochen replicó: «Lo hace con cualquiera y *cobra*», y Jochen tenía razón. En cambio, no tenía instinto para la desgracia; cuando luego llegó la otra, aquella rubia, tan elegante, con sus trece maletas, yo le dije, al verla entrar en el ascensor: «¿Qué te apuestas a que no la volvemos a ver viva?», y Jochen dijo: «No digas tonterías, esa solo se ha escapado por un par de días de su marido»; y ¿quién tuvo razón? ¡Yo! Pastillas para dormir y el cartelito *No molestar, por favor*, en la puerta; durmió veinticuatro horas, y entonces empezaron los murmullos: «Una muerta, una muerta en el 118»; vaya broma cuando por la tarde hacia las tres llega la patrulla criminal y a las cinco sacan un cadáver del hotel; vaya broma.

¡Hum! ¿Quién será ese cara de búfalo? Armario ropero con aire diplomático, cien kilos, andares de perro *bassel* ¡qué traje, Dios mío, qué traje! Olía a tipo importante, se mantuvo en segundo término mientras otros dos tíos menos importantes se acercaban a la mesa de recepción: La habitación para el señor M., por favor. Ah, sí, habitación 211, Hugo, ven, acompaña a los señores; trescientos kilos envueltos en paño inglés se deslizaron silenciosamente hacia arriba.

—Jochen, Jochen, por el amor de Dios, ¿dónde has estado tanto rato?

—Perdóname —dijo Jochen—, ya sabes que casi nunca llego tarde; sobre todo cuando tu mujer y tus hijos te están esperando; hubiera querido ser puntual, pero cuando se trata de mis palomas, mi corazón vacila entre el deber de amigo y el deber

de criador de palomas, y cuando suelto seis palomas, quiero que regresen seis, pero solo llegaban cinco, ¿comprendes?, la sexta se ha retrasado diez minutos y el pobre animalito ha llegado completamente agotado; anda, vete, si queréis encontrar un lugar para ver el castillo de fuegos artificiales, tienes que darte prisa; sí, ya lo veo, la oposición de izquierda en la sala azul, la oposición de derecha en la amarilla y el consejo de administración de «los más útiles a la comunidad» en la sala roja; no está mal para un fin de semana; eso resulta menos movido que cuando se reúnen los coleccionistas de sello o la asociación de bebedores de cerveza; no pases pena, ya me entenderé yo con ellos, moderaré mis sentimientos aunque por mi gusto daría de puntapiés en el trasero a los de la oposición de izquierda, a las derechas y a los más útiles a la comunidad les escupiría en el plato; pero no te alarmes, el pabellón de la casa se mantendrá en alto; y además también me ocuparé de tus candidatos a suicida; sí, señora, diré a Hugo que a las nueve suba a jugar a cartas a su habitación, sí, señora: ¿dices que el señor M. ya está aquí? No me gusta el señor M, aunque no le haya visto, confieso que no me gusta; sí, señor, champaña al 211 y tres Partagás Eminentes; ¡por el aroma de su cigarro los conoceréis! Dios mío, por allá viene toda la familia Fähmel.

Niña, niña, ¿qué ha sido de ti? Cuando te vi por primera vez, en ocasión del desfile ante el Kaiser en 1908, el corazón se me puso a latir con más fuerza, a pesar de que sabía que florecitas como tú no crecen para gente como nosotros; yo llevé el vino tinto a la habitación donde tú estabas con papá y mamá. Niña, quien hubiera dicho que te convertirías en una abuela de pies a cabeza, cabellos blancos y toda encogidita; te podría llevar con una sola mano a la habitación de arriba, y lo haría con mucho gusto si me lo permitieran; pero no me lo permiten, niña viejecita, ¡qué lástima!, sigues siendo tan linda.

—Señor consejero, habíamos reservado la habitación número 212 para usted y su esposa, perdón, para su esposa y usted. ¿Hay que recoger el equipaje en la estación? ¿No? ¿Hay que ir a buscar algo a su domicilio? ¿Tampoco? Ah, solo para un par de horas, mientras duran los fuegos artificiales y para ver el desfile de los excombatientes. Naturalmente, en la habitación caben seis personas, un gran balcón, y si lo desea, podemos correr las camas. ¿No es necesario? Hugo, Hugo acompaña a los señores al 212 y llévate también una carta de los vinos; yo indicaré la habitación a los jóvenes cuando lleguen; naturalmente, señor consejero, el salón de billar está reservado para usted y el señor Schrella; relevaré a Hugo de su servicio para que pueda atenderles: sí, es un muchacho muy simpático, ha estado toda la tarde pegado al teléfono sin dejar de marcar; creo que no olvidará el número de su teléfono y el de la Pensión Moderna en toda su vida; que ¿por qué desfila hoy la asociación de excombatientes? Será el cumpleaños de algún mariscal, creo que del héroe de Husenwald; volveremos a oír la hermosa canción: «Patria mía, tiemblan tus huesos»;

bueno, que tiemblen, si quieren, ¿verdad, doctor? ¿Dice usted que siempre han temblado? Permítame que le diga..., perdone que exponga mi opinión política personal... ¡Cuidado cuando tiemblen de nuevo, mucho cuidado!

—Estuve aquí otra vez —dijo la abuela en voz baja—, te miré pasar el día del desfile del Kaiser, en enero de 1908; tarde de Kaiser, querido, un frío atroz; yo temblaba pensando si resistirías la última, la más difícil de todas las pruebas: la prueba del uniforme. En el balcón vecino estaba el general y brindó dirigiéndose a papá, a mamá y a mí; en efecto, resististe la prueba, viejo; no me mires tan alarmado, sí, alarmado, no me habías mirado nunca de esta manera, pon la cabeza en mi regazo, fuma tu cigarro y perdóname si ves que tiemblo: tengo miedo. ¿Has visto la cara del muchacho? ¿No podría muy bien ser el hermano de Edith? Tengo miedo y debes comprender que todavía no puedo regresar a nuestro hogar, quizás nunca más; no puedo volver a entrar en el círculo..., tengo miedo, mucho más que entonces; es evidente que vosotros os habéis acostumbrado a estas caras, pero yo empiezo ahora a echar de menos a mis inofensivos locos. ¿Estáis ciegos? ¿Se os puede engañar con tanta facilidad? Esos os matarán por menos de un ademán, por menos de un pedazo de pan con mantequilla. Ya no es necesario que seas moreno o rubio, ya no hay que recurrir a la fe de bautismo de tu abuela, esos os matarán cuando no les gusten vuestras caras; ¿no has visto los carteles en las paredes? ¿Estáis ciegos? Resulta que ya no sabes dónde te encuentras; yo te aseguro que todos han comido del *sacramento del búfalo*; duros de mollera como una piedra, sordos como una tapia y tan terriblemente inofensivos como la última encarnación del búfalo; dignidad, dignidad; tengo miedo, viejo; ni siquiera en 1935, ni siquiera en 1942 me sentí tan extraña entre los hombres; tal vez con el tiempo me acostumbre a esas caras, pero necesitaré siglos enteros para ello; dignidad, dignidad, y ni rastro de dolor en el rostro; ¿qué es un hombre sin dolor? Dame otro vaso de vino y no mires con recelo mi bolso; vosotros conocíais la medicina, pero yo soy la que la aplicará; tú tienes el corazón limpio y no sospechas lo malo que es el mundo; hoy te pido todavía otro gran sacrificio; anula la fiesta en el café Kroner, destruye la leyenda, no obligues a tus nietos a escupir a tu monumento; al contrario, procura que no te lo erijan; el queso con pimienta jamás te ha gustado; deja que los camareros y las muchachas que ayudan en la cocina se sienten a la mesa de la fiesta y coman tu cena de cumpleaños; nosotros nos quedaremos en este balcón, disfrutaremos del atardecer de verano de la familia, beberemos vino, contemplaremos el castillo de fuegos artificiales y el desfile de los excombatientes; ¿por qué dicen que combaten? ¿Quieres que tome el teléfono y anule el encargo del café Kroner?

En el portal de Sankt Severin se reunían ya los hombres uniformados de azul, formaban grupos, fumaban, llevaban banderas rojiazules con una gran K negra en medio; la banda ensayaba ya la canción. «Patria mía, tiemblan tus huesos»; en los

balcones tintineaban discretamente los vasos de vino, los cubos del champaña hacían un ruido metálico, los corchos salían disparados en el oscuro azul del cielo del atardecer; las campanas de Sankt Severin dieron las siete menos cuarto; tres caballeros vestidos con traje oscuro salieron al balcón de la habitación número 212.

—¿Cree usted de verdad que nos pueden ser útiles? —preguntó M.

—Estoy convencido —dijo uno.

—Sin duda alguna —dijo el otro.

—Pero ¿ese testimonio de simpatía no nos hará perder más electores de los que podamos ganar con él? —preguntó el señor M.

—La agrupación de excombatientes es tenida por no radical —dijo uno.

—No puede perder nada —dijo el otro—, solo juega a ganar.

—¿Cuántos votos son? En el caso más favorable y en el más desfavorable.

—En el mejor de los casos unos ochenta mil, y en el peor unos cincuenta mil; decídase.

—Todavía no estoy decidido —dijo M.—; espero todavía instrucciones de K. ¿Creen ustedes que hemos podido escapar hasta ahora a la curiosidad de la prensa?

—Absolutamente, señor M. —dijo uno.

—¿Y el personal del hotel?

—Completamente discreto, señor M. —dijo el otro—. Las instrucciones del señor K. deben estar al llegar.

—A mí no me gustan esos muchachos —dijo el señor M.—; son gente que cree en algo.

—Ochenta mil votos tienen derecho a creer en algo, señor M. —dijo uno.

Risas, tintineo de copas, teléfono.

—Sí, soy el señor M. ¿He comprendido bien? ¿Demostrar simpatía? Está bien.

—El señor K. se ha decidido favorablemente, señores, podemos sacar las sillas y la mesa al balcón.

—¿Qué pensarán los extranjeros?

—Piensen lo que piensen, siempre se equivocan.

Risas, tintineo de copas.

—Bajo a la calle a avisar al oficial que manda el desfile para que se fije en este balcón.

—No, no —dijo el anciano—, no quiero descansar en tu regazo, no quiero contemplar el cielo azul; ¿has dicho a los del café Kroner que digan a Leonore que venga aquí? Tendrá una desilusión; tú no la conoces; es la secretaria de Robert: una muchacha muy simpática; no quiero que se pierda la fiesta; no tengo el corazón limpio y sé perfectamente lo malo que es el mundo; me siento extraño, más extraño que cuando íbamos al *Anker*, allí en el puerto alto, a llevar el dinero al camarero que se llamaba Groll; mira, allá abajo están formando para el desfile —cálida tarde de verano, empieza el crepúsculo, de la calle suben risas—; ¿quieres que te ayude, querida? A lo mejor no sabes que en el taxi has puesto tu bolso sobre mis piernas; es

algo pesado, pero no lo es bastante, ¿qué quieres hacer con ese cacharro?

—Quiero matar a aquel gordo que va montado en el caballo blanco. ¿Le ves, no le reconoces?

—¿Crees que podría olvidarlo jamás? Él fue quien mató en mí la risa, quien rompió el resorte del aparatito de relojería que había escondido en mí; él fue quien hizo ejecutar a aquel muchacho rubio, quien se llevó al padre de Edith, a Groll y al chico cuyo nombre no supimos jamás; él me enseñó que un ademán puede costar la vida; él hizo que Otto no fuera más que el envoltorio de Otto... y no obstante, yo no le mataría. Me he preguntado muchas veces por qué vine a esta ciudad. ¿Para llegar a ser rico? No, tú lo sabes. ¿Porque te quería? No, porque no te conocía y por lo tanto no te podía amar aún. ¿Por orgullo? No. Me parece que lo único que quería era reírme de ellos, y al final decirles: solo ha sido una broma. ¿Quería tener hijos? Sí. Los tuve: dos de ellos murieron pequeños, otro cayó en la guerra; me era extraño, más extraño todavía que los jóvenes que ahora levantan la bandera en la calle; ¿y el otro hijo? ¿Cómo estás, padre? Bien, ¿y tú? Bien, gracias, padre, ¿quieres algo de mí? No, gracias, tengo todo. ¿Abadía de Sankt Anton? Déjame que me ría, querida: polvo; ni siquiera excita mi sentimentalismo, y mucho menos me emociona; ¿quieres un poco más de vino?

—Sí, gracias.

Yo confié en el párrafo cincuenta y uno, querido; las leyes son elásticas... mira allá abajo a nuestro amigo Nettlinger; lo bastante inteligente para no presentarse de uniforme; pero, de todas maneras, presente y estrechando manos, dando palmadas en los hombros y tocando banderas; puestos a elegir, me parece que prefiero matar a ese Nettlinger... pero a lo mejor cambio de idea y no disparo contra el museo de allá abajo; el asesino de mi nieto está sentado en el balcón de al lado... ¿no le ves? Vestido de oscuro, decente, decente; este piensa de un modo distinto, obra de modo distinto y sus planes son distintos: está bien preparado; habla corrientemente el francés y el inglés, sabe latín y griego y ya ha colocado el punto en la página adecuada del misal para mañana: quincuagésima dominica después de Pentecostés; «¿cuál es el prefacio?», ha preguntado dirigiéndose a la alcoba de su esposa. No mataré al gordo que va montado en el caballo blanco; no dispararé contra el museo; no, solo necesito volverme un poco y no está a más de seis metros de distancia, tengo las máximas probabilidades de acertar; ¿de qué iba a servir si no mi vida de setenta y un años? No tendrá la muerte de un tirano, sino la muerte de un hombre decente; la muerte despertará en su rostro una expresión de estupor; ven, no tiembles, querido; voy a pagar el rescate; te digo que me divierte, respirar a fondo, apuntar en el blanco, buscando un punto de apoyo; no es necesario que te tapes los oídos, viejo, eso no hace más ruido que un balón que estalla; víspera de la quincuagésima dominica después de Pentecostés...

La una era rubia, la otra morena; ambas esbeltas, ambas sonrientes, ambas vestían traje sastre de lana marrón; a ambas les nacía, como el tallo de una flor, un hermoso cuello entre unas solapas blancas como la nieve; hablaban corrientemente y sin el menor acento: francés, inglés, flamenco y danés y hablaban también corrientemente y sin acento su lengua maternal: alemán; bellas monjas de la nada, poseedoras asimismo del latín, esperaban en la sala de personal, detrás de la caja, a que los visitantes se reunieran en grupos de doce junto a la barrera; entonces apagaban la punta del cigarrillo con su afilado tacón y renovaban con un gesto habitual el rojo de sus labios, antes de salir fuera y preguntar la nacionalidad de los deseosos de ser guiados; con la sonrisa en la boca, preguntaban el país de origen y la lengua materna, sin acento, y los deseosos de ser guiados contestaban levantando el dedo: siete hablaban inglés, dos flamenco, tres alemán; luego seguía la pregunta, formulada con tono alegre, de quien dominaba el latín; Ruth levantó tímidamente el dedo; ¿solo una? Muy levemente asomó en el hermoso rostro una sombra de desilusión por tan escasa cosecha de individuos de formación humanística; ¿solo una sería capaz de apreciar la exactitud métrica con que recitaría la inscripción sepulcral? Sonriente, con la lámpara de mano inclinada hacia abajo como una espada, empezó a bajar la escalera delante de los demás; olía a cemento, a argamasa, olía a humedad a pesar de que un ligero susurro anunciaba la existencia de una; instalación de aire acondicionado; lo dijo sin acento: en inglés, en flamenco y en alemán; enunció las dimensiones de los sillares grises, la anchura de la carretera romana... allí, había una escalera del siglo u... allí, unos baños termales del siglo iv: vean ustedes allí, la guardia se aburría y grabó un juego de la oca en un bloque de piedra arenisca. (¿Cómo había dicho el profesor en el curso de guías?... «hay que subrayar siempre los rasgos humanos»)... aquí unos niños romanos jugaron a huesecitos: observen, por favor, el ajuste perfecto de las piedras del enlosado; un canal de desagüe; agua de los lavaderos remamos, agua de las fregaderas romanas corría por ese canal; restos de un pequeño templo de Venus, probablemente particular, erigido por el gobernador de la ciudad; a la luz del neón, la sonrisita de los visitantes, sonrisa flamenca e inglesa, ¿de verdad no sonreían los tres alemanes? ¿Cómo se explicaba que los cimientos fueran tan profundos? En la época de la construcción, el suelo era probablemente pantanoso, las aguas subterráneas del no teñían de verde las rocas grises. ¿Oyen ustedes los gemidos de los esclavos germanos? El sudor se escurría por sus cejas rubias, bañaba sus rostros de tez clara y se perdía por sus barbas rubias; bocas bárbaras, al compás del látigo, murmuraban maldiciones: «Contra esos romanos impíos, quiera Wotan que de nuestras heridas nazca la venganza. ¡Ay de vosotros, ay de vosotros!». Un poco de paciencia, señoras y señores, faltan solo pocos pasos; aquí ven ustedes todavía los restos de un edificio judicial, y allí llegamos por fin a la *Necrópolis infantil romana*.

(El profesor que daba el curso de guías había dicho: cuando llegue ese momento, avancen ustedes primero solas, colóquense en el centro del círculo y esperen antes de empezar las explicaciones a que haya pasado la primera ola de emoción; es una cuestión del instinto saber cuánto tiempo tiene que durar su silencio emotivo, eso depende en gran parte de la composición del grupo; en lo que de ninguna manera tienen que caer es en dejarse llevar a una discusión sobre el hecho de que no se trata de tumbas infantiles romanas, sino únicamente de lápidas sepulcrales que ni siquiera fueron halladas en este lugar.)

Las lápidas estaban distribuidas en semicírculo y apoyadas contra los muros grises; sorprendidos, luego que hubieron superado la primera emoción, los visitantes miraron hacia arriba: encima de las lámparas de neón se veía el cielo de la noche; ¿acaso no brillaba en él también una estrella primeriza? ¿Sería tal vez el destello de un botón dorado o plateado de la barandilla, que se enroscaba suavemente hacia arriba describiendo cinco vueltas sucesivas en torno al pozo luminoso?

Allí donde empieza la primera vuelta —¿ven ustedes la franja blanca en el cemento, verdad?— allí aproximadamente estaba situado el nivel de la calle en la época romana; a la segunda vuelta —¿ven ustedes la segunda franja en el cemento, verdad?— estaba situado el nivel medieval y, finalmente, al empezar la tercera vuelta, supongo que no necesito volverme a referir a la franja blanca —está el actual nivel de la calle— y ahora, señoras y señores, vamos a las inscripciones.

Su rostro se petrificó como el de una diosa, hizo un ligero ademán con el brazo y dirigió la lámpara de mano hacia arriba como si fuera una antorcha:

DURA QUIDEM FRANGIT PARVORUM MORTE PARENTES
GONDUCIO RAPIDO PRÆCIPITATA GRADU
SPES ÆTERNA TAMEN TREBUET SOLACIA LUNCTUS...

Una sonrisa dirigida a Ruth, la única que era capaz de apreciar la lengua antigua; un ligero movimiento para arreglarse el cuello de la chaqueta; la lámpara de mano inclinada un poco hacia abajo antes de recitar la traducción:

Aunque una suerte cruel hiera a los padres, cuando, con rápido paso, la muerte les arrebatara los hijos pequeños, la eterna esperanza brinda un consuelo a su dolor... Bajo este túmulo descansa un niño de seis años y nueve meses: Tú, Desiderato.

Un dolor de diecisiete siglos invadió los rostros, invadió los corazones, paralizó incluso los músculos de las mandíbulas del caballero flamenco de media edad; se le cayó la mandíbula inferior, mientras con la lengua se precipitaba a ocultar convenientemente el chicle; Marianne se echó a llorar, Joseph la atrajo a sí. Ruth le puso la mano sobre el hombro, la guía, sin perder su pétrea expresión, recitó:

Hard a fate meets with the parents...

Peligroso el momento de salir de las oscuras catacumbas, de volver de nuevo a la luz, al aire, al anochecer de verano; cuando el dolor antiguo había invadido los corazones, mezclándose con el presentimiento de los misterios de Venus, cuando los turistas solitarios escupían el chicle frente a la caja y, en alemán defectuoso, trataban de concertar una cita; baile en el hotel *Prinz Heinrich*; paseo, cena —a *lonely feeling, señorita*—; una se veía obligada a sentirse vestal; no tocar, ningún flirt y a no aceptar ninguna invitación; no tocar, solo mirar —*no, Sir, no, no*—, y, sin embargo, sentía también el hálito de la corrupción, sentía compasión por los extranjeros tristes, que arrastraban desengañados su sed de amor hasta aquellos parajes, en que todavía reinaba Venus, sabiendo la cotización de la moneda y sin avergonzarse de anunciar su tarifa en dólares, libras esterlinas, florines, francos y marcos.

Pero el cajero ya arrancaba nuevos billetes del rollo, como si la estrecha puerta de entrada fuera la de un cine, apenas le quedaba a una tiempo de dar rápidamente un par de chupadas al cigarrillo, mordisquear el bocadillo, echar un trago del termo, y siempre la difícil decisión a tomar de si valía la pena apagar el cigarrillo y guardarlo para la próxima vez o era mejor aplastarlo con el afilado tacón; otra chupada, otra más, al tiempo que la mano izquierda buscaba ya el lápiz de labios en el bolso, mientras el corazón se resistía a romper el juramento de vestal, mientras el cajero, entreabriendo la puerta, sacaba la cabeza y decía: «Niña, niña, hay dos grupos esperando, date risa; la *necrópolis infantil romana* va resultando un éxito de taquilla extraordinario»; sonriente, se acercó a la barrera y formuló la pregunta acerca de la nacionalidad y lengua materna: cuatro hablaban inglés, uno francés, una holandés y, esta vez, había seis alemanes; con la lámpara de mano inclinada hacia abajo como una espada, la muchacha descendió a los sótanos oscuros, dispuesta a hablar del remoto culto al amor, a descifrar el remoto dolor de la muerte.

Marianne lloraba todavía al pasar junto a la cola de los que esperaban para entrar; avergonzados, los alemanes, ingleses y holandeses que aguardaban desviaron su mirada de aquel rostro de muchacha; ¿qué secreto doloroso guardaban las oscuras estancias subterráneas? ¿Dónde se había leído que los monumentos históricos pudieran provocar lágrimas? ¿Solo por sesenta pfennig una tan profunda emoción como la que en el cine se descubría en algunos rostros después de películas muy buenas o muy malas? ¿Podían efectivamente las piedras emocionar a unos hasta hacerles llorar mientras otros mascaban indiferentes sus chicles, encendían ávidamente sus cigarrillos o daban vuelta a la clavija de sus aparatos de «flash», dejándolos a punto para la próxima fotografía, mientras dirigían ya la mirada al nuevo objetivo?: frontón de una mansión burguesa del siglo xv, frente a la entrada; clic, y el frontón quedaba inmortalizado sobre una emulsión...

—No se precipiten, señores, no se precipiten —exclamó el cajero desde dentro—; en vista de la extraordinaria afluencia de público, hemos acordado que la visita se efectúe en grupos de quince en lugar de doce; por favor, los tres siguientes..., la entrada sesenta pfennig, el catálogo un marco veinte.

Siguieron en sentido inverso la cola de los que esperaban para entrar, apostados a lo largo del muro hasta la esquina de la calle; en la cara de Marianne había todavía huellas de lágrimas; con una sonrisa contestó a la presión del brazo de Joseph; con otra a la mano de Ruth sobre su hombro.

—Nos tenemos que dar prisa —dijo Ruth—, solo faltan diez minutos para las siete, no podemos hacerles aguardar.

—En dos minutos estamos allí —contestó Joseph—; no llegaremos tarde; argamasa —ni siquiera hoy he de poderme librar de este olor— y cemento; ah, ¿ya sabíais que este descubrimiento de restos romanos se debió a las voladuras de papá?; cuando volaron el antiguo cuartel, se hundió una bóveda y quedó abierto el camino hacia esos viejos pedruscos; viva la dinamita... ah, ¿qué te ha parecido nuestro nuevo tío, Ruth? ¿No habla en ti la voz de la sangre cuando le miras?

—No —contestó Ruth—; la voz de la sangre no me dice nada, pero le encuentro simpático; un poco seco, un poco torpe... ¿sabes si va a vivir con nosotros?

—Probablemente sí —dijo Joseph—. ¿Querrás que vivamos también allí, Marianne?

—¿Quieres venir a vivir a la ciudad?

—Sí —dijo Joseph—; quiero estudiar estática y entrar a trabajar en la honorable oficina de mi padre, ¿no le gusta?

Atravesaron una calle muy concurrida, siguieron por otra más tranquila. Marianne se detuvo delante de un escaparate, se soltó del brazo de Joseph, se escapó de la mano de Ruth y se limpió la cara con un pañuelo; Ruth se pasó la mano por el cabello y se arregló el jersey.

—¿Crees que estamos bien así? —preguntó—; no quisiera molestar al abuelo.

—Estáis elegantísimas —dijo Joseph—. ¿Te gusta mi programa, Marianne?

—No me es indiferente lo que hagas —replicó ella—. Seguramente está muy bien estudiar estática; lo difícil es saber qué vas a hacer luego con tus conocimientos.

—Construir o destruir, todavía no lo sé —dijo Joseph.

—La dinamita está probablemente anticuada —dijo Ruth—. Seguro que hay otros procedimientos mejores; ¿no te acuerdas de lo alegre que estaba papá cuando aún podía destruir? En realidad, se ha vuelto tan serio desde que ya no queda nada por volar... ¿Qué te ha parecido, Marianne? ¿Te gusta?

—Sí —contestó Marianne—, me gusta mucho; me lo había imaginado más terrible, más frío, y le tenía miedo antes de conocerle, pero creo que lo que no hay que tenerle es precisamente miedo; quizás os haga reír lo que voy a deciros, pero a su lado me siento como protegida.

Joseph y Ruth no se rieron; pusieron a Marianne entre los dos y siguieron

andando; al llegar a la puerta del café Kroner se detuvieron, las dos muchachas volvieron a mirarse en el espejo de la puerta, forrado de seda verde por dentro, y se pasaron otra vez la mano por el pelo antes de trasponer la puerta que Joseph les abría sonriendo.

—Dios mío —exclamó Ruth—, tengo un hambre de lobo, estoy segura de que el abuelo nos habrá preparado algo bueno.

La señora Kroner corrió hacia ellos con los brazos en alto, por entre las mesas cubiertas de mantelitos verdes, pisando el pasillo verde; llevaba el cabello canoso en desorden, la expresión de su rostro anunciaba una desgracia, los ojos le brillaban humedecidos, le temblaba la voz de emoción no fingida.

—¿De manera que ustedes todavía no lo saben? —preguntó.

—No —contestó Joseph—. ¿Qué pasa?

—Ha debido de ocurrir algo terrible; su señora abuela ha anulado la fiesta... hace pocos minutos que acaba de llamar por teléfono; ha dicho que fueran al hotel *Prinz Heinrich*, a la habitación 212. No solo estoy profundamente alarmada, sino que he tenido también una gran desilusión, casi me atrevería a decir que estoy algo ofendida, si no fuera que debo suponer que hay motivos muy poderosos que les han obligado a tomar esta decisión; para un cliente cotidiano de hace cincuenta años, más exactamente cincuenta y uno, se ha preparado naturalmente una sorpresa, una obra..., bueno, se lo voy a enseñar. ¿Y qué voy a decir a la prensa y a la radio que a eso de las nueve comparecerán aquí para asistir al final de la fiesta íntima?, ¿qué les voy a decir?

—¿No le ha dicho mi abuela el motivo?

—Inadaptación... tengo que suponer que se trata de la, hum, inadaptación crónica de su señora abuela...

—Nosotros no sabemos nada —dijo Joseph—. Quisiera pedirle que hiciera llevar los regalos y los ramos de flores al hotel *Prinz Heinrich*.

—Claro, con mucho gusto, pero ¿no querrán ustedes por lo menos ver la sorpresa que le habíamos preparado?

Marianne le dio un codazo, Ruth sonrió y Joseph dijo:

—Con mucho gusto, señora Kroner.

—Yo era una niña —dijo la mujer—, cuando su señor abuelo, llegó a esta ciudad; tenía exactamente catorce años y ayudaba aquí en el mostrador; más tarde, aprendí a servir a las mesas y ustedes no pueden figurarse la de veces que le puse la mesa para el desayuno, la de veces que me llevé la huevera y le acerqué la mermelada, y cuando me inclinaba para quitar el plato del queso, echaba una mirada al bloc de dibujo; Dios mío, una se interesa por la vida de sus clientes; no crean que nosotros la gente de negocios no tengamos sentimientos... y no crean tampoco que haya podido olvidar como, de la noche a la mañana, se hizo famoso cuando le hicieron aquel gran encargo; tal vez los clientes se dicen: uno va al café Kroner, toma algo, paga y se marcha; pero no crean que la vida de un hombre así le pase a una por el lado sin que

se dé cuenta...

—Claro, claro —dijo Joseph.

—Oh, ya sé lo que están pensando: a ver si nos deja en paz, esa vieja, pero ¿sería pedirles demasiado si les ruego que vean la sorpresa y digan a su señor abuelo que me haría muy feliz si viniera y la viera? Ya ha sido fotografiada para la prensa.

Siguieron a la señora Kroner, por el pasillo verde, entre los mantelitos verdes, se detuvieron cuando la señora Kroner se detuvo y se distribuyeron al azar alrededor de la mesa cuadrada y cubierta con un paño de tela blanca; aquel paño escondía algo que parecía tener una altura desigual.

—Es una suerte que seamos cuatro —dijo la señora Kroner—; así podremos coger el paño por las cuatro puntas y cuando yo diga «va», lo levantaremos todos a la vez.

Marianne empujó a Ruth hacia la esquina donde no había nadie y cada cual tomó una punta.

—Va —dijo la señora Kroner; y levantaron el paño.

Las dos muchachas pasaron al otro lado de la mesa, colocaron las puntas unas encima de otras y la señora Kroner dobló cuidadosamente el paño.

—Dios mío —exclamó Marianne—; pero si es una reproducción de Sankt Anton.

—¿Verdad que se ve? —dijo la señora Kroner. Miren, aquí, no nos hemos olvidado siquiera del mosaico de encima del portal principal... y aquí la viña.

La maqueta no solo guardaba las debidas proporciones, sino que recordaba los colores de la abadía: la iglesia de color oscuro, las dependencias más claras, el tejado de la hospedería rojo, las ventanas del refectorio de colores vivos.

—Y todo está hecho, no de azúcar o de mazapán, sino que es pastel; es el regalo que le hacemos al señor consejero en el día de su cumpleaños: todo él de pastelería auténtica. ¿No creen ustedes que su señor abuelo podría llegarse un momento y verlo antes de que se lo enviemos al estudio?

—Claro que sí —dijo Joseph—, claro que vendrá y lo verá; pero permítame que antes le dé las gracias en su nombre; han debido de ser razones de peso las que le han impedido celebrar la fiesta, y usted misma se hará el cargo...

—Comprendo perfectamente que se quieran marchar..., no, señoritas, no lo vuelvan a cubrir, la televisión acaba de avisar que llegará de un momento a otro.

—Hay una cosa que quisiera saber hacer en este momento —dijo Joseph mientras cruzaba la plaza delante de Sankt Severin—, reír o llorar, pero no sé hacer lo uno ni lo otro.

—Pues yo, llorar sí que sabría —dijo Ruth—; pero no lo haré. ¿Qué clase de gente es aquella? ¿Qué es aquel barullo... qué hacen con las antorchas?

El barullo era ensordecedor: ruido de cascos, relinchos, voces acostumbradas al mando que ordenaban formar; instrumentos de viento que emitían las últimas notas

de ensayo. Un ruido no muy fuerte pero seco se mezcló con el barullo, como completamente extraño a él.

—Dios mío —exclamó Marianne asustada—, ¿qué ha sido eso?

—Ha sido un disparo —contestó Joseph.

Se asustó al penetrar en la Modestgasse por el portal de la ciudad; la calle estaba desierta; ni aprendices, ni monjas, ni camiones, ni vida en la calle; solo el delantal blanco de la señora Gretz allá abajo delante de la tienda, unos brazos rosados que con la escoba iban impulsando espuma de jabón ante sí; el portal de la imprenta estaba herméticamente cerrado como si nunca más en la vida hubieran de volver a imprimir cosas edificantes sobre papel blanco; con las patas tiesas, la herida del flanco cubierta de una costra negra, el jabalí estaba colgado de la escalera y era retirado pausadamente hacia el interior de la tienda; lo colorado del rostro de Gretz daba a entender lo mucho que pesaba el animal; solo dos de los tres timbres habían contestado, no el de la casa número ocho, ni el de la casa número siete, solo el del café Kroner. «Es urgente. ¿El señor Fähmel?». «No está aquí. La fiesta ha sido anulada. ¿Es usted la señorita Leonore? La esperan en el hotel *Prinz Heinrich*».

El cartero de correspondencia urgente había llamado en su casa con mucha insistencia, mientras ella estaba en el baño; aquel alboroto no hacía presentir nada bueno. Leonore salió de la bañera, se puso el albornoz, se envolvió el cabello mojado en una toalla, fue a la puerta y recibió la carta urgente; Schrit había escrito la dirección con su lápiz amarillo, había trazado una cruz roja en el sobre y seguro que había mandado a su hija de dieciocho años que fuera a correos en bicicleta; la cosa era urgentísima.

«Querida señorita Leonore, trate de localizar inmediatamente al señor Fähmel; todos los cálculos estáticos para el proyecto x5 están equivocados; el señor Kanders, con el que acabo de hablar por teléfono, ha enviado además, contrariamente a nuestras costumbres, las bases —equivocadas— directamente al cliente; este asunto es tan urgente que, en caso de no recibir noticias tuyas antes de las 20 horas de esta tarde, yo mismo acudiré a la ciudad para impedir el desastre; no necesito decirle la importancia que tiene el proyecto x5. Afectuosamente la saluda, Schrit».

Por dos veces había llegado hasta el hotel *Prinz Heinrich* y se había vuelto atrás casi hasta la tienda de Gretz, en la Modestgasse, luego lo había intentado de nuevo; tenía miedo de la escena que habría; consideraba el sábado como sagrado, solo toleraba que le molestaran si se trataba de asuntos particulares, pero no podía sufrir que le hablaran de negocios; a Leonore todavía le parecía oír aquel «fue una tontería»; todavía no eran las siete y a Schrit se le podía alcanzar en pocos minutos; ¡qué suerte que el abuelo hubiera anulado la fiesta!; ver a Robert Fähmel comiendo o bebiendo le hubiera parecido una profanación; pensaba tímidamente en el proyecto x5; no era un asunto particular, pero tampoco era «casa para un editor al borde del bosque» ni

«casa para un maestro a la orilla del río»; x5 —Leonore apenas se atrevía a pensarlo de tan secreto que era—, se hallaba en el fondo del arca metálica; perdió el aliento cuando se acordó de que el propio Fähmel había estado hablando casi un cuarto de hora con Kanders a propósito de aquel asunto. Estaba aterrorizada.

Gretz continuaba forcejeando por descolgar el jabalí; solo a tirones lograba pasarlo por encima de la escalera; un chico con un inmenso cesto de flores llamó a la puerta de la imprenta; apareció el portero, tomó la cesta de flores y volvió a cerrar la puerta; decepcionado, el chico contempló la propina en su mano abierta; «se lo diré —pensó Leonore—, le dirá al simpático vejete que no se han seguido sus instrucciones de dar dos marcos de propina a cada uno que trajera algo», las monedas que brillaban en la mano del chico no eran de plata, sino de cobre.

Ármate de valor, Leonore, aprieta los dientes, supera el miedo y vete al hotel. Volvió a dar la vuelta a la esquina; una muchacha con una cesta llena de manjares entró en el portal de la imprenta; también se quedó mirando la mano abierta; «maldito portero —pensó Leonore—, espera y vas a ver cómo se lo digo al señor Fähmel».

Todavía faltaban diez minutos para las siete; invitada a ir al café Kroner, luego había sido avisada de que la fiesta se celebraría en el hotel *Prinz Heinrich*; y ella comparecería con recados profesionales, cosa que el jefe odiaba los sábados; pero, a lo mejor, x5 le obligaría excepcionalmente a reaccionar de forma distinta. Leonore sacudió dubitativamente la cabeza cuando, por fin, empujó la puerta con ciego valor, y se asustó al darse cuenta de que alguien la sostenía por detrás.

Criatura de Dios, también en tu caso me permitiré un comentario particular; acércate algo más, espero que la causa de tu timidez no sea la razón de tu presencia aquí, sino únicamente el hecho de hallarte en esta casa; he visto entrar a muchas jóvenes, pero a ninguna como tú; este no es lugar para ti; actualmente solo hay un cliente en la casa por quien puedas preguntar sin que yo me permita un comentario particular: el Fähmel; yo podría ser tu abuelo y por lo tanto no lo llesves a mal si hago una observación: ¿qué has venido a buscar en esta cueva de ladrones?; echa migas de pan si quieres encontrar el camino de regreso; niña, andas perdida: las que vienen aquí por cuestiones profesionales tienen otro aspecto, y las que lo hacen por razones personales, mucho más aún; acércate más, que te vea.

—¿El doctor Fähmel? Sí, señora. ¿De parte de su secretaria? ¿Urgente?... Un momento, señorita; le llamaré por teléfono..., espero que el ruido del vestíbulo no la moleste.

—¿Leonore? Me alegro de que mi padre la haya invitado, y perdóneme por lo que le dije esta mañana. Mi padre la espera en la habitación número 212. ¿Una carta del señor Schrit? ¿Los cálculos de 5 están todos equivocados? Ya me ocuparé de ello; llamaré a Schrit. Pero, de todos modos, muchas gracias, Leonore, y hasta luego.

Ella colgó el auricular, se dirigió a la mesa de recepción y cuando iba a abrir la boca para preguntar el camino de la habitación del señor Fähmel, la sobrecogió un ruido extraño, seco y no muy fuerte.

—Dios mío —exclamó—, ¿qué ha sido eso?

—Un pistoletazo, hija mía, —dijo Jochen.

Rojo sobre verde, blanco sobre verde; Hugo estaba apoyado en el marco de la puerta esmaltada de blanco con las manos cruzadas sobre la espalda; las figuras le parecían menos precisas, el ritmo de las bolas alterado: ¿no eran las mismas bolas, la misma mesa de excelente fabricación y cuidada siempre con tanto esmero? ¿Y no era más ligera todavía la mano de Schrella, más exactos sus golpes, cuando creaba una figura de la verde nada? Y sin embargo, Hugo tenía la impresión de que el ritmo de las bolas se había alterado y la precisión de las figuras era menor; ¿era Schrella quien había traído consigo la constante presencia del tiempo, quien había roto el encanto? Las cosas sucedían aquí, hoy, a las dieciocho cuarenta y cuatro, el sábado seis de septiembre de 1958; ahora uno no se veía arrastrado treinta años atrás, cuatro adelante, otros cuarenta atrás y luego al presente; eso era actualidad permanente, que la manecilla de los segundos empujaba ante sí: aquí, hoy, ahora, mientras llegaba la inquietud desde el comedor: pagar, camarero, pagar; todo el mundo se apresuraba a marcharse a ver el castillo de fuegos artificiales, se precipitaba a las ventanas para contemplar el desfile; se daba de empujones para ir a visitar la necrópolis infantil romana; ¿estaban a punto las luces relámpago? ¿No sabía usted que M. significa ministro? ¿Buena idea, verdad? La cuenta, camarero, la cuenta.

Los relojes no daban las horas en vano, las manecillas no avanzaban en vano: iban acumulando minuto sobre minuto, los sumaban formando cuartos y medias horas, y contarían exactamente los años, las horas y los segundos. No se oía acaso, en el rítmico ruido de las bolas, la pregunta: «Robert, ¿dónde estás? Robert, ¿dónde estuviste? Robert, ¿dónde estabas?». Y no replicaba Robert con su juego haciendo otra pregunta: «¿Schrella, dónde estás? Schrella, ¿dónde estuviste? Schrella, ¿dónde estabas?». ¿No era este juego una especie de rosario, una letanía dibujada con tacos y bolas sobre fieltro verde? ¡*Para qué, para qué y miserere nobis!* Schrella sonreía cada vez que se retiraba del borde de la mesa de billar dejando para Robert la figura formada por las bolas.

Sin querer, Hugo sacudía también la cabeza después de cada jugada: el encanto se había roto, la precisión era menor, el ritmo se había alterado, mientras que a la pregunta *¿cuándo?* contestaba exactamente el reloj: dieciocho horas cincuenta y un minutos del día seis de septiembre de 1958.

—Ea —dijo Robert—, dejémoslo ya; no estamos en Amsterdam.

—Sí —dijo Schrella—, dejémoslo, tienes razón. ¿Crees que necesitamos todavía al muchacho?

—Sí —contestó Robert—, todavía le necesito, a menos que prefieras marcharte, Hugo. ¿No? Quédate, por favor, deja los tacos en el rincón, guarda las bolas y ve a buscarnos algo para beber... no, quédate hijo mío: quería enseñarte una cosa: mira,

aquí tengo todo un manojito de papeles que gracias a una serie de sellos y firmas se han convertido en documentos; solo falta una cosa, Hugo: tu firma al pie de este papel; si la pones, serás mi hijo. ¿Has visto a mi padre y mi madre arriba, cuando les llevaste el vino? Ellos serán tus abuelos, Schrella será tu tío. Ruth y Marianne tus hermanas y Joseph tu hermano; tú serás el hijo que Edith no me pudo dar; ¿qué dirá el viejo cuando como regalo de cumpleaños le presente a un nuevo nieto que tiene la sonrisa de Edith en la cara?... ¿Me preguntas, Schrella, si necesito todavía al muchacho? Ya lo creo si le necesitamos; nos daríamos por contentos si él nos necesitara a nosotros; mejor dicho: nos hace muchísima falta..., ¿me oyes, Hugo?, nos haces mucha falta. Es imposible que seas hijo de Ferdi y, sin embargo, tienes el mismo espíritu que él... No digas nada, muchacho, no llores, vete a tu cuarto y lee estos papeles; anda con cuidado por los pasillos, hijo mío, con mucho cuidado.

Schrella levantó la cortina y miró a la plaza; Robert le tendió el paquete de cigarrillos. Schrella encendió el mechero y ambos fumaron.

—¿No has sacado aún las cosas de la habitación del hotel?

—No.

—¿No quieres venirte a vivir con nosotros?

—Todavía no lo sé —contestó Schrella—: tengo miedo a las casas en que uno puede instalarse y dejarse convencer por el hecho trivial de que la vida continúa y el tiempo lo reconcilia todo; Ferdi acabaría por ser únicamente un recuerdo, mi padre un sueño y, no obstante, fue aquí donde mataron a Ferdi y mi padre desapareció de aquí sin dejar huellas; sus nombres no figuran siquiera en las listas de ningún grupo político, porque ellos no hacían política; no se les menciona siquiera en los cantos fúnebres de la comunidad judaica, porque no eran judíos; quizás Ferdi al menos viva en las actas judiciales; solo nosotros dos pensamos en él, tus padres y este viejo conserje de abajo... pero tus hijos ya no; yo no puedo vivir en esta ciudad, porque no me es bastante extraña; yo nací, aquí, fui a la escuela; yo quería arrancar la Gruffelstrasse de su destino, llevaba dentro de mí, la palabra que no llegué nunca a pronunciar, Robert, ni siquiera hablando contigo, la única que encierra para mí alguna esperanza en este mundo... pero tampoco la pronunciaré toda: tal vez te la pueda decir en la estación, cuando me acompañes al tren.

—¿Quieres marcharte hoy mismo? —preguntó Robert.

—No, no, hoy no, la habitación del hotel es exactamente lo que necesito: cuando cierro la puerta detrás de mí, esta ciudad me resulta tan extraña como todas las demás. En ella puedo pensar que pronto tendré que marcharme para ir a dar mis clases de idiomas en algún lugar, en el aula de alguna escuela, donde borraré problemas de matemáticas de la pizarra, para escribir en ella con tiza: «Yo soy, yo era, yo he sido; seré, había sido..., tú eres, tú eras»; amo la gramática como amo la poesía. Tal vez te figures que no quiero vivir aquí porque opino que este país no tiene posibilidades políticas, pero yo más bien creo que no podría vivir aquí porque jamás me interesó la política y sigue sin interesarme Schrella señaló fuera la plaza y se echó

a reír. —No son esos de allá abajo los que me asustan; sí, sí, lo sé todo perfectamente y veo a esos de allá abajo, Robert; Nettlinger, Wakiera, no les tengo miedo porque ellos estén ahí, sino porque no están los otros; ¿cuáles? Aquellos que a veces piensan en ese nombre o, si quieres, solo lo murmuran; yo oí un día a un anciano en Hyde Park, Robert, que decía: «Si creéis en Él, ¿por qué no hacéis lo que tiene ordenado?». ¡Qué tontería, verdad, qué cosa tan irreal, Robert! Apacienta mis corderos, Robert... pero ellos solo crían lobos. ¿Qué trajisteis a casa al volver de la guerra, Robert? ¿Dinamita? Vaya cosa estupenda para jugar; comprendo perfectamente tu pasión: odio frente al mundo en el que no hubo lugar para Ferdi ni Edith, en el que no hubo lugar para mi padre ni para Groll ni para el muchacho cuyo nombre no supimos jamás, ni para el polaco que levantó la mano contra Wakiera. De manera que coleccionas bases estáticas como otros coleccionan vírgenes barrocas, te formas un archivo de fórmulas, y también mi sobrino, el hijo de Edith, está cansado de oler la argamasa y busca la fórmula para el futuro en otro sitio que no sea entre los muros remendados de Sankt Anton. ¿Qué encontrará? ¿Podrás tú darle la fórmula? ¿La encontrará en el rostro de su nuevo hermano, ese chico al que te propones hacer de padre? Tienes razón, Robert, no se *es* padre, *se hace* de padre; la voz de la sangre es mentira, solo la otra es verdad... esta es la razón de que yo no me haya casado; no me sentía con valor para confiar que lo sería; no lo hubiera podido soportar si mis hijos me hubiesen resultado tan lejanos como lo era Otto para tus padres; ni siquiera pensar en mi madre y en mi padre me daba valor suficiente, y ni tú mismo sabes aun lo que harán algún día Joseph y Ruth, de qué sacramento comerán... ni siquiera tratándose de hijos de Edith y de ti puedes estar seguro; no, no, Robert, comprenderás que no abandone mi habitación de hotel para instalarme en la casa donde vivió Otto y murió Edith; no podría soportar ver cada día el buzón de las cartas en el que el muchacho echaba tus esquelas... ¿Conserváis todavía el mismo buzón?

—No —contestó Robert—. Toda la puerta ha sido renovada, estaba acribillada de cascotes de bomba... solo la acera es la misma..., sus pies la pisaban.

—¿Te acuerdas cada vez que pasas por allí?

—Sí —dijo Robert—, me acuerdo y quizás sea este uno de los motivos que me hacen coleccionar fórmulas estáticas... ¿Por qué no regresaste antes?

—Porque tenía miedo de que la ciudad no me resultara bastante extraña; veintidós años forman un parapeto respetable, y lo que tú y yo nos teníamos que decir no cabe en las postales. Me gustaría estar a tu lado, pero no aquí; tengo miedo, y la gente que veo... ¿me equivoco si no los encuentro menos odiosos que los que dejé al marcharme?

—Probablemente no te equivocas.

—¿Qué ha sido de la gente como Enders? ¿Te acuerdas de él, verdad? Aquel del cabello rojo; era simpático; seguro que no era un hombre que se impusiera por la fuerza. ¿Qué hizo la gente como él en la guerra, y qué hacen hoy?

—Quizás desestimas a Enders; no solo era simpático, sino que... bueno, no había

comido nunca del *sacramento del búfalo*, ¿por qué no decirlo como lo decía Edith? Enders se hizo sacerdote; después de la guerra pronunció un par de sermones que no podré olvidar nunca; si repitiera sus palabras sonarían mal, pero pronunciadas por él sonaban muy bien.

—¿Qué hace ahora?

—Lo confinaron en un pueblo que ni siquiera tiene estación de ferrocarril; sigue predicando sobre las cabezas de los campesinos y de los muchachos de la escuela; no le odian, se limitan a no comprenderle y, a su manera, incluso lo respetan como se respeta a un loco simpático; ¿les dice verdaderamente que todos los hombres son hermanos? Ellos lo saben mejor y probablemente piensan en secreto: «En el fondo, ¿no será comunista?». No llegan a más; el número de casillas ha quedado reducido, Schrella; a nadie se le hubiera ocurrido tomar por comunista a tu padre, ni siquiera Nettlinger era tan necio... hoy no podrían clasificar a tu padre de otra manera. Enders apacentaría las ovejas, pero solo le dan chivos; resulta sospechoso porque demasiado a menudo toma el sermón de la montaña como tema de sus propios sermones; tal vez algún día descubran que era una añadidura y lo suprimirán..., tenemos que ir a ver a Enders, Schrella, y cuando volvamos a la estación en el autobús de la tarde traeremos más tristeza que consuelo con nosotros; la luna es para mí más familiar que ese pueblo... iremos a verle, haremos una obra de caridad; hay que visitar a los presos... ¿cómo se te ocurrió precisamente pensar en Enders?

—He estado pensando en quién me gustaría volver a ver; te olvidas de que tuve que huir de la escuela; pero tengo miedo de los encuentros desde que he visto a la hermana de Ferdi.

—¿Has visto a la hermana de Ferdi?

—Sí, tiene un quiosco de limonadas al final del tranvía once. ¿No has ido nunca por allí?

—No, siempre he tenido miedo a que la Gruffelstrasse me resultara extraña.

—A mí me ha resultado más extraña que todas las demás calles del mundo... No vayas, Robert. ¿Es verdad que los Trischler han muerto?

—Sí —dijo Robert—, incluso Alois, se hundieron con la «Anna Katharina». Ya hacía tiempo que los Trischler no vivían en el puerto; cuando construyeron el puente, tuvieron que marcharse de allí, y el piso que les dieron en la ciudad no era para ellos; aquel matrimonio necesitaban agua y barcos; Alois quería llevárselos con la «Anna Katharina» a Holanda, a vivir con unos amigos que tenían allí... Les bombardearon la barcaza, y cuando Alois quiso sacar a sus padres del camarote ya era tarde, y allí se quedaron; pasé mucho tiempo antes de poder encontrar la pista.

—¿Cómo te enteraste?

—En el muelle; todos los días iba allí y preguntaba a todos los marineros hasta que encontré a uno que sabía lo que había ocurrido con la «Anna Katharina».

Schrella corrió la cortina, se dirigió a la mesa de billar y apagó el cigarrillo en el cenicero. Robert le siguió.

—Me parece —dijo— que tenemos que subir a ver a mis padres. Pero, si prefieres no asistir a la fiesta...

—No —replicó Schrella—, voy contigo, pero ¿no vamos a esperar al muchacho? ¿Y qué hace un tipo como Schweugel?

—¿Te interesa saberlo?

—Sí, ¿por qué me preguntas si me interesa?

—¿Has estado pensando en Enders y Schweugel mientras andabas de una habitación de hotel a otra, de una pensión a otra?

—Sí, y también me acordaba de Grewe y de Holten..., ellos eran los únicos que no se sumaban a los demás cuando me atacaban en el camino de regreso... Drischka tampoco colaboraba con ellos..., ¿qué sabes de ellos?, ¿viven todavía?

—Holten murió, cayó en la guerra —dijo Robert—, pero Schweugel vive todavía; es escritor y yo hago decir a Ruth que no estoy en casa cuando a veces me llama por la noche o se presenta a la puerta; le encuentro tan insoportable como inútil; me aburro cuando estoy con él; siempre habla de ciudadanía y probablemente se aplica a sí mismo el segundo de estos calificativos... ¿qué le vas a hacer? No me interesa en absoluto; alguna vez me ha preguntado por ti.

—¡Qué lástima! ¿Y qué ha sido de Grewe?

—Es hombre de partido, pero no me preguntes a qué partido pertenece; eso no tiene importancia. Y Drischka fabrica los «Tigres para coches, marca Drischka»; es un artículo que se vende mucho y que le da mucho dinero. ¿No sabes todavía lo que es un tigre para coches? Pues si te quedas un par de días lo sabrás; quienquiera que se precie un poco tiene que llevar forzosamente un tigre Drischka detrás del coche... y difícilmente encontrarás a alguien en este país que no se precie un poco... Eso de darse importancia se lo enseñan muy bien; de la guerra volvieron con algunas cosas, el recuerdo de lo que significaba dolor y sacrificio, pero hoy se dan importancia... ¿No has visto a la gente que había abajo en el vestíbulo? Iban a tres banquetes distintos: al de la oposición de izquierdas, al de «los más útiles a la comunidad» y al banquete de la oposición de derechas... pero tendrías que ser un genio para distinguir cuál de ellos iba a cada uno de esos banquetes.

—Sí —dijo Schrella—, he estado un rato en el vestíbulo esperándote, y he visto reunirse a los primeros asistentes; efectivamente, he oído algo así como oposición; los primeros en llegar han sido los inofensivos, la infantería de la democracia, gente de la que *no se habla muy mal*; hablaban de marcas de coches y de casas de fin de semana y se comunicaban mutuamente que la Costa Azul empezaba a resultar moderna precisamente porque estaba tan concurrida; y que —a pesar de todos los pronósticos contrarios— empezaba a ponerse de moda entre los intelectuales viajar por agencias de viaje. ¿Se llama a eso aquí esnobismo recíproco o dialéctica? Tendrás que informarme sobre eso; un snob inglés te diría. «Si me da usted diez cigarrillos le vendo mi abuela»; esos de aquí te venderían efectivamente su abuela por cinco cigarrillos; esos toman en serio su esnobismo; luego hablaron de escuelas, unos eran

partidarios del humanismo, otros eran contrarios; bueno, es igual, yo les escuchaba porque me hubiera gustado enterarme de cuáles eran realmente sus preocupaciones; se repetían constantemente en voz baja y con tono respetuoso el nombre del personaje que esperaban esta noche, Kretz... ¿has oído alguna vez este nombre?

—Kretz —dijo Robert— es como si dijéramos la *vedette* de la oposición.

—Sí, la palabra oposición también la he oído varias veces; pero de sus conversaciones no pude sacar en claro a quién se dirigía su oposición.

—Si esperaban a Kretz, debían de pertenecer a la izquierda.

—Por lo que he entendido, este Kretz es una especie de lumbrera, lo que se llama una esperanza, ¿verdad?

—Sí —dijo Robert—, fundan en él muchas esperanzas.

—Le he visto —dijo Schrella—; ha llegado el último; si este es una esperanza, ya me gustaría saber qué es una desilusión... Me parece que si algún día me decidiera a matar a alguien, le tocaría a él. ¿Estáis todos ciegos? Naturalmente, se trata de un hombre listo y culto, capaz de citar a Herodoto en lengua original, y eso, a esa tropa, que no puede liberarse de su obsesión de cultura, les suena como música celestial; pero espero, Robert, que no dejarías a tu hija ni a tu hijo ni siquiera un minuto solos con este Kretz; de tanto esnobismo, ya no sabe ni a qué sexo pertenece. Esta gente juega a la decadencia, Robert, pero no lo hacen bien; solo les falta un «largo» para que resulte un entierro de tercera...

El timbre del teléfono interrumpió a Schrella, que siguió a Robert, el cual se dirigió a la mesita del rincón para descolgar el auricular.

—¿Leonore? —dijo Robert—; me alegro de que mi padre la haya invitado, y perdóneme por lo que le dije esta mañana. Mi padre la espera en la habitación 212. ¿Una carta del señor Schrit? ¿Los cálculos de x5 están todos equivocados? Ya me ocuparé de ellos, llamaré a Schrit. Pero, de todos modos, muchas gracias, Leonore, y hasta luego.

Robert colgó el auricular y volvió a dirigirse a Schrella:

—Me parece... —dijo, pero un ruido extraño, seco y no muy fuerte le interrumpió.

—Dios mío —exclamó Schrella. Eso ha sido un tiro.

—Sí —dijo Robert—, ha sido un tiro. Me parece que será mejor que subamos.

Hugo leyó: «Declaración de renuncia: Por el presente documento, me declaro conforme con que mi hijo Hugo»... importantes sellos debajo, firmar; pero la voz que tanto miedo le había infundido no apareció; ¿cuál era aquella voz que le había ordenado que cubriera la desnudez de su madre cuando ella volvía de sus correrías y echándose encima de la cama murmuraba aquella fúnebre letanía: *Para qué, para qué, para qué?* Hugo había sentido compasión, había cubierto su desnudez y le había dado de beber, incluso, enfrentándose con el peligro de ser sorprendido por los de la

escuela, azotado y llamado *cordero de Dios*; se había llegado hasta la tienda y había mendigado dos cigarrillos; ¿cuál era aquella voz que le ordenaba jugar a la canasta con *Esas cosas no tendrían que nacer*; que le advertía que no entrara en el dormitorio de la sacerdotisa de los corderos; que ahora le sugería que murmurara para sí mismo la palabra: «padre»?

Para combatir el miedo que le dominaba, lanzó otras palabras detrás de aquella: hermano y hermana, abuelo y abuela y tío, pero estas palabras no mitigaron su angustia; añadió más palabras: dinámica y dinamita, billar y corrección, cicatrices en la espalda, coñac y cigarrillos, rojo y verde, blanco y verde; pero el miedo no menguó; tal vez pudiera calmarlo con actos: Hugo abrió la ventana y contempló la multitud que hablaba en voz baja; ¿era un murmullo amenazador o simpático?; castillo de fuegos artificiales sobre el cielo azul oscuro; haces de color naranja que parecían manos que agarrasen algo; cerró la ventana; alisó el uniforme color violeta que estaba colgado de una percha delante de la puerta; abrió la puerta del pasillo: la excitación llegaba hasta el último piso: ¡un herido grave en la habitación 211! Barullo, pasos arriba, pasos abajo y dominándolo todo una voz penetrante de policía que no cesaba de repetir: «¡Dejen pasar, dejen pasar!».

¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar! Hugo tuvo miedo y murmuró la palabra: «Padre». El director había dicho: «Nos harás mucha falta; ¿no hay más remedio? Tan súbitamente», y él no lo había pronunciado, solo lo había pensado: «Sí, no hay más remedio, tan súbitamente, ya es hora», y cuando Jochen dio la noticia del accidente, la sorpresa del director por su marcha quedó olvidada; el director no había recibido la noticia de Jochen con horror, sino con evidente satisfacción; no había bajado la cabeza en señal de tristeza, sino que se había frotado las manos. «No tenéis idea de lo importante que puede ser eso para nosotros. Un escándalo de ese tipo puede dar al hotel un auge insospechado. Los titulares no hablarán de otra cosa. Un asesinato no es un suicidio. Jochen, y un asesinato político no es un asesinato cualquiera. Si no está muerto haremos como si estuviera a punto de morir. Vosotros no tenéis ni idea; hay que poner por lo menos: “la muerte puede ser inminente”; todas las llamadas telefónicas quiero que pasen por mi aparato; nada de tonterías. Dios mío, no pongáis todos esas caras de corderos degollados. Hay que conservar la serenidad, poner cara de ligero sentimiento como alguien que lamenta una muerte, pero que se ve consolado con la tan esperada herencia. Ea, muchachos, cada cual a su sitio. Nos van a llover los telegramas pidiendo que les reservemos habitaciones. Precisamente M.; no tenéis idea de lo que representa. Solo deseo que no haya algún suicidio por medio que nos lo venga a enredar. Llama al señor del 11; no me importa que se ponga furioso y se marche... caramba, el castillo de fuegos artificiales habría tenido que despertarle. Ea, muchachos, al ataque».

—Padre —pensó Hugo—, tienes que venirme a buscar aquí, no me dejan ir a la habitación 212.

Luces de relámpago iluminaban la penumbra de la escalera; apareció el

rectángulo luminoso del ascensor llevando a los huéspedes de las habitaciones 213 a 226, que a causa del acordonamiento tenían que subir hasta el tercer piso y bajar luego por la escalera de servicio; por la puerta del ascensor irrumpió una oleada de murmullos; trajes negros, vestidos claros, rostros alterados, labios que se contraían para pronunciar la palabra «sospecha» y la palabra «escandaloso»; Hugo cerró su puerta demasiado tarde: ella le había descubierto, corría a lo largo del pasillo en dirección a su cuarto; Hugo acababa de echar la llave por dentro cuando el pomo de la puerta se movió violentamente.

—Abre, Hugo, anda, abre —le decía ella.

—No.

—Te lo mando.

—Hace un cuarto de hora que ya no estoy al servicio del hotel, señora.

—¿Te marchas?

—Sí.

—¿Adónde?

—Me voy a casa de mi padre.

—Abre, Hugo, anda, abre, no te haré daño y no volveré a asustarte; no puedes marcharte; yo sé que no tienes padre, lo sé perfectamente; te necesito, Hugo... es a ti a quien esperan, Hugo, y tú lo sabes; verás las cinco partes del mundo, y vivirás en los mejores hoteles, donde todos estarán a tus pies; no necesitas decir ni una palabra, tu mera presencia basta; tu rostro, Hugo... anda, abre, no puedes marcharte.

Las sacudidas del pomo de la puerta interrumpían sus palabras, marcaban las comas en el torrente suplicante de su voz.

—... No te lo pido por mí, Hugo; olvida lo que te he dicho y lo que te he hecho; ha sido dictado por la desesperación... ven, abre, hazlo por ellos; te están esperando, eres nuestro cordero...

Nueva sacudida del pomo.

—¿Qué busca usted aquí? —preguntó ella.

—Vengo en busca de mi hijo.

—¿Hugo es hijo suyo?

—Sí; abre, Hugo.

Era la primera vez que no le oía decir por favor, pensó Hugo; dio la vuelta a la llave y abrió la puerta.

—Ven, hijo mío, vámonos.

—Sí, padre, ya voy.

—¿No llevas más equipaje que ese?

—No.

—Ven.

Hugo tomó su maleta y se sintió aliviado de que la espalda de su padre cubriera el rostro de aquella mujer. Todavía oyó sus sollozos cuando bajaba por la escalera de servicio.

—No lloréis, hijos míos —dijo el anciano—; volverá y vivirá con nosotros; seguro de que la abuela se entristecería si viera que dejamos que el vino se vuelva agrio; ese hombre no ha sido herido gravemente y espero que no se le marchará de la cara esa expresión de gran sorpresa; esa gente se cree inmortal... un ruidito seco como el de hace un rato puede obrar milagros. Ea, muchachas, cuidaos de los regalos y de las flores; Leonore se encargará de ordenar las flores. Ruth de las tarjetas de felicitación, Marianne de los regalos. El orden es media vida... ¿qué debe ser la otra media? No puedo remediarlo, hijos míos; no consigo estar triste. Hoy ha sido un gran día; me ha devuelto a mi mujer y me ha regalado un hijo... ¿me permite que le llame así, Schrella? El hermano de Edith... incluso he ganado un nieto, ¿verdad, Hugo?... todavía no puedo decidirme a llamarte nieto, no sabría decir qué voz me ordena que no te llame nieto.

Sentaos, las muchachas nos prepararán unos bocadillos, asaltad las cestas, hijos míos, pero no desordenéis los montones que ha hecho Leonore; lo mejor será que cada uno se siente sobre un año de papeles; usted Schrella, siéntese en el montón A, que es el más alto; ¿me permites que te ofrezca el año 1910, Robert? Es el inmediatamente inferior. Tú, Joseph, búscate tú mismo el que más te guste: 1921 no está mal. Me parece que así estaréis bien; sentaos: bebamos el primer trago a la salud del Señor M., con el deseo de que jamás se borre de su cara la expresión de sorpresa..., el segundo lo dedicaremos a mi mujer: quiera Dios bendecir su buena memoria. Por favor, Schrella, ¿quiere mirar quién llama a la puerta?

¿Dice que es un tal señor Gretz que quiere felicitarme? Espero que no traerá el jabalí al hombro. ¿No? Menos mal. Mire, Schrella, haga el favor de decirle que ahora no le puedo recibir; o espere, ¿crees, Robert, que este no sería el día y el momento oportuno para recibir al tal señor Gretz? No, ¿verdad? Gracias, Schrella. Hoy es el día y este es el momento propicio para renunciar a los falsos sentimientos de vecindad; dos palabras pueden costar la vida: «Eso es pecado y vergüenza» dijo la vieja señora Gretz; un ademán puede costar la vida, un pestañeo mal interpretado; sí, Hugo, vuelve a escanciar vino... espero que no te ofenderá que aquí, en familia, sepamos apreciar tus habilidades y nos hagamos servir.

Pon tranquilamente los grandes ramos delante de la vista de Sankt Anton, y los más pequeños, a derecha e izquierda, en el borde de la mesa reservado a los rollos de dibujos; los rollos sácalos y tíralos; no hay nada en ellos y solo sirven de adorno. ¿Hay alguien entre nosotros que piense aprovechar ese hermoso papel? ¡Tal vez tú, Joseph! ¿Por qué estás sentado tan incómodo? Has elegido el año 1941: es un año muy flaco. Muchacho, el año 1945 hubiera sido mejor, entonces me llovían los encargos, casi tantos como en el año 1909, pero me desanimé, hijo mío. Aquel *sorry* me quitó las ganas de construir. Ruth, amontona las direcciones de los que me han felicitado sobre mi mesa de dibujo, haré imprimir unas tarjetas dando las gracias, y tú me ayudarás a escribir las direcciones; a cambio de ello te compraré algo que te guste

en casa de Helene Horuschka: ¿cómo os parece que deberá redactarse el texto que dé las gracias? «Mis más efusivas gracias por su atención con motivo de mi octogésimo aniversario». Tal vez dibuje personalmente algo en cada tarjeta impresa, ¿qué te parece, Joseph? Un pelícano o una serpiente... ¿qué os parecería un búfalo?... por favor, Joseph, ve tú ahora a abrir la puerta y mira quién es que viene tan tarde.

¿Cuatro empleados del café Kroner? ¿Traen un regalo que crees que no puedo rehusar? Bueno, pues que entren.

Lo entraron con mucho cuidado, dos camareros y dos muchachas de la sección de pastelería: una tabla rectangular, mucho más larga que ancha, cubierta con un lienzo blanco como la nieve; el anciano pareció sobrecogido: ¿traerían un cadáver? ¿No sería la nariz, aquello que sobresalía debajo del lienzo como si fuera la punta de un bastón? Lo llevaban con mucho tiento, como si el cadáver fuera muy precioso; reinaba un silencio absoluto; las manos de Leonore se quedaron heladas sobre el ramo, Ruth sostenía una felicitación con orla de oro, Marianne no se decidía a dejar la cesta vacía.

—No, no —dijo el anciano en voz baja—, no lo dejen en el suelo; hijos, disponed un par de caballetes de dibujo.

Hugo y Joseph sacaron dos caballetes que había en un rincón y los pusieron en el centro del estudio sobre los montones de los años 1936 a 1939; el silencio reinó de nuevo cuando los dos camareros y las dos muchachas dejaron la tabla sobre los caballetes y ellos se colocaron en las cuatro esquinas, tomaron cada uno una punta del lienzo y, obedeciendo a un «va» seco y preciso del camarero más viejo, lo levantaron.

Al anciano se le encendió el rostro; se precipitó sobre el pastel, levantó los puños como un tambor que reúne sus fuerzas para un furioso redoble y, durante unos instantes, pareció que iba a destrozar la obra de bizcocho empolvada de azúcar. Pero dejó caer de nuevo los puños, las manos le quedaron colgando flácidas a ambos lados del cuerpo y se rio quedamente; luego hizo una reverencia a las chicas, otra a los camareros, recuperó su actitud digna y, sacándose la cartera del bolsillo de la chaqueta, dio un billete a cada uno de los cuatro.

—Les ruego que den mis más expresivas gracias a la señora Kroner y díganle, por favor, que por circunstancias muy importantes me veré obligado a renunciar a los desayunos... circunstancias muy importantes; a partir de mañana no desayunaré más en el café Kroner.

Esperó a que los camareros y las chicas se hubiesen marchado y exclamó:

—Ea, hijo mío, dadme un cuchillo grande y un plato para el pastel.

Lo primero que cortó fue la cúpula de la iglesia de la abadía, y tendió el plato a Robert.



HEINRICH BÖLL, (1917-1985), novelista alemán y premio Nobel, es una de las principales figuras de la literatura alemana posterior a la II Guerra Mundial.

Nació en Colonia. Al terminar sus estudios de enseñanza media, en 1937, fue llamado a filas y luchó como soldado raso durante la II Guerra Mundial. Liberado de un campo de concentración estadounidense en 1947, vendió varios relatos y pudo dedicarse a escribir novelas, obras de teatro, relatos y ensayos. Los temas de sus primeras obras, como ocurre con sus relatos recopilados en *El tren llegó puntual* (1949), reflejan el absurdo y el horror de la guerra, el sentimiento de culpa del pueblo alemán y analiza el vacío que esconde la recuperación económica del llamado milagro alemán.

Su primera novela, *¿Adónde fuiste Adán?* (1951), presenta a un individuo en diversas situaciones que describen las fuerzas sociales y políticas que atrapan a la gente normal y corriente. Con la novela *Y no dijo una sola palabra* (1953), Böll inicia una serie de obras que reflejan la difícil situación de Alemania después de su derrota y la aparente ola de materialismo que domina a la sociedad, como ocurre en *Casa sin amo* (1954), *El pan de los primeros años* (1955) o *Billar a las nueve y media* (1959). *El Diario irlandés* (1957) relata un viaje de Böll a Irlanda, y esta aparece como un lugar idílico, alejado del consumismo que, para el autor, devora a la población de su país. Otras obras suyas donde denuncia el capitalismo son las novelas *Opiniones de un payaso* (1963), en la que hace responsable a la Democracia Cristiana y la Iglesia católica de la situación de la economía moderna surgida en la Alemania de posguerra; *Fin de una misión* (1966) es un alegato antimilitarista, y *El honor perdido de*

Katharina Blum (1974), un ácido ataque a la connivencia entre la prensa sensacionalista y los poderes policiales y judiciales, también en la Alemania de la época activa del grupo terrorista Baader-Meinhoff, novela que en 1975 fue llevada al cine por el director alemán Volker Schlöendorff.

Premiado con el Nobel de Literatura en 1972 por su contribución a la renovación de la literatura alemana, Böll fue mencionado por la «amplia perspectiva» y «dominio de la sensibilidad» de su escritura. Su novela sobre la vida alemana desde la I Guerra Mundial hasta los años setenta, *Retrato de grupo con señora* (1971), fue considerada su «obra concebida con mayor ambición». La obra de Böll, un escritor católico que ha criticado a la Iglesia y defendido a los marginados y las víctimas del sistema imperante con un lenguaje sencillo, lúcido, irónico y moralizante, ofrece un retrato inflexible, aunque no desprovisto de compasión, de la Alemania moderna.